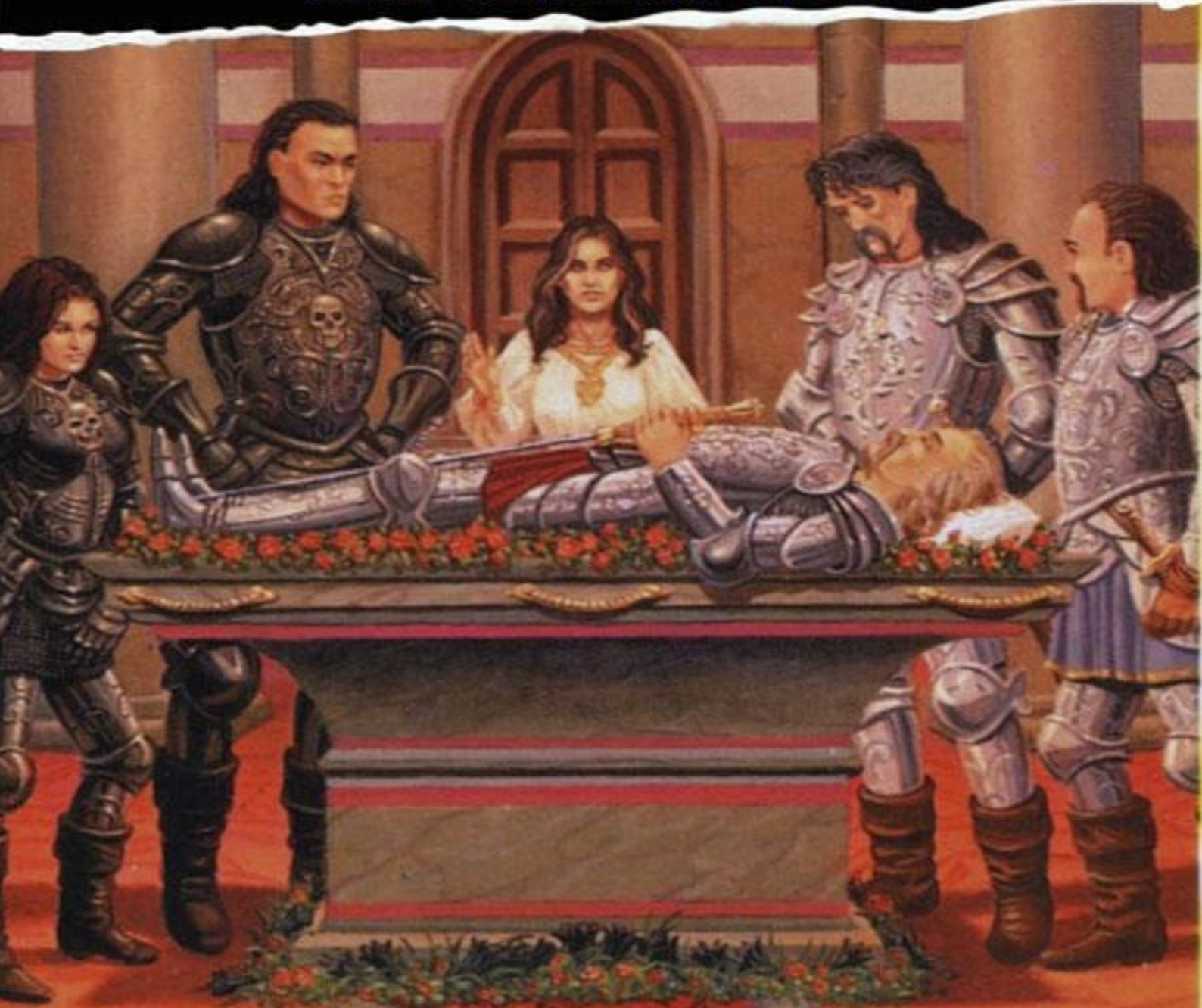


Interregno · Volumen 4



# LA ROSA Y LA CALAVERA



Jeff Crook Lectulandia

Gigantescos dragones surcan los cielos de Krynn y luchan por hacerse con el control de las tierras que sobrevuelan.

En la isla de Sancrist, los debilitados Caballeros de Solamnia piden ayuda a sus viejos enemigos, los Caballeros de Takhisis. Ante la insistencia de lord Gunthar, los caballeros renuevan la alianza forjada en los últimos días de la Guerra de Caos, pero entonces el Gran Maestro de los Caballeros de Solamnia muere repentinamente. Ya no sólo está en juego quién será su sucesor, sino la misma supervivencia de la Orden.

**Lectulandia**

Jeff Crook

# **La rosa y la calavera**

**Dragonlance: Interregno 4**

ePub r1.0  
helike 24.09.13

Título original: *The Rose and the Skull*

Jeff Crook, 1999

Traducción: Joana Claverol

Ilustración de portada: Jeff Easley

Diseño de portada: OZN

Editor digital: helike

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

«El viejo orden cambió, dejando paso al nuevo».  
ALFRED, LORD TENNYSON, *Idilios del rey*

Desde el castillo de proa del *Donkaren*, un galeón de guerra, su capitán, sir Wayholan Farstar, contemplaba cómo el barco pirata ergothiano, más pequeño y ligero, se iba alejando. Frustrado, el marino golpeó con los puños, cubiertos de guanteletes, la barandilla esculpida con calaveras: la balandra de velas negras buscaba refugio en la isla Cristyne. Llevaba varias semanas persiguiéndola por el mar de SIRRION y las costas de Ergoth del Norte y, justo cuando pensaba que ya la tenía, ésta había aprovechado el viento para deslizarse entre sus barcos centinelas, al amparo de la noche, y poner rumbo sur. Si llegaba al puerto de Cristyne él ya no podría hacer nada, ya que, aunque oficialmente la isla era territorio neutral, sus habitantes no reconocían la autoridad de los Caballeros de Takhisis e incluso daban cobijo a los piratas más buscados, a los que llamaban «armadores». Todo el mundo sabía que los habitantes de esa isla estaban aliados con los Caballeros de Solamnia, y el capitán Farstar sospechaba que la balandra negra era una tapadera para operaciones solámnicas. Durante meses, el barco pirata había hostigado a los buques de los Caballeros de Takhisis que navegaban de Palanthas a la bahía de Balifor, robando los cargamentos y esquivando a todos los galeones de guerra enviados para capturarlo. El *Donkaren* era bastante rápido y su capitán experimentado; pero, mientras contemplaba la balandra que se hacía cada vez más y más pequeña, el capitán Farstar supo que su presa había vuelto a escaparse y esto lo reconcomía.

—¡Más trapo! —gritó.

—Capitán, ya hemos izado todas las velas que llevamos —repuso el primer oficial, a sus espaldas—. No podemos hacer nada contra este viento desfavorable.

—¿Dónde, dónde podemos encontrar más viento? —se preguntó el capitán en voz alta.

—En otra época, un clérigo podría haber rezado a nuestra Reina Oscura para que nos enviara viento —respondió el piloto—; pero, naturalmente, ahora...

—Ahora Takhisis no escucha nuestras plegarias, lo sé —lo interrumpió el capitán—. ¿No tienes por casualidad una pata de conejo? Necesitamos algo de suerte.

—No, señor —se rió entre dientes el piloto—. Aunque dicen que una pata de kender aún trae más suerte.

—Supongo que tampoco tienes una de éstas, ¿verdad? —inquirió el capitán.

—No, señor. Perdí la mía en una partida de dados antes de zarpar —respondió el piloto muy serio—. Podríamos lanzar sal por encima de nuestros hombros.

—Esto solamente se hace si uno la derrama, para protegerse de la mala suerte —dijo el capitán.

—Sí, tiene razón, señor —suspiró el piloto—. Lo había olvidado. Mi pobre madre

sabía perfectamente qué trae suerte y qué la ahuyenta. Vamos a ver si recuerdo algo, aunque me temo que no eran más que tonterías. —El hombre chasqueó los dedos y se golpeó la frente con la palma de la mano, como si tratara de desprender de su cerebro los recuerdos.

El capitán Farstar comprobó el progreso del barco pirata. Ya no era más que un diminuto punto en el horizonte, apenas perceptible contra la isla Cristyne, que se hacía cada vez mayor. El capitán maldijo entre dientes, pero su piloto seguía absorto en el asunto de la buena suerte.

—Había algo sobre una escoba y una silla —murmuró en tono distraído mientras se daba golpecitos en los dientes con un dedo—. Tal vez se trataba de tragarse algo... Pero ¿qué era?

El capitán Farstar estaba a punto de levantar a su piloto por el cinturón y lanzarlo al mar cuando el vigía gritó:

—¡Está virando, señor!

—¿Qué has dicho? —gritó el capitán.

—La balandra negra, está virando hacia el este, señor —respondió el vigía.

—¿Estás seguro? —inquirió el capitán, al tiempo que se precipitaba a la barandilla de proa y escudriñaba el mar.

—Tal vez era pan... —masculló el piloto.

—Sí, señor, está virando a babor. Parece como si hubiera topado con arrecifes y tratara de evitarlos —dijo el vigía.

—En la costa septentrional de la isla no hay arrecifes —recordó Farstar. A duras penas distinguía el perfil del barco contra la oscura costa de la isla, y deseó poseer alguno de aquellos catalejos que fabricaban los gnomos.

—¡Está huyendo, señor! —gritó el vigía en tono alegre—. ¡Ha izado todas las velas y huye!

—Gracias a Takhisis. Quizás aún escucha nuestras plegarias —dijo el capitán y ordenó—: ¡Preparados para virar!

El piloto pasó inmediatamente a la acción. El galeón empezó a crujir y gemir al tiempo que los marineros se apresuraban a cumplir con la tarea que tenían asignada. Entonces, gritó al vigía:

—¿De qué huye?

—No lo sé, señor —respondió.

—Virad. Timonel, pon rumbo al promontorio de la isla. Los atraparemos allí. —El *Donkaren* escoró cuando el timonel puso rumbo a puerto y el viento, más intenso, hinchó las velas. La nave hendió las olas, ganando velocidad, y la proa levantó rociadas de agua salada.

—Veo un signo de buena suerte —gritó el piloto para hacerse oír por encima del fragor del viento—. Una nube con forma de dragón que se acerca por el oeste.

—La veo —repuso el capitán.

Farstar miró hacia arriba. El vigía gritaba y señalaba algo, pero él no podía oír qué decía. Retrocedió a lo largo de la barandilla de estribor, porque las salpicaduras de agua no le dejaban ver, siguió la dirección hacia la que apuntaba el brazo del vigía y se dio cuenta de que señalaba la misma nube en la que el piloto se había fijado.

Ciertamente tenía forma de dragón, e incluso había crecido un poco en los últimos minutos.

De pronto, la nube descendió sobre la balandra negra que huía. Al capitán se le hizo un nudo en la garganta al contemplar, horrorizado, cómo la nube sobrevolaba el palo del barco pirata. Se quedó clavado en cubierta, incapaz de volverse o gritar órdenes; sólo podía seguir mirando con horror. De la nube salió un chorro de fuego que se abatió sobre la diminuta balandra, las llamas invadieron la cubierta y prendieron las velas. Entonces, vio pequeñas figuras de fuego que se lanzaban al agua desde todas partes, y supo que eran los miembros de la tripulación, convertidos en antorchas humanas, que se arrojaban al agua, desesperados.

El dragón se ladeó, se elevó y se dispuso a efectuar otra pasada sobre el barco pirata. En ese momento, Farstar recuperó la voz y la capacidad de moverse.

Giró en redondo y corrió hacia el timón, gritando:

—¡Media vuelta, da media vuelta! ¡Pon el viento a popa! —Pero el timonel estaba tan absorto mirando que el capitán llegó hasta allí antes de que éste respondiera. Se lanzó sobre el timón y él mismo efectuó la maniobra.

Cuando el barco viró, el viento hizo flamear las velas y, luego, las hinchó súbitamente y las tensó al máximo. Los mástiles crujieron y el galeón dio un bandazo hacia adelante. La tripulación seguía inmóvil; todos asistían al espectáculo en fascinado silencio. El capitán miró hacia atrás, por encima del hombro.

La balandra era entonces una columna de fuego y de ondulante humo negro. El dragón planeó por encima de la proa, se lanzó de cabeza a las llamas y se posó sobre la nave, aunque sin dejar de batir las alas para mantenerse en el aire. El monstruo era tan enorme que el barco pirata parecía un juguete entre sus garras y se hundió casi inmediatamente bajo su peso. El mar lo engulló en medio de una gran vaharada y extinguió las llamas. El dragón se elevó con un furioso batir de sus enormes alas y, ayudado por las corrientes térmicas generadas por el vapor, sobrevoló los restos del barco. Sólo el mástil de la balandra sobresalía del agua, chamuscado y aún en llamas. El capitán Farstar se volvió hacia el timonel.

Los miembros de la tripulación prorrumpieron en gritos de júbilo y vitorearon al dragón.

—Capitán, ¿por qué nos estamos alejando? —preguntó el piloto—. Es un Dragón Rojo, seguro. Su ardiente aliento es inconfundible. Los Rojos son nuestros aliados.

—Abre el compartimento de las armas —repuso el capitán—. ¡Distribuye



ballestas a todos!

—Pero ¿por qué? —inquirió el piloto.

—¡Hazlo! —ordenó el capitán.

Con una expresión de desconcierto, el piloto obedeció. Mientras recorría lentamente la cubierta de popa devolvió las miradas interrogadoras de los marineros encogiéndose de hombros, al tiempo que rebuscaba entre sus llaves la que abría el compartimento de las armas. Los rociones de agua que levantaba la proa empapaban la cubierta y a los marineros.

—Aquí viene —dijo uno de los hombres, señalando hacia el cielo.

—Sólo quiere comprobar por qué huimos, estoy seguro —repuso el piloto en voz tan baja que nadie lo oyó.

—No nos atacará si ve nuestra bandera, ¿verdad? —preguntó otro marinero, al tiempo que se limpiaba el agua salada de los ojos.

—Claro que no. Cuando vea el dibujo del lirio y la calavera nos dejará en paz. Ningún Rojo osaría atacar uno de los barcos de la Reina de la Oscuridad —contestó el piloto—. ¡Ajá! ¡Por fin! —El hombre introdujo en el macizo cerrojo la llave correcta y le dio la vuelta. El compartimento en el que se guardaban las armas se abrió.

—Por todos los dioses, es enorme —dijo el marinero, sin disimular su miedo.

—No, sólo lo parece porque está muy lejos, por... —La voz del piloto se extinguió cuando levantó la vista y vio al dragón que se aproximaba, aleteando en el viento. Retrocedió y gritó al capitán—. Señor, ¿qué tipo de dragón es éste? ¡Es enorme!

—No es uno de los nuestros —repuso el capitán.

Con la vista clavada en el dragón, el piloto abrió el compartimento, accionando bruscamente el picaporte. Entró y empezó a distribuir ballestas y cajas con pesados cuadrillos.

El capitán mantuvo su posición en el timón y envió al timonel abajo para que ayudara al piloto. Farstar se quedó solo, con el cabello empapado por la helada agua del mar que lo salpicaba, mascullando imprecaciones que se perdían en el viento y echando de vez en cuando la vista atrás para comprobar el avance del monstruo. A medida que se acercaba, las desplegadas alas parecían cubrir todo el cielo, de punta a punta del horizonte. Farstar nunca había visto un dragón como aquél, pese a que servía en la marina de la Reina de la Oscuridad desde antes de la Guerra de Caos. Sin embargo, había oído hablar de ellos, de los nuevos dragones llegados del otro lado del mar, dragones más grandes y poderosos que cualquier otro, que atacaban y destruían indiscriminadamente.

El piloto ordenó a los marineros y soldados del *Donkaren* que ocuparan sus puestos. El capitán vio que los hombres de su tripulación se movían como si

estuvieran ofuscados, con la vista clavada en el dragón, y supo que su barco estaba perdido. No obstante, permaneció en el timón, sin perder del todo la esperanza. Desenvainó su sable y miró una vez más por encima del hombro.

El dragón se acercó, volando a la altura de los mástiles. Las escamas del abdomen eran del color de las rocas del desierto, de un pálido tono naranja quemado que parecía irradiar calor. La enorme mole ocupaba todo el cielo y su formidable sombra tapaba el sol, por lo que parecía que el *Donkaren* estuviera en el Abismo. Las alas del monstruo privaron de viento al galeón, las velas colgaron flojas y el barco redujo la marcha.

Los marineros y soldados, alineados a lo largo de la barandilla, no podían desviar sus fascinadas y horrorizadas miradas del monstruo; parecían pajaritos hipnotizados por la serpiente que se aproxima al nido. En respuesta, el dragón bajó con un movimiento serpenteante la cabeza, tan grande como el mismo barco, y los miró a su vez. El calor que emanaba su cuerpo impactó en los rostros estupefactos de la tripulación como un sol invisible, quemándoles la boca y los ojos, secando las sogas y jarcias, y atiesando las velas incrustadas de sal. En las cubiertas empezó a formarse vapor.

—¡Disparad! —gritó el capitán, pero pareció que el sonido de su voz también era absorbido por el intenso calor que emitía el cuerpo del dragón—. ¡Malditos bastardos! —maldijo—. ¡Atacad!

Al oír la voz del capitán, el dragón volvió bruscamente su gran testa y lo fulminó con la mirada. Farstar se quedó paralizado y se tambaleó hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe invisible. El monstruo abrió las fauces.

El piloto apoyó la ballesta en el hombro. Sentía los músculos entumecidos, bloqueados, como en una pesadilla, y cada movimiento era una tortura. Apuntó al ojo del dragón y accionó el disparador.

En ese mismo instante, el monstruo lanzó su aliento. Una columna de fuego licuado de color blanco cayó sobre el capitán Farstar y llegó a las cabinas situadas debajo de la cubierta. El calor fue tan intenso que madera, lona, cuerda y carne estallaron en llamas o se convirtieron instantáneamente en cenizas. El piloto miró cómo el cuadrillo ascendía hacia el ojo del dragón dejando una estela de humo. Las plumas de la flecha se deshicieron en cenizas sin siquiera arder, el proyectil cambió el curso y rebotó contra las escamas del cuello del monstruo. Al caer, ardió de repente y se consumió antes de hundirse en el agua.

De pronto, el dragón desapareció generando un torbellino de viento. El fuego se extendió rápidamente por los aparejos, y las juntas entre los tablones, que estaban embreadas, empezaron a burbujear al tiempo que las llamas se propagaban bajo cubierta. Los hombres corrieron de un lado a otro gritando, algunos envueltos en llamas, otros con los ojos desencajados y derramando lágrimas que dejaban regueros

en sus rostros manchados de hollín. Todos se apresuraron a abandonar el barco y, aquellos que pudieron, nadaron hasta la isla Cristyne. El dragón se lanzó sobre ellos y los roció con su flamígero aliento: el mar explotó en nubes de vapor.

El piloto permaneció junto a la barandilla, sintiendo en las suelas un intenso calor. Era consciente de que la cubierta iba a desplomarse en cualquier momento, pero su único pensamiento era que no debía abandonar el galeón.

—Ahora es mi barco, mi responsabilidad —afirmó en voz alta—. Ahora yo soy el capitán, aunque sólo sea por unos segundos. —Detrás de él una verga cayó sobre la cubierta con estrépito e hizo un agujero por el que brotaron grandes llamaradas. Cuando las jarcias se hubieron quemado por completo, el viento arrastró el velamen hacia el mar. Las velas, envueltas en llamas, flotaron en el aire ofreciendo una espectral visión; luego, se deshicieron en jirones y pedacitos y se hundieron en el agua con un siseo. El *Donkaren* empezó a hundirse lentamente cuando las juntas que mantenían unidos los tablones estallaron.

Entonces, el dragón se acercó de nuevo, como un torbellino. Las enormes alas batían el aire mientras descendía sobre el barco con las garras extendidas. El monstruo cogió el galeón por la proa y desfondó los costados con sus afilados espolones. No obstante, era demasiado grande para posarse sobre la nave, por ese motivo siguió batiendo las alas y sumergiendo la proa con su enorme peso. El timón se elevó en el aire.

El piloto se aferró al picaporte del compartimento de las armas para no resbalar por la inclinada cubierta. El mar se tragaba la nave, extinguiendo las llamas, pero generando un vapor hirviente. Finalmente, con un quejoso siseo, el *Donkaren* se hundió y el piloto con él. El azul se cerró sobre él, el piloto soltó el picaporte y rodó en la súbita calma del mar, envuelto por el frío contacto, que aliviaba sus quemaduras.

A medida que se hundía lentamente en la oscuridad, el piloto vio el barco que se elevaba de nuevo y contempló con un temor reverencial cómo sus calcinados costados se deslizaban por su lado, como si se tratara de una gran ballena. El *Donkaren* emergió a la plateada superficie; el agua salió de golpe de su interior y entró el aire.

El paso del barco arrastró al piloto a la superficie donde, finalmente, pudo respirar aire fresco. Durante unos segundos se dejó mecer por las olas, hasta que encontró un resto del naufragio y se subió a él con esfuerzo. Para su sorpresa, se dio cuenta de que era la puerta del compartimento de las armas. Sintiéndose exhausto, rodó sobre su espalda y contempló el cielo que se oscurecía. Allí vio al dragón que se elevaba, con la proa del *Donkaren* en sus garras, como si fuera una gran ave de presa y el barco un pez. Así, con el galeón que perdía agua por todos sus agujeros, el dragón se alejó, lentamente, volando hacia el oeste.

Lord Gunthar se inclinó hacia adelante en la silla y repiqueteó con una cucharilla la copa de plata colocada ante su plato. Entonces, se aclaró la garganta y se atusó sus largos mostachos grises, el símbolo de su origen solámnico. La copa estaba grabada con el símbolo del martín pescador y las rosa, y el mango, sobredorado con motivos parecidos, llevaba estampada una corona dorada. Aquellas figuras se repetían en su vieja armadura; en el peto, en las grebas que le cubrían las piernas y en la ancha filigrana de plata con la que se ataba el ondeante cabello gris. La rosa, el martín pescador y la corona se repetían en todos los objetos que lo rodeaban —en el respaldo de la silla de madera en la que se sentaba, en la empuñadura de la antigua espada que colgaba a su lado o, incluso, en el tapiz que, a sus espaldas, representaba escenas de caballeros montando a dragones realizado con hilos de plata y bordado de oro. Uno de ellos cabalgaba velozmente al frente de la batalla, portando en la mano una gran lanza plateada y sus mostachos se agitaban al viento. El caballero del tapiz era una versión más joven de Gunthar, pues lord Gunthar Uth Wistan, Gran Maestro de los Caballeros de Solamnia, era ya anciano, sus mostachos eran grises y, en el rostro curtido por la intemperie, se le marcaban profundas arrugas. La mano que sostenía la cucharilla y hacía tintinear la copa, la misma mano que antaño había blandido una espada en la batalla, temblaba ligeramente mostrando los primeros síntomas de perlesia.

Lord Gunthar dejó el cubierto al lado del plato y carraspeó. Entonces se levantó lentamente, con cuidado de descargar el peso del cuerpo sobre los pies antes de incorporarse, carraspeó de nuevo y se humedeció los labios con un sorbito de vino.

—Gracias a todos, damas y caballeros, por haber aceptado la invitación para asistir a este banquete con tan poca antelación —empezó a decir—. Estoy seguro de que os preguntáis por qué os he convocado aquí esta noche. Muy pronto lo sabréis. Mientras tanto, espero que disfrutéis de la comida del castillo Uth Wistan; hay mucha carne y también vino y cerveza.

Lord Gunthar sonrió y se acarició los mostachos, mientras sus ojos se alzaban hacia las vigas del techo ennegrecidas por el humo. Luego añadió:

—Hablando de cerveza, ahora recuerdo que en tiempos de la Guerra de la Lanza llamaron a mi puerta dos visitantes de lo más inesperado. En su momento, no comprendí la importancia de aquella ocurrencia del destino, porque eso es lo que era. Justamente acababa de ver partir a la flota hacia Palanthas y estaba cansado por el viaje. Esto sucedió durante la Guerra de la Lanza, justo antes de la batalla librada en la Torre del Sumo Sacerdote...

Lord Gunthar continuó explicando su historia, aunque pocos de sus invitados lo

escuchaban. La mayoría de ellos ni siquiera se había percatado de que su anfitrión se había levantado: estaban demasiado ocupados en devorar las carnes asadas que tenían delante, en beber el vino que les era servido generosamente o en apostar por los enanos gullys y los perros que se disputaban los huesos y restos que les arrojaban. Gunthar se erguía ante ellos como un hombre que se irguiera ante el mar, y sus palabras se perdían en medio del ruido de su oleaje.

La mesa del Gran Maestre estaba situada sobre un estrado en la parte delantera de la sala, debajo del gran tapiz. A su lado se sentaban caballeros de cierto renombre, los que ocupaban los rangos superiores, pertenecientes a la Orden de la Rosa y los jefes de las Órdenes de la Corona y la Espada. A la derecha e izquierda de la mesa principal se habían dispuesto dos mesas muy largas; la de la derecha la ocupaban los Caballeros de la Corona, mientras que a la izquierda se sentaban los Caballeros de la Espada. Frente a la mesa de Gunthar había una cuarta mesa puesta para doce, aunque nadie la ocupaba. Las cuatro delimitaban un gran cuadrado interior que era un hervidero de enanos gullys y sabuesos del tipo que se utilizaba para cazar jabalíes y venados.

—Y entonces el anciano dijo: «Traedme buena cerveza, la del barril que está en aquel rincón oscuro de las escaleras de la bodega» —continuó explicando Gunthar, riéndose entre dientes—. ¡No os podéis imaginar mi sorpresa! Quiero decir, ¿cómo, por Krynn, podía saber lo del barril bajo las escaleras? Desde luego, probablemente todos habréis oído que Fizban era en realidad Paladine, así que ahora es obvio cómo pudo saber que existía ese barril; pero, en esos momentos, me quedé desconcertado. Y, desde luego, había un kender con él...

Gunthar rió largamente al recordarlo. Sus ojos parecieron perderse en las humeantes sombras del techo. No acabó su historia, al menos no en voz alta; por las sonrisas que de vez en cuando curvaban sus labios, parecía que se la contaba a él mismo.

Pero nadie de importancia lo escuchaba. Mientras los caballeros jaraneaban y los sabuesos roían los huesos, los gullys lamían el vino derramado en las losas del suelo y Gunthar recordaba en silencio, un solitario gully permanecía de pie ante la mesa del Gran Maestre. Por su actitud embelesada se hubiera dicho que había comprendido lo que el anciano había explicado. Los enanos gullys ocupaban el escalafón más bajo de la creación y todas las demás razas de Krynn los despreciaban. Eran criaturas estúpidas, sucias, avariciosas y aviesas, rasgos todos ellos de los que los gullys se enorgullecían y cultivaban. En realidad, casi todo el mundo habría preferido ver su hogar infestado de ratas que de sucios enanos gullys. Pero lord Gunthar los toleraba y, ciertamente, proporcionaban diversión a los caballeros que asistían al banquete.

\*\*\*

Era muy improbable que ese gully en concreto tuviera la más mínima idea de lo que decía Gunthar. Lo más probable era que hubiera comido algo que no le hubiera sentado bien (¡algo que también habría sido digno de figurar en los anales gullys!) y que estuviera esperando a que se le pasara. En cuanto a la sonrisa que se le dibujaba en el rostro, era como de un bebé humano en las mismas circunstancias. La confusión era debida a que, cuando le había asaltado la indigestión, estaba mirando de frente a lord Gunthar. Si, por el contrario, realmente era capaz de entender lo que había oído, la mención de cerveza y comida había captado su atención y simplemente esperaba oír estas palabras de nuevo.

Sea como fuere, cuando el anciano caballero volvió a tomar asiento, el gully también se desplomó en el suelo, como si fuera su imagen reflejada en un espejo de feria. Sus holgadas ropas cayeron a su alrededor y le dieron la apariencia de un saco de patatas medio lleno, rematado por una sucia cara en la que destacaban una nariz bulbosa y unos ojos grandes y lagrimosos de color pardusco. Se cubría la cabeza con un andrajoso gorro, hecho con pellejos de rata mal cosidos, que le daba el aspecto de alguien que acabase de levantarse de la cama.

Cuando acabó su relato, una nube de melancolía ensombreció los ojos de Gunthar. Su mirada vagó hacia la ventana que daba al patio oriental y suspiró profundamente, al tiempo que sacudía la cabeza.

—Estoy de acuerdo, milord —dijo el caballero sentado a su diestra, que había entendido mal la causa de la súbita tristeza del anciano—. Los jóvenes no respetan ni las viejas historias ni costumbres.

—¿Qué dices, Liam? —inquirió Gunthar, despertando de su ensoñación.

—Decía que las nuevas generaciones no tienen ningún respeto por las historias de los viejos tiempos —aclaró el caballero, mirando a los demás con rostro severo.

—Preferirían estar escribiendo sus propias historias, amigo mío —repuso Gunthar—, en vez de escuchar un refrito de todas nuestras viejas aventuras.

—Pero ¿acaso no aprendemos del pasado y aplicamos esta sabiduría al futuro? —preguntó Liam a su superior, que era mayor que él—. ¿Cómo pueden esperar triunfar en el campo de batalla si no escuchan a los que lucharon antes, y no aprenden de ellos?

—Las antiguas Órdenes están en decadencia, Liam. Las cosas ya no son como cuando yo era joven, ni siquiera como cuando vos erais joven. Las viejas lecciones ya no sirven. Tal como Sturm nos enseñó, las normas y los códigos son efímeros y deben ir evolucionando con el tiempo o se convierten en una carga inútil. El honor es la única cosa que permanece constante para un caballero, pese a los cambios. —Aquí Gunthar sonrió—. O para una dama —se corrigió al tiempo que echaba un vistazo alrededor de la sala, ya que casi la mitad de los asistentes al banquete eran mujeres. Algunas se sentaban incluso a la mesa de Gunthar.

—Sí, milord —asintió Liam y se llevó una copa de vino a los labios.

—Y, quién sabe si algún día, tal vez una de estas desastradas criaturas —dijo Gunthar englobando con un ademán a los veinte o más gullys que se revolcaban en el suelo con los perros—, ocupará un lugar en esta mesa.

Liam estuvo a punto de atragantarse y dejó la copa.

—O un kender. Que Paladine nos perdone si lo permitimos —añadió Gunthar en tono jocoso.

Liam palideció y ahogó una exclamación, ante lo cual Gunthar soltó una carcajada y posó la mano sobre el hombro de su amigo y compañero de armas.

—Oh, no os preocupéis, Liam. Mi destino no es realizar estos cambios. Tal vez, cuando yo me haya ido y vos ocupéis mi lugar en esta mesa, las circunstancias os fuercen a introducir drásticas alteraciones en nuestra antigua Orden. O, tal vez, el que tenga éxito lo hará. ¿Quién sabe? Yo me limito a especular; cosas más raras se han visto.

—Sí, milord —dijo Liam.

—Por ejemplo, fijaos en ése —continuó Gunthar en tono afable, al tiempo que pinchaba un pedazo de asado con el tenedor y señalaba con él al gully sentado en el suelo, delante de su mesa—. No es como los demás de su raza, tiene madera de caballero. Ved cómo sigue cada una de mis palabras.

—Creo, que está más interesado en la carne, milord —repuso Liam, que había notado que al enano gully se le hacía la boca agua al contemplar el pedazo de carne que el caballero agitaba en su dirección. Un largo hilillo de saliva le corrió por el mentón, se abrió paso entre su erizada barba y cayó en la camisa, añadiendo una mancha más a las otras miles que ya la decoraban.

—Tonterías. Entiende cada palabra que digo, ¿verdad hijo? —Gunthar formuló esta pregunta a gritos.

El enano asintió vigorosamente y la gorra de piel de rata le cayó sobre los ojos. Con un gruñido, el gully la agarró y, después de pegarle un mordisco, rodó de costado hacia atrás y derribó a un perro de gran tamaño, que le cayó encima. Otro gully, pensando que su compañero había atrapado algo sabroso, se lanzó sobre él. Ambos desaparecieron en un torbellino de cuerpos cubiertos de pelaje gris y holgadas ropas astrosas.

—Como vos digáis, milord —dijo Liam.

—¿Por qué tan formal esta noche, Liam? ¿Qué os ocurre? —inquirió Gunthar.

—¿Puedo ser franco?

—Podéis ser lo que queráis. Se supone que ésta es una ocasión festiva —bromeó Gunthar.

Liam contrapuso la jocosidad de su superior con una mirada dura. La sonrisa del anciano se borró de su rostro.

—Milord, creo que sois demasiado indulgente con estos jóvenes caballeros. Escuchad cómo alborotan; parecen simples aventureros en una sórdida taberna de una tierra sin ley. No tienen ningún respeto por vos ni por vuestra casa, y vos no hacéis nada cuando pisotean vuestra hospitalidad. Estos jovenzuelos abusan de los sirvientes de vuestra señoría de palabra y de obra, y vos no hacéis nada. Al contrario, organizamos fiestas a la más mínima oportunidad mientras la hermandad se deteriora.

—Bueno, yo pensé que... —quiso defenderse Gunthar, pero Liam continuó:

—El número de caballeros decrece y nos vemos obligados a reemplazar las bajas aplicando pautas cada vez menos estrictas. El resultado es esta... chusma. Y en vez de usar la Medida para imponer un poco de disciplina, vos les dais carta blanca.

Gunthar se levantó de la silla. Aunque era viejo, su estatura seguía siendo igual de imponente. Notando la súbita tensión, en algunas partes de la sala se hizo el silencio. El pequeño enano gully salió arrastrándose de debajo de una pila de perros y gullys, con su gorra de rata intacta aunque lucía nuevos agujeros. Entonces, volvió a sentarse en el suelo delante de la mesa principal y fijó una mirada expectante en su amo.

—¿Es cierto? ¿Creéis que soy demasiado indulgente? —preguntó Gunthar a sus compañeros de mesa en voz baja para que los demás no lo oyeran.

Nadie respondió. Casi todos parecían muy ocupados jugando con la comida de sus platos. Sólo dos tuvieron la suficiente confianza en sí mismos para devolver la mirada al Gran Maestre: una dama de rizos pelirrojos sentada en el extremo izquierdo de la mesa y un caballero de calva incipiente sentado a la diestra de Liam.

—¿Lo creéis así, lady Meredith? —preguntó Gunthar.

La dama abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla y se limitó a asentir, tras lo cual dedicó su atención al sirviente que le llenaba la copa de nuevo.

—¿Quintan? —inquirió entonces el Gran Maestre, volviendo la cabeza.

El caballero se alisó nerviosamente los pocos mechones de pelo que aún adornaban su calva y dijo:

—Por respeto a vuestra señoría... Bueno, pensamos que lo mejor sería... mmm... bueno, pensamos que podríamos... mmm...

—Creímos que no éramos quién para decirle a vuestra señoría cómo debía llevar los asuntos de vuestra propia casa —intervino Liam.

—Hasta ahora —concluyó Gunthar, y volvió a tomar asiento.

—Lo siento, milord —se disculpó Liam a media voz.

—Sí, sí, lo sé, Liam. No tenéis por qué disculparos. —Gunthar suspiró—. Quizá soy excesivamente indulgente, pero es sólo porque son muy jóvenes. A diferencia de la mayoría de nosotros, que desde el día que nacimos supimos que algún día seríamos caballeros, muchos de estos jóvenes nunca pensaron que se unirían a nuestras filas. Son los hijos y las hijas de la guerra y únicamente conocen el código no militar de la supervivencia. Creo que si los tratara con excesiva dureza, muchos de ellos nos



abandonarían.

»Llegará el día, y creo que será pronto, en el que tendrán que aprender disciplina y dureza. Ahora vivimos en una paz relativa pero, como todos sabéis, en la guerra lo único que nos coloca por encima de los demás es la disciplina de nuestros hombres y mujeres en el campo de batalla. Nosotros luchamos, no como un cuerpo de soldados individuales, sino como una sola unidad, y esto sólo es posible gracias a nuestra incuestionable devoción a nuestro deber, tal como está definido en el Código y la Medida.

—Éste es nuestro mayor temor, milord —dijo Liam con vehemencia, y sus ojos negros relampaguearon—. Que cuando llegue el momento de someterse a la disciplina y acatar las órdenes, sean incapaces de hacerlo. Es mejor enseñarlos ahora, en tiempo de paz, que en el ardor de la guerra, cuando un error puede ser un desastre.

—Aprenderán por las malas o no aprenderán —arguyó Gunthar con paciencia—. Así funciona la nueva generación. Pero aprenderán la Medida y las razones que la apoyan en la práctica, no en libros ni a través de las charlas de viejos aburridos. Aquellos que sobrevivan serán auténticos caballeros.

—Pero ¿cuántos morirán, cuántas batallas perderemos antes de que aprendan? —protestó Liam.

—Sólo tenéis que ganar una batalla para ganar la guerra, Liam —dijo Gunthar—: la última.

Liam apartó la mirada porque ya no podía contener su enfado. Ninguno de los demás caballeros lo miró; todos picoteaban de su comida o fingían tomar sorbitos de vino. Unos pocos guardaban silencio tratando de entender la disputa entre sus mayores. Incluso los enanos gullys y los perros habían percibido la tensión en la mesa principal, por lo que aguzaron las orejas y esperaron que algo pasara.

Pero esperaron en vano. Mientras Liam recobraba la calma, la dama sentada al extremo de la mesa dijo:

—Milord Gunthar, este mes ya llevamos tres banquetes; en cada ocasión so pretexto de discutir algún aspecto de la revisión del Código y la Medida. Si al menos supiéramos por qué nos habéis convocado esta noche, tal vez los ánimos se calmarían.

—¿Calmar los ánimos, lady Meredith? ¿Qué es lo que teméis? —preguntó Gunthar.

—Milord, nos estamos perdiendo en lujos y festines —respondió Quintan, adelantándose a la dama—. Queremos lucha y aventura, y no más carne y vino. —Entre los jóvenes caballeros que escuchaban se oyeron muchas voces de aquiescencia, aunque tampoco faltaron los que reclamaron justamente más carne y más vino.

Meredith miró ceñuda a su compañero, pero dijo:

—Quintan tiene razón. Aquí hay muchos caballeros que necesitan un objetivo y todos nos preguntamos cuándo lo tendrán.

—Sí, sí, lo sé. Nos ocuparemos de ello cuando haya tiempo —dijo Gunthar.

—¡Cuando haya tiempo! —susurró Liam incrédulo.

—Todavía queda mucho por hacer aquí —prosiguió el Gran Maestro—. No podemos enviar a nuestros hombres por toda la creación en pos de un objetivo, no cuando el peligro acecha en nuestra puerta trasera.

—¿Peligro? —preguntó Liam.

—¿Habéis olvidado a Pyrothraxus? ¿El dragón que domina toda la mitad septentrional de la isla de Sancrist, incluyendo la tierra de los gnomos? Tal como dijo el hombre sabio, nunca es prudente dejar fuera de nuestros cálculos a dragón vivo.

—Si estáis tan preocupado por los gnomos, podríamos enviar algunos caballeros para que los rescataran —sugirió Meredith.

—O tal vez para que rescataran al dragón de los gnomos —dijo Quintan. Gunthar resopló y se oyeron risitas por toda la sala.

—No deberíamos enojar al dragón —les reprendió Liam—. Él nos deja en paz, casi siempre, y todavía no somos lo suficientemente fuertes para desafiarlo. No hay ninguna necesidad de atraer su ira hacia nosotros ahora.

—Liam tiene razón. Por el momento, vigilaremos, defenderemos, fortificaremos nuestros castillos del norte y enviaremos tropas —dijo Gunthar.

—¿Tropas? ¿Qué tropas? —inquirió Meredith—. Pese a la relajación de las normas de admisión, no es nada fácil reponer nuestras filas.

—Ésta es la razón por la que os he invitado esta noche, para discutir la revisión de la Medida en lo que se refiere a la admisión de caballeros a nuestra Orden —anunció Gunthar, y Liam y muchos otros refunfuñaron.

Ya era la segunda vez en un mes que lord Gunthar los hacía acudir desde sus castillos para celebrar un banquete y discutir el tema. La primera vez no se había llegado a ningún acuerdo, y la mayoría de ellos temía que lo mismo ocurriría esta vez. Lo cierto era que a muchos de los caballeros ni siquiera les importaba. Gunthar era conocido en todo Krynn por su buena mesa, y nadie rechazaba una invitación para cenar en su castillo, incluso si esto suponía aguantar un rato los desvaríos del viejo. A cambio, recibían una succulenta comida, además de todo el vino y la cerveza que pudieran consumir. Así había sido en los dos últimos años, y los más jóvenes esperaban que las cosas no cambiaran. Pero los veteranos estaban descontentos y empezaron a cuchichear y a dirigir alguna mirada de preocupación a Gunthar.

—Antes de que empecéis a quejaros, os diré que lo que voy a proponer esta noche tiene sus precedentes. No me estoy escudando en el pasado y no diré nada más hasta después de la cena, cuando el Gran Consejo se reúna. Ahora disfrutad de la carne y del vino, que hay en abundancia.

Los jóvenes caballeros vitorearon a Gunthar.

—Bueno, al menos lo último sí lo oyeron —susurró Gunthar al oído de Liam y, pese a él, el caballero no pudo evitar soltar una risita.

»No os enfadéis conmigo, viejo amigo —continuó el Gran Maestre—. Os necesito a mi lado, necesito vuestra fuerza de voluntad y determinación para que me ayudéis a salir de ésta. Mis revisiones del Código y la Medida serán mi regalo de despedida para la hermandad, pero es una tarea que consume gran parte de mi tiempo y de mis energías. Si vos no me ayudarais con los asuntos cotidianos de la Orden, me sería imposible. No podría haber elegido mejor protegido, mejor estudiante y mejor amigo.

El rostro de Liam se suavizó al oír estas palabras. Gunthar estudió con ojos de padre el rostro de su amigo y vio al joven caballero que había sido veinte años antes, aunque en ese momento los primeros cabellos grises ya cubrían sus sienas. Con el altivo mentón, las severas cejas y los ojos negros y reflexivos, Liam siempre había sido el prototipo del hombre serio. Algunos de los jóvenes lo apodaban «La Roca», porque incluso cuando estaba enfadado su rostro parecía estar tallado en mármol. Tan sólo una ligera vibración de las aletas nasales y el temblor de sus largos y negros mostachos solámnicos traicionaban sus sentimientos, ya fuera alborozo o enojo. Gunthar sabía que lo que la mayoría tomaba por actitud distante no era más que la forma que tenía Liam de demostrar su devoción. No obstante, el Gran Maestre confiaba en que un día Liam aprendería a ser más compasivo y a ver las cosas desde ambos lados, en vez de ver el mundo sólo en blanco y negro.

—Sois terco, amigo mío, terco y tan rígido como un príncipe elfo —prosiguió Gunthar—. Amáis tanto la Orden que no queréis que cambie, pero sin cambios, un organismo vivo se anquilosa y muere. La hermandad de caballeros es algo vivo, como un viejo árbol del bosque, más grande que nosotros dos, más viejo y más importante. Si permitimos que viva, respire y crezca, pervivirá cuando nosotros ya no estemos. Vos y yo podemos destruirlo, ahogarlo con nuestro amor, tal como ocurrió en el pasado, antes de la Guerra de la Lanza; grandes hombres, que tenían las mejores intenciones, trataron de reforzar la Orden haciéndola cada vez más rígida. Fue necesario que un modesto caballero, Sturm Brightblade, se sacrificara en la Torre del Sumo Sacerdote para que nos diéramos cuenta de que sin el juramento *Est Solarus oth Mithas*, «El honor es mi vida», la Medida no tiene sentido.

—Ya he oído esto antes —dijo Liam y sonrió pacientemente.

—Bueno, pues oíldo de nuevo y entendedlo mejor, Liam. Aunque no os enseñe nada más, espero al menos enseñaros esto: un caballero honorable hace lo correcto incluso sin la Medida. La Medida es esto. —Gunthar chasqueó los dedos—. No es nada sin el honor.

»Estos jóvenes caballeros fueron admitidos por su sentido innato del honor. Para

la mayoría de ellos no fue algo que tuvieran que aprender de otros, como nosotros, sino que lo aprendieron solos, tal como hizo Sturm. Desde luego son indisciplinados, pero yo no los calificaría de chusma. Cuando llegue el momento, su honor les será muy útil. Debéis aprender a confiar en la nueva generación, Liam, y a poner vuestras esperanzas en ellos en vez de creer que son incorregibles.

Liam enarcó las cejas ante aquellas palabras y se volvió para mirar a la bulliciosa horda que llenaba las mesas de Gunthar. La salsa les goteaba por el mentón y si levantaban continuamente las copas no era tanto para brindar como para que se las volvieran a llenar. Gritaban, reían, se gastaban bromas entre sí; en resumen, armaban jaleo, arrojaban huesos y trocitos de comida a los enanos gullys y a los perros, y apostaban sobre cuál de ellos se haría con un hueso determinado y cuánto tiempo podría conservarlo. Muchos de ellos eran solámnicos de nacimiento, lo que en el pasado era un requisito imprescindible para ingresar en la Orden; pero en ese momento ya no, por lo que el número de caballeros originarios de Abanasinia, Ergoth del Norte, Kalaman, Tarsis y de las tierras de vecinas de Balifor crecía rápidamente; incluso había un bárbaro del salvaje este. Muchos de ellos tuvieron que abandonar su hogar para huir de los grandes dragones y de los nuevos dragones que asolaban las tierras de Krynn. Casi todos habían sido niños durante la guerra de Caos, y la contienda los había marcado, los había obligado a crecer demasiado pronto y eso se les notaba en los ojos: alegres y llenos de regocijo y buen humor un momento, y tristes y resignados un instante después. Vivían sólo el presente, porque sabían que sus días podían estar contados.

—Además —continuó Gunthar—, si los convoco tan a menudo es para vigilarlos. —El anciano sonrió y añadió—: No soy tan tonto como creéis.

—¡Milord! —exclamó Liam.

—No, no, no tenéis que fingir —dijo Gunthar—. Sé que pensáis que me he convertido en un viejo blando, o tal vez incluso que chocheo.

—¡Lord Gunthar! Yo nunca he dudado de...

—Sí, lo habéis hecho, y no habéis sido el único. Y después de esta noche aún dudarán más de mí. ¡Mirad! —exclamó de pronto Gunthar, cambiando de tema y señalando al gully con el gorro de pellejos de rata—. Mi pequeño amigo ha recuperado su gorro.

El Gran Maestro levantó su copa en un mudo brindis dirigido al mugriento enano sentado en el suelo frente a él. La desaliñada barba del gully se abrió en una ancha sonrisa, y el enano se sonrojó hasta la punta de las orejas.

El festín se prolongó hasta muy tarde. Muchos caballeros se dieron un atracón de ternera, cerdo, cordero y pollo, así como de ganso, capón y perdices. También había pasteles de todo tipo de carnes y verduras, de patata y zanahoria, de puerros de Solamnia, de cebolla y de ajo de las llanuras de Abanasinia. Asimismo se sirvió panza de oveja rellena de carne y cebada, hervida con mantequilla y presentada sobre una gran bandeja de arroz de Ergoth del Norte. Tampoco faltaron ni el pan ni la mantequilla.

Lord Gunthar comió frugalmente, como tenía por costumbre. El banquete fue amenizado por juglares que tocaban en huecos distribuidos por toda la sala y bardos que entonaban cantos sobre batallas, caballeros y gestas pasadas, la llegada de los dragones, la caída de Istar, el sacrificio de Huma el Lancero y de Sturm Brightblade. Algunos caballeros relataron sus últimas aventuras o las nuevas llegadas del otro lado del mar, muchos comentaron la devastación causada por la Purga de Dragones y la mayoría de ellos discutió por lo que debía hacerse. En lo único en lo que se pusieron de acuerdo fue en que necesitaban más vino, y se lo sirvieron.

Un grupo de caballeros arrojaron huesos y cartílagos, y apostaron sobre quién los cogería, si los sabuesos de lord Gunthar o los enanos gullys, pero éstos, en general, eran más arteros y tenían más recursos; el único perro que estuvo a la altura fue una hembra excepcionalmente ágil y rápida. Durante el transcurso de la velada el animal arrebató una y otra vez el botín a los gullys desprevenidos. En una ocasión dos la pillaron, y enanos y perra empezaron a tirar como posesos de un hueso de ternera grande y carnosos. El animal agarraba firmemente con los dientes el extremo más grande, mientras que los gullys, un varón y una hembra, tiraban del extremo más pequeño.

Finalmente, la gully soltó el hueso con un aullido de frustración y se lanzó sobre el can dispuesta a hacer uso de una de las principales tácticas de ataque de los de su raza: morder. Los dientes amarillos de la enana centellearon, cogió una pata del animal y se la llevó a la boca. El perro intuyó el peligro y soltó el hueso, tras lo cual se marchó, arañando el suelo de piedra con las zarpas.

Antes de que la gully pudiera celebrar su triunfo, una borrosa figura marrón se abalanzó sobre ella y le quitó el hueso. La enana se puso de pie, gruñendo, y se enfrentó a su atacante.

—Comedor de setas —barbotó la enana y se apartó las greñas de los ojos. Entonces vio a su oponente y se encogió—. Ay, uy —dijo. Se puso pálida y echó una rápida mirada alrededor buscando una vía de escape.

—Ya vale, Gerda —gritó el gully ataviado con el gorro de rata, el que antes había

llamado la atención de lord Gunthar y sir Liam Ehrling—. ¿Cuántas veces dicho que no morder a mis amigos perros?

—No sé —respondió la gully con voz chillona—. ¿Dos?

—¡Dos y dos y dos! —contestó él.

De pronto, una copa de plata pasó silbando junto al gully del gorro de rata y lo salpicó de vino. El enano se agachó, aunque ya no era necesario, pues la copa no le había dado, pero Gerda aprovechó la oportunidad para escapar. Entretanto, el gully que había luchado por el hueso, y que todos habían olvidado en medio de la conmoción, se escabulló con el trofeo.

Un caballero, sentado frente al gully que había reprendido a Gerda, se puso de pie. Tenía el rostro rojo de rabia y sus rojizos mostachos solámnicos temblaban.

—¡Miserable rata! —vociferó el caballero—. ¡Me has hecho perder una pequeña fortuna! Ya te enseñaré yo a estropear una competición en la que he apostado. —El caballero cogió una pesada bandeja de plata que había encima de la mesa, y el gully se hizo un ovillo en el suelo.

—¡Sir Limpole! —gritó Gunthar al tiempo que se ponía de pie. El caballero se detuvo con la bandeja sobre la cabeza y miró al anciano Gran Maestro—. Dejad esa bandeja sobre la mesa ahora mismo.

»¡Que la dejéis, he dicho! —ordenó Gunthar cuando el caballero no le obedeció inmediatamente. Lentamente, sir Limpole devolvió la bandeja a la mesa. Desde el otro extremo de la sala, Gunthar taladró con la mirada al Caballero de la Espada.

»Joven, consideraos sancionado hasta que podamos convocar un Gran Consejo de Caballeros que juzgue vuestras acciones —dijo Gunthar; la mayoría de los caballeros asistentes al banquete ahogó una exclamación.

—¡Milord, debo protestar! —gritó el joven caballero, sorprendido—. ¡Es sólo... sólo un enano gully!

Pero Gunthar sólo oyó que gritaba: «¡Sólo un enano gully! ¡Sólo un enano gully!», y los músculos de la mandíbula le temblaron. Entonces, apartó la silla, anduvo hasta el extremo de la mesa, descendió los peldaños de la tarima y fue hacia el gully que seguía en el suelo, encogido. Pese a sus años, Gunthar caminaba con paso firme y enérgico, ni tambaleante ni vacilante. Lo único que delataba su avanzada edad era el temblor de las manos y el ligero cabeceo de su cabeza entrecana. El Gran Maestro se colocó entre el gully y sir Limpole.

—Este enano gully es mi perrero —dijo Gunthar.

—Mis disculpas, milord —empezó a decir Limpole, pero Gunthar lo interrumpió.

—El que sea o no mi sirviente poco importa. Es más débil que vos y, por vuestro honor de caballero, estáis obligado a protegerlo y a no atacarlo nunca —prosiguió Gunthar—. He sido indulgente en extremo con todos vosotros, y sir Liam puede dar fe de ello.

»He dejado pasar muchas faltas de respeto hacia vuestros mayores y hacia vuestros superiores —añadió mirando a todos los caballeros reunidos. Pocos lo miraron a los ojos y, los que lo hicieron, apartaron la vista inmediatamente—. Otros os habrían castigado por vuestra insolencia, pero yo he abogado por ser indulgente. Pero lo que sir Limpole ha hecho esta noche revela una grave deficiencia; estos asuntos deben ser juzgados por el Consejo General. Estas normas no son mías, sino de la Orden a la que todos pertenecéis.

»Este gully —añadió mirando al enano que seguía encogido en el suelo— hizo gala de honor y coraje al encararse a un congénere para proteger a los que tiene bajo su cargo: los perros. Me pregunto cuántos de vosotros hubierais hecho lo mismo. — Como reacción a estas palabras se oyó un rumor sordo en la sala, y sir Quintan se puso en pie.

—Lord Gunthar, éstas son palabras mayores. La conducta de sir Limpole es ciertamente reprensible, pero comparar a un noble caballero con un enano gully... es simplemente inaudito.

—¿Estáis seguro, sir caballero?

—No hay comparación. Es bien conocido que los enanos gullys son débiles, crueles y egoístas; venderían a su propia gente para salvar su miserable pellejo, por no mencionar su felonía con otras razas. Lo único que impide que representen un peligro para todos nosotros es su increíble estupidez. Incluso un valiente debe guardarse de un cobarde —arguyó Quintan.

—¿Quién puede afirmar honestamente que la raza humana no es igualmente despreciable? Incluso algunos caballeros lo son; muchos de los que están aquí esta noche traicionarían a todos sus compañeros para salvar sus propias vidas, y otros harían cualquier cosa para vengarse de un agravio imaginario. Incluso algunos llegarían a matar a sus propios hermanos para acrecentar su poder —replicó Gunthar.

Entonces se volvió hacia el enano gully y le dijo:

—Levántate muchacho. No tengas miedo. —El aterrorizado gully se puso lentamente de pie, pero se ocultó lo mejor que pudo detrás de las piernas del Gran Maestro, sin atreverse a enfrentarse a las severas miradas de los demás caballeros.

—Algunos dirán que os preocupáis más por estos indeseables que por vuestros propios caballeros, lord Gunthar —se atrevió a decir sir Limpole.

—Lord Gunthar, considerad lo que dice —intervino Liam. Más y más miradas airadas se posaron en el Gran Maestro, de pie al lado del enano gully.

—Lo he considerado, Liam —repuso Gunthar. Entonces se volvió hacia los demás y dijo en voz alta—: Caballeros, os presento al señor don Ayuy Cocomur, de la raza de los enanos aghar. Ayuy es el encargado de mis sabuesos, con todos los deberes y responsabilidades que conlleva esta posición. Hoy, cuando uno de mis perros iba a sufrir un daño físico a manos de otro gully, Ayuy lo defendió. ¿Qué

decís? ¿Fueron honorables las acciones de Ayuy y dignas de elevarlo a la categoría de escudero de caballero?

Un rugido de indignación respondió al Gran Maestro. Quintan aporreó la mesa y gritó:

—Lord Gunthar, sed razonable. ¿Estáis sugiriendo acaso que un enano gully sea admitido en la Orden de los Caballeros de Solamnia como escudero?

Liam Ehrling simplemente se cubrió el rostro con las manos y suspiró. Los caballeros se enzarzaron en discusiones que no tenían visos de remitir.

Lord Gunthar agachó la cabeza lentamente, como si la edad lo fuera venciendo a la vista de todos. Oyó voces que pedían su dimisión y otras que insinuaban que se había vuelto loco y que ya no estaba capacitado para ocupar el puesto de Gran Maestro. Pero, en medio del tumulto, oyó una voz que gritaba: «¡Sí, sí!». Gunthar escudriñó la multitud hasta localizar al solitario disidente: era un joven de Tarsis, un Caballero de la Espada. Sin que los que lo rodeaban repararan en él, el joven caballero repetía su respuesta a la pregunta de Gunthar, y el anciano caballero cobró nuevos ánimos.

—¡Sir Elinghad! —gritó lord Gunthar hasta que el barullo remitió—. ¿Sir Elinghad, qué decís vos?

—Digo que sí, que las acciones del gully fueron honorables —afirmó el joven caballero.

—¡Ahí lo tenéis! —exclamó Gunthar y antes de que nadie pudiera replicar, preguntó—: ¿Lady Meredith, Suma Sacerdotisa, qué decís?

—Las acciones del gully fueron... sí, fueron honorables —respondió la dama. Se oyeron nuevos gritos de protesta, pero lady Meredith golpeó la mesa con el puño hasta que se calmaron y entonces añadió—: Sí, el enano gully se comportó de manera honorable, pero en esta cuestión estoy de acuerdo con los demás caballeros: es imposible admitir a un enano gully en nuestras filas.

—No es ésa mi intención —replicó Gunthar. Extendió la mano y dio unos golpecitos al gully en el gorro de piel de rata—. Ayuy es valiente y honorable para ser un enano gully, pero no es y nunca podrá ser un caballero.

—Entonces, ¿por qué, por qué en nombre de Paladine...? —gritó Liam, pero se sentía tan consternado que no acabó la frase.

—Para probar algo —respondió Gunthar.

—Milord, ¿qué os proponéis con tanto hablar de nuestras normas de admisión? ¿Qué sugerís exactamente? —preguntó Meredith—. ¿Por qué nos habéis convocado?

Antes de que lord Gunthar pudiera responder, un cuerno sonó en las almenas, y le siguió otro en el patio, bajo la ventana. Su atronador y estridente sonido, que retumbó con una nota de miedo, silenció todas las discusiones. Los últimos ecos aún no se habían apagado cuando las puertas de la sala se abrieron de golpe y un caballero entró



corriendo, sudoroso.

—Lord Gunthar —jadeó—. Dragones por el este.

—¿De qué tipo? —gritó Liam al tiempo que se levantaba de un salto—. ¿De qué color?

—Son Azules, milord —respondió el caballero.

—¡Los Caballeros de Takhisis han roto la paz! —rugió Liam—. Sabía que lo harían.

—¡Llamad a los Dragones Plateados! ¡Empuñad las Dragonlance! ¡A las armas! ¡A las armas! —vociferó sir Quintan subiéndose de un salto a la mesa, y provocando que bandejas y platos cayeran al suelo con estrépito.

Los gullys, olvidados momentáneamente en la repentina conmoción, se abalanzaron sobre la comida. Al poco rato, estaban gruñendo y bufando, como si nada hubiera pasado, lamiendo felizmente la sopa derramada sobre las losas.

—¡Un momento! —gritó Gunthar en medio del barullo que armaban los caballeros que empezaban a correr hacia la batalla. Para acabar de rematarlo, los perros se pusieron a ladrar furiosamente. Gunthar se abrió paso entre la multitud de caballeros para tratar de llegar a la puerta antes de que nadie pudiera salir.

—¡Esperad! —gritó—. ¡Sir Elinghad, sostened la puerta! —El joven Caballero de la Espada había sido el primero en llegar y estaba a punto de salir corriendo cuando oyó a Gunthar gritar su nombre. Entonces, se detuvo e hizo lo que le ordenaba el Gran Maestro, impidiendo que nadie saliera.

—¡No hay motivo de alarma. Yo los invité!

Súbitamente se hizo el silencio en la sala. Lentamente Liam se volvió hacia lord Gunthar y, con un gruñido, preguntó al mensajero entre dientes:

—¿Cuántos Dragones Azules habéis avistado?

—Doce, señor —repuso el caballero—. En tres escuadrillas de cuatro.

—¿Han localizado algún barco los guardias de la costa?

—Hasta ahora ninguno.

—Lord Gunthar, ¿cómo sabéis que no son los precursores de un ataque a gran escala? —preguntó Liam. Pese a sus evidentes esfuerzos por mantener la compostura, los bigotes le temblaban y los oscuros ojos le ardían.

—Lo sé porque yo los invité —dijo Gunthar, y entonces tropezó con Ayuy. El gully no se había apartado de su lado; en realidad, seguía aferrado a las piernas del caballero. Sir Quintan agarró al anciano Gran Maestro para que no cayera—. Oye Ayuy, tendrás que soltarme para que pueda recibir a nuestros visitantes —dijo.

—No, papá. No ir, papá —gimoteó el gully.

—¡Deberíais habernos avisado, milord! —exclamó Liam, enojado por la interrupción.

—¿Y cuál habría sido vuestra reacción si os hubiera anunciado que había enviado un mensaje a la comandante de los Caballeros de Takhisis en el que le proponía la fusión de las dos Órdenes? —inquirió Gunthar, al tiempo que soltaba uno a uno los dedos del gully que le rodeaban el muslo. Todos los reunidos ahogaron una exclamación. La tensión entre el Gran Maestro de la Orden y su protegido y sucesor se palpaba en el aire.

—¡No podéis haber hecho tal cosa! —susurró Liam.

—Sí, lo hice. ¿Y cuál habría sido vuestra actitud si os hubiera dicho que ella ha aceptado, y con entusiasmo, y que los dos convinimos que si queremos que las Órdenes de caballería sobrevivan, deben unirse?

—¿Lord Gunthar, cómo habéis podido hacer esto por vuestra cuenta, sin consultarnos? —preguntó lady Meredith. La dama se puso delante de Liam Ehrling, rompiendo así la tensión entre los dos poderosos caballeros—. Va contra todo lo que defendemos. Es una flagrante violación de los procedimientos que prevé la Medida.

—Soy consciente de ello, Meredith. ¿Acaso no estamos revisando y modificando la Medida? —inquirió Gunthar, que por fin se había librado del enano gully—. Maestro perrero, lleva a los animales a la perrera y ocúpate de darles agua —ordenó a Ayuy. El gully se retiró de mala gana e inclinó la cabeza.

Satisfecho, Gunthar se volvió hacia la puerta. Por un momento, él y Liam se miraron, cara a cara, en silencio. Liam, que sacaba una cabeza al caballero de mayor edad, parecía estar a punto de retar a su superior o impedirle que abandonara la sala. Gunthar pareció notarlo, porque se irguió completamente y avanzó hacia la puerta. Liam bajó la mirada y se hizo a un lado.

—Abre la puerta, Elinghad, y acompáñame —dijo.

El joven caballero obedeció, abrió raudo la puerta de par en par y siguió al Gran Maestro. Los demás caballeros los siguieron.

Liam Ehrling echó un último vistazo al espectáculo que ofrecía la sala de banquetes: el suelo seguía cubierto de perros y gullys, sobre las mesas se amontonaba la comida y el vino derramado goteaba al suelo. Sus ojos se posaron en el perrero de Gunthar e, inesperadamente, el enano percibió la mirada e imitó a la perfección el saludo de caballero. Liam bufó, dio media vuelta y salió con paso digno.

Gunthar iba a la cabeza de los caballeros que se dirigían al patio. Los sirvientes y los hombres de armas corrían frenéticos de un lado a otro, preparándolo todo para recibir a los inesperados visitantes; mientras que algunos se aprestaban para el combate, otros actuaban como si, inopinadamente, hubiera llegado un alto dignatario.

Gunthar iba explicando sus acciones mientras se abría paso tranquilamente entre el caos.

—Cuando las cosas se ponen feas, es preciso adoptar medidas desesperadas, A menudo hay momentos en los que un hombre, o una mujer, debe tomar una decisión

y asumir su responsabilidad. Si hubiera consultado al Gran Consejo, los debates se hubieran prolongado durante años, y entonces ya hubiera sido demasiado tarde. —El Gran Maestro dobló una esquina y descendió una ancha escalera, con los demás caballeros a la zaga.

»Cuando Pyrothraxus descubra lo débiles que somos realmente, no se contentará con esclavizar a los gnomos del Monte Noimporta. Ya sabe que puede atacar impunemente las embarcaciones que navegan alrededor de la isla; hace pocos meses, hundió un barco pirata de Ergoth y el galeón que los Caballeros de Takhisis enviaron para capturarlo. El barco que enviaron para localizar su nave, también desapareció sin dejar rastro.

Gunthar se detuvo bajo un arco al pie de la escalera y levantó la vista hacia los caballeros.

—No pasará mucho tiempo antes de que Pyrothraxus ponga a prueba nuestras defensas del norte y descubra que son casi inexistentes. Nuestros castillos están virtualmente vacíos, los campos que los rodean ya no se cultivan y la maleza los invade. Necesitamos caballeros en las almenas y los muros, y dragones para defenderlos. Yo no soy mago y no puedo hacer aparecer dragones y ejércitos de debajo de las piedras con sólo hacer así —dijo, chasqueando los dedos. Entonces dio media vuelta y avanzó por un corredor jalonado por antorchas colocadas en apliques de plata.

»Necesitamos hombres con experiencia en la lucha —y alguien a sus espaldas carraspeó—. Y mujeres —añadió el caballero.

—Pero lord Gunthar, sin duda podríamos encontrar caballeros en otra parte —dijo sir Quintan.

—¿Dónde Quintan? Nunca habíamos tenido tan pocas solicitudes de ingreso desde la época posterior al Cataclismo —replicó Gunthar.

—Yo siempre he pensado que deberíamos abrir la Orden a los enanos y los elfos —dijo lady Meredith—. Hay precedentes, por ejemplo el enano Kharas y la princesa elfa Laurana.

—Tan sólo eran miembros de honor —objetó Quintan.

—Olvidáis que fue Laurana quien nos condujo a la victoria durante la Guerra de la Lanza —repuso Meredith al punto.

—Y, más recientemente, Tanis el Semielfo —añadió el joven Elinghad. Quintan se tomó a mal la interrupción y quiso decir algo más, pero no tuvo ocasión.

Al aproximarse a la puerta que conducía al patio, un gran número de soldados salieron de los barracones que flanqueaban el corredor, poniéndose a toda prisa la armadura mientras corrían.

—Los elfos y los enanos tienen sus propios problemas —dijo Gunthar a lady Meredith parado ante la puerta y poniendo así fin a la discusión. Se atusó

nerviosamente los mostachos y preguntó—: ¿Cómo estoy?

Lady Meredith se acercó a él y le ajustó mejor la espada que pendía del cinto. Los ojos azul cobalto de la dama centelleaban y aprovechó el momento para preguntarle en un susurro:

—¿Milord, estáis absolutamente seguro de que esto está bien?

—No —respondió él con una sonrisa.

—Lord Gunthar, antes de que proceda —se oyó la voz de Liam Ehrling desde el fondo—, quiero hacer constar que yo me opongo totalmente. No se puede confiar en los Caballeros de Takhisis.

—Sir Liam, estoy seguro de que ellos piensan lo mismo de nosotros —replicó lord Gunthar.

El capitán de los guardias del castillo Uth Wistan se aproximó desde el patio y saludó a lord Gunthar con una inclinación de cabeza.

—Milord, estamos preparados.

—¿Lo notáis? —gritó Alya al viento.

—¿Notar qué? —preguntó a su vez Tohr, volviéndose sobre la montura del dragón para oír mejor a su oficial.

—Hay ojos vigilantes en el bosque, bajo nosotros —respondió la teniente al tiempo que se inclinaba hacia adelante en la silla de montar con cabida para tres personas.

—¿Qué habéis dicho? —inquirió el caballero que montaba tras ella, pero la mujer hizo caso omiso.

—No lo había notado —admitió Tohr.

Por un momento el dragón cesó su lento batir de alas y planeó en el aire nocturno por encima del bosque de Gunthar. Entonces volvió su enorme testa cubierta de escamas y miró a sus jinetes.

—Yo sí los noto —dijo el dragón y su voz resonó como un gran retumbo—. Y también los he visto: Dragones Plateados que acechan en la oscuridad. No les gusta que estemos aquí. —Dicho esto, el dragón volvió a batir lentamente sus enormes alas y los jinetes se vieron propulsados hacia atrás en la silla cuando el fabuloso animal se elevó en el aire para salvar una colina cubierta de árboles que apareció de pronto en la oscuridad.

Mientras giraban, Alya Hojaestrella echó la vista atrás y distinguió en el oscuro cielo otros once Dragones Azules; todos ellos llevaban una silla de montar para tres hombres, y volaban en perfecta formación, en cuatro grupos de tres. De vez en cuando, la luz de las estrellas arrancaba un destello a una hebilla o a una espuela, y eso era lo único que revelaba que los dragones portaban jinetes. La mujer se movió intranquila en la silla, tratando de aliviar su dolorida espalda. Las sillas de montar habían sido diseñadas en un principio para transportar tropas draconianas, por lo que eran de una incomodidad casi insoportable. Además, la pesada armadura de escamas de dragón que llevaba no facilitaba demasiado las cosas.

«Al menos —pensó—, no nos sigue ningún Plateado que intranquilece a nuestros Azules».

—¿Cuánto queda? —gritó el caballero sentado detrás de ella, y Alya no respondió, aunque ella se preguntaba lo mismo. El vuelo desde Qualinost estaba siendo el más duro que había realizado en su corta pero azarosa carrera como Dama de su Oscura Majestad, Takhisis. En silencio maldijo la escasez de Azules que sufrían últimamente; unos pocos años antes, los treinta y seis caballeros que componían la expedición habrían montado sus propios dragones, con arneses de batalla que eran un lujo comparados con estos malditos artilugios draconianos. Pero la llegada de nuevos

dragones del otro lado del mar lo había cambiado todo. En ese momento, el número de Rojos y Azules disminuía rápidamente; los Negros se habían retirado a sus tenebrosos lagos y ciénagas; los Verdes se habían marchado nadie sabía adónde y los Blancos, lejos, en las regiones árticas no servían para nada.

Pese a que aborrecía navegar, Alya casi deseaba haber tomado un barco; pero, entonces, recordó lo peligroso que era últimamente viajar a Sancrist por mar. Su hermana más joven había perecido cuando el *Donkaren*, un galeón de la armada de los Caballeros de Takhisis, fue atacado por el Dragón Rojo, Pyrothraxus, frente a la costa de la isla Cristyne. Eso había ocurrido pocos meses antes, a principios de verano, y aunque las hojas de los árboles ya empezaban a adquirir una tonalidad dorada y rojiza, el dolor por la pérdida seguía siendo igual de intenso.

Un gruñido del dragón devolvió a Alya a la realidad. Debajo de ellos, almenas de piedra gris brillaban débilmente a la luz de las estrellas. Por encima de los árboles que coronaban una colina se alzaban las torres de un castillo solámnico. El dragón se aproximó a un tiro de lanza a las torres del castillo y, mientras lo sobrevolaban, Alya vio con regocijo las sobresaltadas caras de un grupo de soñolientos guardias que levantaban la vista hacia ellos con una mezcla de sorpresa y horror. La mujer soltó una carcajada al viento.

—Sería facilísimo conquistar esta tierra —comentó, y el dragón le dio la razón con una risa sorda, con la que señalaba que estaba dispuesto a participar en semejante empresa.

—¿Qué? —preguntó el caballero situado a sus espaldas.

—Sí —convino su comandante y jefe de la expedición, sir Tohr Malen, sin volverse—. Pero no podríais conservarla. Mirad detrás de vos.

Alya se volvió. En lo más alto de una de las torres del castillo, una almenara encendida dentro de una rejilla de hierro empezó a llamear furiosamente y, a la luz del fuego, la dama vio las figuras de hombres armados que corrían frenéticamente y señalaban al cielo. Los dragones fueron pasando uno a uno sobre el castillo y las escamas azules de sus barrigas reflejaron la luz de las llamas.

—Y, ahora, mirad allí —le indicó sir Tohr.

A varios kilómetros de distancia delante de ellos, una chispa refulgió en la oscuridad, y pronto se convirtió en otra hoguera que ardía furiosamente. Siguiendo una orden de Tohr, el dragón se ladeó para no volar demasiado cerca. Pocos minutos después, en todas las cumbres de las colinas hasta donde les llegaba la vista ardían almenaras. Algunas parecían parpadear, y Alya vio a unos hombres que agitaban mantas delante de ellos.

—¿Qué hacen? —preguntó.

—Tienen un código —respondió Tohr—. No sólo avisan de que hay peligro sino de qué tipo de peligro se trata. Es realmente ingenioso.

—Podría detenerlos —se ofreció el dragón.

—No es necesario. Nos están esperando —replicó Tohr.

—¿Estáis seguro? A mí me parece que están bastante sorprendidos de vernos —dijo Alya, señalando un villorrio situado en medio del bosque. En un calvero vieron a los asustados campesinos que corrían de un lado a otro con antorchas y contemplaban con temor al cielo, por encima de sus hombros.

—Sí, pero los Dragones Plateados no nos atacan —le respondió Tohr—. No habríamos podido llegar tan lejos si Gunthar no hubiera avisado a los Dragones Plateados de que veníamos.

»Mantente alejado de las almenaras y de las aldeas —ordenó Tohr al dragón—. Tenemos que evitar cualquier incidente.

—Sí, lord Tohr —gruñó el dragón.

—Y cuando nos dejes, vuela directamente a Neraka, donde nuestra Comandante Suprema, lady Mirielle Abrena, espera tu regreso. Recuerda que, mientras sobrevuelas Sancrist, los Plateados te estarán vigilando, así que nada de saqueo o lo echarás todo a perder.

—Sí, lord Tohr.

Alya se inclinó hacia adelante en la silla y posó una mano sobre el brazo de Tohr. El hombre se sobresaltó, pero no se volvió, sino que se limitó a decir entre dientes:

—Y nada de confraternizar con los superiores, soldado.

—Sí, lord Tohr.

—¿Qué? —preguntó el caballero que montaba detrás de ella.

—Nadie está hablando con vos, Trevalyn —le espetó finalmente la teniente.

—Espero que estemos cerca —refunfuñó Trevalyn al tiempo que repetía quizá por centésima vez el gesto de arrebujarse en su capa—. Necesito descanso y tiempo para estudiar mis hechizos.

—¿Por qué? ¡No os sirven de nada! —se rió Alya.

—El destino de un mago es tener que renovar diariamente sus hechizos —dijo el caballero, repitiéndolo como si fuera un mantra.

—La magia está muerta. Desapareció junto con las lunas —se mofó Alya—. Estáis aquí como representante de la Orden de la Espina, nada más. No tratéis de colarme vuestros trucos y misterios; no tenéis poder. —La dama se volvió y añadió a media voz—: De todos modos, no entiendo por qué los Caballeros Grises siguen formando parte de la hermandad si son completamente inútiles.

\*\*\*

Fue una suerte que no viera el rostro de Trevalyn en ese momento. El hechicero se imaginó que los ojos de la mujer entraban en erupción, pero finalmente se puso a



contemplar el panorama nocturno de la isla de Sancrist, que se extendía debajo de él como una manta de terciopelo negro, adornada aquí y allí con joyas refulgentes.

El dragón hendía el aire sorteando las arboladas colinas del sur de Sancrist, procurando volar casi rozando las copas de los árboles, pues de todos era sabido que a lord Tohr Malen no le gustaban las alturas. Trevalyn contempló el denso bosque a sus pies casi con desprecio. Él pertenecía a una raza que amaba el desierto y no le gustaban ni los bosques ni las tierras de labranza, excepto para destruirlas con su magia. Pero, tal como Alya había dicho, su magia se había esfumado. Cuando acabó la Guerra de Caos, todos los dioses abandonaron Krynn y se llevaron la magia con ellos, despojando así de poder y esperanza a los magos del mundo, que eran como príncipes a los que hubieran arrebatado su derecho sucesorio. No obstante, Trevalyn conservaba una pizca de magia; sus sentidos seguían aún sintonizados con las cosas. Su fino olfato percibió en el viento el suave olor a brezo del ganado y sus establos, así como el apetitoso aroma de humo de leña y de carne asándose, pero también notó el hedor de madera húmeda y podrida de los Dragones Plateados, que le recordó que esos parajes estaban vigilados día y noche por esos engendros brillantes. En una corriente subyacente de la brisa flotaba el aliento sulfuroso del extraño dragón llegado a la isla hacía poco tiempo y que ya dominaba la mitad septentrional. Desde luego Trevalyn conocía a Pyrothraxus; ¿qué mago no había oído hablar de los nuevos dragones llegados del otro lado del mar, qué mago no los veía en sus sueños y ambicionaba la magia que parecían poseer?

Los Caballeros de la Espina estaban a punto de extinguirse. En otro tiempo habían formado una poderosa ala de ataque de los Caballeros de Takhisis y ocupado una posición de honor entre los Caballeros del Lirio y de la Calavera. Los grises habían roto con la larga tradición de la magia en Krynn y habían luchado con ahínco para establecerse como una Orden independiente de los Túnicas Negras, Rojas y Blancas; eso lo simbolizaban con su túnica gris.

Pero, entonces, los Caballeros Grises no eran más que funcionarios, reliquias de una época pasada y los caballeros de las otras Órdenes los despreciaban. Pese a que Takhisis había abandonado Krynn junto a los demás dioses en la Guerra de Caos, sus paladines y clérigos todavía eran merecedores de un cierto respeto, incluso por parte de dragones y similares. Los Caballeros de la Calavera, en su mayoría clérigos, eran realmente temibles y fanáticos ya que, por su total seguridad en que al final estarían al lado de su Reina de la Oscuridad, luchaban temerariamente y eran despiadados en todo lo que hacían. Los Caballeros del Lirio eran guerreros consumados, tan puros como el fuego de la forja, e igual de implacables. Y los Caballeros de la Espina... bueno, al parecer sus tiempos de gloria habían acabado. Los pocos que quedaban eran casi todos ellos ancianos, hombres y mujeres de lengua ponzoñosa, que se odiaban a sí mismos y en lo que se habían convertido; pero eran incapaces de marcharse y

cambiar de vida.

De momento, la mayor preocupación de Trevalyn era la misión que debían cumplir en el castillo Uth Wistan, que se levantaba casi en el corazón del bosque meridional de la isla de Sancrist. No se tenía memoria de que ninguna criatura maligna (él incluido) hubiera estado allí, pues era la tierra de la Explanada de la Piedra Blanca, el corazón y el alma de los Caballeros de Solamnia. Había sido allí donde, muchos siglos atrás, Vinas Solamnus tuvo la visión a raíz de la cual fundaría la Orden de los Caballeros de Solamnia. Tan sólo con pensar en un lugar tan bueno y sagrado, Trevalyn se sentía lleno de odio. La misión no le gustaba ni un ápice, porque él y sus compañeros caballeros estaban allí no para luchar, sino en son de paz; tenían prohibido atacar a nadie, ni siquiera si los provocaban. Al hechicero no le hacía ni pizca de gracia todo aquello y se sentía invadido por la desazón y los malos presentimientos. Para acabar de rematarlo, las articulaciones le dolían por el frío aire otoñal. Por enésima vez desde que iniciara la travesía del frío mar de Sirrion, el Caballero de la Espina anheló regresar a la calidez de su hogar en el norte.

Un movimiento de lord Tohr, el líder de la expedición, interrumpió las cavilaciones de Trevalyn. Tohr señalaba a la izquierda donde, aun a cierta distancia, la pálida luz de la luna iluminaba las almenas de piedra blanca, de un castillo grande y antiguo, que se alzaban por encima de las copas de los árboles. Todas las ventanas y los marcos refulgían con luz amarilla, mientras que los árboles que lo rodeaban se recortaban contra la luz de las fogatas que ardían en el patio.

—El castillo Uth Wistan —gritó lord Tohr al viento. El dragón asintió con su enorme testa y empezó a bajar.

Descendieron hasta la altura de las copas de los árboles y rozaron las ramas de los más altos. Volando tan bajo podían percibir el sonido de los cuernos que resonaban en el bosque y veían sinuosas hileras de antorchas en los caminos que conducían al castillo. Al bajar la vista, Trevalyn y Alya se quedaron estupefactos por la rapidez con la que los habitantes de la zona habían respondido a la llamada a las armas. Parecía que había pasado menos de media hora desde que se encendiera la primera almenara que anunciaba su presencia y la gente ya corría hacia las posiciones de defensa. Debajo de ellos, la luz de las antorchas chispeaba y se reflejaba en yelmos bruñidos y brillantes lanzas, como estrellas en la superficie de un vasto lago.

De pronto, se abrió un claro y el castillo Uth Wistan surgió ante ellos, intensamente iluminado por numerosas fogatas tanto fuera de sus muros como en el patio interior. Delante de la puerta les esperaba un nutrido grupo de guerreros alineados mientras que los capitanes, montados en caballos blindados, flanqueaban sus líneas. Aquí y allá se veían algunas Dragonlance largas y plateadas, que refulgían peligrosamente a la luz de los fuegos. El dragón gruñó y aumentó la velocidad.

Cuando dejó atrás los árboles y apareció de pronto en el cielo sobre el castillo,

Alya contempló con regocijo que las líneas de guardias que esperaban a la puerta flaqueaban, mientras los capitanes pugnaban por controlar a sus asustados caballos. El dragón voló directamente hacia ellos, enorme y amenazador, extendiendo delante de él una marea de miedo e infundiendo pavor a los guardias. Al aproximarse a los muros del castillo, el alado animal se ladeó y ganó altura bruscamente, rozando las almenas con su cola semejante a un timón. Alya miró hacia atrás, mientras ascendían casi verticalmente por encima del castillo, y vio a los odiados Caballeros de Solamnia que salían en masa al patio. Cuando el vertiginoso ascenso la apretó contra la silla del dragón, la teniente sintió la emoción del vuelo del dragón, pero sabía que lord Tohr probablemente estaría furioso y también un poco asustado, porque odiaba volar y muy especialmente, las alturas.

El dragón continuó ascendiendo en el cielo nocturno de manera espectacular y fue disminuyendo la velocidad hasta que quedarse inmóvil en el aire, como si flotara. En esos momentos de calma, Alya oyó, muy abajo, gritos de terror causados por los demás dragones que planeaban sobre el castillo Uth Wistan. Entonces, el dragón se zambulló, como si fuera un saltador, y se dejó caer como una lanza, con la nariz apuntando al suelo y las alas pegadas al cuerpo. La caída era tan vertiginosa que el viento se convirtió en un rugido ensordecedor. El suelo se acercaba rápidamente hacia ellos. Lord Tohr empezó a aporrear al dragón en el cuello y, lentamente, el animal desplegó las alas y frenó la caída; las enormes articulaciones y tendones crujieron.

Cuando pasó junto a los muros del castillo, su aleteo avivó las llamas de las fogatas y levantó nubes de chispas y de cenizas calientes, que revolotearon en el patio. Finalmente, el dragón plegó las alas hacia atrás y puso los pies sobre el suelo. Inmediatamente empezó a escarbar con sus garras los adoquines del patio.

Lord Tohr permaneció sentado mientras los demás dragones iban aterrizando a su alrededor, uno a uno. El viento que levantaban llenaba el aire con el humo y las cenizas de las hogueras. Poco a poco, los descomunales cuerpos cubiertos de escamas azules fueron ocupando el patio, pegados unos a otros, y sus alas se rozaban al removerse, incómodos. Un extraño silencio se apoderó del lugar. Nadie desmontaba; los Caballeros de Takhisis esperaban la señal de su líder mientras estudiaban en silencio a sus viejos enemigos, los Caballeros de Solamnia.

Frente a ellos, de pie delante de las enormes puertas de madera que conducían a la sección principal del castillo, varias docenas de caballeros solámnicos mantenían la formación pese al miedo que les inspiraban los Dragones Azules. Exteriormente no revelaban ninguna emoción, pero a Alya le alegró ver que muchos tenían el rostro perlado de sudor.

Otros parecían incapaces de estarse quietos y se apoyaban ora sobre un pie ora sobre el otro, como si estuvieran a punto de huir en cualquier momento. Alya rió silenciosamente.

Pero lord Tohr, sentado justo tras la cerviz del dragón, continuó inmóvil. Tal vez estaba dejando que la tensión entre los dos grupos de caballeros creciera, tal vez no quería dar el primer paso, ya que podría interpretarse como un signo de debilidad, o tal vez aún se estaba recobrando de su accidentado aterrizaje. Sea como fuere, los dragones se mostraban cada vez más intranquilos. El gran Azul que montaban Tohr y Alya emitió un profundo gruñido desde la cavidad pectoral.

Los Caballeros de Solamnia tampoco hicieron ningún gesto para romper el hielo, sino que se mantuvieron callados, en actitud distante, o incluso despectiva. Alya examinó a los presentes para localizar a su comandante, lord Gunthar Uth Wistan, y finalmente dio con él en el centro del grupo. Aunque era uno de los hombres de más edad de Krynn, el Gran Maestro de los Caballeros de Solamnia seguía siendo alto y arrogante, como un caballero de una época mejor pero ya pasada. Lord Gunthar permanecía inmóvil, muy erguido, con una mano sobre el pomo de la gran espada que llevaba al cinto, mientras observaba a los dragones y a sus jinetes.

A la izquierda del Gran Maestro y un poco retrasado, Alya divisó a otro hombre, un caballero que le había sido descrito en todo detalle. Era una cabeza más alto que lord Gunthar y, pese a que era uno de los miembros activos más veteranos de la Orden, sus rizos y mostachos seguían siendo oscuros. No era tan viejo como Gunthar, pero también él había sido uno de los caballeros que defendieron la Torre del Sumo Sacerdote cuando los ejércitos de Takhisis atacaron la ciudad de Palanthas. Soltero, sin hijos y sin lazos familiares que lo distrajeran, sir Liam Ehrling, Primer Jurista de la Orden Solámnica, se consagraba a la hermandad en cuerpo y alma. Era el protegido de lord Gunthar y todo el mundo suponía que cuando el viejo Gran Maestro muriera, él lo sucedería. Aunque su rostro se veía tan inexpresivo como un bloque de piedra, sus ojos oscuros ardían, y Alya notó con interés que su mirada se posaba más a menudo en lord Gunthar que en los dragones y los Caballeros de Takhisis, que se mostraban ante él en toda su gloria y todo su terror.

—Creo que no confían en nosotros —susurró la dama a Tohr.

—Tampoco yo confío en ellos —replicó Tohr—. Podría tratarse de una encerrona.

—Bueno, deberíamos hacer algo o nos quedaremos aquí sentados toda la noche —dijo Alya.

—Gunthar nos invitó. Dejemos que sea él quien haga el primer movimiento —gruñó Tohr.

Como si lo hubiera oído, Gunthar se adelantó, y un joven y atractivo caballero se apresuró a seguirlo, pero el Gran Maestro lo detuvo con un ademán; luego se dirigió al centro del patio, donde esperaban los dragones.

—Quedaos aquí —ordenó lord Tohr. Se puso de pie en la silla y después bajó del lomo del dragón ayudándose con las correas y los adornos de la montura. Una vez en el suelo, se adelantó, aunque se detuvo brevemente junto a la cabeza gacha del Azul

como si conferenciara.

—Un solo movimiento en falso y lo achicharro —susurró el dragón, si es que un dragón puede susurrar.

—No harás nada —replicó lord Tohr sin volverse ni mostrar ninguna emoción—. Otro truquito de los tuyos y me encargaré personalmente de que pases el resto de tus días empollando huevos. ¿Lo has entendido?

—Sí, lord Tohr —gruñó el dragón.

Después de solucionar este asunto, lord Tohr siguió avanzando por el patio. Pese a que la espalda le dolía por el frío y las muchas horas que se había pasado montado en la silla del dragón, se comportó con dignidad; la mano izquierda descansaba encima de la gran maza negra que llevaba a la cintura, y balanceaba la derecha, marcando marcialmente el paso.

Gunthar avanzó más lentamente, aunque con actitud igualmente digna. La mano con la que agarraba el pomo de la espada temblaba ligeramente, pero no de miedo. Las espuelas repicaban al andar y rasgaban el silencio casi total que reinaba en el patio. Una ráfaga de viento azuzó las llamas, que crepitaron y lanzaron chispas que flotaron sobre el patio.

Los dos imponentes caballeros se detuvieron a unos metros de distancia uno del otro. Al fijarse en la penetrante mirada de Gunthar, Tohr, que era un perspicaz juez de sus semejantes, decidió que el Gran Maestre no mentía ni estaba desquiciado, tal como algunos de sus compañeros habían sugerido al recibir la inesperada oferta de unir ambas Órdenes. Puesto que Gunthar había hecho el primer movimiento al ir a su encuentro, Tohr le devolvió el gesto y fue el primero en hablar.

—Tohr Malen, Caballero de la Calavera, a vuestro servicio —dijo, y se inclinó ligeramente por la cintura.

—Gunthar Uth Wistan, Caballero de la Rosa, para serviros —respondió Gunthar, devolviéndole el saludo—. Bienvenidos a la isla de Sancrist. —El Gran Maestre se adelantó y le tendió la mano.

Tohr la aceptó y ambos se dieron un apretón. Por un momento se quedaron así, frente a frente y con las manos agarradas con firmeza. Entonces se volvieron para que ambos grupos vieran sus manos unidas.

Con un amplio ademán de su mano libre, el caballero negro señaló a sus compañeros montados en dragones.

—Le presento la delegación de los Caballeros de Takhisis. Solicitamos permiso para residir en esta tierra y trabajar en la fusión de nuestras dos grandes Órdenes —dijo.

—¡Bienvenidos! —gritó Gunthar y su voz resonó en todo el patio—. ¡Bienvenidos al castillo Uth Wistan!

Los Caballeros de Takhisis lo vitorearon y se dispusieron a desmontar.

Cuando contempló a lord Gunthar, que atravesaba el patio para ir al encuentro del jefe de los Caballeros de Takhisis, a lady Jessica Rocavestina se le revolvió el estómago, no precisamente porque acabara de devorar la suficiente carne para alimentar a tres famélicos enanos, ni porque la tensa escena entre los caballeros y lord Gunthar hubiera sido interrumpida por la llegada de los enemigos más odiados por los Caballeros de Solamnia, sino porque nunca se hubiera imaginado que vería de tan cerca un Dragón Azul, y mucho menos una docena. Su aura mágica le había producido un sudor frío que ahora le corría por las mejillas y notaba el estómago como si se hubiera tragado un pedazo de hielo del tamaño de un Orbe de los Dragones. La dama no pudo evitar dar nerviosos toques al pomo de su espada cuando el líder de los Caballeros de Takhisis se paró al lado de la cabeza de su dragón y murmuró algo. Jessica se puso rígida y esperó alguna traición.

Pero nada violento ocurrió, por el momento. El comandante de los caballeros negros avanzó para reunirse con lord Gunthar en el centro del patio. Ambos hombres se estrecharon las manos, aunque no era fácil decir si se trataba de una encajada de manos amistosa o más bien de un pulso. Al Caballero de Takhisis se le marcaban los músculos del brazo como si estuviera estrujando la mano de Gunthar, y éste correspondía animosamente. Entonces, se dieron la vuelta y Gunthar gritó algo, a lo que los Caballeros Negros respondieron con un bramido y empezaron a desmontar de sus dragones. Por un momento, lady Jessica creyó que se disponían a atacar.

—Envainad la espada, dama —masculló el veterano guerrero que tenía a su lado.

Lady Jessica levantó la mirada y reconoció a sir Liam Ehrling junto a ella. La dama tembló con tan sólo pensar que sir Liam había estado junto a ella todo el tiempo y esperó no haber pensado en voz alta, un hábito fruto de su soledad casi continua. Jessica habitaba un viejo y destartalado castillo, con la única compañía de un anciano enano que se ocupaba de su caballo y de sus armas, y su misión era vigilar la frontera septentrional de las tierras de los caballeros. Era la primera vez, desde que era Dama de la Corona, que lord Gunthar había solicitado su presencia en un banquete en el castillo Uth Wistan, y allí estaba, asistiendo a lo que parecía ser un acontecimiento trascendental en la historia de la Orden. Lady Jessica se preguntaba qué pintaba ella en ese lugar y deseaba estar de vuelta en su frío y viejo castillo, cómodamente sentada al lado del fuego con un libro y una vela.

Aliviada al comprobar que, después de todo, los Caballeros de Takhisis no iban a atacar, lady Jessica volvió a envainar su acero. Los Caballeros Negros se reunieron en torno a su líder y lord Gunthar, y éste estrechó la mano de una atractiva dama que montaba el mismo dragón que el líder. Era bastante más baja que su superior, pero

mostraba facciones similares, rizos negros como el azabache, húmedos por portar un macizo yelmo de dragón, y una nariz delgada, arrogante y casi aquilina; habrían podido pasar por hermanos. Entonces, un hombre ataviado con una túnica gris con capucha se adelantó y, después de saludar al Gran Maestro con una inclinación de cabeza, se retiró al fondo del grupo de Caballeros de Takhisis. Finalmente un caballero de cierta importancia avanzó y fue presentado a Gunthar. Al tiempo que inclinaba la cabeza se quitó el yelmo, dejando que su larga cabellera blanca y rizada se le derramara por la espalda. Cuando volvió la cabeza para decir algo a otro caballero, Jessica reparó en que tenía orejas delicadamente puntiagudas y se quedó sin aliento.

—Un elfo oscuro —susurró.

—Ésta no será la última cosa excepcional que se verá esta noche —masculló Liam, y Jessica se dio cuenta de que había expresado en voz alta sus pensamientos. Los elfos oscuros habían sido «desterrados de la luz» por su propia gente. Solos y perseguidos, solían aliarse con el Mal, ya fuera con los Túnicas Negras o con los clérigos de Takhisis. Jessica no sabía que los Caballeros Negros aceptaran elfos oscuros en sus filas, pero no le sorprendía. Su viejo maestro solía decir que el Mal no tiene prejuicios y acepta a todos igualmente. Cuando todos los dioses abandonaron Krynn llevándose con ellos la magia, los elfos oscuros buscaron otro camino, y la Orden de los Caballeros de Takhisis parecía el lugar perfecto para ellos. Pese a que la dama solámnica nunca había conocido a un elfo oscuro, la mera idea de su existencia le causaba aversión. En general, los elfos eran una raza noble, dedicada a la belleza y la glorificación de todo lo bueno, por lo que cuando un elfo caía en las garras del Mal, su caída resultaba especialmente trágica y horrible.

Una vez hechas las presentaciones, Gunthar atravesó el patio con todos los Caballeros de Takhisis a la zaga. Detrás de ellos los dragones batieron las alas, impacientes por marcharse. Mientras caminaba el anciano Gran Maestro charlaba animadamente con el jefe de los Caballeros Negros.

Cuando ya pocos metros de adoquín separaban a los representantes de ambas Órdenes, los Caballeros de Takhisis se desplegaron y se detuvieron para enfrentarse a sus homólogos. Por la posición que ocupaba, junto a sir Liam, Jessica se encontró en el centro de todo.

Gunthar y el líder de los Caballeros de Takhisis se dirigieron al final de la hilera de los solámnicos y el Gran Maestro empezó a hacer las presentaciones. Se detuvo frente a cada dama o caballero, y éstos se adelantaron y estrecharon la mano del jefe de los Caballeros de Takhisis y de los que, al parecer, eran sus lugartenientes: la menuda mujer de belleza despampanante y el elfo oscuro. El caballero vestido de gris, obviamente algún tipo de mago, se había deslizado al final de la fila y se mantenía distante, sin saludar a nadie y siendo evitado por todos. Lentamente,

Gunthar fue avanzando hacia donde estaban Jessica y Liam, y la mujer notó que Liam se comportaba como si deseara estar en cualquier otra parte; no dejaba de murmurar entre dientes y, de vez en cuando, se le escapaba una maldición que podía ser oída por los demás. Algunos asentían para expresar su conformidad, aunque nadie decía nada en voz alta.

Mientras tanto, Gunthar ya había presentado a la mayoría de los Caballeros de la Espada y se acercaba al primero de los Caballeros de la Rosa, con los que había compartido mesa en el banquete. Jessica se salió ligeramente de la formación para mirar y escuchar.

—Sir Elinghad Bosant, Caballero de la Espada —presentó Gunthar al joven caballero que le había apoyado en el asunto del enano gully. Elinghad avanzó y estrechó con entusiasmo la mano que le tendían—. Lord Tohr Malen, Caballero de la Calavera —añadió Gunthar.

—Milord, es un honor —respondió Elinghad.

—Lady Alya Hojaestrella, Dama del Lirio.

Elinghad se inclinó profundamente y tomó la mano de la mujer.

—Sir Valian Escu de Silvanost, Caballero del Lirio.

—*Quenta solari nen heth y mori* —dijo Elinghad al elfo oscuro y tradujo—: Que las estrellas iluminen vuestro camino. —El Gran Maestro se mostró encantado de que el joven caballero fuera capaz de saludar al elfo en su propia lengua.

—Y también el de vos —respondió el elfo oscuro bastante sorprendido, y entonces lanzó una mirada a su superior. Lord Tohr asintió. La línea se movió.

—Lady Meredith Valrecodo, Suma Sacerdotisa...

—Sir Quintan Estafermo, Guerrero Mayor —dijo Gunthar, muy cerca ya de Jessica. La dama cerró los ojos y trató de calmarse. Estaba tan nerviosa que llevó la mano a la empuñadura de su espada y acarició las diminutas coronas doradas que adornaban el pomo.

—Sólo son personas —le susurró Liam para intentar tranquilizarla.

—Sir Liam Ehrling, Caballero de la Rosa y Primer Jurista —dijo Gunthar.

—Sir Liam, esperaba con impaciencia conoceros —dijo Tohr al tiempo que le tendía la mano.

—Yo no puedo decir lo mismo —replicó Liam secamente. Gunthar carraspeó y lanzó una mirada de súplica a su protegido. Tohr rebulló nervioso, pero siguió tendiendo la mano en señal de amistad.

»Porque lord Gunthar no se dignó anunciar vuestra llegada. Por favor, perdonadnos, esto ha sido una sorpresa —dijo Liam con una leve sonrisa. Entonces aceptó la mano de lord Tohr y la estrechó con fuerza. Gunthar lanzó un suspiro de alivio y presentó a los demás.

—Lord Ehrling —dijo Alya después de serle presentada—, espero que muy



pronto podamos ganarnos su confianza. Para nosotros no es sencillo olvidar los viejos prejuicios.

—No creo que deban ser olvidados —respondió Liam diplomáticamente—, pero estoy seguro de que, con el tiempo, llegaremos a entendernos. —Alya sonrió y retiró la mano.

—Lady Jessica Rocavestina de La Fronda, Dama de la Corona —dijo finalmente Gunthar. Automáticamente la mujer tendió la mano y lord Tohr se la estrechó con fuerza. Jessica sintió que su mano desaparecía dentro de la manaza del líder de los Caballeros Negros.

»Lady Jessica reside en el castillo La Fronda, en nuestra frontera norte —explicó Gunthar.

—¿De veras? —inquirió Tohr con interés—. ¿Habéis tenido ocasión de ver al dragón Pyrothraxus?

—No, milord —respondió Jessica—, aunque una vez me pareció oírlo.

—La Fronda es uno de los castillos que será entregado a los Caballeros de Takhisis —dijo Gunthar. Jessica se sobresaltó y miró a su alrededor, confundida.

—Creo que esto es una novedad para lady Jessica —dijo Alya, que se adelantó y cogió la mano de la Dama de Solamnia.

—Sí, milady —admitió Jessica.

—Lo siento, pero he prometido esas tierras a lord Tohr. Desde luego, se os asignará otro destino —explicó Gunthar.

—Pero milord... —balbució la dama.

—¿Os habéis encariñado con el castillo? —preguntó Alya.

—Sí, milady. A mí... me encanta mi viejo castillo. Es como mi hogar.

—Entonces quizá podamos convencer a lord Gunthar para que os permita quedaros, como una muestra de solidaridad entre las dos Órdenes —sugirió Alya.

—Estoy de acuerdo —intervino lord Tohr—. No servirá de nada fusionar las Órdenes si mantenemos a los caballeros separados. Deberían empezar a trabajar juntos, a compartir alojamiento, comidas y obligaciones. Creo que cuando se den cuenta de que todos son caballeros de honor, nuestros prejuicios empezarán a desaparecer.

—Ya veremos —fue lo único que dijo Gunthar—. Hablaremos más tarde, lady Jessica.

—Gracias, milord —suspiró la dama.

Los líderes de los Caballeros de Takhisis siguieron adelante. Aprovechando que el elfo oscuro estrechaba la mano de un Caballero de la Corona cerca de ella, Jessica lo estudió para tratar de averiguar qué revelaban de su carácter sus rasgos físicos, tal como solían hacer los escritores de viejos libros. El caballero mostraba los delicados rasgos físicos propios de un elfo: nariz delgada, pómulos pronunciados, frente alta y

ojos ligeramente rasgados, en forma de almendra. Su cabello, que le llegaba a los hombros no era totalmente blanco, como Jessica pensó en un principio, sino que mostraba algunos mechones de color caoba alrededor de sus puntiagudas orejas. Se comportaba con nobleza y miraba a los ojos de las personas con las que hablaba, al parecer sin avergonzarse de sus rasgos elfos.

Su armadura era negra mate, sin bruñir, para evitar reflejar la luz. Su principal motivo decorativo eran los lirios negros, que aparecían en el peto, grebas, brazales, yelmo y guanteletes, así como en la espada y su vaina. Los lirios se entretrejían con calaveras de impúdica mirada y nudosas enredaderas espinosas. El lirio, la calavera y la espina eran los tres símbolos de los Caballeros de Takhisis, del mismo modo que la corona, la espada y la rosa lo eran de los Caballeros de Solamnia. Después de examinar sus espuelas, que eran asimismo negras, Jessica posó de nuevo los ojos en el rostro del elfo y descubrió que éste la observaba fijamente. La dama se sobresaltó y apartó la vista; pero, entonces, dándose cuenta de que se había comportado como si se sintiera culpable, se obligó a devolverle la mirada.

Pero el elfo ya había dado media vuelta y atendía a las presentaciones. Jessica se sonrojó, reprochándose a sí misma en silencio, y golpeó enfadada la empuñadura de su espada.

Acabados los prolegómenos, Gunthar condujo finalmente a sus invitados a la entrada principal del castillo. Allí se detuvo y dio media vuelta para mirar a los Caballeros de Takhisis.

—Honorables invitados, futuros hermanos y hermanas de armas —dijo en voz alta—, el banquete para celebrar este momento trascendental ya ha comenzado. No obstante, para conmemorar la unión de nuestras dos grandes hermandades, dentro de siete días tendrá lugar una gran cacería. Que el Caballero se una al Caballero contra un enemigo común, el gran jabalí *Mannjaeger*.

Todos los caballeros presentes, negros y solámnicos, prorrumpieron en vítores. *Mannjaeger* era una criatura casi mítica que se decía que habitaba en el gran bosque que cubría la mitad meridional de la isla de Sancrist. Era una auténtica pesadilla, tanto para los campesinos como para los viajeros, y muchos habían intentado cazarlo, aunque normalmente él acababa siendo el cazador. Unos pocos habían conseguido derramar su sangre, pero el jabalí había herido y matado a muchos más. Los bardos aseguraban que era inmortal, porque desde los tiempos de Vinas Solamnius se contaban historias de un enorme y peligroso jabalí que habitaba en el bosque de Sancrist. A la mayoría de los caballeros presentes le entusiasmaba la idea de medir sus fuerzas con un enemigo tan formidable.

Los vítores se prolongaron durante algunos minutos, y muchos empezaron ya a recordar cacerías pasadas y a discutir tácticas futuras. Finalmente los caballeros se calmaron y Gunthar añadió:

—Y ahora entrad con nosotros.

El Gran Maestre hizo una señal a sus caballeros para que dejaran paso libre a los de Takhisis, pero Tohr se detuvo justo en el umbral, se volvió y dirigió un brusco gesto a los dragones. Jessica notó que sir Liam se ponía tenso a su lado.

Uno a uno los dragones se agacharon y saltaron en el aire, desplegaron sus alas y empezaron a batirlas furiosamente. Lentamente se elevaron, pugnando por salvar los muros del castillo. El viento que levantaron creó remolinos que giraban alocadamente en el patio, aspirando chispas, cenizas y polvo hacia su interior así como vórtices de humo. Jessica tosió, parpadeó y se cubrió la cara. Cuando finalmente el viento amainó y el humo y el polvo se disiparon, el patio estaba nuevamente vacío, como si ningún dragón hubiera estado allí. Sólo un único rugido, desafiante y airado, resonó en el cielo.

—Pensé que los dragones se quedarían con vos —dijo Gunthar a lord Tohr.

—Lady Mirielle creyó más prudente que regresaran a Neraka —respondió Tohr suavemente—, hasta que el tiempo demuestre que nuestro acuerdo es permanente.

—Entiendo —replicó Gunthar y fue el primero en entrar en el castillo, con lord Tohr a su lado y los demás Caballeros de Takhisis a la zaga.

—Lord Gunthar, debéis comprender que a nosotros nos cuesta superar décadas de desconfianza. Y para los dragones, esta desconfianza se remonta a siglos, incluso eras. Tener a Dragones Plateados y Azules tan cerca es una invitación al desastre. Antes debemos demostrar que nuestros esfuerzos para lograr la paz y la unidad son sinceros —explicó Tohr—. Sería una lástima que todo se fuera al traste por culpa de unos cuantos dragones jóvenes y alocados.

—Es cierto —convino Gunthar, aunque su voz no sonaba muy entusiasta. Pero su rostro se iluminó inmediatamente y añadió—: En cualquier caso, veréis que el banquete en vuestro honor ya ha empezado. Algunos de nosotros ya nos hemos saciado. —Al oír estas palabras algunos caballeros gruñeron de satisfacción, pero unos pocos hicieron comentarios al efecto de que sería fácil persuadirlos de que cenaran otra vez, naturalmente para acompañar a los invitados. Gunthar prosiguió—: Pero nos sentiremos honrados de compartir la mesa con vos y vuestros nobles caballeros. Deben de estar hambrientos después de un viaje tan largo.

—¡Estamos famélicos! —rió lady Alya—. Y muertos de frío, aunque estoy segura de que podéis reconfortarnos, lord Gunthar, si es que las historias sobre vuestra bodega son ciertas.

—En realidad, cuando llegasteis estaba contando una historia sobre un particular barril de cerveza y dos visitantes inesperados que... —Gunthar sonrió.

Cuando el último de los Caballeros de Takhisis entró en el castillo, les tocó el turno de pasar a los Caballeros de la Rosa, seguidos por los de la Corona. Jessica se encontró justo detrás de sir Liam. Por delante resonaban las voces de lord Gunthar y

Tohr, pero las ruidosas pisadas de tantos caballeros calzados con botas, el estrépito y el chirrido de las armaduras y los murmullos de docenas de conversaciones hacían imposible entender lo que decían los dos líderes.

Mientras se dirigían a la sala de banquetes, Jessica se percató de que sir Quintan se iba rezagando hasta quedar al lado de sir Liam. Los dos hombres caminaron lado a lado, con las cabezas juntas y cuchicheando algo. Cuando el grupo aflojó el paso para doblar una esquina y subir la escalera, la dama oyó sisear a Quintan:

—¡Treinta y seis caballeros! Sin los dragones, no entiendo para qué han venido.

—Pues yo me alegro de que los Azules se hayan marchado. Al menos ahora, si intentan algo no tendrán a los dragones para ayudarlos —respondió Liam.

—Pero ¿acaso la finalidad de todo esto no es que unamos fuerzas para hacer frente a la amenaza de Pyrothraxus? ¿De qué nos sirven treinta y seis caballeros? Necesitamos diez veces esta cantidad —susurró Quintan.

—No eran muchos más los Caballeros de Solamnia que defendieron la Torre del Sumo Sacerdote contra un ejército de millares —replicó Liam al tiempo que se disponía a subir la escalera de mala gana.

—Sí, pero nosotros no tenemos un Orbe de los Dragones.

—Treinta y seis Caballeros de Takhisis podrían ser decisivos en la batalla que se avecina —dijo Liam. Jessica se inclinó hacia adelante al subir la escalera para oír mejor.

»Si es que no se vuelven contra nosotros —añadió Liam en voz baja, como si hablara consigo mismo.

La puerta se cerró con estruendo, y el ruido resonó en la sala vacía. Gunthar suspiró, apartó un plato y apoyó cuidadosamente la cabeza encima de la mesa. El único otro ocupante de la sala, una perra de caza tumbada al lado de un fuego mortecino, se levantó y atravesó la sala caminando delicadamente con sus largas patas; las uñas tintineaban sobre las losas de piedra. Se detuvo una vez para husmear un carnoso hueso tirado en el suelo y después continuó, dio la vuelta a la mesa y se aproximó a la silla de Gunthar desde atrás. Al llegar junto él, metió el hocico bajo el codo del hombre buscando caricias y, en vista de que Gunthar no reaccionaba, agitó la cabeza y lo despertó. El caballero rió, se irguió en la silla y se pasó, con gesto de cansancio, la mano por el ralo cabello blanco. La perra le rascó el muslo con una de sus grandes pezuñas.

—Sí, *Milisant*, es hora de irse a la cama. —Gunthar bostezó—. ¿Se han olvidado de ti? —El caballero retiró su silla y se puso de pie—. Vamos, tú a tu perrera y yo a la mía.

Gunthar atravesó la sala de banquetes seguido por *Milisant* y se aproximó a un ventanal que daba al patio. Lo abrió y salió a las almenas. Abajo, las fogatas casi se habían apagado y bañaban el patio con un pálido resplandor rojizo. Un puñado de soldados hacía guardia o realizaba sus rondas pero, por lo demás, todo era calma en la noche otoñal. En algunas ventanas del castillo se veía una débil luz amarilla. Gunthar aspiró profundamente los intensos aromas otoñales, la leña quemándose y los olores del bosque. Bajó la mano y acarició la cabeza de la perra.

—¿Lo hueles? —le preguntó—. Hace que mi viejo corazón se alegre.

Juntos recorrieron las almenas hacia la perrera, doblando torres y esquinas; en definitiva, haciendo «la gran ronda», tal como lo llamaba Gunthar, para respirar un poco antes de irse a la cama. *Milisant* trotaba obedientemente a su lado, acomodando su paso al de su amo. Durante el recorrido se toparon con unos cuantos soldados de guardia, hombres y mujeres, que se cuadraban ante su presencia.

En el punto en el que el bosque más se aproximaba a los muros del castillo había una escalera que descendía de las almenas a un pequeño patio interior. Allí se encontraban las perreras, las cuadras y la casa de ahumado, donde se conservaban carnes y quesos. Cerca de allí, el castillo sobresalía para aprovechar un risco y formaba un ángulo. Gunthar se aproximaba a ese lugar cuando, de pronto, *Milisant* se le adelantó con la cabeza gacha y los pelos del lomo erizados. El caballero aflojó el paso y su mano buscó el pomo de la espada. Las antorchas situadas en esta sección del muro se habían apagado, pero el caballero distinguió una solitaria figura que bloqueaba el paso. *Milisant* gruñó amenazadoramente, y la figura giró en redondo,

sorprendida.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Gunthar.

—Oh, lord Gunthar, sois vos —respondió la figura con aparente alivio. Entonces dio un paso adelante, hacia donde había más luz, pero los gruñidos de *Milisant* la detuvieron—. Soy Tohr —dijo desde la semipenumbra.

—Lord Tohr, ¿qué os trae por aquí? Pensé que ya os habíais retirado a descansar —dijo Gunthar.

—¿Acaso no soy libre de ir donde me plazca, lord Gunthar? —preguntó Tohr.

—Sí, sí, claro que sí —se disculpó Gunthar—. ¡*Milisant* aquí! —ordenó. Lentamente, la perra volvió a su lado y el hombre le rascó detrás de las orejas para calmarla.

—Hace una noche muy agradable —comentó Tohr, que se situó en la luz pero con una mano tras la espalda, y miró las estrellas—. En Neraka no solemos tener noches tan despejadas como ésta.

—Es por el bosque —dijo Gunthar—. Filtra todo lo malo y lo deja todo limpio y nuevo. —Entonces suspiró y añadió—: Muchas veces me he preguntado cómo debe de ser Neraka. Siempre me la imagino como un lugar oscuro, con el cielo saturado de humo pestilente y dragones volando por encima, vigilantes...

—Ahora sólo es una ciudad —repuso Tohr—. No es tan distinta de cualquier otra ciudad, sólo que allí no acostumbramos ver las estrellas. Aquí hay tanta paz y tranquilidad... —Tohr suspiró—. En Neraka nuestro líder supremo, lady Mirielle Abrena, exige vigilancia continua y entrenamiento constante. Las calles tiemblan con las botas de las tropas que marchan por ellas.

—¿Cómo es ella? —inquirió Gunthar.

—¿Lady Mirielle? Muy parecida a vos, lord Gunthar. Está dedicada en cuerpo y alma a la Orden; es su vida —contestó Tohr, y sonrió—. Le sorprendió mucho recibir la carta en la que le proponíais la fusión de las dos Órdenes, porque justamente es lo que ella misma pensaba.

—¿De veras? —preguntó Gunthar sorprendido—. Entonces, ¿por qué tardó dos años en responder?

—Porque, al igual que vos, tuvo que vencer muchos prejuicios antes de decidirse. Debo admitir que cuando me comunicó sus planes, yo tuve mis dudas —dijo Tohr.

—Es difícil para las dos partes confiar —comentó Gunthar.

—Muy difícil —convino Tohr.

El Caballero de Takhisis se volvió, se apoyó en el muro almenado y contempló el oscuro bosque. Al mismo tiempo ocultó una mano en un costado.

—¿Qué escondéis? —preguntó Gunthar, sin poder contener su curiosidad ni la sensación de que había pillado a Tohr haciendo algo que no debía.

—¿Dónde? —inquirió Tohr.

—En la mano.

—Oh, ¿esto? —El caballero negro sacó un pedazo de papel doblado—. Es... En realidad no es nada. Sólo una nota que alguien me envió.

—Os ruego que me perdonéis, lord Tohr, pero debo pedirlos que me dejéis verla —dijo Gunthar.

De mala gana, Tohr le entregó el papel. Gunthar lo cogió y se acercó a una de las antorchas que aún ardía, lanzó una fugaz mirada al jefe de los Caballeros de Takhisis, lo abrió y leyó:

«Abandonad este absurdo proyecto y marchaos, o vos y vuestros caballeros sufriréis las consecuencias».

La nota no llevaba firma y había sido rápidamente garabateada en una página en blanco arrancada de la parte posterior de un libro. Gunthar sostuvo el papel contra la luz y vio la filigrana de un editor de Kalamán. A continuación, examinó la escritura, pero no mostraba características fuera de lo corriente ni un estilo identificable; cualquiera podría haberla escrito. Enojado, Gunthar arrugó el papel con la mano.

—¿Cómo la recibisteis? —preguntó.

—La encontré... clavada en mi almohada por una daga, cuando me retiré a mi habitación —respondió Tohr—. Aquí está la daga. —El Caballero Negro sacó un estilete del cinto.

—Es una de mis dagas. Pensé que la había perdido —dijo Gunthar. Con manos temblorosas cogió el arma, inclinó la cabeza cansinamente y lanzó un profundo suspiro, como si el peso de toda la ley de Krynn descansara sobre sus hombros.

—Lord Tohr, debo disculparme por haber desconfiado de vos —dijo finalmente—. Os habéis comportado honorablemente al tratar de ocultarme esta nota.

—No tiene importancia, lord Gunthar; probablemente es la vana amenaza de algún caballero que ha bebido demasiado —replicó Tohr—. Sus prejuicios desaparecerán a medida que pase el tiempo y aprenda.

—Éste es el acto de un cobarde y no voy a tolerarlo. Pienso encontrar al culpable y castigarlo —prometió el Gran Maestro al tiempo que se guardó la nota bajo el cinturón.

—Nuestros caballeros son jóvenes, lord Gunthar, y fogosos como sementales. Debemos darles rienda suelta si no queremos quebrar su espíritu. No hay necesidad de que una única voz despierte más suspicacia y desconfianza de la que ya existe —apremió Tohr.

—Veo que pensamos de manera similar —repuso Gunthar con una sonrisa—. No obstante, creo que últimamente he sido demasiado indulgente y esta nota es la prueba de que hay que hacer algo.

—Os ruego que esperéis un poco. Dejad que nuestros caballeros tengan tiempo para conocerse y que las barreras de sus prejuicios sean menos insalvables —suplicó

Tohr.

—De acuerdo —cedió Gunthar, que enderezó la espalda y apretó las mandíbulas—. Voy a seguir vuestro consejo; no mencionaré este asunto hasta después de la cacería. —Entonces, sonrió ampliamente y posó una mano sobre el hombro de lord Tohr—. Venid, amigo mío. Iba a devolver esta señorita a la perrera. ¿Os gustaría ver mis otros ejemplares?

—Me encantaría —aceptó Tohr e inclinó la cabeza—. Verdaderamente son los sabuesos de más fina estampa que he visto.

Dicho esto, ambos caballeros continuaron recorriendo las almenas, seguidos de cerca por *Milisant*.

—Son mi orgullo y mi alegría —le confió Gunthar con una sonrisa radiante, al tiempo que empezaba a bajar la estrecha escalera que conducía al patio interior—. Os mostraré al mejor de ellos, un héroe en la caza del jabalí, el gran *Garr*. En el pasado no pudimos organizar una buena batida contra *Mannjaeger* porque no teníamos el perro adecuado, pero ahora está *Garr*. ¡Él acorralará a *Mannjaeger*!

Muy excitado, Gunthar quiso volverse para ver la reacción de su invitado y se saltó un peldaño. El anciano caballero se tambaleó y pareció que se iba a caer desde más de doce metros de altura contra el patio de piedra, pero Tohr lo cogió rápidamente por el cinto y lo puso a salvo. Ambos se apoyaron contra el muro interior, y Gunthar estrechó al otro caballero, más joven y fuerte, contra su pecho. El corazón del viejo Gran Maestro latía desbocado.

—Gracias, amigo mío —consiguió decir.

—Lord Gunthar, si pretendíais poner a prueba mis buenas intenciones, podríais haber esperado a llegar a los últimos escalones —comentó Tohr en tono de chanza mientras ayudaba a Gunthar a recobrar el equilibrio—. Debo confesar que... no me gustan las alturas.

Cuando su respiración se normalizó, Gunthar siguió bajando la escalera, aunque con más cuidado esta vez y sin volverse al hablar. Detrás de ellos, *Milisant* descendía los escalones como buenamente podía. Gunthar expuso en detalle el pedigrí de *Garr* así como los osos, jabalíes y venados que había cazado, y las esperanzas que tenía puestas en la próxima batida. Cruzaron el patio y saludaron con la cabeza a un par de sirvientes que encontraron jugando a dados frente a la puerta de la perrera.

—Encontramos a una rezagada en la sala de banquetes y quiere volver junto a sus compañeros —les dijo Gunthar a modo de saludo.

—Sí, milord —respondieron los mozos al tiempo que se ponían de pie y abrían la puerta. Del interior se escapó una cálida vaharada de fétido olor a perro y a gully. Uno de los mozos tomó una antorcha de un aplique y fue el primero en entrar.

—¿Habéis tenido suficiente comida esta noche, Fawkes? —preguntó Gunthar al mozo de más edad.



—Ya lo creo que sí, milord —respondió el hombre y se dio satisfechas palmaditas en el estómago—. Ven aquí, *Milisant*, bonita. —La perra entró.

La perrera era una sala cerrada, oscura y de techo bajo que parecía extenderse en las sombras como si fuera una catacumba. Pero, a diferencia de éstas, el aire era cálido y seco, aunque ciertamente hedía con el penetrante olor de los canes y los gullys. El suelo era de piedra y estaba cubierto con paja, cortezas y huesos muy mordidos. La mayoría de los perros dormía en una gran pila en el centro de la sala, de la que sobresalía aquí y allí un piececito con gruesos dedos o una mano de dedos regordetes que se agitaban en algún sueño gully; pero, a un lado, cerca del muro, descansaba, acurrucado, un perrazo descomunal. Cuando Gunthar, lord Tohr y el mozo entraron, el animal levantó su enorme cabeza del suelo y los miró, soñoliento, con ojos castaños que parpadeaban. *Milisant* trotó hacia él meneando todo el cuerpo, se tendió de espaldas frente a *Garr*, exponiendo el pelaje de un gris ligeramente más claro del vientre y le lamió la cara, limpiándole los bigotes. El perro aceptó las atenciones de la hembra haciendo gala de noble paciencia.

—Éste es *Garr* —anunció Gunthar con orgullo.

—Realmente es un animal espléndido —dijo Tohr en tono de respeto.

El can cerró los ojos como si se dignara a aceptar el cumplido, bajó la cabeza y husmeó las orejas de *Milisant*, la cual le mordisqueó sus propias orejas amigablemente; después, apoyó el mentón sobre sus pezuñas y se quedó dormido.

—Nunca habrá otro como él —susurró Gunthar.

—¡*Milisant*, mala! —dijo una voz a sus espaldas.

Un menudo enano gully, que se cubría la cabeza con un gorro de pellejos de rata, se abrió paso a empujones entre las piernas de los caballeros y entró en la perrera. Al oír su voz, la perra se levantó, pero se quedó donde estaba, con la cola entre las patas.

—Miro por todas partes —dijo el enano gully—. Miro dos sitios. Dos sitios muchas veces. —El gully se acercó a la perra y le dio palmaditas en la cabeza con su rechoncha mano. Pese a que abultaba el doble que él, *Milisant* le hizo fiestas.

—Lord Tohr, permitidme que os presente a mi perrero, el señor Ayuy Cocomur —dijo Gunthar.

—Oh, hola papá —dijo Ayuy—. No lo veo al entrar. Encuentro a *Milisant*. Ahora dormir. —El gully se dejó caer al lado de *Garr* y se dispuso, justamente, a dormir.

—¿Lord Gunthar, por qué permitís que los gullys duerman aquí? Estoy seguro de que su hedor echa a perder el olfato de los sabuesos —se quejó Fawkes.

—El señor Ayuy conoce las normas —respondió Gunthar—. Todos deben bañarse regularmente y cada día durante los tres días anteriores a la cacería. Ayuy, te presento a lord Tohr Malen. Lord Tohr es un caballero que se quedará con nosotros un tiempo.

Ayuy permaneció sentado en el suelo, mirando a lord Tohr. Parecía fascinado por

la armadura del Caballero Negro, decorada con calaveras, espinas y lirios así como con el dragón de cinco cabezas que simbolizaba a Takhisis. El gully se rascó la cabeza a través del gorro de rata como si tratara de recordar algo; luego, se puso de pie lentamente y se arregló sus holgadas ropas alrededor del cuerpo.

—Encantado de conoceros —dijo y tendió su mano a lord Tohr.

—Un enano gully ciertamente notable —comentó Tohr entre dientes mientras estrechaba con cautela la sucia manita del gully—. Tienes un nombre muy interesante, Ayuy. ¿De dónde viene?

—Cocomur es muy antiguo y pres... pres... algo. Tiene dos generaciones —dijo Ayuy con orgullo.

—Me refería a tu nombre de pila. ¿Por qué te pusieron «Ayuy»?

—Todos los aghars tienen un nombre cuando nacen. Yo tengo nombre. Hermano tiene nombre. Mamá tiene nombre. Todo el mundo tiene nombre. ¿Por qué te pusieron a ti nombre?

—Pero ¿por qué te llamaron «Ayuy»? —preguntó Tohr lentamente.

—Mamá tenía que llamarme algo. No podía llamarme «¡eh, tú!» —respondió el gully un poco enfadado.

—Ya veo, pero lo que quería decir es...

—Así se llama mi hermano —interrumpió Ayuy.

—¿Cómo? —inquirió Tohr.

—Ehtú, Ehtú Cocomur —respondió Ayuy.

Lord Tohr lanzó una mirada de exasperación a Gunthar, que trataba de disimular una sonrisa.

—Tal vez yo pueda ayudar —se ofreció el Gran Maestro, adelantándose y posando una mano sobre el hombro del irritado caballero—. Ayuy, cuéntenos la historia de cuando tu madre te puso el nombre.

—Buena historia, papá. Mi favorita —dijo Ayuy con una sonrisa. Se dejó caer al suelo y se recostó en el pecho de *Garr*—. Veamos, nazco hace mucho, dos veranos creo. Mamá me sostiene cuando tía Upsi dice: «¿Qué nombre para el lindo muchachito?». Mamá no sabe, se encoge de hombros y me deja caer de cabeza. ¡Plop! Entonces mira hacia abajo y dice: «¡Ay huy!». Ayuy.

Se oyeron unos aplausos aislados en la pila de perros del centro de la sala. Durante la conversación algunos gullys que dormían allí se habían despertado y, por lo visto, aquella historia debía de ser una de sus favoritas, porque continuaron aplaudiendo, aunque la mayoría seguía dormida. Ayuy saludó con la cabeza y les sonrió.

—Bueno, basta ya de historias —dijo Gunthar con un bostezo—. Es hora de irse a la cama. Buenas noches, Ayuy.

—Buenas noches, papá —respondió el gully al tiempo que se estiraba y

bostezaba, entonces se acurrucó contra *Garr* y el perro puso la cabeza sobre el muslo del enano.

—Y recuerda, baño general tres días antes de la cacería —dijo Gunthar.

—Sí, papá. Dos días —murmuró Ayuy soñoliento.

Gunthar y lord Tohr regresaron a sus habitaciones, discutiendo asuntos de las tierras y los castillos que debían alojar a los diferentes caballeros, así como las formalidades necesarias antes de proceder a la fusión de las dos Órdenes. Finalmente, llegaron al ala de invitados y Gunthar se detuvo frente a la puerta de los aposentos de Tohr.

—Sigo preocupado por la nota —confesó antes de irse—. Quizá debería apostar a un soldado ante vuestra puerta. Alguien de quien me pueda fiar.

—No es necesario, lord Gunthar —repuso Tohr—. No creo que corra un peligro real y si me equivoco, bueno... —El caballero dio unas palmaditas a la maza que llevaba al cinto—. Todavía soy lo suficientemente joven para blandir a la vieja *Belle*.

—¿Llamáis *Belle* a vuestra maza? —preguntó Gunthar—. Qué interesante; mi esposa se llamaba Belle.

—Sí, lo sé. Os doy el pésame por su pérdida.

—Gracias, Señor —dijo Gunthar—. Belle tuvo una vida plena. ¿Sabéis una cosa? Ésta era nuestra habitación. Cuando murió, me fue imposible quedarme y me trasladé a una alcoba más pequeña y confortable en otra parte del castillo.

—No os culpo. Supongo que los recuerdos que os trae esta estancia aún están muy frescos en vuestra memoria —comentó Tohr en tono comprensivo.

—Sí. Buenas noches de nuevo —dijo Gunthar—. Vamos, *Milisant*. Pero ¿dónde se ha metido?

—La dejamos en la perrera, ¿recordáis? —contestó Tohr.

—¿De veras? —inquirió Gunthar realmente sorprendido—. Ah, sí, claro. Qué estúpido soy. Buenas noches otra vez. —El Gran Maestre dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Lord Tohr meneó la cabeza y cerró la puerta lentamente.

Liam cerró la puerta con cuidado y recorrió con la mirada el oscuro corredor. En la pared de enfrente, un pálido rayo de luz se colaba por debajo de una puerta, mientras que la otra docena de puertas que daban al pasillo no mostraban ninguna. La claridad vaciló, como si una sombra hubiera pasado por delante. Liam se puso tenso, se acercó a la puerta con sigilo y pegó una oreja a la madera, pero no oyó nada. Entonces, llamó quedamente y susurró:

—Lord Gunthar...

No hubo respuesta, pero la luz volvió a vacilar y escuchó un ruido, como si alguien estuviera revolviendo papeles.

—¿Lord Gunthar? —volvió a preguntar después de llamar con algo más de fuerza.

Ninguna respuesta. Liam se puso en tensión, sacó la daga del cinto y probó a abrir la puerta; no estaba cerrada con llave.

Se deslizó al interior, la cerró tras él y apoyó la espalda contra ella. Rápidamente, examinó el estudio privado de lord Gunthar. Un enorme escritorio de madera situado delante de una gran ventana de guillotina dominaba una esquina. La ventana estaba abierta y la brisa que llegaba del patio agitaba las vaporosas cortinas. Las demás paredes estaban cubiertas de estanterías con libros y rollos, mapas de batalla y atlas de Krynn. En unas pocas mesitas situadas en discretos rincones se exhibían los premios y las condecoraciones que lord Gunthar había acumulado durante su larga y distinguida carrera. Encima del escritorio ardía una vela, alta y roja, colocada en un plato de bronce. La llama de la candela fluctuaba por efecto de la corriente que entraba por la ventana abierta, y gotas de cera descendían y se unían al charco endurecido que casi llenaba el plato. Delante del escritorio, el suelo estaba cubierto por papeles sueltos que el viento había arrastrado de encima de la mesa.

Con un suspiro, Liam envainó la daga y empezó a recoger los papeles. Estaba tan distraído que al principio no se fijó en la naturaleza de los documentos que tenía en la mano, pero cuando los ordenó en una pila sobre el escritorio echó un vistazo a la página de encima y leyó:

*«Un Caballero de la Corona no abandona el campo de batalla mientras el enemigo todavía lo ocupa, a no ser que su superior le permita retirarse, y regrese sano y salvo para agregarse a las fuerzas necesarias para asaltar una posición fortificada. La norma estándar es tres a uno, aunque una ventaja de dos si su superior le permite retirarse, o no ha podido localizar a otro*

*caballero u otra dama aún en el campo, el estándar de su unidad o está incapacitado de alguna otra forma y le es imposible conservar los caballos y las armas del caballero. En general se asignarán al servicio del caballero un hombre de armas y un escudero».*

Liam se acomodó en la silla situada tras el escritorio y leyó la página siguiente que, como la anterior, contenía un texto confuso garabateado por varias manos, como si cada vez que se interrumpía el flujo de pensamientos, otra persona tomara el relevo. Ninguna página estaba numerada ni había ninguna otra indicación del orden que seguían. En el texto de la hoja siguiente se habían intercalado garabatos de sillas de dragón y caballeros armados con Dragonlances. La siguiente contenía el nombre de Gunthar, escrito una y otra vez, cada versión con una escritura más audaz o más elaborada que la anterior. En otra hoja había una carta inacabada dirigida a la esposa de Gunthar. «Mi queridísima Belle», empezaba y describía hechos acaecidos sólo tres días antes, aunque Belle llevaba muerta cuatro años.

—¡Hoy hace cuatro años! —susurró Liam, tan sorprendido que dejó que las hojas se le escaparan de los dedos. No podía creer que fuera pura casualidad que Gunthar hubiera elegido justamente este día para invitar a los Caballeros de Takhisis a Sancrist. Claro que era posible que el anciano realmente no se acordara, o así lo esperaba Liam. Examinó de nuevo los papeles y reconoció aquí y allí, entre las divagaciones de los textos, fragmentos de la versión revisada del Código y la Medida.

A lo largo de los siglos, la Medida original, escrita por Vinas Solamnus, fundador de los Caballeros de Solammia, había sido corregida tantas veces que comprendía docenas de volúmenes. El Código y la Medida cubría todos los aspectos de la vida de un caballero y dictaba cómo debía reaccionar en casi cualquier situación. Era una regla gigantesca, rígida e inflexible, que había estado a punto de llevar a la destrucción a la Orden en los años precedentes a la Guerra de la Lanza. En aquella época, los caballeros dirigían enteramente sus vidas conforme a la Medida, olvidando la regla que la acompañaba y que era el fundamento de su concepto del honor: «*Est Solaras oth Mithas*. El honor es mi vida».

Pero Gunthar había aprendido bien la lección que les dio Sturm Brightblade y empezó a revisar la Medida para hacerla más flexible y menos exigente. Sturm les enseñó que un hombre podía ser un gran caballero sin que la estricta Medida guiara sus acciones ni delimitara sus responsabilidades, que el honor noble y verdadero enseña al caballero cuál es su deber. Sturm había aprendido mucho del honor simplemente oyendo las viejas historias de Huma y de los otros grandes caballeros que su madre le explicaba. Después, reflexionando sobre aquellas historias y tratando de emular a sus héroes, redescubrió la verdadera esencia de la caballería —*Est Solarus oth Mithas*— justo cuando más necesario era. En esos oscuros días que

precedieron a la Guerra de la Lanza, cuando los enemigos cerraban filas contra ellos, los Caballeros de Solamnia se dedicaban a pelear por cuestiones de honor. Las intrigas políticas eran el pan de cada día y diferentes facciones se disputaban el control de la Orden. Ni siquiera Gunthar estuvo exento de ello, ya que su liderazgo no estaba afianzado. Pero en la hora más baja, cuando parecía que la Orden de los Caballeros de Solamnia se iba a dividir, apareció la esperanza en forma de Sturm Brightblade portando un misterioso Orbe de los Dragones. A muchos les costó verlo, ya que inmediatamente la Orden se dividió entre los que apoyaban al aspirante a caballero, Brightblade, y los que estaban en su contra; pareció que la llegada de Sturm asestaría el golpe definitivo a la hermandad.

Pero, al final, la presencia del joven Sturm aportó una cascada de acontecimientos que condujeron a la consolidación del poder de Gunthar, un giro inesperado a favor de las fuerzas que luchaban contra los ejércitos de Takhisis y, en último término, el fin de la guerra. El sacrificio supremo de Sturm en la Torre del Sumo Sacerdote ayudó a curar el cáncer que amenazaba con acabar con la Orden y con su ejemplo les enseñó a todos el auténtico significado del honor.

Liam Ehrling fue uno de los caballeros que defendían la Torre del Sumo Sacerdote el día crucial en el que los ejércitos de Dragones de Takhisis atacaron. Como Caballero de la Corona, sirvió al mando de Sturm y ayudó a conducir a la trampa a los Dragones Azules que los atacaban. Liam nunca olvidó el dolor que sintió al darse cuenta de que su victoria había sido ganada con la vida de un hombre al que había admirado desde el día que se conocieron. En un plano más personal, el ejemplo de Sturm lo había ayudado a convertirse en el hombre que era entonces. Mientras que antes no se había tomado demasiado en serio el entrenamiento y el deber, desde ese fatídico día que cambió el curso de la guerra, Liam se dedicó en cuerpo y alma al objetivo de convertirse en el mejor caballero. Pasó de ser frívolo y dado a la jovialidad, a ser serio y centrado. Nunca más olvidó la consecución de la excelencia y se dedicó por completo a la protección y la preservación de la Orden que Sturm Brightblade había salvado con su sacrificio.

Pero, en ese momento, parecía que el deterioro mental de Gunthar amenazaba con minarlo todo. No sólo había puesto la Orden patas arriba al proponer la fusión con los Caballeros de Takhisis y dar los primeros pasos hacia este objetivo, sino que el documento que supuestamente debería sentar las bases de la nueva Orden no era más que un simple borrador. Gunthar había prometido entregarlo a finales de año pero el solsticio de invierno estaba ya próximo: ¡tan sólo faltaban tres meses! Si las hojas esparcidas sobre el escritorio de Gunthar eran reflejo del estado de la obra, al Código y a la Medida Revisada le esperaba un futuro muy sombrío. Frustrado, Liam se mesó los mostachos y examinó la habitación con la mirada buscando un manuscrito más completo. Finalmente, conjeturó con optimismo que el montón de papeles apilado

sobre el escritorio de Gunthar debía de ser las notas preliminares.

Liam oyó una voz al otro lado de la puerta y reconoció los habituales balbuceos de lord Gunthar. Oyó que decía «¿Ponche caliente?», como si invitara a alguien a entrar con él.

—¡Maldita sea, tiene compañía! —juró Liam por lo bajo—. Probablemente es lord Tohr. —El caballero se levantó de la silla y se deslizó rápidamente hacia la ventana mientras la puerta se abría. Liam salió a las almenas; pero, en vez de regresar a su propia alcoba permaneció unos momentos escondido tras la cortina. Su intención había sido hablar en privado con su superior, pero entonces tenía la oportunidad de escuchar lo que los líderes de las dos Órdenes planeaban.

La puerta se cerró y Liam oyó que Gunthar cruzaba el estudio para dirigirse a la alcoba. En unos instantes regresó y se oyó un crujido, como si alguien hubiera tomado asiento en una de las cómodas y grandes sillas de piel del estudio.

—¿Riesgo? ¡Tonterías, hijo! —dijo Gunthar, seguramente en respuesta a un comentario que Liam no había oído. El hombre se acercó un poco más a la ventana, con cuidado de no ser descubierto si el viento agitaba las cortinas—. Muchas veces vuestro padre arrojó su escudo frente a mí y me protegió con su cuerpo cuando yo estaba en el suelo.

«¡Así que es eso! —pensó Liam—. ¡El padre de Tohr Malen fue un Caballero de Solamnia! ¡No era de extrañar que Gunthar confiara en él!».

—¿Habéis fallado en el pasado, Sturm? —preguntó Gunthar a su invitado.

Liam se quedó sin respiración y se preguntó si había oído bien. ¿Acababa Gunthar de llamar a Tohr Malen «Sturm»? El Primer Jurista se estremeció por tamaña demostración de debilidad mental ante el enemigo.

—Entonces no albergo ningún temor hacia el futuro —dijo Gunthar.

Hasta ese instante Liam no había oído ninguna respuesta, pese a que Tohr Malen no le había parecido que tuviera una voz suave. El caballero empezó a preguntarse con quién hablaba Gunthar y, como respuesta a su silenciosa pregunta, oyó a Gunthar decir:

—Brindo por vuestra suerte en la batalla, Sturm Brightblade.

—¿Brightblade? —repitió Liam ahogando una exclamación. Entonces entró en el estudio y encontró a Gunthar solo frente a una silla vacía y con una jarra alzada en brindis.

Ante la inesperada aparición de Liam, Gunthar se dio la vuelta y, sin aparente cambio ni sorpresa, dijo:

—Ah, Liam. Justamente estaba tomando un poco de leche caliente antes de meterme en la cama. ¿Queréis acompañarme?

—Milord, yo estaba... paseando por las almenas y oí vuestra voz. ¿Con quién hablabais? —preguntó, acercándose a la silla vacía.

—¿Hablar? ¿Hablar? —repitió Gunthar confuso—. Oh, supongo que hablaba solo. Tengo este hábito. A veces ni siquiera me doy cuenta de que lo estoy haciendo.

—Supongo que habrá sido eso —respondió Liam con reserva.

—¿Qué me decís? ¿Un vaso de leche? —le ofreció el Gran Maestro.

—No, gracias. Me voy directo a la cama —rehusó Liam, y avanzó lentamente hacia la puerta.

—¿Entonces no habéis venido a hacerme cambiar de opinión? —bromeó Gunthar.

—Es demasiado tarde para eso, milord, ¿no es cierto? —replicó Liam—. No podemos echarlos de manera honorable, no después de que vos los invitarais, a no ser que hagan algo que traicione vuestra confianza.

—Ah, Liam —dijo Gunthar afectuosamente—, es por esto por lo que os he elegido para que me sucedáis a mi muerte. Vuestro sentido del honor no tiene parangón.

—¿Me habéis elegido, milord? —inquirió Liam.

—Pues claro, la Medida prescribe que el próximo Gran Maestro debe ser elegido por votación, pero yo he expuesto mis deseos claramente en mi testamento y dudo que nadie se oponga a ellos —respondió Gunthar.

—Me honráis, milord —dijo Liam al tiempo que hacía una ligera reverencia. Entonces abrió la puerta, se volvió para mirar cara a cara al Gran Maestro y preguntó —: A propósito de la Medida, milord, ¿hace progresos?

—Está casi acabada —respondió Gunthar con una amplia sonrisa—. Sólo necesito hacer los últimos ajustes, recortar por aquí o por allí, para que no haya malentendidos.

—Me alegro, milord —repuso Liam después de lanzar un suspiro. La duda le seguía atormentando pero se limitó a añadir—: Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Liam —respondió Gunthar—. Felices sueños.

Un ceñudo Liam cerró la puerta y apoyó la cabeza contra el marco de madera, debatiéndose entre la lealtad hacia su superior y su deber para con la Orden.

Al otro lado de la puerta oyó que Gunthar cerraba la ventana y se sentaba en una de las sillas.

«La Medida no prevé que lord Gunthar sea relevado del cargo y él no atenderá a razones. Pero hay que hacer algo pronto o llevará a los Caballeros de Solamnia a la ruina», pensó Liam.

—¡Fizban! —gritó Gunthar en su estudio.



Durante la semana que transcurrió entre su llegada y el día de la cacería, los Caballeros de Takhisis empezaron a tantear a sus homónimos solámnicos; compartían alojamiento, rancho y se turnaban en las guardias. Al tercer día, un contingente de caballeros y damas de ambas Órdenes partieron para inspeccionar varios castillos próximos, incluyendo el castillo Kalstan, que era donde residía Liam Ehrling cuando no acompañaba a lord Gunthar. El Gran Maestro notó el evidente disgusto de Liam ante la idea de que sus antiguos enemigos hollaran su amado castillo y lo inspeccionaran detenidamente.

Dos Caballeros de Takhisis fueron enviados a Xenos para que comprobaran el estado del castillo y lo prepararan para la eventual llegada de lord Tohr. Xenos sería entregado a Tohr y se convertiría en la base de sus operaciones.

No obstante, la relación entre los miembros de las dos Órdenes, antaño enemigas, continuaba siendo distante. Gunthar y Tohr siempre estaban cerca para calmar los ánimos. La cacería del jabalí sería la primera prueba verdadera de la unidad de las hermandades.

La mañana de la cacería amaneció gris y fría, anunciando ya la llegada del invierno. Una densa y gélida neblina envolvía el castillo Uth Wistan, incluso las torres más altas, y daba a los grandes árboles que lo rodeaban la forma imprecisa de gigantes. El agua goteaba de los aleros y formaba charcos en el patio de las caballerizas, donde escuderos y caballos aguardaban, dando patadas en el suelo de adoquines. El aliento de los caballos les rodeaba las testas y sus arneses tintineaban en la quietud de la mañana cada vez que se movían. Los sabuesos temblaban de frío, apelotonados junto a los enanos gullys a la puerta de la perrera, lamiéndose sus húmedos hocicos y bostezando soñolientos. *Garr* se mantenía alejado de todos; una simple correa de piel muy mordisqueada le colgaba de su poderoso cuello y sus bigotes de color gris acerado brillaban por la neblina condensada. *Ayuy* se rascaba el gorro y mascaba la punta de su barba. Un gallo cacareó desganadamente.

El patio exterior ya estaba atestado de gentes procedentes de la campiña que rodeaba el castillo —campesinos, artesanos, granjeros y comerciantes—. Habían llegado visitantes de ciudades y aldeas muy distantes, de Garnet, Knas, Markennan y Gavin; habían llegado en carros, en caballos o a pie y pronto ocuparon todo el patio, teniendo que instalarse en los espacios abiertos entre el castillo y el bosque. Algunos erigieron tiendas multicolores para albergar las mercancías que esperaban vender, muchos otros fueron a contemplar la salida de los caballeros en toda su pompa y gloria, con la jauría y las lanzas, pero la mayoría estaba allí para echar un vistazo a los misteriosos Caballeros de Takhisis que recientemente habían llegado al hasta

entonces bastión solámnico que había sido la isla de Sancrist.

Pese a que era una ocasión festiva —con malabaristas, cómicos y magos callejeros que entretenían a la multitud subidos sobre escenarios improvisados—, y que los comerciantes pregonaban desde sus tenderetes todo tipo de mercancías, desde botones a barriletes de vino, la fría y brumosa mañana amortiguaba todo sonido, y la gélida neblina ensombrecía el ánimo de muchos de los presentes. A los malabaristas se les caían los palos y las anillas, los juglares olvidaban versos enteros incluso de las baladas más conocidas, y los gritos de los comerciantes sonaban indiferentes. Muchas personas sacudían la cabeza consternados o hacían gestos furtivos para alejar los malos presagios.

En realidad, nadie esperaba que se diera caza a *Mannjaeger*, el jabalí de triste fama. La bestia no era de carne y hueso, por lo que las armas de hierro, madera o acero no podían hacerle ningún daño. Muchos de los nacidos en Sancrist estaban convencidos de que el jabalí era un espíritu maligno, un vestigio de la Era de los Sueños. Ciertamente, su poder destructor era legendario y, al igual que las colinas, *Mannjaeger* siempre había estado en la isla. Según la leyenda, el malvado soberano de los jabalíes era enorme, un gigante entre jabalíes, y sobre dos patas era tan alto como el más espigado corcel. Su poderoso lomo, cubierto de erizado pelo negro, se encorbaba como la giba de una ballena; sus ancas pelonas estaban cubiertas de garrapatas y presentaban las cicatrices de tantos lanzazos que hubieran bastado para abatir a un dragón. Se decía que sus colmillos de marfil, cada uno de casi un metro, constituían dos oscuras cimitarras gemelas capaces de traspasar incluso las cotas de malla forjadas en las montañas por los enanos. Algunas historias contaban que su cálido aliento transformaba la carne en piedra, mientras que otras sostenían que su siniestra y gélida mirada preñada de odio helaba la sangre de los hombres y transformaba al más bravo sabueso en un chucho gimoteador. Las flechas se convertían en humeantes cenizas al tocarlo, y sus pezuñas echaban chispas que provocaban incendios en los campos y en los graneros de los campesinos.

Muchos habían puesto a prueba su coraje y su buena suerte contra el terrorífico animal. Se rumoreaba incluso que el mismísimo Vinas Solamnus había intentado darle caza, pero sin éxito. Pero tal vez la víctima más conocida del jabalí fuese el abuelo de lord Gunthar Uth Wistan, el viejo Sigfrid Uth Wistan. Un cálido día de verano, mientras cogía bayas con sus nietos, el veterano lord del castillo Uth Wistan sorprendió al jabalí en un matorral de arándanos. Desarmado como estaba, luchó con bravura para salvar a sus nietos; ellos lograron escapar, pero él pagó con la vida.

Lord Gunthar recordó a su antepasado mientras se dirigía a las cuadras, al final de la cola de una ordenada fila de Caballeros de Takhisis y de Solamnia extrañamente apagados. El tiempo frío y brumoso también había afectado los ánimos de los caballeros, que parecían extrañamente reservados mientras recordaban las leyendas y

los mitos sobre el ser al que pretendían cazar. No era que tuvieran miedo, pues la mayoría de ellos había luchado contra monstruos igualmente temibles, pero sentían que no era una buena ocasión para efectuar la batida. Creían que era precipitada y había sido mal planificada, y el mal tiempo reforzaba la sensación de que debería posponerse. En cuanto a Gunthar, su mayor preocupación era que el frío impidiera a sus sabuesos seguir el rastro del animal, pero estaba decidido a seguir adelante; sus caballeros necesitaban montar junto a sus nuevos compañeros de armas.

Cuando se aproximó a la puerta que conducía al patio de las caballerizas se oyó el clarín de una trompeta desde una torre. Como si hubiera hecho caso de la fanfarria, la bruma empezó a levantarse y reveló estandartes con los símbolos del martín pescador, espadas y rosas sobre campos de plata y azur que colgaban, majestuosos, de las torres. Pero, como signo del cambio, pendones negros y rojos colgaban entre los azules por primera vez, engalanados con imágenes doradas de calaveras, lirios y coronas de espinas. Al sonido de la trompeta los caballeros y las damas de ambas Órdenes salieron del castillo y ocuparon el patio, donde esperaban sus monturas.

Cuando le llegó el turno a lord Gunthar, los demás caballeros ya estaban a caballo y aguardaban su llegada en el gris amanecer. Lord Tohr Malen montaba un magnífico semental negro que su anfitrión le había cedido para la ocasión, mientras que Fawkes, el fiel criado de Gunthar, sujetaba la brida de su propio corcel tordo llamado *Viajero*. Sir Liam se encaramó a la silla de su montura, un zaino castrado de gran alzada, se encorvó y se arrebujó en una capa oscura con la capucha echada sobre el rostro para protegerse del frío. Su aliento, que brotaba de debajo de la capucha formando una especie de neblina, le daba la apariencia de un hechicero. Gunthar sintió más que vio los ojos de Liam fijos en él desde debajo del capuz. No había sido una semana fácil para Gunthar, que había visto a su estudiante favorito y sucesor pasear enfurruñado y alicaído por los corredores del castillo, convertido en un auténtico heraldo de la pesadumbre. Bueno, Liam tendría que aceptar que las cosas habían cambiado. Gunthar se golpeó los muslos con sus pesados guantes de piel y descendió los pocos escalones que lo separaban del patio.

El Gran Maestre montó mientras Fawkes sujetaba las bridas del semental. *Viajero* se agitó con inquietud hasta que el caballero cogió las riendas y lo controló. Entonces, ante un ademán suyo, Fawkes corrió hacia el establo.

—¡Caballeros! ¡Damas! —gritó Gunthar con una voz resonante en medio de la niebla que se disipaba—. ¡Os deseo a todos una buena caza! Bebamos una copa de aguamiel caliente, como solían hacer nuestros padres.

Fawkes reapareció portando un gran cuerno de peltre humeante, grabado con imágenes de ciervos que saltaban y eran perseguidos por salvajes criaturas semejantes a sátiros armados con arcos. El criado tendió el cuerno a lord Gunthar, que se lo brindó a sus compañeros caballeros. Cuando hubo bebido, lo pasó a los demás.

Las Órdenes de Caballería estaban igualmente representadas en todo, con seis miembros de cada una. En nombre de los solámnicos, lord Gunthar era el líder, con Liam Ehrling, Quintan y Meredith Valrecodo. Elinghad Bosant actuaba en nombre de los Caballeros de la Espada y lady Jessica de La Fronda representaba a los Caballeros de la Corona. Lord Tohr Malen comandaba a los Caballeros de Takhisis, flanqueado por sus segundos, Alya Hojaestrella y Valian Escu. Por los Caballeros Negros también estaban presentes lady Cecelia y lady Delia Waering, hermanas de sangre y por sus votos de obediencia a Takhisis. El único representante de los Caballeros de la Espina era Trevalyn Kesper, ataviado de gris y sentado en su silla de cortos estribos como un escriba muerto de frío sentado en un taburete, con las rodillas junto al pecho y abrazándolas para darse calor.

Cada pareja de caballeros estaría acompañada por un escudero, que portaría las lanzas y proporcionaría otro par de ojos durante la cacería. Como los Caballeros de Takhisis no habían llevado con ellos sirvientes, sus escuderos serían hombres de armas del castillo. Asimismo, para disgusto de los caballeros, los seguirían varios enanos gullys que se ocuparían de los perros. La mayoría de ellos consideraban a los gullys más un estorbo que una ayuda, pero se consolaron pensando que los perderían de vista cuando la caza comenzara.

Gunthar eligió a Ayuy para que los acompañara. Mientras los demás esperaban que les llegara el cuerno, el Gran Maestre presentó el gully a Trevalyn. Pero éste, al que disgustaba tener que participar en un ejercicio tan vigoroso como una cacería, y encima con un tiempo de perros, se limitó a arrebuajarse aún más en sus ropajes grises y no dijo ni media palabra. Gunthar se encogió de hombros y levantó una mano para llamar la atención de todos.

—Cuando el primer sabueso encuentre un rastro, el escudero más cercano tocará el cuerno —indicó Gunthar—. Al oírlo, interrumpid la cacería y dirigíos hacia el sonido. El bosque está entrecruzado por numerosos rastros de caza y es fácil perderse si no se conoce el camino. Si os perdéis y no podéis encontrar la senda del castillo antes del anochecer, haremos sonar el gran cuerno de la puerta de la torre a cada vuelta del reloj hasta que todos hayáis regresado o hasta que empiece la guardia nocturna. Si para entonces no habéis localizado la ruta de vuelta, encontraréis mantas y provisiones en las alforjas.

Entonces, lord Gunthar cabalgó hacia la puerta y los demás dieron la vuelta a sus monturas para seguirlo. La gente reunida en el patio dejó lo que estaba haciendo para mirar. Gunthar detuvo el caballo y se levantó sobre los estribos, se volvió de cara a los caballeros y gritó:

—¡Que los dioses os sean favorables y os den buena caza, caballeros! ¡Adelante!  
—Los trompetas situados en las almenas tocaron una fanfarria para acompañar la partida de lord Gunthar y los caballeros que salían.

La gente lanzó vítores y se apiñó para mirar, con la boca abierta, mientras que los enanos gullys y los perros tomaban la delantera, corriendo alrededor de las patas de los caballos y entre ellas para ponerse en cabeza. Los grandes sabuesos grises retozaban y brincaban con sus largas patas, ladrando como si rieran de alegría. Los escuderos, portando bultos y largas lanzas, flanqueaban el grupo de caballeros, aunque algunos cabalgaban a cierta distancia para llamar la atención de un grupo de damas envueltas en abrigos de piel que se hallaban reunidas cerca de uno de los escenarios. Cuando los caballeros cruzaron el patio al son de las trompetas, se armó un verdadero barullo en los puestos de los comerciantes: las cajas cayeron y las mesas volcaron, con lo que con pollos y niños salieron riendo y volando en todas direcciones, seguidos por una tropa de gullys hambrientos.

Gunthar cabalgaba a la cabeza, seguido por los caballeros en fila. Trevalyn Kesper cerraba la marcha seguido por una caterva de niños que cuchicheaban y se desafiaban unos a otros a lanzar piedras al caballero de gris. Trevalyn trató de desentenderse de ellos hasta que un asustado pollo fue a estrellarse contra su cabeza en medio de una explosión de plumas blancas. Los espectadores rodaron por el húmedo suelo, riendo histéricos, pero el caballero los dejó rápidamente atrás, con la dignidad herida y la barba llena de plumas.

Ayuy Cocomur corría de aquí para allá, atizando a los gullys en la cabeza con una fusta que alguien había desechado y azuzando a los perros con la punta de la bota, hasta que logró que todos sus pupilos abandonaran los muros del castillo. Uno o dos de sus congéneres eructaron plumas y ocultaron sus culpables sonrisas tras manos mugrientas. Los caballeros salieron detrás del último sabueso, seguidos por los escuderos, que tuvieron que bajar las lanzas para pasar bajo el dintel. Una vez fuera de los confines del patio, soltaron las riendas y galoparon a campo abierto. Ayuy suspiró y se apoyó contra el muro. *Garr*, el gran sabueso, se acercó a él y se quedó a su lado, con sus ojos soñolientos fijos en nada en particular, como si dijera «Cuando estés preparado para empezar en serio, házmelo saber».

Ayuy no pudo descansar mucho rato, porque muy pronto los perros y los gullys localizaron los puestos de los mercaderes montados fuera de los muros del castillo. Una estampida de ovejas estuvo en un tris de derribar el escenario sobre el cual un acróbata hacía un alarde de equilibrio sobre una escalera. El hombre cayó con un chillido dentro de un carro de manzanas.

—¡Comedores de setas! —renegó Ayuy al tiempo que echaba a correr pesadamente, blandiendo amenazadoramente la fusta en su manita. Entonces se volvió hacia el gran sabueso y le ordenó—: ¡*Garr*, encuentra, reúne!

Con un bostezo, *Garr* trotó hacia la muchedumbre. Pocos segundos después, gañidos caninos de dolor se oyeron por encima del ruido de la feria y los perros, apedreados por los comerciantes, aparecieron solos o en grupos y se reunieron cerca

de la linde del bosque. A su lado trotaban enanos gullys con verdugones recientes.

Finalmente, todos se reunieron cerca del bosque: caballeros, escuderos, perros y gullys. La gente empujaba para tratar de vislumbrarlos, deseando estar cerca cuando soltaran a los sabuesos. Mientras tanto, la bruma seguía levantándose hasta que, como si el mismo Paladine —que pese a no estar ya en Krynn no había sido olvidado— diera su divina aprobación a la empresa, el sol se abrió paso y bañó el campo con luz escarlata y dorada. Los colores de las tiendas, de los estandartes y las banderas brotaron de la neblina, que pareció consumirse como una pesadilla.

Los caballeros empezaron a hablar con excitación de cacerías recordadas y olvidadas, los perros lanzaron gañidos y ladraron, los caballos patearon el suelo y pifiaron, impacientes por correr; el aire estaba saturado de sonidos militares y de olores de caballería. Gunthar sonrió ampliamente al ver a sus caballeros y a los Caballeros de Takhisis olvidar sus diferencias en la excitación del día.

El Gran Maestro se irguió sobre los estribos, hizo un gesto a un escudero próximo y gritó: «¡Soltad los perros!». El escudero se llevó una trompeta plateada a los labios, sopló y se oyó una melodía larga y trémula. La jauría estalló en aullidos y salió disparada hacia el bosque. Ayuy, que se agarraba a la correa de *Garr* y reía históricamente, fue arrastrado a la maleza por el perrazo y desapareció en la penumbra. La muchedumbre rugió encantada.

A continuación, los caballeros espolearon sus monturas y se lanzaron en persecución de los canes. El caballo de guerra azabache de lord Tohr se alejó al galope por el camino de Gavin, mientras los otros tomaban senderos más estrechos. Muy pronto, casi todos los caballeros desaparecieron mientras se desplegaban a lo largo de kilómetros de oscuras y sinuosas trochas, rodeados por el impenetrable bosque en el que resonaban los aullidos y los ladridos de incertidumbre de los sabuesos que buscaban el rastro del jabalí. Al poco rato, sólo los gullys más robustos seguían, mientras que los demás regresaban sin ningún pesar a la feria.

Trevalyn Kesper no se había internado ni cien metros en el bosque cuando el caballo lo arrojó de la silla, y el hombre aterrizó en el suelo con un ruido sordo. No era nada extraño, ya que los Caballeros de la Espina eran magos y no estaban acostumbrados a los rigores de la monta. El caballo continuó adelante alegremente, al parecer dispuesto a no perderse la cacería pese a haber perdido al jinete. El mago se puso en pie y regresó al castillo con aire ofendido.

A medida que la mañana fue avanzando, la caza abarcó una zona de bosque cada vez más amplia. Lord Gunthar se quedó solo después de perder a su escudero al cruzar un torrente cubierto por una delgada capa de hielo. Al poco se encontró con Ayuy, que trotaba de vuelta por la senda portando en la mano una correa rota. Innumerables hojas y ramitas sobresalían de su gorro de rata.

—¡Hola papá! —El gully sonrió abiertamente y reveló unos dientes manchados

de barro—. ¡Qué cacería!

Como en respuesta, un cuerno sonó furiosamente en algún lugar a su izquierda. «¡Ahí está!», exclamó Gunthar, que detuvo su caballo para permitir que Ayuy montara detrás de él. Ambos oyeron el sonido de los aullidos de los perros, que se perdía en la distancia. Cuando finalmente Ayuy estuvo bien instalado, Gunthar espoleó a *Viajero* y el animal se lanzó al galope por la senda. El caballero conocía perfectamente el camino, pues lo había recorrido muchas veces, incluso de noche, por lo que dio rienda suelta a su montura. El bosque desfilaba a su lado tan rápidamente que sólo era un borrón, y el viento les silbaba en la orejas.

Transcurrido un rato, Gunthar frenó al caballo bajo un enorme olmo para escuchar. Ayuy le rodeaba la cintura con tanta fuerza que casi le impedía respirar. Entonces, el gully señaló a su derecha. Al principio Gunthar no oyó nada; pero, después, tal vez los perros se acercaron, porque percibió débilmente el sonido del cuerno que tocaba un escudero.

—¡Ajá! —gruñó y ya iba a espolear a *Viajero* cuando Ayuy le tiró del codo y gritó:

—¡No, papá! ¡No, papá! Escucha.

Detrás de ellos sonaba otro cuerno, y otro a la derecha, y otro por delante. Los perros aullaban por todas partes, siguiendo un rastro, algunos se alejaban, uno se acercaba y otro cruzó la senda.

—Aquí pasa algo malo, hijo —dijo Gunthar a Ayuy—. No puede haber tantos jabalíes hoy en el bosque.

—Malo, papá, muy malo —convino con él Ayuy, al tiempo que se agarraba de nuevo a su amo.

A Gunthar le costaba respirar. De algún modo, el bosque parecía cálido y cerrado, y el aire demasiado enrarecido; o quizás era porque los brazos de Ayuy le rodeaban la barriga como tenazas. El Gran Maestre sintió los latidos de la sangre en las venas del cuello y el calor que le subía por las mejillas. La frente se le perló de sudor.

—Ayuy, hijo, afloja un poco —jadeó—. Déjame respirar.

Fatigosamente, Gunthar azuzó a *Viajero*, pero el caballo dio tan sólo unos pocos pasos vacilantes. El aire parecía enrarecerse por momentos y Gunthar oyó a Ayuy que jadeaba frenéticamente a sus espaldas. Era como si todo el aire del bosque estuviera siendo succionado, devorado o incluso absorbido de sus pulmones. Los sonidos de los cuernos y los perros fueron menguando y extinguiéndose, hasta que lo único que pudo oír fueron sus propios resuellos.

Entonces lo percibió, un sonido entre ladrido y resoplido, como una máquina hecha por gnomos que se hubiera descontrolado y corriera sola por el bosque. Las ramas crujieron y se partieron, y el suelo tembló como si algo enorme, oscuro y amenazador avanzara pesadamente por el bosque inmediatamente a la derecha de la

senda. Gunthar sintió más que vio, una gran sombra maligna que se movía en el borde de su visión. El aire caliente y fétido le llevó efluvios de algo completamente salvaje e indómito. Era un olor que resurgía de sus recuerdos infantiles como un fantasma; el olor del día en que su abuelo murió.

Ayuy gimió y hundió el rostro en la espalda de Gunthar, mientras que *Viajero* brincaba y relinchaba histéricamente. El caballero luchó por dominarlo y, al mismo tiempo, controlar su propio terror. En realidad, no había esperado ver a *Mannjaeger*; la cacería era una excusa para ejercitar las habilidades caballerescas, y la posibilidad de conseguir carne fresca. Pese a que su abuelo había sido víctima del gran jabalí, incluso para Gunthar, *Mannjaeger* siempre había sido una criatura de leyenda, una oscura figura que poblaba sus sueños infantiles.

El monstruo pasó por su lado sin siquiera volver la cabeza para mirarlos. Era como una gran roca liberada de la ladera de una montaña, que avanzaba rodando, ajena a lo que la rodeaba, elemental, casi etérea. Cuando se perdió de vista, el caballero recuperó el habla, al igual que Ayuy.

—Por todos los engendros del Abismo —renegó Gunthar.

—Oh, malo. ¡Muy malo dos veces! —gritó Ayuy.

Gunthar agarró con más fuerza la lanza y espoleó al caballo. El bosque parecía cerrarse sobre ellos, tendía raíces en su camino para que *Viajero* tropezara y hacía oscilar ramas para que golpearan al caballero en los ojos. Al poco rato, volvieron a notar el aire enrarecido que rodeaba a la bestia. Oyeron sus gruñidos enfrente de ellos, entre la maleza, y el ambiente se cargó de tensión y miedo, como si se hallaran cerca de una tormenta eléctrica que avanzara lentamente. Gunthar hacía todo lo posible para que su montura siguiera adelante; pero, pese a ser un caballo entrenado para la guerra, en ese instante se negaba a dar un paso si oía el crujido de una ramita al romperse.

De pronto, la senda describió un giro inesperado, sorprendiendo a Gunthar, que se preguntó si no habría tomado un desvío equivocado. Fuere como fuere, el caballero percibió en la distancia un arco de luz dorada que señalaba el fin de la trocha. Al verlo, *Viajero* se lanzó al galope. Gunthar tiró de las riendas para frenarlo, pero fue inútil; el caballo parecía desesperado por alcanzar la luz. Gunthar renegaba, gritaba y tiraba de las riendas con todas sus fuerzas, pero el animal seguía galopando, agitando las crines y bufando.

Súbitamente una frondosa enredadera pareció materializarse delante de ellos; colgaba sobre el camino como una trampa colocada intencionalmente. *Viajero* agachó fácilmente la cabeza y pasó, pero Gunthar, montado en la silla y embutido dentro de la rígida armadura, no pudo agacharse lo suficiente. Desesperado, trató de apartarla con el astil de la lanza, pero falló por el temblor que le afectaba las manos. La enredadera se le enganchó bajo el brazo, Gunthar soltó las riendas y se agarró al



cuerno de la silla para no caer. La enredadera se tensó y crujió; encima de sus cabezas se quebraron algunas ramas, y el gran caballo tordo corcoveó para desasirse. Fue más de lo que el anciano capitán pudo aguantar; los dedos le resbalaron del cuerno de piel cubierto de sudor y la enredadera lo derribó de la silla.

Los breves momentos que voló por el aire fueron muy extraños. Gunthar había cabalgado a lomos de un dragón durante la Guerra de la Lanza, y montar un dragón no era muy diferente a montar un caballo, si el jinete no miraba hacia abajo, claro está. Pero esto era distinto: primero, porque tenía a un enano gully que trepaba por su hombro; segundo, porque ya no llevaba ninguna silla entre las piernas, aunque éstas seguían arqueadas en pleno aire; y tercero, porque al darse cuenta de que volaba por los aires, su único pensamiento fue cómo aterrizaría.

Pero el vuelo sólo duró unos pocos segundos más y no tuvo tiempo de prepararse para la caída. Mientras veía el suelo precipitarse hacia él a gran velocidad, el caballero se dio cuenta de que aún sujetaba la lanza y la tiró para no caer sobre ella. Ayuy continuó clavándole las uñas y arañándolo hasta situarse encima del pecho de Gunthar. El viejo caballero aterrizó de espaldas y, pese a que el gully era muy menudo, su peso hizo que se quedara sin resuello.

Ayuy chillaba, y continuó chillando incluso cuando ya llevaban varios segundos en el suelo. Chilló y chilló hasta que Gunthar pudo recuperar la fuerza suficiente para sacárselo de encima, pues Ayuy, aterrorizado, seguía aferrado a su pecho. Gunthar se irguió despacio, sintiendo punzadas que le recorrían la columna.

—Por la mañana pagaré por esto —se quejó el caballero.

—Muy malo —gimoteó Ayuy.

—Sí, muy malo. ¿Por qué tuviste que aterrizar encima del pobre papá? —preguntó Gunthar.

—Si Ayuy debajo, muy malo —respondió el gully—. Papá dos veces tan grande como Ayuy.

—Me siento como si acabara de perder en una justa de dragones —comentó Gunthar. Entonces miró a su alrededor e hizo un gesto de dolor al volver la cabeza—. ¿Dónde se habrá metido ese caballo loco? Pensé que se detendría al notar que caíamos. No es propio de él huir de este modo.

—Caballo ir por allí —dijo Ayuy, señalando hacia el reluciente arco que marcaba el fin de la vereda.

Gunthar se puso penosamente de pie, ayudado por un débil empujón del gully.

—Ya no soy tan joven como antes —dijo el caballero—. ¿Sabes cuántos años tengo, hijo?

—¿Dos más dos más dos?

—Exacto. Dos más dos más dos y muchas veces más dos. —Se llevó las manos a los riñones y se enderezó.

—Eso es mucho —dijo Ayuy con respeto—. Eres más viejo que el Gran Bulp.

—Soy incluso más viejo que estas colinas. Cuando yo nací esta tierra era llana. No había ni árboles ni montañas, sólo yo. Las colinas vinieron más tarde. —Gunthar gimió hasta ponerse completamente derecho.

—Vamos. Ahora nos vamos —dijo Ayuy.

—No, no. Por ahí no —protestó Gunthar al ver que Ayuy daba media vuelta.

—Camino para el castillo —dijo Ayuy, esperanzado.

—Pero tenemos que encontrar a *Viajero*, hijo. Tenemos que acabar la cacería. Un verdadero caballero nunca rompe el contacto con el enemigo tan fácilmente —dijo Gunthar.

Ayuy volvió al lado del caballero de mala gana, dando patadas a las hojas y agitando enfadado los brazos.

—Esto está mejor. Cabeza alta, hijo mío. Vas en camino de convertirte en un auténtico caballero. Veamos adónde conduce esta senda.

—Probablemente lugar muy malo —masculló Ayuy al tiempo que seguía a trompicones a su amo.

Después de avanzar por la desconocida trocha unos cien metros, se encontraron en un amplio claro bañado por una luz dorada tan brillante que Gunthar parpadeó. La bruma que flotaba en el aire le impedía determinar la posición del sol y saber el momento del día. En el aire se oía el zumbido de alas invisibles. Cuando Gunthar y Ayuy entraron en el claro, sus pies levantaron enjambres de saltamontes y de diminutos mosquitos con alas que parecían de encaje. La hierba era alta y de un verde dorado, al igual que los pétalos de la extraña maleza que crecían formando setos naturales a las orillas de un arroyo de aguas plateadas; las hojas eran doradas por un lado y verde bosque por el otro, y los matorrales estaban cargados de bayas plateadas y rojas. El aire era cálido y húmedo, más propio de un día de verano en Palanthas que de una mañana de otoño en la isla de Sancrist.

—Esto es increíble —dijo Gunthar—. He vivido aquí toda mi vida y nunca había visto este lugar. ¿O sí? —El caballero se atusó los bigotes y miró alrededor. Había algo que le resultaba muy familiar.

—Hace mucho tiempo —dijo Ayuy al tiempo que se rascaba el gorro de rata.

—No puedo ver bien con esta luz —comentó Gunthar.

Ayuy parpadeó y escrutó el claro pero, como buen gully, se fiaba más de su sentido del olfato.

—Huele a hadas —dijo.

—Sí, realmente parece algo élfico, ¿verdad? —dijo a su vez Gunthar—. ¿Es una mata de arándanos eso que veo?

—Definitivamente hadas —dijo Ayuy, husmeando otra vez—. Muchas hadas. Dos más dos más dos.

—Ciertamente parece haber mucha paz. No recuerdo haberme sentido tan en paz. Es muy extraño, me siento tan soñoliento... —dijo Gunthar con un gran bostezo.

—Hadas muy malo. Ahora nos vamos. Vamos al castillo —apremió Ayuy al tiempo que tiraba de la mano de su amo.

—¿Cómo he llegado aquí? —murmuró Gunthar apoyado en su lanza—. Estaba buscando algo. ¿Qué era?

—Nada. Vamos —insistió Ayuy.

—¡Mi Medida! —exclamó el caballero—. ¿Dónde la he metido? —Gunthar palpó las bolsas que llevaba al cinto y bajó la mirada hacia Ayuy—. Tasslehoff Burrfoot, ¿has cogido tú mi Medida?

—¿Qué? ¡No! Yo no —respondió Ayuy con voz preñada de miedo.

—Di a lord Derek que éste no es el momento de intrigas políticas. ¡Necesitamos a todos los caballeros que puedan valerse para defender Palanthas! —gritó Gunthar. Entonces giró sobre sus talones y se internó en el claro. Ayuy lo siguió.

Al acercarse al arroyo, Gunthar se quedó paralizado a media zancada. El lugar quedó de pronto callado, silencioso, y una nube tapó el sol y oscureció el aire. Gunthar parpadeó y retrocedió, confuso, mientras levantaba la lanza en actitud de defensa, amenazando al aire vacío.

Y entonces la vio: una gran forma peluda bajo los árboles del bosque, al otro lado del calvero. Parecía un trozo de montaña que hubiera adquirido vida y hubiera descendido de las tierras altas. Su lomo se elevaba en una giba cubierta de erizadas cerdas, tan alta como la cabeza de un hombre adulto, y su testa era tan grande como un barril de encurtidos. La bestia miró fijamente a Gunthar y pareció bostezar, dejando al descubierto los largos y relucientes colmillos de marfil, que eran armas tan afiladas como la hoja de una daga elfa. Los ojos, rojos y porcinos, parecían arder bajo la sombra de la mole de su cuerpo. Cuando estaba quieto era semejante a una piedra inanimada, pero cuando se movía era tan imparable como una avalancha, y la hierba e incluso los arbustos y los matorrales se doblaban ante su impetuoso avance. Rápidamente, casi antes de que en la ofuscada mente de Gunthar se formaran pensamientos de peligro, el jabalí cruzó el claro y se desvaneció en la penumbra del bosque.

El caballero, perplejo, retrocedió y estuvo a punto de dejar caer la lanza al tropezarse con Ayuy. Lentamente los sonidos habituales del mágico claro estival regresaron.

—Papá, vamos —susurró Ayuy, pero Gunthar no respondió. En vez de eso contempló otra forma peluda que surgía de la espesura, casi en el mismo lugar donde había visto a la primera. Era más pequeña y corría con la nariz pegada al suelo. Por un momento Gunthar se quedó confundido, pero entonces la figura levantó la testa y lanzó un largo y lastimero aullido.

—¡Garr! —gritó Ayuy.

El perrazo atrasó las orejas y corrió, siguiendo el rastro del jabalí.

—Ha dado con su pista —dijo Gunthar—. ¡Por todos los dioses, ahora lo tiene!  
¡Vamos, hijo, sígueme!

La excitación de la caza infundió juventud y vigor al anciano caballero. Todos sus dolores y achaques se esfumaron tras ver a la presa y a su perro que había encontrado el rastro. Gunthar cruzó el prado con grandes zancadas y atravesó el arroyo, sin que el peso de la armadura le dificultara los movimientos. Se sentía como si tuviera alas en los pies y volara, como si fuera a alzarse del suelo y a flotar en brazos del viento. La pesada lanza para jabalíes, con su travesañ de hierro justo por debajo de la cabeza de acero, levantaba un surco en la hierba delante de él.

—Vamos, vamos, hijo mío —suspiró Gunthar, tratando de consolar al enano gully—. Tranquilo.

Ayuy lloraba mientras levantaba el peso muerto de la cabeza de *Garr* y se la colocaba en el regazo. El sabueso tenía la negra lengua apretada entre los colmillos, y de ella manaba un poco de sangre; pero su fornido pecho ya no subía ni bajaba, y sus ojos, aunque aún profundos y marrones, estaban apagados y ya no veían. Ayuy mojó el hocico del perro con sus lágrimas al tiempo que lo besaba una y otra vez.

—No, *Garr*. Muy malo. Ven a casa, *Garr* —lloraba, balanceándose adelante y atrás.

—No llores, hijo —lo consoló Gunthar—. Ha muerto como hubiera querido, lu... —La voz se le quebró y tuvo que desviar la mirada—. Luchando —añadió, levantando los ojos hacia lo alto y parpadeando a la luz del sol.

—*Garr* no muere —sollozó Ayuy—. *Garr* no muere ahora.

—Su final ha sido como el de un verdadero caballero, en combate singular contra su acérrimo enemigo —proclamó Gunthar al cielo.

Ayuy no dejaba de acariciar el pelaje del animal mientras las lágrimas le formaban surcos en la mugrienta cara.

—Pobre *Garr* —gimió—. Quizá Ayuy lleva a casa, te arregla y *Garr* ya no muere.

Lo había hecho antes, llevaba muchos meses cuidando de los sabuesos de lord Gunthar y más de una vez les había curado las heridas y los había ayudado a sanar. Ayuy buscó con ternura alguna herida en el cuerpo del animal, pero no halló rastro de sangre ni de carne desgarrada ni de huesos rotos. La única sangre que había manaba de la lengua que el perro se había mordido.

—¿Por qué *Garr* muere? —preguntó.

—Así es la vida, hijo —le explicó Gunthar—. Nos hacemos viejos, recibimos una herida o enfermamos. Así es como la naturaleza avanza.

Ayuy le dio la vuelta al perro y examinó el otro lado sin encontrar nada. Aparte de un pequeño corte en el flanco, no mostraba ninguna lesión aparente.

—¿Por qué *Garr* muere? —preguntó de nuevo.

—No nos corresponde a nosotros preguntar por qué, hijo —respondió Gunthar—. Simplemente tenemos que aceptarlo.

—Pero él no herido —protestó Ayuy.

—¿Cómo dices?

—Él no herido.

—Déjame ver. ¿Estás seguro? —inquirió Gunthar al tiempo que se arrodillaba

junto al sabueso. Lo examinaron del hocico a la cola y el caballero prestó especial atención a la heridita del flanco, que estaba cubierta por una costra seca de sangre, y comentó:

—Debió de hacérsela antes. Parece una herida de colmillo, pero supongo que podría haber pasado en cualquier parte. Desde luego, no ha sido en esta lucha. El pobre *Garr* agonizaba cuando lo encontré. —Entonces se puso en pie y examinó el suelo alrededor de la peña.

»Sí, aquí se libró una batalla desesperada. Mira cómo el suelo está revuelto por las pezuñas del jabalí, donde cargó, dio la vuelta y volvió a cargar. Me extraña no haber oído nada, pero supongo que la cresta tapó el sonido... Pero ¿qué es esto? —El caballero se inclinó y recogió algo de entre el montón de hojas—. Parece una escama. ¿Qué dices tú, chico? —le preguntó a Ayuy al tiempo que se lo tendía.

El gully contempló el extraño objeto que refulgía en la palma de Gunthar. Realmente parecía una escama, pero no era como las de cualquier pez que Ayuy hubiera comido, sino que más bien parecía la de un lacerto, aunque él nunca había visto un lacerto de color de bronce antes, ¿o sí?

—Oh, muy malo. ¡Muy, muy malo! —gritó Ayuy.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Gunthar.

—¡Muy malo, muymuymuymalo! —Ayuy se puso de pie de un brinco.

—Quieto —ordenó el caballero, que se volvió y escrutó el tenebroso bosque—. Quieto —susurró—. Ahora lo oigo. —Gunthar tapó la boca al gully con la mano, Ayuy se calló y ambos escucharon.

Se oyó un gruñido.

—Ahora ir a casa, papá —masculló Ayuy bajo la palma de Gunthar.

El gully empezó a correr sin moverse del sitio. Gunthar buscó a tientas la lanza y la arrastró a su lado. Sin apartar los ojos de la espesura, logró levantarla y fijar el extremo bajo un pie. El caballero escrutó el bosque, pero sólo percibió el suave gris de los troncos dispuestos en apretadas hileras. Entonces, unos puntos empezaron a estallar ante sus ojos, puntos con forma de jabalí. Gunthar parpadeó.

Un chillido que helaba la sangre sacudió los árboles. El suelo se estremeció y tierra suelta bajó por la ladera. *Mannjaeger* surgió de la sombra del bosque a plena luz del día, con sus ojillos rojos rezumando odio, como un trozo de montaña que hubiera adquirido vida por medios mágicos. Por alguna razón, Gunthar fijó la mirada en la ondulante lengua rosa, que colgaba entre las cimitarras gemelas de marfil amarillo, y cuyos puntos negros del envés se deslizaban como el dibujo en el lomo de una serpiente. El caballero parecía casi hipnotizado por ella; vio que una gota de sangre descendía por la lengua y caía sobre una hoja, uniéndose al charquito que se estaba formando bajo la destrozada garganta del animal. Entonces, se dio cuenta de que, después de todo, *Garr* no había muerto sin presentar batalla: el jabalí había

recibido una terrorífica mordedura que dejaba al descubierto la carne y que hubiera acabado con una bestia menos formidable.

Gunthar notó al ser vivo que se retorció en sus manos y recuperó el buen sentido. Apartó a un lado al gully, que se agitaba, y trató de defenderse con la lanza, pero ya era demasiado tarde. *Mannjaeger* se estrelló contra él y el caballero sintió que el mundo se elevaba debajo de él como una fuerza similar a un ariete que explotara contra su peto.

Su antigua armadura solámnica forjada un siglo antes le prestó un buen servicio. Los colmillos del jabalí chirriaron contra las grebas de acero y repiquetearon en vano contra su peto. No obstante, el anciano caballero acusó cada uno de los golpes, que le parecieron mazazos, y la machacona fuerza de cada mordisco. En cuestión de segundos, Gunthar sangraba por una docena de heridas, producidas más por el revolcón que por los colmillos del jabalí. Cada vez que intentaba levantarse y recuperar el equilibrio, *Mannjaeger* lo atacaba de nuevo. El caballero se sentía como el superviviente de un naufragio que se ahogara en el rompiente de la playa. Cada ola que lo derribaba lo debilitaba más y más, y lo arrastraba a mar abierto.

De pronto, el jabalí dejó de atacarlo, Gunthar ya no notaba su peso, ya no percibía su fétido aliento. El caballero permaneció tumbado sobre las hojas, súbitamente en paz. No osaba abrir los ojos, pues notaba que el suelo temblaba a cada paso del monstruo que husmeaba y gruñía a su alrededor.

—¡Cerdo tragón! —Se oyó un fuerte porrazo dado contra carne y un chillido semejante al chirrido de las puertas del Abismo al ser abiertas por las legiones infernales. Gunthar sólo quería quedarse allí y dormir un poco—. ¡Puerco gorrón!

Lentamente, Gunthar se irguió y apretó los dientes, esperando un nuevo ataque inevitable. Cerró los ojos con fuerza en la esperanza de estar viviendo una pesadilla de la que se despertaría en su cálido lecho, al lado de su encantadora esposa, Belle; que todo lo que había visto, hecho y sufrido sólo habría sido un mal sueño provocado por un plato de cocina gnomo demasiado condimentado. Nada de Consejo de la Piedra Blanca ni guerra de la Lanza ni Sturm Brightblade muerto en la Torre del Sumo Sacerdote ni ataque a Palanthas por parte de los ejércitos de la Dama Oscura, en el que perdió la vida su primogénito, ni Guerra de Caos que le arrebató al hijo que le quedaba —sin eso, a su mujer no se le habría roto el corazón y no habría perdido primero la cordura y después la vida—. «Te lo ruego, Paladine —oró Gunthar—, concédeme una vida sin sobresaltos como la de la mayoría. Yo nunca deseé ser Gran Maestro de la Orden. Lo cambiaría por un pequeño castillo en la costa y la familia a mi lado. Mis hijos, mis pobres hijos, los echo tanto de menos...».

—¡Aléjate de papá! ¡Maldito... maldito cerdo resoplón! —Otro porrazo y otro chillido animal.

Gunthar suspiró y abrió los ojos.

Ayuy, agachado junto a una peña, sostenía una piedra redonda lista para ser lanzada. Por alguna razón *Mannjaeger* vacilaba; quizá fuera la primera vez que olía a un enano gully y acaso se preguntara si sería comestible. El jabalí arañaba, inquieto, la tierra con las pezuñas y husmeaba el aire; de la parte inferior de las mandíbulas, con las que no cesaba de mascar, le caía baba mezclada con sangre.

Gunthar se sorprendió de encontrar su lanza, intacta, muy cerca. De hecho, se felicitó por no haberla arrojado él mismo y la usó para ponerse de pie, aprovechando que *Mannjaeger* estaba distraído con el gully. Fue entonces cuando el caballero se dio cuenta de que había salido bastante mal parado del fiero ataque del jabalí. Con los colmillos, el animal le había desgarrado la cota de malla que le protegía los muslos y le había causado una herida, de un dedo de longitud, tan limpia que parecía haber sido hecha con una cuchilla. Por alguna razón, esa herida le quemaba como fuego de dragón; notaba la pierna floja y sin fuerza. El caballero apoyó todo el peso en la lanza para evitar caer y, pese a todos sus esfuerzos, no pudo evitar que se le escapara un gemido.

Al oírlo, *Mannjaeger* dio bruscamente media vuelta y decidió embestir al hombre que lo amenazaba más directamente. Gunthar, que veía puntos negros danzando ante los ojos, se equilibró sobre un pie y bajó la lanza para parar la carga del animal. Ayuy gritó algo ininteligible y arrojó la piedra, que dio al jabalí en el ojo. *Mannjaeger* se desvió ligeramente y fue a empalarse en la lanza que Gunthar sostenía torpemente.

El monstruo chilló, al tiempo que emprendía la huida, sangrando por la boca y arrebatándole a Gunthar el arma de las manos. El caballero se desplomó, pero el jabalí cargó hacia el bosque arrastrando tras él la pica, firmemente clavada. *Mannjaeger* continuó revolcándose y bramando oculto por la sombra de los árboles, hasta que finalmente todo quedó en silencio.

Gunthar gimió y rodó sobre sí mismo. Una vez que hubo pasado el peligro, el dolor en la pierna se le hizo atroz. El caballero se agarró el muslo para tratar de ver el motivo del ardor que sentía pero, extrañamente, la herida ya estaba cubierta por una costra negra y seca. Gunthar se dejó caer sobre las hojas manchadas con la sangre de *Garr*. Por un instante contempló inmóvil los vacuos ojos del perro; pero, entonces, empezó a retorcerse y a gemir de dolor.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Qué te pasa? —le preguntó Ayuy a su lado.

—¡La daga! ¡Traición! —gritó Gunthar—. ¡Estúpido! Planearon... Nos separaron. Sólo *Garr* podía seguir el buen rastro, y él sabía que yo seguiría a *Garr*. Debía haberlo adivinado, pero ¿cómo? Yo lo elegí. Confiaba en él. —El dolor le envolvía las caderas y el abdomen. Gunthar se sentía como si lo estuvieran metiendo lentamente en un puchero con aceite hirviendo.

—¿Quién, papá? ¿Qué? —gimoteó Ayuy confusamente al tiempo que intentaba apaciguar la agonía de su amo.



—Yo lo elegí. Confiaba en él —fue todo lo que Gunthar parecía capaz de decir. De los labios le brotó baba y una espuma sanguinolenta que le bajó por el mentón. Sus palabras quedaron ahogadas por terribles convulsiones; parecía que iba a enrollarse sobre sí mismo como una serpiente herida. Los labios se retrajeron en una espantosa mueca y en el bosque resonaron sus gritos. El aterrorizado Ayuy echó a correr y se escondió detrás de la peña; allí pegó la cara a la fría piedra y se mordió el labio inferior.

Finalmente su amo dejó de gritar. Ayuy atisbo por un lado del peñasco y vio a Gunthar tendido de espaldas en el suelo, totalmente inmóvil. Ni siquiera las manos mostraban el temblor habitual. El gully avanzó hacia Gunthar con toda clase de precauciones, temeroso de lo que pudiera encontrar; pero, cuando se acercó, el caballero volvió la cabeza para mirarlo con los ojos inyectados en sangre; le hizo un guiño y una débil sonrisa agitó sus mostachos solámnicos.

—Ah, muy bien, hijo. Ya empezaba a temer que moriría solo —musitó—. Lo siento, parece que no puedo mover las manos. Acércate y cógemelas, ¿quieres, hijo?

Ayuy tocó temeroso la mano de su amo, que estaba fría y dura como el mármol. Pese a la rigidez del cuerpo, los músculos faciales del anciano continuaban retorciéndose y contorsionándose.

—¿Qué te pasa, papá? —susurró Ayuy.

—Quiero que hagas algo por mí, Ayuy —dijo Gunthar.

—¿Qué, papá?

—Me tomó por un estúpido. Y lo fui. Ahora lo sé. —El caballero gimió, y el rostro se le contrajo en un nuevo espasmo de dolor—. Ahora lo entiendo. Éste era su plan desde el principio. ¿Cómo si no...? —La voz de Gunthar se fue apagando y los ojos se le empañaron.

—¿Qué hago yo, papá? —preguntó Ayuy.

—¿Qué pasa, hijo? —se sobresaltó Gunthar—. ¿Dónde estaba?

—Estás con Ayuy —gimoteó el gully.

—Ayuy, quiero que hagas algo por mí —susurró el anciano débilmente—. Acércate.

Ayuy se inclinó sobre su amo, de modo que una de sus orejas cubiertas de barro casi tocó los labios del anciano. El caballero musitó algo casi inaudible y lanzó un hondo suspiro. Luego, Gunthar apartó a Ayuy entre convulsiones.

—¡Los caballeros! —gritó largamente con voz trémula, que fue apagándose. Ese último esfuerzo pareció arrebatarle la última chispa de vida.

—¿Caballeros malos? —lloriqueó Ayuy confundido.

—Me ha matado —susurró Gunthar, al que se le cerraban los ojos.

—¡Caballeros muy malos! —gruñó Ayuy.

El anciano pareció revivir ante aquellas palabras. Con un esfuerzo trató de asir la

mano del gully.

—No, no todos los caballeros —protestó—. Corre al castillo y avisa a los demás.  
¿Me entiendes?

—No. —Ayuy lloraba de frustración.

—Bien, sabía que podía contar contigo —dijo Gunthar sonriendo débilmente, al tiempo que se relajaba.

—¿Ayuy corre al castillo? —inquirió el gully.

—Sí, ve —ordenó Gunthar. Entonces su rostro quedó inmóvil, la mirada se le desenfocó y se perdió más allá de las nubes. De los labios brotó una última vaharada que se disipó en el frío aire otoñal.

—Papá, ¿qué hago ahora? —preguntó Ayuy al tiempo que sacudía el cuerpo de su amo—. ¿Qué hago ahora? ¿Papá? ¡Papá!

Se levantó, se puso en jarras y le suplicó a la figura inmóvil de su amo:

—Papá, quédate. Papá, no dejes a Ayuy.

El rostro de Gunthar pareció relajarse, las arrugas provocadas por la edad y las preocupaciones desaparecieron y fueron reemplazadas por una expresión de paz. Ayuy cayó de rodillas, junto a él, y acarició el cabello del anciano con una manita mugrienta.

—Ayuy no se va. Ayuy se queda con papá —susurró mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, abriendo nuevos surcos en la mugre. El gully hundió la cara en el pecho de su amo y cerró los ojos—. Ayuy nunca dejará a papá —sollozó, y el llanto agitó su pequeño cuerpo. Ayuy lloró hasta que quedó agotado y el sueño le devolvió la paz.

—Aseguraos de hacerlo correctamente —dijo el bozak a sus subordinados kapaks, que se inclinaban sobre el cuerpo de Gunthar—. Debe parecer que ha muerto en un encarnizado combate.

Uno de ellos empezó a rociar la zona alrededor del perro muerto con la sangre que llevaba en una pequeña ampolla. Mientras tanto, otros tres draconianos cobrizos surgieron del bosque, arrastrando tras ellos algo muy pesado. Ya en el claro se detuvieron y se recostaron en su carga, jadeando, con las largas y bífidas lenguas fuera y las cortas alas agitándose en el aire.

—Así está bien —dijo uno de ellos sin resuello. Los demás lanzaron suspiros de alivio y se alejaron tambaleantes a cumplir otras tareas, dejando el cuerpo justo un poco apartado de la vereda frente al Gran Maestro.

*Mannjaeger* seguía infundiendo temor incluso después de muerto. Pese a que descansaba sobre un costado, la mole de su cuerpo recordaba la ladera de una montaña oscura e inquietante. La cabeza podría haber servido como ariete de una galera pirata de minotauros, mientras que la mirada que había en los ojos, incluso muerto, era capaz de petrificar una medusa. El pelaje bullía de piojos y otros parásitos que abandonaban el cuerpo del jabalí en busca de mejores pastos.

Uno de los draconianos arrastró la lanza de Gunthar del bosque, se acercó al jabalí y le clavó el arma al menos una docena de veces hasta hundirla en el pecho sin vida del monstruo. A continuación, sacó una botella de un bolsillo secreto del uniforme y vertió sangre seca sobre las heridas que acababa de causar al jabalí. Una vez hecho esto, rompió el astil de la lanza sobre su rodilla, cubierta por escamas de cobre, y la colocó cuidadosamente en la mano extendida de Gunthar. Mientras tanto, el bozak recorría el área musitando algo entre dientes y esparciendo polvo siguiendo algún tipo de pauta mística. Allí donde éste caía, las hojas y las ramitas revueltas por los movimientos de los draconianos regresaban a su lugar original, las huellas dejadas en la blanda tierra desaparecían, el aire se purificaba y el típico hedor metálico que desprendían los draconianos se disipaba. Después de completar el hechizo, el bozak metió las garrudas manos en las mangas de la túnica. Los demás finalizaron sus tareas y se perdieron en el bosque, dejando sólo al draconiano de bronce y a un kapak de cobre en la escena de la muerte de Gunthar.

—Y ¿ahora qué?, gran señor —preguntó el kapak.

—Nuestro trabajo aquí ha acabado —respondió el bozak desde debajo de la capucha—. Muy pronto mis espejismos y los de los otros desaparecerán, y los caballeros que persiguen jabalíes fantasmas abandonarán la caza y regresarán al castillo. Una vez allí se darán cuenta de que falta Gunthar y emprenderán su busca.

Esto nos dará tiempo suficiente para recoger nuestra recompensa y marcharnos de este lugar.

—¿Y después? —inquirió el draconiano de cobre con una astuta mirada en sus rojos ojos.

—Y después nada, amigo kapak —gruñó el bozak—. Vosotros seguiréis con vuestros tejemanejes mientras que nosotros, los bozaks, seguiremos subsanando vuestros errores con nuestra magia.

—¡Errores! ¿Qué errores? Todo ha salido perfectamente, de acuerdo al plan. Ni siquiera hemos necesitado tu ayuda —protestó el kapak—. «El Primero» dice: «Id con los bozaks», y nosotros vamos con los bozaks.

—Y ha sido una suerte. Si no hubiera sido por mí, tú te hubieras olvidado por completo de nuestro amiguito gully —dijo el bozak, y se rió con sorna—. Ve y asegúrate de que sus heridas basten para matarlo, incluso sin el veneno. No podemos permitir que nadie sospeche.

Después de lanzar una mirada asesina a su superior, el kapak se sacó una vieja daga del cinto. La hoja estaba hecha con el colmillo de un jabalí, pulido hasta hacerlo tan afilado como una cuchilla. El draconiano se dispuso a cruzar la vereda, pero el bozak tiró de él con un excitado gruñido.

—¡Idiota! —gritó—. Echarás a perder mis hechizos de ocultación. ¡Da la vuelta! Y ve con cuidado.

Con una mirada iracunda, el kapak rodeó cuidadosamente los cuerpos, procurando no alterar con sus garrudos pies ni una sola ramita ni una hoja. Pese al poco elegante aspecto que le conferían sus grandes alas de reptil y la larga cola serpenteante que sostenía en alto para mantener el equilibrio, el kapak se movía con el mismo garbo y sigilo que un carterista de Palanthas. La punta de la lengua le asomaba con deleite al aproximarse a los cuerpos de lord Gunthar y el enano gully y pensar en la mutilación que iba acometer. Los draconianos eran criaturas crueles y malévolas que habían sido creadas artificialmente por los más oscuros hechiceros, que pervirtieron y mancillaron los huevos de los Dragones del Bien. Un poco de destrucción y mutilación gratuita no era un entretenimiento desdeñable para un ser con tal sed de mal. El kapak rió entre dientes mientras agarraba al gully por la muñeca y le daba la vuelta.

Ayuy despertó con un alarido de terror tan intenso que el kapak quedó momentáneamente aturdido y estuvo a punto de soltarlo.

—¡No digo a nadie, papá! ¡No digo! —gritó el gully, tan dormido aún que apenas veía. Entonces, empezó a debatirse y lanzó patadas, al tiempo que sus pequeños pero peligrosos dientecillos amarillos, con los que intentaba morder la garra que lo sujetaba, relampagueaban.

Después de recobrase de la sorpresa de encontrar al gully vivo, el draconiano

trató de sujetarlo, al tiempo que evitaba sus dentelladas. Normalmente las mordeduras de gully no eran venenosas, pero dolían. Con un hábil movimiento el kapak volteó a Ayuy y lo alzó por un pie. Al igual que las llaves que solían emplear los luchadores minotauros, este contacto pareció ejercer un efecto calmante en el gully, que se quedó quieto, boca abajo y en silencio, mirando al draconiano con temor.

—Voy a desangrarte —dijo el kapak al tiempo que acercaba su daga con filo de colmillo a la garganta del enano.

—¡Espera! —ordenó el bozak en tono desabrido—. Idiota. No lo mates todavía.

—¿Por qué no? —gritó el kapak enfadado—. ¡Aclárate de una vez, boz!

—Averigua qué sabe. ¿No oíste lo que dijo? «No digo a nadie, papá». ¿Decir qué? —preguntó el bozak en apresurados y excitados susurros.

—Habla, rata —exigió el kapak—. ¿Qué te dijo Gunthar?

—Papá dice muchas cosas —respondió Ayuy con voz chillona.

—Ya sabes a qué me refiero —replicó el kapak, y lo zarandó violentamente por la pierna—. ¿Qué se supone que no vas a decir? Habla antes de que te corte en pedazos.

—Mátame, nunca lo sabrás —susurró Ayuy.

El kapak se sobresaltó y su mandíbula de reptil, provista de colmillos, se abrió por la sorpresa. Demasiado lejos para oír, el bozak preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—¡Éste no es un gully vulgar y corriente! —gruñó el kapak zarandeando a Ayuy con más fuerza si cabe que antes. Los dientes de Ayuy repiquetearon como unas castañuelas.

—¿Qué ha dicho? —volvió a preguntó el bozak.

—Que no hablará —respondió el otro draconiano sin dejar de zarandear a Ayuy.

—Entonces átalos. Nos lo llevaremos con nosotros a la montaña para... seguir interrogándolo —ordenó el bozak—. Si Gunthar sospechaba algo y hablo de ello con el gully, tenemos que saber qué le dijo para poder avisar a los otros. Destruid todos los caminos que conducen a la montaña. Ésta es la cuarta ley de Iulus. No puede haber ninguna pista que nos señale a nosotros y a quien nos contrató. Así es como debe ser: sin trazas ni testigos.

El kapak enfundó la daga a regañadientes y soltó una vuelta de una delgada cuerda que llevaba al cinto, sin dejar de sostener a Ayuy en vilo. Mientras, el bozak examinaba por última vez la zona para asegurarse de que no quedaba ninguna huella draconiana en la blanda tierra del bosque. Ayuy gimoteó débilmente, un poco aturdido por las sacudidas, y parpadeó, de pronto alerta y en silencio. Se oyó el crujir de unas cuantas hojas, como si una brisa invisible las agitara. El kapak se detuvo y husmeó el aire con la lengua.

De la densa maleza que crecía justo al lado de la vereda surgió una gran forma

gris y borrosa. El kapak lanzó un grito de dolor y soltó a Ayuy, que cayó de cabeza. El gully rodó y se puso de pie; se llevó las manos a la dolorida calva con una mueca y gritó excitado:

—¡*Milisant!*

La perra tenía bien agarrada la cola del kapak y la sacudía como si fuera una serpiente, al tiempo que emitía un profundo gruñido gutural. Decía mucho de su fuerza y su ira que fuera capaz de zarandear al draconiano, que no cesaba de gritar, como un gnomo cuyos tirantes hubieran quedado atrapados en su propia máquina. El reptiliano cayó y empezó a patear y a clavar sus garras en la tierra del bosque, tratando de levantarse, y arruinando así todo el trabajo del bozak, que tanto se había esmerado para no dejar huellas.

Con un gruñido de rabia animal el bozak se lanzó a la refriega, pero volvió a brincar, esta vez de dolor, al recibir unas cuantas mordeduras en la mano. *Milisant* huyó con una voltereta y un agudo ladrido de victoria, seguida a todo correr por el gully. Los draconianos miraron, perplejos, el bosque y empezaron a echarse la culpa mutuamente.

El lamento de un cuerno sonó ininterrumpidamente toda la noche. Luego, se enviaron soldados a recorrer las sendas más conocidas gritando el nombre de lord Gunthar, por si se había perdido en la oscuridad y en la nieve que había empezado a caer. Ayuy se deslizó entre ellos sin ser visto, pero al acercarse al castillo se preguntó cómo iba a evitar a los guardias de la puerta. Se sentó entre los arbustos con *Milisant* a su lado y esperó. No podía hacer otra cosa que encontrar la manera de entrar en el castillo sin que lo vieran. Al poco rato, una gruesa capa de nieve le cubría los hombros y formaba una cómica pila blanca encima del hocico de la perra. *Milisant* se la sacudió y se sentó sobre los cuartos traseros, mirándolo sin dejar de agitar sus largas pestañas. Ayuy asintió, como si la comprendiera perfectamente.

Mientras Ayuy seguía allí sentado, soñoliento a causa del frío, se produjo un tumulto cerca de la puerta: el caballo de lord Gunthar, *Viajero*, había regresado del bosque, cojo por una herida de colmillo. Ayuy observó cómo Liam Ehrling y Tohr Malen acudían y examinaban al tembloroso y exhausto animal. Al mismo tiempo, otros jinetes montaban a toda prisa y partían en busca de lord Gunthar. Del castillo salieron muchos más caballeros, y gran número de asistentes a la feria se acercaron para echar un vistazo al caballo. Ayuy se metió entre ellos y fue aproximándose lentamente a la puerta con *Milisant* pegada a los talones. Miró alrededor y vio que los guardias estaban ocupados contemplando el espectáculo, por lo que cruzó a toda prisa la puerta de entrada mientras los mozos de cuadra salían a toda prisa para ver las heridas de *Viajero*, y campesinos y caballeros por igual hacían cábalas sobre qué le habría ocurrido a Gunthar.

Se dirigieron furtivamente a los establos y la perrera, pero más de una vez tuvieron que desviarse para evitar a los caballeros y soldados que patrullaban nerviosamente. Por suerte, todavía quedaban bastantes campesinos y comerciantes que no se habían marchado a sus casas cuando acabó la feria y, además, ¿qué importaban un gully y un perro más o menos?

Las ovejas, las reses y las cabras husmeaban el terreno buscando algo que comer, o se apiñaban en pequeños rediles y contemplaban, indiferentes, el tumulto. Una novilla esperaba sola junto al tenderete de su amo, mugiendo lastimeramente para que la ordeñaran, pero nadie le prestaba atención. De vez en cuando, una trompeta entonaba su canto fúnebre desde la torre más alta del castillo, para que los extraviados en la oscuridad del bosque tuvieran un punto de referencia.

Finalmente, después de lo que le parecieron horas, Ayuy llegó al patio de las cuadras, que se veía oscuro y vacío. Dentro de la caballeriza, los caballos que habían participado en la cacería dormían en sus compartimentos, mientras los mozos y

demás sirvientes buscaban fuera del castillo cualquier indicio de su amo perdido. Ayuy se acercó sigilosamente a la puerta de la perrera y la abrió sin hacer ruido. Un gruñido profundo y amenazante le respondió.

—¡Chssss! —siseó Ayuy, y el gruñido cesó.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Soy yo. Señor Ayuy Cocomur —respondió Ayuy.

—Ayuy muerto. ¿Tú eres su fantasma? —La voz contenía una nota de miedo.

—¡Yo no muerto! —protestó Ayuy—. Mira. No fantasma. Yo real —añadió orgullosamente, golpeándose el pecho.

Lentamente, un par de enanos gullys surgieron de las sombras. Ayuy retrocedió para que pudieran verlo más claramente a la débil luz del patio. Uno de ellos era una fémina menuda incluso para ser gully —a Ayuy apenas le llegaba al codo—, y el otro, pese a que abultaba mucho más que su compañera, se ocultaba temeroso en la oscuridad. Este segundo sacaba una cabeza a Ayuy, sin contar la pelambre que arrancaba justo en la coronilla.

—Oímos que el cuerno sonar por ti —dijo el aghar más alto desde las sombras.

—Yo no perdido —dijo Ayuy—. Ayuy nunca pierde.

—¿Y qué me dices de cuándo...? —preguntó el alto, pero su compañera lo interrumpió.

—Tocan el cuerno porque tú muerto —afirmó al tiempo que se acercaba a Ayuy y le propinaba un cruel codazo en el costado—. Pero tú no muerto. ¡Tú vivo! —La gully retrocedió asustada.

—Yo casi muerto por lacerto —dijo Ayuy—. Pero Ayuy escapa. Muy listo.

—¡Lacerto! —exclamó el alto, y desapareció de nuevo. Pero la enana no era tan crédula y preguntó suspicaz:

—¿Dónde ves a lacerto?

—Ayuy no ve. ¡Ayuy levantado, cabeza abajo, casi muerto! —respondió Ayuy.

—¿Si no ves a lacerto, cómo sabes que es lacerto? —preguntó ella.

—Calla, Glabela —le dijo Ayuy—. Tú no entiendes porque no estabas.

—¡Bah!, mientes —replicó la enana.

—Yo no miento. ¡Papá muerto! —gritó Ayuy con impaciencia. El tono reverberó en el patio e hizo que buscara refugio en las sombras de la perrera. Entonces bajó la voz y repitió—: Papá muerto. Yo allí. Él me dice caballeros malos. Dice un secreto que nadie saber, yo corro a casa. Él dice que no digo a nadie.

—¿Papá muerto? —preguntó Glabela—. ¿Qué secreto? —añadió con un siseo codicioso y sus ojillos negros relampaguearon.

—Si yo digo, ya no ser secreto. Muy imp... muy imp... muy grande secreto. Y lacertos quieren matarme.

—¿Por qué matarte? —preguntó Glabela.



—No lo sé —respondió Ayuy después de rascarse la cabeza por encima del gorro y pensar un momento—. Quizá locos porque yo mato su cerdo.

—¿Qué cerdo?

—El gran cerdo que nosotros cazar —respondió Ayuy.

—Bah, mientes. Tú no matas cerdo. Nadie matar nunca cerdo.

—Tú no sabes nada —gruñó Ayuy—. Cerdo muerto. Papá muerto. Lacertos quieren que Ayuy también muerto. Yo ahora marchó.

—¿Cuántos lacertos? —preguntó el gully alto desde la oscuridad.

—¡Dos! —repuso Ayuy dándose importancia.

—¡Tantos! —chilló el alto.

—¡Chsss! —siseó alguien desde las sombras. Alguien lanzó un sonoro bostezo, pero Ayuy no supo si había sido otro gully o uno de los perros.

—Silencio, Lumpo. Chillas como si alguien pisa el pie —riñó Ayuy al gully alto—. Yo vuelvo en secreto para recoger cosas. Ahora voy a casa. —Dicho esto entró en la perrera y llegó a tientas hasta la pared del fondo, donde cogió una pequeña bolsa de piel muy mordisqueada y con una larga correa. Se la echó sobre un hombro, se volvió para marcharse y tropezó con la bolsa, que le colgaba casi hasta los pies—. ¡*Milisant*, ven! —susurró. Cuando llegó a la puerta la perra estaba a su lado, meneando excitadamente la cola.

—¿Por qué marchar, Ayuy? —preguntó Glabela, súbitamente preocupada—. ¿Tú no mentir?

Ayuy se paró y se puso ceremoniosamente una manó sobre su protuberante barriga.

—Ayuy jura —dijo.

—¿Lacertos quieren de verdad matarte? —preguntó la enana.

—Sí. Yo sé secreto. Ellos tratan de hacerme hablar, pero yo escapo. *Milisant* llega, muerde a lacerto en la cola, yo caigo de cabeza. Yo escapo. —Ayuy dio unas palmaditas al can en la cabeza, y la perra le lamió la sucia cara.

—¿Y papá dice caballeros malos? —preguntó Glabela, agarrando a Ayuy por la manga cuando éste pasaba por su lado.

—No todos, dice. Él dice avisar al demás. Ahora ya avisada. Yo voy a casa.

—¡A casa! —Todos estaban sobrecogidos por la magnitud de tal decisión.

—Yo también voy a casa —dijo Glabela, sorbiendo por la nariz, y corrió hacia el rincón en el que guardaba sus cosas. Ayuy suspiró y rascó a *Milisant* detrás de las orejas mientras esperaba.

De pronto, Lumpo dio media vuelta y desapareció en la profunda oscuridad de la perrera.

—Vosotros no dejarme solo con estos comedores de gaviotas —gritó—. Yo también voy a casa.

Poco después, los compañeros de Ayuy estaban prestos. Cada uno portaba una bolsa similar, y Glabela arrastraba la suya al andar. Después de lanzar un suspiro y sacudir la cabeza Ayuy salió al patio, tambaleándose, con *Milisant* pegada a los talones. Lo siguieron Glabela y Lumpo, en la retaguardia.

—¿Dónde casa? —preguntó Lumpo.

—Ciudad —respondió Ayuy.

—Oh. ¿Muy lejos?

—Dos días. No más de dos —respondió Glabela.

Habían transcurrido tres días desde que Valian Escu había dado con el cuerpo de Gunthar, tendido en la nieve. A sus pies encontraron la lanza rota y, a su lado, el noble sabueso que había luchado con *Mannjaeger* hasta la muerte. Amo y perro yacían juntos, y una suave y fría capa de blanca nieve cubría solemnemente sus figuras inmóviles; como debía ser. Cerca de ellos yacía la imponente mole del enorme jabalí con el cuerpo traspasado doce veces por la lanza de Gunthar antes de recibir el golpe de gracia en el corazón. Algunos se fijaron en el aciago número trece.

En un frío amanecer, el cuerpo del Gran Maestro fue sacado del castillo al patio, donde la nieve caía sobre las cabezas gachas y los hombros hundidos de los asistentes al funeral. En su mayoría eran simples campesinos y ciudadanos llegados de todos los rincones de la isla de Sancrist, pero otros habían cruzado mares para estar allí. Mensajeros montados a la grupa de dragones llevaron la noticia de la muerte de Gunthar a Ergoth del Norte y del Sur, a la isla de Cristyne, a Qualinost y a Palanthas, y los dignatarios de las tierras de Krynn más próximas habían respondido a la llamada. Podían verse Dragones Plateados volando en círculos en las nubes grises cargadas de nieve, y otros afirmaban que un solitario Dragón Dorado había sobrevolado las almenas por la noche. El día anterior habían llegado Dragones Azules que transportaban más Caballeros de Takhisis, así como las condolencias de su Comandante Suprema, lady Mirielle Abrena. Sir Liam Ehrling, destrozado por la muerte de su mentor, había permanecido encerrado en sus aposentos hasta la mañana del funeral.

Cuando las puertas se abrieron y aparecieron los portadores del féretro, el silencio se adueñó de la multitud. La nieve recién caída amortiguaba los pasos de los que portaban el cuerpo de lord Gunthar, que no descansaba en un ataúd sino en parihuelas de madera. Lo llevaban cuatro caballeros: los Caballeros de Solamnia, Quintan Estafermo y Elinghad Bosant; y los Caballeros de Takhisis, Tohr Malen y Valian Escu. Detrás de ellos, Meredith Valrecodo llevaba el escudo de Gunthar y, por último, Liam Ehrling su espada. Lord Gunthar estaba amortajado con un sudario blando adornado con rosas rojas y diminutas coronas doradas, y a sus pies yacían los trofeos conseguidos en su última batalla: los colmillos de marfil de *Mannjaeger*.

En silencio, lo depositaron sobre el suelo cubierto de nieve y, también en silencio, los asistentes fueron desfilando ante él y dejando rosas y otros objetos a su lado. Los copos que caían se posaban suavemente sobre el rostro, pero no se derretían, por lo que al final Gunthar parecía un anciano dios del invierno, dormido en su enramada cubierta de nieve y con ofrendas amontonadas junto a él. Liam permanecía a su cabeza y lady Meredith a sus pies, y ambos saludaban en silencio a todas las personas

que se detenían junto al cuerpo de Gunthar. Pese a que luchaba por mantener la compostura, más de una lágrima corría por el severo rostro de Liam, mientras que Meredith daba rienda suelta a su dolor en un quedo llanto.

Cuando todos hubieron presentado sus respetos, los caballeros volvieron a levantar el cuerpo de lord Gunthar y regresaron con él al castillo, que ya no abandonarían nunca.

Las damas, los caballeros y los delegados de aldeas, ciudades, países y naciones entraron en la vieja capilla tras los portadores del féretro y tomaron asiento en los bancos alineados a ambos lados del pasillo. Gunthar fue colocado sobre el altar situado debajo de un antiguo símbolo del Dragón de Platino, los portadores se retiraron y se sentaron en sus sitios correspondientes. Cuando finalmente todos estuvieron acomodados, la capilla quedó tan en silencio que se oía el repiqueteo de los cristales de hielo contra las ventanas. Fuera, la nieve se había convertido en aguanieve y los ciudadanos, aldeanos y campesinos de Sancrist empezaban a regresar a sus hogares, a las granjas, campos, casas y molinos que habían abandonado para presentar sus últimos respetos al señor del castillo Uth Wistan. Muchos no sabían qué les depararía el mañana, si los Caballeros de Solamnia perecerían con su Gran Maestre o si renacerían con la fusión de las dos Órdenes. Muchos de los que llenaban la capilla se preguntaban lo mismo.

Tan profundo era el silencio allí que varias personas se sobresaltaron cuando una puerta tras el altar se abrió con un fuerte chasquido. Por ella apareció un hombre encorvado por el peso de la edad, de rostro moreno y ajado, enmarcado por mechones de pelo gris que le caían formando ondas. El anciano cruzó la puerta, cojeando, apoyado pesadamente en un bastón y ayudado por una mujer más joven, ataviada con vestiduras de un blanco prístino pero sin adornos. Un simple prendedor sujetaba las largas guedejas de la dama de un negro azabache, en las que ya empezaban a aparecer las primeras canas, y que se desparramaban sobre los hombros. La suya era una faz de belleza clásica, con un orgulloso mentón y pómulos que algunos hubieran calificado de altaneros, y que la sabiduría y la edad no habían suavizado. Pero los negros ojos estaban desprovistos de luz. La mujer miraba al frente con una vacua expresión, y todos, incluso aquellos sentados al fondo de la capilla, supieron instantáneamente que era ciega. No obstante, de algún modo ayudó al anciano a bajar los peldaños y lo condujo al primer banco, donde tomó asiento al lado de Liam Ehrling.

La mujer se volvió, pero el anciano le mantuvo la mano apretada un momento más y le dijo con voz ronca y quebrada por el dolor:

—Gracias, Crysania.

—De nada, querido Wills —respondió ella.

Como por arte de magia, su melodiosa voz desterró de la capilla el ominoso

silencio que se había adueñado del lugar con la entrada del cadáver de Gunthar. Pareció que, de pronto, los asistentes se relajaban, y se oyó el sonido de pies que se arrastraban, el estrépito de las armaduras al ser ajustadas y el crujir de las telas. Alguien tosió e incluso se escucharon algunos susurros.

—¿Quién es ese anciano? —preguntó Jessica Rocavestina en voz baja a la persona sentada junto a ella, un acomodado comerciante de la ciudad de Gavin.

—Wills, el antiguo ayuda de cámara de Gunthar. Debe de tener más de cien años. No sabía que seguía vivo —cuchicheó el hombre—. Y ella es lady Crysania. No puedo creer que esté aquí. Alguien me dijo que vivía en la isla, pero no sé dónde.

—¡Lady Crysania! —exclamó Jessica en un susurro.

No necesitaba que nadie le señalara a su heroína, Cuando era niña, Jessica había escuchado, embelesada, las historias y las baladas que se cantaban sobre Crysania y su amor por el oscuro mago Raistlin Majere, y soñaba con el día en que conocería a alguien por el que sería capaz de enfrentarse al Abismo. Para Jessica, el valiente sacrificio que Crysania había hecho por amor representaba el modelo que la guiaba, como un faro, por el árido desierto de su monótona vida.

Lady Crysania volvió a subir, lentamente y a tientas, hasta el altar en el que Gunthar yacía y, finalmente, tocó el borde del sudario. Entonces posó suavemente sus manos sobre las del caballero e inclinó la cabeza en callada plegaria. En la capilla se hizo de nuevo el silencio, pero esta vez era de paz, interrumpido ocasionalmente por un sollozo. Crysania levantó la cabeza y sonrió.

—Buenos días —dijo suavemente a la congregación.

Tan sólo unos pocos le devolvieron el saludo. Jessica contuvo el aliento; nunca había soñado con que un día podría oír la voz de lady Crysania. Pese a la solemnidad de la ocasión, el rostro de la dama casi resplandecía de júbilo.

—Me dicen que lord Gunthar murió luchando contra la bestia a la que llamaban *Mannjaeger*. Me dicen que lord Gunthar era un guerrero y que a él le hubiera gustado morir luchando —dijo Crysania.

Se oyó un rumor general de aprobación y Jessica vio que Liam asentía.

—No trataré de confortaros con tales frases —prosiguió la mujer—, pues no creo en ellas. —Todo el mundo guardó silencio.

»Gunthar no era un guerrero. Ciertamente que dirigió a los Caballeros de Solamnia durante dos guerras devastadoras y, probablemente, ningún otro líder desde Vinas Solamnus ha hecho más para mantener esta noble Orden unida frente a la adversidad. Pero, como todos sabéis, lord Gunthar raramente se ponía al frente de la batalla. No era un gran guerrero.

»Pero era un gran líder y dejó que otros más capaces que él lucharan con las armas por la causa del Bien.

»Yo estoy hoy aquí porque Gunthar Uth Wistan era un hombre de paz. Se dice

que guiar a hombres en la guerra es fácil; guiar a hombres en la paz requiere coraje y fuerza y, sobre todo, honor. Cuando las guerras se terminan, los viejos guerreros decaen. Lord Gunthar Uth Wistan fue vuestro líder en más días de paz que de guerra, y nunca decayó. Si la Orden de los Caballeros de Solamnia está todavía viva es gracias a él.

»Muchos de vosotros honráis y reverenciáis a Huma, que luchó y murió para salvar Krynn de los ejércitos de Takhisis. Muchos de vosotros reverenciáis a Sturm Brightblade, que luchó y murió dando ejemplo de honor. Algunos de vosotros honráis a su hijo, Steel Brightblade, que antepuso su honor personal a la lealtad a la Reina de la Oscuridad, y luchó y murió por salvar a Krynn del caos. Me preguntó cuántos de vosotros realmente honráis a este hombre... —La voz de Crysania se quebró, pero las lágrimas no afluyeron a sus ojos ciegos.

»... a este hombre que luchó y luchó y luchó —continuó embargada por la emoción—, que nunca dejó de luchar para mantener vuestra Orden unida, pese al orgullo, la arrogancia y la estupidez de tantas y tantas personas que sería imposible nombrarlas. Gunthar libró batallas sin espada, sin honores, sin victorias. Muchas veces tuvo que combatir solo, contra la opinión de sus iguales. Y al final luchó solo para tratar de preservar lo que más estimaba, más incluso que su honor personal.

»Ahora, cuando nos disponemos a enterrar a este gran hombre, no finjamos que luchó en grandes batallas. Él no salvó el mundo, sino que lo preservó para que los supervivientes tuvieran un hogar al que regresar. Lord Gunthar era un hombre de paz, y en la paz, no en la guerra, realizó actos heroicos. Al igual que los grandes caballeros que murieron antes que él, Huma el Lancero, Sturm y Steel Brightblade, murió para uniros en un objetivo más importante que vosotros. No permitáis que haya muerto en vano.

Crysania inclinó la cabeza. Los portadores del féretro se levantaron de sus asientos al mismo tiempo, con ruido de espadas y de armaduras.

—Aquí acaba la línea de Gunthar Uth Wistan —invocó Crysania—. Ahora se reunirá con sus antepasados, con sus hijos y con su esposa. Encomendamos su alma a Paladine pero consignamos su cuerpo a la tierra. Nunca veremos otro como él.

Lentamente y con reverencia, los que llevaban el féretro ascendieron al altar y ocuparon sus sitios junto al cuerpo de lord Gunthar. Crysania descendió hasta el primer banco y ayudo a Wills a ponerse en pie; el viejo servidor y la antigua sacerdotisa de Paladine subieron los peldaños hasta una gran puerta de hierro situada a la derecha del altar. Cuando pasaron al lado de los portadores, éstos levantaron a Gunthar del altar. Las demás damas y caballeros asistentes se levantaron y empezaron a formar en los pasillos de la capilla, mientras que los que no pertenecían a ninguna Orden permanecieron sentados.

Crysania abrió la puerta de hierro, donde ya esperaban sirvientes con antorchas

encendidas. Éstos empezaron a descender por una escalera tallada en roca viva por debajo del castillo, seguidos por la mujer y Wills cogidos del brazo, los caballeros que portaban el cuerpo de Gunthar, los Caballeros de Solamnia y, finalmente, los Caballeros de Takhisis, que cerraron la puerta tras ellos. Las personas de la capilla se levantaron silenciosamente y emprendieron el regreso; los ciudadanos y campesinos a sus hogares, con los vehículos y los caballos que los esperaban, y los dignatarios procedentes de las tierras elfas, de Ergoth y de Palanthas a sus habitaciones de invitados del castillo. La capilla quedó de nuevo vacía y silenciosa, mientras que fuera el aguanieve se convertía en lluvia.

La escalera descendía más y más en una suave espiral. No parecía la de un calabozo; los peldaños eran anchos y había bastante distancia entre los muros, ya que había sido diseñada para permitir el paso de personas con una pesada carga. Los portadores de las antorchas descendían delante de lady Crysania, y había otros dos detrás de los Caballeros de Takhisis, pero los caballeros situados en el centro del grupo caminaban casi en total oscuridad. Éste era el caso de Jessica, que avanzaba en solemne procesión, con una mano rozando al caballero que iba delante al tiempo que notaba otra mano en su propio hombro. Nadie decía nada. Todos parecían absortos en sus propias cavilaciones y sólo se oía el sonido de los pies al arrastrarse y el ruido metálico de las armaduras.

Finalmente, la escalera desembocó en una sala larga y oscura. Por encima de las cabezas de los que iban por delante, Jessica vio a los que llevaban las antorchas. La trémula luz de las teas los precedía formando un gran arco en los muros y el techo del corredor. Entonces entraron en una cripta de piedra, de techo bajo, y se ocuparon de encender las antorchas que colgaban de apliques en la pared. Los caballeros y las damas entraron en fila en la cripta y allí se desviaron a izquierda o derecha. Jessica fue a la derecha y se reunió con los miembros de la Orden de la Corona que esperaban con las cabezas gachas. La dama se situó detrás de ellos y ocupó su lugar. Otros entraron tras ella, hasta que la pequeña cámara funeraria estuvo atestada. El aire quedó impregnado del olor a acero caliente y a cuero, y a Jessica cada vez le costaba más respirar.

El cuerpo de Gunthar fue depositado en un ataúd de piedra, cerca del centro de la cámara. Alrededor de él, en las sombras y en nichos en las paredes descansaban los sarcófagos de sus antepasados, sus abuelos y sus padres. El castillo Uth Wistan era más antiguo de lo que nadie podía recordar. Las grietas en los muros eran testimonio del Cataclismo que había asolado Krynn más de trescientos años antes, cuando se formaron nuevas montañas, se secaron mares y se destruyó la ciudad de Istar, donde el Príncipe de los Sacerdotes había hecho caer sobre él la ira de los dioses por su arrogancia.

Algunas personas afirmaban que la estirpe de los Uth Wistan se remontaba a la

Era de los Sueños, y que había encontrado su inevitable final con el hombre que descansaba en el centro de la cámara, pues su esposa y sus hijos yacían a su alrededor, y sus espíritus habían partido antes que el de él para prepararle un lugar. Gunthar era el último de la estirpe.

Las damas y los caballeros no dejaron ni un espacio libre en la cripta. Muchos alargaron el cuello para ver el cuerpo del antiguo Gran Maestro, mientras que otros se alegraron de que las sombras ocultaran sus lágrimas. Al lado de lord Gunthar se veía a lady Crysania y, flanqueándola, a la guardia de honor; a su derecha estaban los líderes de los Caballeros de Solammia y a su izquierda los de los Caballeros de Takhisis. Lady Meredith Valrecodo colocó el escudo de Gunthar sobre las rodillas del muerto y, a continuación, Liam Ehrling puso la espada sobre su pecho. Cuando retrocedió su rostro era una máscara pétreo. Crysania alzó una mano que temblaba visiblemente.

—Devolvamos este hombre al seno de Huma —dijo. Elinghad Bosant avanzó y se volvió de cara a las damas y los caballeros congregados. Entonces, empezó a cantar, y los demás pronto se le unieron. Jessica se dio cuenta de que conocía la letra, aunque no recordaba haberla aprendido.

*Devuelve a este hombre al seno de Huma.  
Deja que se pierda en el sol luminoso,  
en el coro de aire donde se funde el aliento;  
recíbelo en la frontera del firmamento.*

*Más allá del cielo imparcial  
asentaste tu morada, en constelaciones de estrellas  
donde la espada traza un arco anhelante,  
donde nuestro canto se realza.*

*Concédele el descanso del guerrero.  
Por nuestras voces alentados, por la música del mundo,  
converjan los lustros de paz en un día  
en el que habitar pueda las entrañas de Paladine.*

*Y guarda el último destello de sus ojos  
en un lugar seguro, sagrado,  
por encima de palabras y de esta tierra que tanto estimamos,  
mientras de las Eras recuento pasamos.*

*Libre de las asfixiantes nubes de guerra,  
como un infante que sano crece,*



*vivirá en un mundo eterno y brillante  
donde Huma será el estandarte.*

Cuando las últimas notas del cántico se fueron apagando en los corredores de piedra de la cripta, Elinghad inclinó la cabeza y volvió a su sitio. Entonces Crysania alzó las manos y gritó:

—Devolvamos a este hombre al seno de Huma, más allá de los turbulentos e imparciales cielos; que reciba el descanso del guerrero, y que la última chispa se pose libre de las asfixiantes nubes de guerra, sobre las antorchas de las estrellas.

La mujer dejó caer las manos a los costados y su largo cabello negro le colgó alrededor del rostro cuando inclinó la cabeza.

Lentamente los caballeros fueron desfilando ante el cuerpo de Gunthar y cada uno le presentó sus respetos a su manera, algunos con una rodilla hincada en el suelo en humilde oración, otros dejando un pequeño obsequio o un recuerdo. A Jessica le sorprendió que muchos de los Caballeros de Takhisis mostraran un pesar en apariencia sincero, ya que sólo habían conocido a lord Gunthar en calidad de enemigo. Uno a uno, las damas y los caballeros fueron abandonando la cámara y subiendo la escalera de caracol que conducía a la capilla para ocuparse de sus deberes.

Jessica fue una de las últimas en arrodillarse junto a la tumba del Gran Maestro. No estaba segura de qué debía hacer; sentía la necesidad de rezar, aunque no sabía a qué dioses dirigir su plegaria. Todos ellos habían abandonado Krynn durante la Guerra de Caos y su corazón era como una tumba, vacío y frío. Pero, como sabía que otros la miraban, susurró: «Descansad en paz, milord», y se puso de pie. Cuando dio media vuelta para marcharse, Crysania levantó la cabeza y sonrió con tristeza. Jessica se sonrojó y subió a toda prisa la escalera.

Al llegar a la capilla se detuvo. Comparado con la cripta, el aire de arriba le pareció fresco y vivo. La luz que se filtraba por las altas y estrechas ventanas de cristal era fría y gris, y una lluvia constante golpeaba el techo. De pronto, Jessica se sintió agradecida de estar caliente, seca y, sobre todo, viva. Sólo entonces, ya fuera de la cripta, se dio cuenta del horror que le producía el gélido aire sin vida de la tumba. Pensó en lord Gunthar, allí abajo, en su fría cripta, solo por toda la eternidad, y empezó a llorar por él. Largos sollozos la estremecieron. La dama se ocultó en el rincón más oscuro de la capilla, para estar a solas con su dolor. Se acurrucó junto a una columna que se alzaba entre dos bancos y lloró a mares.

Jessica Rocavestina se había unido a los Caballeros de Solamnia sólo dos años antes. Procedía de una acaudalada familia de comerciantes de Gavin, una ciudad de la misma isla de Sancrist, y era la penúltima de once hermanos. Se había hecho dama porque en casa no había lugar para ella. Jessica no deseaba casarse y tener a su vez

once hijos; aspiraba a algo más, quería servir a una noble causa, tomar parte en una gran empresa. Si los dioses no hubieran abandonado Krynn, lo más probable es que hubiera acabado siendo sacerdotisa de uno u otro culto.

Cuando alcanzó la adolescencia sus dos hermanas mayores ya eran capitanas de sendos barcos mercantes en el negocio de su padre y tenían cierto éxito. Entre una travesía y otra empezaron a enseñarle las artes del manejo de la espada y del tiro con arco. Jessica demostró tener talento para las armas y esto, unido a su natural humildad y sentido del honor, llamó la atención de algunos Caballeros de Solamnia de la ciudad. Uno de ellos, sir Quintan, la animó a que ingresara en la Orden y apoyó su solicitud de ingreso. Jessica sabía perfectamente que en los viejos tiempos nunca la hubieran aceptado, pues no era agresiva por naturaleza; pero, después de la Guerra de Caos, la Orden tenía muchos huecos que llenar.

Casi inmediatamente después de ser aceptada fue enviada al alcázar de La Fronda. Dado que vivía sola en medio de una agreste comarca y que casi nunca la convocaban a los Grandes Consejos, Jessica no había tenido oportunidad de conocer a sus compañeros de Orden. Pero en el castillo por fin pudo ser dueña de su propia vida. Disfrutaba explorando las agrestes colinas de los alrededores, y el antiguo edificio le encantaba por su simplicidad y nobleza. Era el tipo de sitio al que las princesas de los cuentos eran exiliadas por sus crueles padres, lugares en los que solitarias princesas aguardaban la llegada de un noble caballero que las rescatara; sólo que entonces ella era el noble caballero. La dama se sentía hastiada y sola. El funeral de Gunthar le había hecho darse cuenta de cuántos de sus sueños y esperanzas no se habían cumplido; y de que nunca se cumplirían mientras permaneciera asilada en La Fronda o, puesto que los Caballeros de Takhisis iban a instalarse allí, en algún otro destino sin importancia, en alguna plaza mohosa, fría y húmeda.

Jessica oyó que la puerta de hierro se cerraba pero no le prestó atención, porque pensaba que nadie podría verla donde se ocultaba. Pero se trataba de alguien que no necesitaba ojos para ver. Jessica notó un leve roce en el hombro, se volvió rápidamente y se encontró con la última persona del mundo que quería que la viese así, débil y llorando como una niña.

—¡Lady Crysania! —farfulló—. Yo estaba... estoy...

—Estabais llorando —dijo Crysania—. Tal como solía decir un viejo amigo, incluso un gully sordo te hubiera oído.

—Lo siento —suspiró Jessica.

—¿Por qué? Las lágrimas os honran, si es que son vertidas honorablemente —replicó Crysania.

—Pero yo... —empezó a decir Jessica. Entonces cayó de rodillas y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. Lloraba por mí —confesó—. También lloraba por lord Gunthar, por lo solitaria que debe parecerle la tumba, pero sólo porque es así

como yo me siento. Cuando me uní a la Orden pensaba que podría hacer algo importante, soñaba con la gloria. Pero, desde que ingresé, lo único que he hecho ha sido trabajar en un desolado castillo durante días interminables, sola, exceptuando a un viejo enano que atiende a mi caballo.

—Yo me sentí como vos muchas veces —dijo Crysania—. En la larga marcha hacia las llanuras enanas me sentía sola en medio de la multitud. Pese a que amaba, amaba sola y, pese a que me esforzaba por llevar la luz a la oscuridad, me esforzaba sola y la oscuridad triunfó. Tuve que aprender que el momento aún no había llegado, y vos también debéis aprenderlo. —Crysania se inclinó para ayudar a Jessica a levantarse.

—Lo siento, lady Crysania —se disculpó Jessica al tiempo que se enjugaba las lágrimas y trataba de recobrar la compostura—. He sido una egoísta al derramar lágrimas por mí. Hubiera debido llorar por lord Gunthar.

—¿Por qué? Cuando lloramos por los muertos, en realidad lloramos por nosotros, por nuestra pérdida y no por la suya, y por el miedo que sentimos nosotros por la tumba, no por el suyo. Las lágrimas que habéis vertido no son un deshonor para vos —dijo Crysania—. Todos lloramos en la oscuridad.

De pronto, Jessica estrechó las manos de Crysania, hincó una rodilla y suplicó llorando:

—Por favor, milady, permitid que os sirva.

—Tenéis deberes y responsabilidades aquí —respondió Crysania.

—Van a trasladarme —dijo Jessica rápidamente—. Van a entregar mi castillo a los Caballeros de Takhisis. De momento, no tengo deberes y si vos pidierais que...

—Paciencia, muchacha, paciencia —dijo Crysania suavemente, pero con firmeza—. Aún tenéis que hacer mucho aquí.

—¿A qué os referís? —preguntó la dama.

—Venid, tomad mi brazo y caminad conmigo —dijo Crysania.

Juntas salieron de la capilla y recorrieron un corredor con ventanas que daban al patio. La lluvia caía como una cortina gris y casi les impedía ver la muralla. Unas confusas sombras hacían guardia en sus puestos en las almenas.

Mientras recorrían el castillo, Jessica esperaba que Crysania dijera algo más, que acabara la reflexión que había iniciado en la capilla, pero en vez de eso la antigua Suma Sacerdotisa de Paladine charló sobre temas triviales, interesándose por el nombre de la dama y por su familia, así como por el castillo en el que vivía. Jessica contó a Crysania lo mucho que amaba la vieja fortaleza que se caía a pedazos; pese a su soledad, le gustaba la paz y tranquilidad que había encontrado en La Fronda.

Finalmente, llegaron a las habitaciones de invitados del castillo. Crysania se detuvo frente a una de las puertas y buscó a tientas el pestillo con bastante torpeza. Hasta este momento, Jessica casi había olvidado que lady Crysania estaba ciega. Con

delicadeza guió los dedos de su heroína al pomo y Crysania sonrió.

—Gracias. Me ha gustado conoceros, Jessica Rocavestina —dijo—. Espero que hablemos de nuevo antes de que me marche.

—También yo lo espero, milady —respondió Jessica con una inclinación de cabeza.

Crysania volvió a sonreír y abrió la puerta. Mientras la mujer entraba, Jessica pudo echar un vistazo dentro de la alcoba. Justo frente a la puerta había un lecho de gran tamaño, con gran profusión de mantas caídas al suelo. La puerta ya se cerraba cuando de detrás de las mantas se alzó la testa de un enorme tigre blanco, que miró a Jessica soñoliento. La dama se quedó sin respiración ante la repentina aparición y estuvo a punto de lanzar un grito, pero entonces se dio cuenta de que no era un tigre sino un hombre. Éste se levantó cuando entró Crysania; luego, la puerta se cerró, y Jessica ya no vio nada más.

Jessica inclinó la cabeza y, abatida, se marchó arrastrando los pies. Cuando, finalmente, llegó a su propia habitación, sonó la llamada para el almuerzo, pero la dama no tenía apetito. En vez de ir, entró en su pequeña alcoba y se sentó en la cama, en la oscuridad, mientras que otros caballeros pasaban precipitadamente ante su puerta, en dirección al comedor. Los caballeros charlaban, reían, se gastaban bromas y discutían, como era su costumbre. Los ecos de la cripta aún no se habían apagado y la vida en el castillo empezaba a volver a la normalidad.

Giles Gorstead acudió trastabillando a la puerta principal de la casita en la que vivía. Una llamada lo había arrancado del lecho y llevaba aún la camisa de dormir arrugada y retorcida, y el pelo castaño alborotado como si en él hubiera anidado un pájaro. Enfadado, porque lo habían sacado de la cama, y sin pensarlo dos veces, abrió la puerta de golpe y miró afuera, a la oscuridad de la noche. Lo que vio lo despertó de repente. Rápidamente el hombre volvió a cerrar la puerta casi por completo y atisbo por una pequeña rendija.

—¿Qué quieres? —preguntó bruscamente—. Esto no es una posada. Si es eso lo que andas buscando, está un poco más adelante.

—Esssstoy busssscando enanosssss gullyssss —respondió la embozada figura de pie en su porche. Las vestiduras negras cubrían cada milímetro del cuerpo del extraño, que ocultaba el rostro bajo una enorme capucha.

—Aquí no tenemos gullys —respondió Giles en tono enojado, si bien es cierto que temblaba y su voz era más aguda de lo normal—. Buenas noches. —Dicho esto cerró la puerta de golpe y echó el pestillo.

—Ssson tresss —siseó la voz desde detrás de la puerta—. Lessss he sssseguido la pssssta hassssta aquí, pero he perdido el rassstro en la nieve.

—¡Pues aquí no están! —gritó Giles—. Buenas noches.

—Me han robado una cossssa, un objeto de mucho valor —continuó diciendo el extraño—. Pagaría con generossssididad para recuperarlo y echar el guante a los ladronesss.

—Bueno, si veo alguno te lo haré saber. ¡Buenas noches! —gritó al tiempo que corría al otro lado de la habitación para coger el atizador del hogar.

Volvió a la puerta y escuchó, pero no oyó nada. Entonces, se acercó con sigilo a la ventana y espió desde detrás de la cortina. La luz de la nueva luna blanca de Krynn arrojaba sobre la nieve acabada de caer un resplandor espectral. El patio delantero y el porche estaban vacíos, y sobre la blanca superficie no se veía ninguna huella. Giles se estremeció e hizo un signo para protegerse del Mal.

El hombre se pasó el resto de la noche junto a la ventana, buscando cualquier signo del extraño; pero el porche, el patio y el camino más allá permanecieron vacíos y tan desolados como un paisaje fantasma. Giles se acurrucó junto a la ventana, arropado con un manta de la cama, y así esperó el amanecer, agarrando el atizador de hierro con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Cuando, finalmente, el sol de otoño asomó tras un denso manto de nubes de nieve, la luz lo sorprendió dormido y con la mejilla apoyada en el antepecho de la ventana. Giles parpadeó y gimió al apartar su rostro del duro y gélido marco de

madera. Tenía la mejilla cubierta de profundas marcas rojas y los dedos tan rígidos alrededor del atizador que apenas podía abrirlos.

El fuego del hogar casi se había apagado durante la noche, por lo que, cuando despertó, la habitación estaba helada. Giles arrojó unas cuantas astillas a la chimenea y removió los carbones para avivar las brasas; luego, cogió una tetera de la repisa de la chimenea, rompió la capa de hielo que cubría el agua de un cubo junto a la puerta y la llenó.

Mientras esperaba a que el agua empezara a hervir, se calzó un par de pesadas botas y se echó sobre los hombros una gruesa capa de lana. Antes de salir a la nieve, llenó una cesta con el grano que guardaba en un barril. Una vez fuera, levantó la vista, vio que el cielo se estaba nublando, y supuso que la nieve se convertiría en lluvia antes de que acabara el día. Esa misma mañana, en otro lugar de la isla, habitantes de Sancrist y de todo Krynn presentaban sus últimos respetos a lord Gunthar.

Temblando de frío, Giles Gorstead cruzó apresuradamente el porche, bajó los escalones y se dirigió a la parte de atrás rodeando la casa. Al pasar por el lado expuesto al viento, se fijó en que la nieve acumulada llegaba casi a tapar las ventanas inferiores; pero que, en la parte de atrás, no era tan profunda gracias a varios robles de gran altura. El suelo entre la casa y el granero estaba protegido y resguardado casi por completo por las ramas de los árboles, que se extendían con gran amplitud. Las botas del hombre crujieron sobre la nieve, y el sonido resonó en el bosque, excepcionalmente silencioso.

Al acercarse al gallinero, Giles empezó a chasquear la lengua y a arrojar puñados de grano sobre el suelo cubierto de nieve. El hombre esparció el grano regularmente con un hábil arco del brazo fruto de la práctica, al tiempo que llamaba a las gallinas con un «titas-titas-titas». Normalmente, los animales acudían en tropel a la primera voz, pero esta mañana se retrasaron. Tal vez fuera culpa del frío, porque del gallinero sólo salían sonidos de crujidos.

Entonces, algo cayó del cielo, causándole un rasguño en la frente, y se hundió en la nieve como un ladrillo. Giles se agachó cautamente, miró a su alrededor y se preparó para evitar el siguiente proyectil.

—¡Deja que te vea, cobarde! —bramó, seguro de que su atacante era el misterioso visitante de la noche anterior.

En vista de que no hubo respuesta, y tampoco más proyectiles, Giles bajó la mirada hacia lo que había estado a punto de romperle la crisma. Era un pollo congelado y muerto, uno de los suyos. El hombre lo recogió y lo examinó un momento antes de que otro ruido sordo le llamara la atención. Aproximadamente a un tiro de piedra, vio otro pollo congelado en la nieve.

Muy intrigado, Giles levantó la vista y vio, horrorizado, docenas y docenas de

pollos posados en las ramas bajas de los árboles, todos ellos congelados. El hombre no podía entender qué hacían en los árboles, ya que la noche anterior los había dejado a salvo en el gallinero. Se preguntó cuántos estarían aún en el corral, si es que quedaba alguno. Cruzó el patio y se agachó para pasar por la baja puerta, dejando fuera la cesta para los huevos y el grano.

Le costó unos segundos adaptarse a la oscuridad. A través de las rendijas en las paredes de madera se filtraba una tenue luz que apenas iluminaba los rincones del bajo gallinero; pero, incluso en la penumbra, Giles se dio cuenta de que las perchas estaban vacías. Cerca de la puerta las paredes estaban cubiertas con estantes que contenían docenas de nidos hechos con heno, pero también estaban vacíos. Exceptuando unas pocas plumas en el suelo, el gallinero se veía desierto.

El desconcertado Giles ya se disponía a salir cuando oyó un sonoro ronquido procedente de un rincón oscuro del gallinero.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Le respondió un sobresaltado ronquido y después un estallido de apresurados cuchicheos.

—¡Habla! —urgió el campesino—. ¿Quién anda ahí?

—Nadie —respondió una voz, y otra añadió—: Aquí no hay nadie.

—¡Aquí hay alguien! —gritó Giles—. ¡Sal para que pueda verte!

Lentamente, tres achaparradas figuras surgieron de las sombras. Una llevaba un andrajoso gorro que parecía estar hecho con pellejos de rata cosidos de cualquier manera. Su esmirriada barba mostraba manchas blancas, que probablemente eran pedazos de cáscara de huevo, coligió el furioso Giles. La más baja de las tres tropezó con un saco que acarreaba a la espalda y del que sobresalía una pata de pollo. La tercera figura, y también la más alta, tenía pegadas a la barbilla plumas de pollo que formaban una especie de ridícula barba blanca.

—¡Enanos gullys! —chilló Giles. *Milisant* asomó el hocico por debajo de la falda de Glabela y bostezó—. ¡Y encima un perro enorme! —exclamó Giles—. Vosotros... vosotros... vosotros. —El rostro del hombre adquirió un tinte escarlata y las venas del cuello se le marcaron como cuerdas.

—Aquí no hay nadie —dijo el alto en tono soñoliento.

—¿Quién va a pagar por mis aves? ¡Adiós a todos mis pollos! —se lamentó el hombre al tiempo que se mesaba los cabellos.

—Nosotros sólo comemos dos —dijo Ayuy—, y dos huevos.

—No más de dos —confirmó Glabela, dándose palmaditas en su redonda barriga. Lumpo eructó y una sonrisa asomó bajo su plumosa barba.

Giles miró alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera usar como arma, un cubo, un mango de azada, cualquier cosa para moler a palos a los tres gullys. Al no encontrar ninguna cachiporra adecuada, decidió estrangularlos e incluso dio unos

pocos pasos en su dirección antes de darse cuenta de que tenía a los tres enanos convenientemente atrapados dentro del gallinero. Entonces, se le ocurrió un plan para obtener una compensación por sus pérdidas, una idea tan genial que él mismo se sorprendió.

Se detuvo y al ver sus propias manos amenazadoramente extendidas hacia los gullys, como si ya les estuviera retorciendo sus miserables cuellos, rápidamente se las metió en los bolsillos. Acto seguido, esbozó una sonrisa que quería ser amable y tranquilizadora, pero que más bien recordaba la mueca del gato que acaba de zamparse al canario. Ayuy, que ya había retrocedido un paso, siguió reculando al ver la sonrisa del hombre.

—No pasa nada —dijo Giles—. ¿Qué son un par de pollos?

—Cena —comentó Lumpo.

Giles Gorstead apretó los dientes pero añadió sin dejar de retroceder hacia la puerta:

—Pronto empezará a llover. ¿Por qué no os quedáis aquí hoy, en este gallinero seco y calentito? Tendréis tantos pollos como queráis.

—Tú hombre amable —dijo Glabela con una sonrisa, pese a que Ayuy parecía receloso—. Nos quedamos.

—Me alegro —replicó Giles—. Soy un hombre amable. —Agachó la cabeza para salir y, ya fuera, volvió a asomarse y añadió—: No os vayáis. Voy a prepararos el desayuno. Desayuno en la cama. —Dicho esto desapareció.

—Ya ves. Te dije que ésta buena posada —dijo Glabela a Ayuy.

Fuera Giles cruzó corriendo el patio hacia el granero. A medida que la temperatura subía y la nieve se convertía en aguanieve, los pollos se deshlaban en los árboles y caían al suelo como una horrible cosecha de fruta que hubiera madurado. El hombre estuvo a punto de gritar de rabia al verlo, pero continuó adelante. Una vez en el granero, cogió un martillo, clavos y algunos maderos de la pila de madera vieja. Las vacas mugieron tristemente en sus compartimentos pidiendo que las ordeñaran, pero el hombre no les hizo caso. Volvió a atravesar el patio, esta vez más despacio porque iba cargado, y asomó de nuevo la cabeza en el gallinero. Nuevamente la oscuridad lo cegó y no pudo ver a los gullys, pero dijo:

—Ya casi está.

Rápidamente, cerró la puerta y la aseguró con una barra de madera. Entonces, sólo para estar seguro, clavó dos maderos en la puerta, uno arriba y otro abajo, para evitar que los prisioneros se escaparan por las rendijas.

—Esto es para que mientras yo no esté no entren zorros o lobos —gritó mientras trabajaba—. Tengo que ir al mercado a comprar beicon. ¡Volveré en menos que canta un gallo! —Luego, arrojó el martillo y corrió hacia la aldea bajo la aguanieve que caía.



Al poco rato el camino se heló y se puso resbaladizo. Giles aún llevaba la camisa de dormir y sólo las botas y la capa de lana lo protegían del frío. Antes de llegar al Yunque de Buey, la posada de la aldea, resbaló varias veces y cayó. Pese a que aún era muy temprano, la única chimenea de la posada ya humeaba y en la ventana brillaba una débil luz amarilla que proclamaba que ya se servía a los clientes. Giles entró con estrépito, y el viento y la aguanieve se colaron dentro. El tabernero lo miró enarcando las cejas.

—¿Has visto a un forastero vestido todo de negro? —preguntó Giles jadeando, sin siquiera darle los buenos días.

En esos momentos no estaba para formalidades y, en realidad, el tabernero le traía sin cuidado, porque sospechaba que aguaba la cerveza. El cantinero señaló con un dedo tembloroso un oscuro rincón al lado del hogar.

Giles cruzó la sala común apartando las largas ristras de salchichas que colgaban de las bajas vigas del techo como si fueran adornos navideños, y llegó a la mesa que le había indicado el posadero. Ante su presencia, una sombra se separó de las sombras más profundas del rincón y se inclinó hacia adelante a la luz del fuego.

—Los tengo —anunció Giles jadeando.

—¿Dónde? —inquirió la figura embozada al tiempo que se ponía tensa.

—En mi granja.

El extraño se puso de pie de un salto y susurró excitado:

—Muéssstramelossss.

—Primero, la recompensa que me prometiste —exigió Giles. No se fiaba de los extraños, y menos de los que ponían tal empeño en ocultar la cara. Un enojado siseo fue la respuesta. El forastero pareció vacilar y añadió:

—Te pagaré cuando losss tenga, pero primero debo verlosss.

—¿Y si no tienen lo tuyo? —preguntó Giles.

—¿El qué?

—Lo que te robaron.

—Oh, eso. No te preocupesss. No pueden haberlo vendido todavía. Y, aunque lo hayan hecho, tú tendrásss tu recompensa.

—De acuerdo —aceptó Giles después de una breve vacilación—. Sígueme.

Salieron juntos de la posada y echaron a andar hacia la granja. El tiempo era cada vez más húmedo. Mientras caminaban, Giles quedó desconcertado porque, por muy despacio que él anduviera, el extraño siempre se quedaba rezagado. Era como si no quisiera que Giles le viera la espalda, y sólo la promesa de la recompensa impedía que hiciera frente al misterioso forastero. Después de haber perdido todas sus aves, el granjero necesitaría hasta la última moneda de plata y de acero que pudiera conseguir si quería sobrevivir al invierno.

Llegaron a la granja justo cuando la aguanieve daba paso a la lluvia. Cruzaron el

patio hacia el gallinero, y el extraño siseó y se rió entre dientes dentro de la capucha; parecía encontrar sumamente divertido el espectáculo de las docenas de pollos congelados en el suelo. Cuando vio la puerta claveteada, rió aún con más ganas.

—De modo que esss por essto por lo que me hasss avissado —dijo—. ¡Vaya pollo te han armado!

—Ja, ja, muy divertido —rezongó Giles mientras hacía palanca con el martillo para soltar los clavos—. Será mejor que empieces a preparar la recompensa. No trates de engañarme o te encerraré dentro con ellos. —El hombre levantó la barra de madera y abrió la puerta.

»¡El desayuno está servido! —gritó el tiempo que hacía señas al extraño para que entrara. El forastero se acercó a la puerta baja lentamente y con cierta inquietud, los pies le chapoteaban en la nieve medio derretida. Entonces, con la capucha echada se agachó y entró.

La lluvia descargó con fuerza sobre la cabeza descubierta de Giles, que esperaba fuera del gallinero. La parte maternal de su mente, que no sabía que tuviera, le advirtió que cogería una pulmonía; pero el hombre apretó los dientes y echó una mirada a sus pollos muertos para recordarse qué hacía allí. Alguien tenía que pagar, eso era todo lo que sabía.

De pronto el extraño salió del gallinero y se encaró con Giles. Todavía escondía su rostro bajo la capucha y tenía las manos metidas dentro de sus voluminosas mangas.

—Aquí no hay nadie —dijo el extraño enfadado.

—¿Qué? ¡Imposible! —chilló Giles, que dejó caer el martillo y entró en el gallinero. Nuevamente, le costó unos segundos acostumbrarse a la oscuridad. Mientras tanto iba gritando—: ¿Dónde estáis, ratas miserables? —Nadie respondió. El hombre revolvió el gallinero; apartó, furioso, nidos, estantes y pacas de heno—. ¡No pueden haber escapado! —gritó—. Es imposible. No hay manera de salir. Este gallinero no tiene escapatoria. ¡Ni una comadreja podría escabullirse!

Exhausto por la frustración y la exposición al frío, Giles salió arrastrando los pies. Fuera, el extraño esperaba, impasible, bajo la lluvia:

—No lo entiendo —se lamentó Giles, que se dejó caer al suelo y enterró el rostro entre las manos—. Simplemente no lo entiendo.

Un extraño dibujo en el hielo le llamó la atención; era una huella, una huella cubierta por nieve medio derretida. Era la huella de un reptil de tres dedos. Giles dio un respingo y cayó de espaldas, como si lo hubiera golpeado un arma invisible.

—¡Draconiano! —jadeó.

—¡Ah!, qué pena. Dessspuésss del cuidado que he pueessto en ocultar mi identidad —se lamentó el extraño al tiempo que se echaba la capucha hacia atrás. De ella surgió un largo hocico de reptil, coronado por unas cejas anchas y muy pobladas

que enmarcaban unos ojos oscuros y protuberantes. De la frente, baja y rematada en cresta, le crecían unos largos cuernos bronceados que se prolongaban hacia atrás. Entre dos largos colmillos le asomaba una lengua bífida, estrecha y de rojo sangre, que se agitaba en el aire.

—¿Para qué quieres a los tres enanos gullys? —preguntó Giles.

—¿Tresss? Sólo quiero uno, los otros no me interesan. Pero hubiera pagado con generosidad por el que quiero. Ahora tú tendrás que pagar —dijo el draconiano.

—¡Espera! —chilló Giles.

El draconiano reculó y plantó sus pies en el barro.

—Alguien tiene que pagar —siseó al tiempo que se sacaba una varita de la túnica y la apuntaba al gallinero.

—¡No, espera! —bramó Giles.

El draconiano pronunció una sola palabra, y una diminuta bola de luz salió disparada de la varita, golpeó a Giles de lleno en el pecho y estalló en llamas. El techo del gallinero voló y las paredes reventaron. Durante unos segundos, el campesino, envuelto en llamas, se retorció en el suelo lanzando terribles alaridos, pero pronto dejó de moverse.

Satisfecho, el draconiano volvió a echarse la capucha sobre la cabeza, se volvió y se marchó tranquilamente. Momentos después, cuando hubo desaparecido tras doblar la esquina de la casa, la puerta del granero se abrió y Lumpo salió con un balde metálico en una mano.

—¡Mirad! ¡La posada arde! —exclamó, se llevó el balde a los labios y bebió con ganas. Cuando finalmente lo bajó, la cremosa leche le chorreaba hasta la punta de su esmirriada barba. El gully se relamió y suspiró satisfecho. Entonces, salió *Milissant* y, al ver el balde en el suelo, metió la cabeza dentro y bebió ávidamente a lengüetazos, sin que Lumpo se diera cuenta.

El siguiente en aparecer fue Ayuy, que miró las furiosas llamas que antes eran el gallinero y comentó:

—Menos mal que salimos antes que hombre clava la puerta. Segunda vez que casi nos matan. Ya no escucharemos a Glabela. —Y exprimió la leche de su barba.

—¿Qué con Glabela? —gritó Glabela desde dentro del granero.

—No tienes suerte con posadas. Ayer lacerto nos encuentra en posada *Lodo de Puerco* y casi me atrapa. Por suerte, me cubro con lodo y puedo escabullirme como un gusano. —Ayuy culebreó imitando sus acciones del día anterior, en que había escapado por los pelos—. Ahora Posada Gallinero quemada. Suerte que decido ordeñar linda vaca para desayuno antes que explota.

—¡Yo dije que ordeñar vaca! —protestó Lumpo—. Yo traigo suerte. ¡Qué ganas de que hombre amable regresa con beicon! —comentó, y husmeó el aire.

—Comes demasiado —dijo Ayuy.

—¡No es verdad! —se defendió Lumpo.

—Ayer comes dos pollos. Ahora hambre de nuevo —le acusó Ayuy al tiempo que se volvía y entraba otra vez en el granero.

—¡No! Sólo como dos pollos —dijo Lumpo siguiendo a Ayuy.

—¡Ja! Yo ver cómo comes dos pollos. No lo niegues.

—¿Dos pollos? Sólo como dos, no más de dos.

La puerta del granero se cerró despacito mientras las ruinas ardiendo del gallinero chisporroteaban y silbaban bajo la lluvia.

Seamus Gavin dio un patinazo frente a la puerta de la biblioteca y un fajo de papeles cayó de su portafolio de piel de gran tamaño, desparramándose por el suelo. Al inclinarse para recogerlos a toda prisa, los libros que sostenía precariamente bajo un brazo le resbalaron y rodaron ruidosamente por el suelo.

Mientras recogía torpemente sus cosas, sin dejar de mascullar disculpas y pese a que estaba solo en el pasillo, la puerta de la biblioteca se abrió derramando una cálida luz en el corredor. Seamus levantó la mirada y se apartó de un soplido los pocos cabellos grises que le tapaban la vista.

—¡Seamus Gavin! Me pareció que erais vos. Caramba, ya os habíamos dado por perdido. —Lady Meredith Valrecode se rió entre dientes mientras ayudaba al anciano comerciante de Palanthas a levantarse.

El comerciante palmeó el brazo de la mujer y suspiró.

—El día no tiene horas suficientes, lady Meredith. Si no es una cosa, es otra. No sé cómo arreglármelas —dijo Seamus mientras la dama hacía una pila con sus libros y papeles y entraba en la biblioteca—. Gracias, sois muy amable. Dejadlos en cualquier parte. Ya los ordenaré cuando recupere el aliento.

Cuando entró, algunos de los caballeros presentes en la biblioteca lo saludaron cordialmente, y el hombre dirigió una sonrisa y una inclinación de cabeza a cada uno de ellos. Quintan Estafermo le sirvió una copa de brandy mientras Liam Ehrling le ofrecía la silla más grande y confortable, y la más arrimada al fuego. Entretanto, lady Meredith le presentó a las demás damas y caballeros, que no pertenecían a la Orden de Solamnia sino que exhibían los temidos símbolos de los Caballeros de Takhisis. Seamus estrechó la mano de lord Tohr Malen, de Alya Hojaestrella e incluso de sir Valian Escu, el elfo oscuro de extraña apariencia. Por último fue presentado a un caballero todo vestido de gris que respondía al nombre de Trevalyn Kesper, y que declinó ofrecerle la mano. En vez de eso lanzó al comerciante una mirada entre indignada y consternada, y fijó de nuevo su atención en el libro que tenía en el regazo. Con una glacial mirada dirigida a Trevalyn, Meredith se llevó a Seamus y le hizo tomar asiento, en la silla, junto al fuego.

—Estábamos discutiendo cómo debería llamarse la hermandad, ahora que nuestras dos grandes Órdenes van a unirse —explicó lady Meredith a Seamus.

—¿De veras? —inquirió Seamus cortésmente—. Y ¿qué habéis decidido?

—De momento nada. Sir Quintan y muchos otros desean conservar el nombre de Caballeros de Solamnia, pero lord Tohr se opone. El cree que Gunthar deseaba que las dos Órdenes se fusionaran, no que una absorbiera a la otra —respondió Meredith.

—Sí, pero como los nuevos Caballeros de Solamnia. Más grandes, más fuertes y

más poderosos que antes —dijo Quintan.

—Entonces ¿por qué no la llamamos Caballeros de Takhisis? —preguntó Alya y sonrió por encima del borde de su copa de vino—. ¿Qué diferencia habría?

—Primero, Takhisis abandonó Krynn junto con los demás dioses durante la guerra de Caos. Y, segundo, sería anatema para nuestra Orden.

Las palabras de Quintan fueron seguidas por un tenso silencio.

—¿Cómo quieres que nos llamemos Caballeros de Solamnia si representamos a todas las gentes de Krynn? —arguyó Alya.

—No nos llamamos así por el país, sino por el fundador de nuestra hermandad, Vinas Solamnus —explicó Quintan.

—Nuestro fundador fue lord Ariakan. Tal vez deberíamos llamarnos Caballeros de Ariakan —replicó ella.

—Quizá lord Gunthar tenía alguna idea sobre cómo debíamos llamarnos —sugirió lord Tohr.

—Sir Liam lo sabrá —dijo Meredith.

Liam, sentado en su silla, tenía la mirada fija en el fuego y parecía muy cansado. Los demás se habían percatado de que tenía unos círculos negros bajo los ojos que no habían estado allí antes de la muerte de lord Gunthar. Era como si una terrible carga lo estuviera agotando y desde la cacería apenas había probado bocado. Nadie lo había visto hasta el día del funeral y, desde entonces, cualquier intento que hiciera por ser sociable terminaba en suspiros de cansancio. Cuando hablaba, si es que hablaba, su voz sonaba forzada.

—Yo... —empezó a decir, y suspiró.

—Sir Liam lo sabrá dentro de poco —intervino Seamus—. Lord Gunthar me dejó un rollo, con instrucciones de que lo entregara a sir Liam si algo inesperado le ocurría. Bueno, como todos sabemos, para nuestro eterno pesar eso es lo que ha sucedido. Por esta razón os he convocado aquí esta noche. Gracias por venir.

El hombre se levantó y se colocó tras el escritorio sobre el que Meredith había dejado sus papeles y libros.

—Lord Gunthar dispuso que, en calidad de albacea, yo custodiara su testamento y otros documentos importantes —explicó mientras rebuscaba entre sus papeles—. Como no le ha sobrevivido ningún pariente, dispuso que todos vosotros estuvierais presentes en la lectura de su testamento. ¡Ah, aquí está! Y ¿dónde habré metido el...? Ah, aquí. Vamos a ver. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! El rollo para Liam. —El hombre volvió a rebuscar entre sus papeles y después registró el portafolio. Entonces se palpó los bolsillos con expresión preocupada y, con una sonrisa de triunfo, sacó el rollo y lo entregó a Liam. Éste lo desenrolló y empezó a leerlo mientras Seamus proseguía.

El comerciante regresó a su silla y, de un estuche que llevaba a la cintura, sacó una pluma y un frasquito de tinta. Luego, desplegó sobre sus rodillas una hoja de

pergamino, mojó la pluma y dijo:

—Para que todo se haga como es debido y sea legal, veamos... —Seamus entrecerró los ojos y empezó a escribir muy despacio, leyendo en voz alta lo que iba anotando—: Gunthar Uth Wistan, Caballero de Solamnia, Gran Maestre, de la isla de Sancrist, castillo Uth Wistan. —Satisfecho, se recostó en el respaldo de la silla y volvió a humedecer la pluma en el tintero—. Debemos anotar todo para que perdure. ¿Causa de la muerte?

—Heridas sufridas en la lucha contra un jabalí, congelación y, en general, edad avanzada —respondió Meredith cansinamente—. A su edad no debería haber participado en la cacería —murmuró.

—¿Se lo podríais haber impedido? —inquirió Quintan.

—Muerte accidental —dijo Seamus al tiempo que escribía—. Supongo que el cuerpo fue examinado siguiendo el procedimiento habitual, por un clérigo reconocido y aprobado por la Orden de la Espada.

—Como Suma Sacerdotisa, responderé por los demás —dijo Meredith—. No teníamos más clérigos que lady Crysanía y ella no podía dictaminar la causa de la muerte.

—Entonces, ¿hubo testigos de la tragedia? —inquirió Seamus.

—No hubo testigos —respondió Meredith.

—Así pues, ¿quién...?

—¡Yo determiné la causa de la muerte! —respondió una voz desde un rincón. Trevalyn Kesper se levantó y se acercó al hogar.

—¿Vos? —exclamó Seamus, y miró con incredulidad a lady Meredith. La dama se encogió de hombros.

—Sir Trevalyn fue clérigo de Takhisis antes de ingresar en la Orden de la Espina. Su investidura aún es reconocida por los Caballeros de la Calavera —explicó Tohr.

—Pero esto es... es irregular —balbució Seamus—. No hay ningún precedente.

—No hay precedentes para nada de esto, Seamus —dijo Meredith—. Vivimos en un tiempo sin precedentes, pero los Caballeros de la Espada decidieron reconocer la autoridad de sir Trevalyn en este asunto.

—Bueno —murmuró Seamus rascándose la cabeza—, supongo que tendrá que bastar. Si sir Trevalyn tiene la bondad de firmar aquí... —El Caballero de la Espina consignó con indiferencia su marca en el documento de Seamus—. Y lady Meredith debe firmar aquí conforme aprueba el juicio de sir Trevalyn.

La dama lo hizo y Seamus añadió:

—Ahora, dos testigos.

Con una sensación de opresión Liam también firmó al final del documento. Seamus esparció arena sobre la tinta y se volvió para esperar un segundo testigo. Nadie parecía dispuesto a ofrecerse, era como si de ese modo, si no firmaban el

certificado de muerte, aplazaran el día en el que, finalmente, deberían aceptar la muerte de Gunthar. En vista de que nadie se ofrecía, Valian Escu se levantó.

—Yo firmaré —dijo.

Al principio Seamus se resistió a pasarle la pluma, pero Meredith le susurró:

—Ahora todos somos miembros de la misma hermandad, Seamus.

De patente mala gana, finalmente, permitió a Valian que firmara. Hecho esto, el elfo oscuro volvió a su silla y tomó un largo trago de su vaso de vino blanco. Seamus extendió el documento encima de una mesilla auxiliar para que la tinta se secase por completo.

—Bien, ahora podemos pasar al testamento —dijo, al tiempo que rebuscaba entre más papeles, elegía uno, apartaba los demás y desplegaba en su regazo el elegido—. ¿Preparados?

—Sí —respondió Meredith.

*«Yo, Gunthar Uth Wistan, en pleno uso de mis facultades físicas y mentales, por el presente reconozco y autorizo a Seamus Gavin de Palanthas a que ejecute mis deseos en relación con mis fincas y propiedades, tal como figuran a continuación:*

*»A los Caballeros de Solamnia les serán devueltos todas mis propiedades y mis tesoros, según las cantidades que prescribe la Medida, exceptuando las que siguen:*

*»A Ayuy Cocomur, escudero y mi “hijo adoptado”, le dejo las tierras y la propiedad conocida como castillo Kalstan, del que será el señor. La suma que he establecido como depósito se destinará al mantenimiento de la propiedad en condiciones dignas de su rango e historia, y al bienestar del señor del castillo».*

—¿¡Qué!? —gritó Liam mientras se ponía de pie de un salto. Trevalyn se puso a reír históricamente, pese a la severa mirada que le dirigió lord Tohr.

—Éste era el deseo de Gunthar, lord Ehrling —dijo Seamus.

—¡Vamos, hombre, vamos! Vos ya lo sabíais —lo riñó Meredith.

—Sí. Yo redacté este documento, incluyendo los papeles que ponen a ese Ayuy bajo la tutela de Gunthar. Todo es perfectamente legal.

—¡Ese viejo loco, habla de un enano gully como si fuera su hijo! Seamus, vos habéis sido amigo de la familia desde que tengo memoria. ¿Cómo le permitisteis algo semejante? —lo increpó Quintan.

—Yo intenté disuadirlo, pero lord Gunthar estaba decidido. Como todos sabéis perfectamente, cuando Gunthar decidía hacer algo, ni el mismísimo Paladine podía hacerle cambiar de opinión —se defendió Seamus. Trevalyn, que se retorció y lloraba



de risa, tuvo que sentarse para no caer.

—Sir Kesper, si no podéis controlaros, será mejor que os retiréis —susurró Tohr—. Ni media palabra de esto a nadie, os lo advierto.

—¿Lord Tohr, quién me creería si lo contara? —inquirió Trevalyn mientras se enjugaba las lágrimas de las mejillas y se dirigía a la puerta. Entonces sacudió la cabeza, rió entre dientes y añadió—: Dárselo a un enano gully. ¡Es increíble! —El caballero cerró la puerta y todos oyeron cómo se reía mientras se alejaba por el pasillo.

—Mis disculpas —dijo Tohr.

—Supongo que no pensaréis seriamente en hacer cumplir este testamento, ¿verdad? —preguntó Liam a Seamus con brusquedad.

—Es un testamento legal —replicó el anciano.

—Pero Kalstan es uno de los castillos más importantes de toda la isla. Es mi castillo. ¡Por todos los dioses, yo vivo allí! Gunthar me lo entregó. Es imposible que ahora se lo dé a un enano gully —arguyó Liam.

—Podéis impugnar el testamento, si es lo que deseáis —dijo Seamus.

—¡Pues claro que lo impugnaré! —gritó Liam—. Seamus, no puedo entender que realmente penséis cumplirlo. ¿Es que no veis que no estaba en sus cabales?

—A mí me pareció muy cuerdo, el mismo hombre testarudo de siempre —respondió Seamus—. En todo caso, estáis en vuestro derecho de impugnar el testamento. Mientras tanto, yo tendré que entrevistarme con el gully, Ayuy Cocomur, para informarle de sus derechos.

—Enviaré a alguien para que vaya a buscarlo a la perrera —se ofreció Meredith. La dama abrió la puerta de la biblioteca y salió al pasillo. Poco después volvió y dijo —: Estará aquí en pocos minutos.

—Se trata de un gully. ¡No entenderá ni palabra de lo que ocurre! —exclamó Liam perplejo—. Ni siquiera yo puedo creer lo que estoy oyendo.

—No obstante, legalmente es el heredero de Gunthar y, como su albacea, es mi deber representar sus derechos, incluso si él mismo no los comprende —explicó Seamus a Liam—. No os precipitéis, sir Liam. Tal vez otras partes del testamento no os parezcan tan absurdas.

—¿A qué os referís? —inquirió el caballero.

—Permitidme que acabe de leer el documento y lo veréis —respondió Seamus fríamente. El anciano se aclaró la garganta y siguió leyendo:

*«Yo, Gunthar Uth Wistan, por el presente también comunico mis deseos en lo referente al nuevo Gran Maestre de la Orden. Aquellos que honren mi memoria y respeten mis deseos, elegirán a lord Liam Ehrling nuevo Gran Maestre de la hermandad, según las normas de la Medida revisada.»*

»El abajo firmante, en el día de..., etcétera, etcétera».

Acabado el testamento, Seamus lo dobló y volvió a meterlo en el portafolio.

—Hay otras disposiciones menores, como instrucciones para que se nombre un senescal para el castillo Kalstan. No obstante, si decidís impugnar el testamento...

—No me preocupa la sucesión —dijo Liam—. Yo soy el líder de los Caballeros de la Rosa, el Primer Jurista. Soy la elección natural.

—¡Mmm! —Quintan carraspeó nerviosamente—. Lord Ehrling, no quisiera ser irrespetuoso pero creo que algunos podrían no estar de acuerdo.

—¿Quién? —preguntó Liam suspicaz. Quintan señaló a Tohr.

—Tiene razón, Liam. Los Caballeros de Takhisis tienen todo el derecho a proponer a su propio líder y elegirlo —dijo Meredith—. Es absurdo suponer que sólo porque seáis el Primer Jurista de la Orden Solámnica debáis ser elegido Gran Maestro de la Orden que surja de la fusión.

Tohr se movió intranquilo en la silla y dijo:

—No quería decir nada cuando el dolor por la muerte de Gunthar aún es tan reciente, pero lady Meredith está en lo cierto. Admiro vuestra lealtad, lord Ehrling, pero si no me equivoco, lord Gunthar tenía la intención de que nuestras dos Órdenes se fusionaran y, por tanto, nuestra líder, lady Mirielle Abrena, es una clara candidata al puesto de Gran Maestro. Lady Abrena ha sido nuestra comandante suprema durante cinco años, ha establecido de nuevo nuestros cuarteles generales en Neraka y ha unido las fuerzas de Takhisis que sobrevivieron a la Guerra de Caos. Bajo su liderazgo, nuestra hermandad ha sido forjada de nuevo y se ha convertido en el cuerpo compacto que es hoy.

—Lleva algo de razón, Liam —dijo Quintan.

—No lo diréis en serio —rió Liam—. ¿Me estáis diciendo que nos crucemos de brazos mientras los Caballeros de Takhisis logran por casualidad lo que no lograron en la lucha?

—¿Qué insinuáis, lord Ehrling? —inquirió Valian Escu. Su voz profunda y airada cargó el aire de tensión.

—No insinúo nada, elfo —replicó Liam—. Simplemente digo que no deberíamos permitir que nos derrotaran con nuestra propia Medida en las manos.

—No estamos en guerra, Liam —dijo Meredith—. Aquí nadie gana ni pierde.

—Si queréis culpar a alguien, culpada a lord Gunthar —intervino Alya—. Él es quien empezó todo esto.

—¡Pero él me eligió a mí! —gritó Liam.

—¡Sí, pero tal como vos mismo habéis afirmado, es posible que no estuviera en sus cabales cuando lo hizo! —replicó Alya, impertérrita ante el caballero de más edad.

Liam le dio la espalda y meneó la cabeza frustrado.

—¿Cuál es la naturaleza del documento que lord Gunthar os dejó, sir Liam? —preguntó Meredith—. Quizá pueda arrojar luz sobre este asunto.

Liam se desplomó en la silla y alargó el brazo para coger su copa, pero la mano le temblaba de tal modo que estuvo a punto de caérsele; suspiró y volvió a dejarla encima de la mesa.

—Da instrucciones sobre cómo debe llamarse y estructurarse la nueva Orden —dijo.

—¿De veras? Pues leedlo —dijo Meredith con entusiasmo forzado.

Una suave llamada a la puerta los interrumpió. Meredith se levantó y fue a abrir. Entró Jessica Rocavestina, seguida por una mugrienta y rechoncha gully que arrastraba un saco vacío y una muñeca sin ojos.

—¿Es Ayuy? —preguntó Seamus.

—No, señor. No he podido encontrar a Ayuy —respondió Jessica—. Ha desaparecido. Esta gully se llama Gerda y afirma que Ayuy ha huido.

—Sí —proclamó Gerda con orgullo—. Yo veo a Ayuy marchar.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó Seamus al tiempo que se tapaba la boca y la nariz con un pañuelo. Los demás reaccionaron de igual modo ante el penetrante olor corporal de la enana.

—Dos días —respondió.

—Es decir, el día del funeral —comentó Seamus.

—No, antes —replicó Gerda—. Dos días.

—Ya. Dime, ¿sabes adonde ha ido? —inquirió el anciano.

—Sí —fue la respuesta.

Tras esperar unos segundos y comprobar que la gully no iba a añadir nada, Seamus preguntó:

—¿Adónde fue Ayuy?

—A casa.

—¿Dónde está su casa?

—En Ciudad.

—¿En qué ciudad?

—Sólo Ciudad.

—Hay muchas ciudades en Sancrist. ¿Cuál es su casa? —insistió Seamus.

—Ciudad —respondió Gerda.

—¿Dónde está esa ciudad? —preguntó Meredith, tratando de ayudar.

—Ciudad es casa —respondió Gerda.

—Ciudad es casa, ciudad es casa —rezongó Liam—. ¿Qué se puede esperar de un gully?

—Perdonad —interrumpió Jessica—. Creo que sé lo que quiere decir. De vez en

cuando, encuentro a gullys rondando por mi castillo, en La Fronda y me dicen que son de un lugar que llaman simplemente Ciudad. Creo que debe de estar cerca del castillo.

—¡Excelente! —exclamó Seamus—. Deberíamos enviar a alguien a buscar al señor Cocomur para que lo traiga de vuelta lo antes posible.

—Sir Valian y yo partiremos hacia allí dentro de quince días —dijo Alya—. Esperaba que Jessica pudiera acompañarnos y quedarse con nosotros o, al menos, mostrarnos el camino y ayudarnos a familiarizarnos con el castillo y sus alrededores. Después Valian inspeccionará los demás castillos fronterizos mientras yo superviso los trabajos de mejora de las defensas de La Fronda.

—Que yo sepa, lady Jessica no tiene obligaciones urgentes —dijo Quintan—. Puede ir si lo desea. En cualquier caso, supongo que tendrá que regresar para recoger sus efectos personales.

—¿Lady Jessica, vendréis con nosotros? —preguntó Alya.

—Será un placer —respondió la dama con una inclinación de cabeza.

—Buscaremos a Ayuy por el camino —propuso Alya—. Según dicen, los gullys viajan muy lentamente y donde encuentran comida, allí se quedan hasta que se les acaba. Supongo que daremos con él en un par de días, lo enviaremos de vuelta con un escudero y nosotros seguiremos adelante.

—¡Excelente! —exclamó Seamus—. Bueno, si no os importa, me saltaré el leerles el manuscrito. Os deseo buenas noches; aún tengo mucho que hacer antes de acostarme.

Después de recoger sus libros y papeles, logró cruzar la puerta. Meredith lo acompañó afuera y después regresó a su asiento.

—Creo que también podríamos incluir a nuestra... invitada en la busca —sugirió Tohr, tapándose la nariz.

—Voy a acompañarla a la perrera para asegurarme de que no se pierde por el camino —dijo Jessica, empujando a Gerda hacia la puerta.

—Buena idea —rió Alya—. Nos veremos por la mañana.

—Damas y caballeros, creo que sería prudente que nada de lo que se ha dicho está noche salga de aquí —dijo lady Meredith cuando se hubieron marchado—. Hasta que determinemos cómo va a decidirse la sucesión, los demás no tienen por qué saber que no nos ponemos de acuerdo.

—Estoy a favor —dijo Tohr—, pero queda la cuestión de cómo vamos a decidirlo.

—Creo que lord Ehrling tiene la respuesta. Liam, estabais a punto de aprender las instrucciones de lord Gunthar.

—Sí, bueno, se va un poco por las ramas. Podéis leerlo si queréis, pero básicamente pone nombre a la nueva Orden. Gunthar deseaba que se llamara los

Honorables Caballeros de Sancrist —dijo Liam.

—Oh, es perfecto —comentó Meredith—. Me parece maravilloso.

—Sí, sí, es... perfecto —afirmó Tohr—. No favorece a ninguna de las Órdenes pero, al mismo tiempo, conserva reminiscencias de ambas.

—Pone el énfasis en el honor —intervino Valian—. Porque es el honor el que nos une, no la lealtad a una causa o un dios particular.

—¿Y qué pasa con cada una de las Órdenes de las hermandades? —inquirió Quintan.

—Desaparecen —respondió Liam—. Gunthar dice que no debe haber ni Caballeros de la Rosa ni de la Calavera ni de ningún otro tipo. «Cada caballero elegirá el camino que mejor se adapte a sus necesidades, sin importar el rango ni la condición. Todos los caballeros serán conocidos simplemente como Caballeros de la Isla de Sancrist o Caballeros de Sancrist». Sigue diciendo que nuestro símbolo será la nueva luna blanca, porque es el símbolo del nuevo mundo y también debe serlo de nuestra hermandad.

—¿Y los Caballeros de la Espina? —preguntó Tohr.

—A lo que deseen permanecer en la Orden, lord Gunthar pide que se les permita quedarse en la hermandad como clérigos —respondió Liam.

—¿Ni Orden de la Rosa ni de la Espada ni de la Corona? —repitió Quintan—. ¿Cómo se supone que mantendremos la estructura de mando o cómo sabremos de qué modo alinear nuestras tropas en la batalla?

—No lo dice —repuso Liam—. Es uno de los puntos en los que es de una vaguedad desesperante. Aquí, por ejemplo, comprobadlo vos misma —dijo entregando el documento a Meredith.

—No hay mucho más —dijo la dama, dándoselo a Tohr.

—Sí —suspiró Liam, que se frotó los ojos con gesto de cansancio y se hundió aún más en la silla.

—El resto debe de constar en su Medida revisada —dijo Quintan—. Se suponía que la tendría lista para el solsticio de invierno.

—Ahora está en mi poder —gruñó Liam.

—Ah, ¿llegó a acabarla?

—No, no está lista —masculló Liam—. No está lista.

—¿Que no está lista? ¿Qué falta? —inquirió Quintayne.

—¡Oh!, todos podéis a echarle un vistazo, pero no me atrevo a enseñársela a los demás. Es un batiburrillo de citas, repeticiones y frases sin sentido. Costará semanas, o meses, leerla y seleccionar el material relevante. Desde la muerte de Gunthar he tratado de... —el caballero se vino abajo y su voz tembló por el cansancio—... tratado de sacar algo en claro.

—Liam, deberíais haber acudido a nosotros —lo riñó Meredith.

—Sí, divididla, dadnos a cada uno una parte y todos trabajaremos juntos — propuso Quintan.

—He estudiado a fondo la Medida original —dijo Tohr—. Disponemos de unas cuantas copias en Neraka y en otros lugares —explicó sin entrar en detalles—. En cualquier caso, si necesitáis ayuda estoy a vuestra disposición.

—No —protestó Liam poniéndose en pie con aire cansino—. No. Es mi tarea y sólo mía. Yo conocía a Gunthar mejor que nadie, conocía su mente y cómo funcionaba. Debo acabarlo yo solo.

—Como deseéis, milord —consintió Meredith—. Hasta entonces, debemos mantenerlo en secreto. ¿Todos de acuerdo? —Todos asintieron—. Mantendremos el plan original: la Medida será dada a conocer en el solsticio de invierno.

El grupo se levantó de sus asientos y lord Tohr alzó la copa y brindó:

—Por los Honorables Caballeros de Sancrist.

—Por los Honorables Caballeros de Sancrist —repitieron todos al unísono. Después de apurar sus copas salieron, dejando a Liam solo en la biblioteca. El caballero se derrumbó en su silla.

—¿Dioses, qué he hecho? —musitó.

Una leve brisa soplaba desde el valle y mecía las hojas de los árboles del huerto de Navalre. En realidad, el huerto no era de Navalre, pero él lo consideraba suyo pese a que no había plantado ni uno solo de los nogales, las pacanas ni otros árboles que crecían en profusión. Navalre se recostó en una pila de hojas y cerró los ojos, dejando que la brisa refrescara sus cansados y doloridos pies. El viento en los árboles y el borboteo del manantial eran como una mágica canción de cuna que entonara la misma naturaleza, aunque no parecía tener efecto en los cientos de ardillas que se afanaban recogiendo frutos secos para el invierno. Los animalillos parloteaban y correteaban entre las hojas, como si temieran que el invierno se presentara en cualquier momento y los pillara desprevenidos.

Pese a la nieve caída la semana anterior, Navalre sabía que el invierno tardaría semanas en llegar y podía permitirse un pequeño descanso. Al igual que las ardillas, también recolectaba frutos secos para el invierno. Cerca de él había dos cestas llenas a rebosar, una con pacanas y la otra con nueces. Navalre dejaba los frutos más duros a las ardillas y otros animales; había más que suficiente para todos. Al hombre nunca se le había ocurrido quedárselos todos para él, como hacían los campesinos que habitaban los bosques de las tierras bajas. Ellos ponían trampas y veneno, o adiestraban a los perros para proteger sus huertos de las criaturas del bosque. Navalre vivía en armonía con la naturaleza siguiendo las enseñanzas de Chislev, la que fuera diosa de los bosques. Al igual que los demás dioses, Chislev había abandonado Krynn durante la Guerra de Caos, pero él continuaba viviendo al ritmo de la naturaleza: contemplaba a los animales, velaba por ellos y aprendía de ellos cómo vivir sin las muletas de la civilización.

En otoño también recolectaba cereales silvestres de los prados, así como manzanas y caquis de los árboles del valle. Con las uvas de las vides silvestres, que crecían en las laderas más bajas, Navalre se hacía su propio vino. También recolectaba miel y la guardaba en jarras que él mismo moldeaba con arcilla a la que daba forma y después cocía en un primitivo horno. Su casa estaba construida con piedras del arroyo y el tejado con juncos que crecían junto al lago del valle. Todo lo que necesitaba lo encontraba a su alrededor, y lo que no utilizaba lo devolvía a la tierra.

Lo único que no le ofrecía ni el valle ni la montaña eran otras personas. Navalre vivía solo y le gustaba. Prefería con mucho la compañía de lince y ardillas a la de mercaderes y caballeros. Nadie lo molestaba y nadie sabía que vivía allí.

El hombre haraganeó toda la tarde tendido bajo los árboles junto al arroyo, contemplando a las ardillas y riendo con sus payasadas. No tenía ninguna prisa. En

realidad, ni siquiera necesitaba las nueces porque ya tenía mucha comida guardada, pero las quería para hacer tartas para el solsticio hiemal. Todavía le gustaba celebrar las fiestas señaladas cocinando platos tradicionales del tipo que solían hacer las madres. Tendido sobre las hojas, Navalre pensaba en todas las cosas maravillosas que le gustaba comer hasta que su estómago empezó a protestar y se acordó de las tortas de cebada que había preparado por la mañana. Rápidamente recogió sus cestas llenas y descendió por la ladera, dejando el huerto a las ardillas.

El sol empezaba a ponerse cuando se aproximaba a su casa, construida a la sombra de una enorme haya a la orilla de un murmurante arroyo de montaña. La chimenea resaltaba contra el cielo rojizo y una tenue voluta de humo se alzaba en el tranquilo aire otoñal. Mientras cruzaba el arroyo poco profundo, saltando con facilidad de una piedra a otra, reparó en que la puerta estaba entreabierta, aunque recordaba haberla cerrado. En el pasado había tenido problemas con los osos, que se le metían en casa, por lo que siempre se aseguraba de cerrarla bien al salir.

Navalre se acercó, sigiloso, a la casa; dejó las cestas en el suelo junto a una pila de leña y arrancó un hacha de madera de un tronco haciendo palanca. Luego se colocó a un lado de la puerta y echó un rápido vistazo dentro. En la oscuridad del interior no vio ningún intruso, pero le llegó un extraño olor. Era un olor salvaje, como a almizcle, pero nada semejante a un oso; alguna otra criatura había llegado a las montañas, una criatura que él nunca había visto antes. Navalre se agarró nervioso al hacha.

—¿Hola? —llamó suavemente. Nadie le contestó, por lo que el hombre se deslizó al interior y miró con cautela a su alrededor.

La habitación parecía vacía, pero había claros indicios de la presencia de intrusos. Su asiento favorito, en el que había pasado tantos inviernos al lado del fuego, yacía en el suelo hecho cisco. Era como si un gigante se hubiera sentado en él y la silla se hubiera derrumbado bajo su peso. A continuación, Navalre comprobó que las dos tortas de cebada que había horneado esa mañana habían desaparecido; unas migajas sobre la mesa señalaban el lugar donde las había dejado para que se enfriaran. La tapa del barril de manzanas estaba en el suelo y faltaba más o menos la mitad. De pasada, el hombre notó que no se veía un solo corazón por ninguna parte, ni siquiera una semilla. Su mantequera estaba desmontada, las piezas debajo de la mesa, y alguien se había zampado toda la mantequilla. Ese alguien había devorado incluso las espinas del pescado que Navalre había comido la noche anterior y que había echado al cubo de desperdicios cerca de la puerta. Lo único que el merodeador no había tocado eran las jarras de miel alineadas en la repisa de la chimenea.

Navalre se dio bruscamente media vuelta cuando algo cruzó la puerta, que seguía abierta. Era una perra, una perra enorme que se paró al verlo. No era una perra salvaje pues, pese a las ramitas y hojas prendidas en su lanudo pelaje gris, era evidente que



en el pasado la habían cuidado bien. Además, era mansa, porque parecía más sorprendida por la presencia de Navalre que otra cosa. No obstante, el hombre seguía enarbolando el hacha. Perra y humano se miraron mutuamente con la mesa de la cocina de por medio.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, pequeña? —preguntó Navalre en un tono forzosamente reposado.

Al oír su voz, la perra bajó la cabeza y empezó a menear el rabo. Entonces se acercó al hombre y le husmeó la mano que éste le tendía. Navalre apoyó el hacha en la mesa y se agachó para acariciarla. La perra le lamió la cara mientras el rabo golpeaba contra el suelo.

—¿Te has perdido? ¿Dónde está tu amo? —preguntó Navalre mientras la examinaba. Parecía estar en buen estado y, ciertamente, bien nutrida—. Caramba, estás bien alimentada —comentó el hombre—. Probablemente me has saqueado la despensa. —Navalre le hizo fiestas y la acarició, desprendiendo hojas y otros restos de su pelaje.

»Eres una perra de caza —afirmó el hombre al levantarse. Cogió un tronco del cubo al lado del hogar y lo usó para atizar los carbones del fuego, luego añadió leña menuda y ramitas hasta conseguir un pequeño fuego que ardió alegremente.

»¿Has perdido el rastro? Pues te has desviado mucho; no hay ningún castillo ni ninguna aldea en kilómetros de distancia —dijo Navalre—. Supongo que estarás hambrienta, ¿no? Iba a comerme las tortas de cebada para cenar, pero puesto que ya te las has zampado tú, tendré que preparar otra cosa. ¿Qué tal pescado? ¿Te gusta el pescado?

La perra se arrimó al fuego y meneó el rabo.

—Muy bien, pescado entonces. Voy a salir y ver si hay alguno en mis trampas. —El hombre se dirigió a la puerta y se volvió, esperando que la perra le siguiera, pero el can seguía junto al calor del fuego—. ¿Por qué no te quedas? —rió Navalre—. No tardaré.

El ermitaño recorrió menos de cien metros, río abajo, hasta un lugar donde la corriente se ensanchaba después de salvar una pequeña cascada. Vadeó el arroyo, metió la mano en el agua y sacó un cesto grande en forma de embudo hecho de ramitas entretejidas. Dentro culebreaban cinco lustrosas truchas marrones. Navalre estuvo a punto de dejar caer el cesto por la sorpresa; nunca había pescado tantas de una vez. En los meses de verano habría devuelto al agua las que no pensara comerse, pero aquella noche tenía una invitada y, en vista de que su despensa para el invierno se había visto inesperadamente mermada, decidió que secaría las que él y la perra no se comieran. El hombre vadeó el arroyo hasta la orilla y se sentó en una roca para limpiar los pescados aprovechando la última luz del día.

Al regresar a la cabaña, Navalre oyó voces dentro y, por la puerta abierta vio

sombras danzando en las paredes. Por lo que oía y veía, era como si dos, tres o hasta cincuenta personas estuvieran peleando. Se oyó un fuerte chillido y estrépito; el ermitaño se precipitó al interior.

Encontró en medio de la habitación un montón de palos rotos y mantas revueltas; lo que antes había sido su cama. Por alguna razón había caído del altillo. En medio del desastre, varias criaturas de pequeño tamaño peleaban, escupían, propinaban puñetazos y trataban de arañarse, todo esto sin dejar de maldecir como marineros borrachos. Navalre se metió en la refriega, agarró a una de aquellas criaturas por el pescuezo y tiró de ella.

—¡Un enano gully! —exclamó cuando finalmente vio qué había atrapado. Los otros dos continuaron peleando.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó zarandeando al gully, que de pronto fue todo docilidad.

—Lumpo acapara todas mantas —explicó Ayuy.

—¡No! —gritó Lumpo, al tiempo que propinaba; airado, un codazo a Glabela bajo el mentón. La enana quedó despatarrada en el suelo con una expresión de sorpresa en la cara. El enojado Navalre la puso de pie bruscamente mientras Lumpo, victorioso, se acomodaba en la cama destrozada y se envolvía con todas las mantas. Parecía que los palos y las astillas no le importaban.

—¿Ves? —masculló Glabela arrastrando las palabras—. Acapara todas mantas.

—Sí, ya veo —replicó Navalre, que alargó la mano, arrastró a Lumpo fuera del lecho y lo obligó con rudeza a ponerse de pie—. ¡Y también veo que me habéis destrozado la cama! ¡Mirad qué habéis hecho!

Los tres gullys se aproximaron al lecho para examinarlo.

—Cama no muy buena —comentó Glabela.

—Palo se me clava en la espalda —dijo Lumpo, frotándose los riñones—. ¿Cómo puedes dormir en cama como ésta?

—Antes no tenía este aspecto —dijo Navalre—. Era una buena cama hasta que vosotros tres la destrozasteis. ¡Pero mirad qué habéis hecho! —El hombre recogió las piezas rotas de la cama para comprobar si alguna podía salvarse. Frustrado, arrojó las piezas al suelo.

—¡Y mirad mi silla! —gritó, dirigiéndose al hogar—. También la habéis roto vosotros, ¿no?

—No. *Milisant* rompe silla —repuso Ayuy con convicción.

—¿Por qué has roto mi silla? —espetó Navalre a Glabela.

—Yo no rompo silla. *Milisant* rompe —protestó la enana.

—Vale, y ¿cuál es *Milisant*?

Ayuy señaló a la perra acurrucada junto al fuego y que los contemplaba con la cara entre las patas. Al oír su nombre, la perra meneó la cola.

—Lumpo se sube a silla para coger potes del estante, pero no llega —explicó Ayuy—. Así que yo subo a hombros de Lumpo, y Glabela sube encima de mí. Bien. Glabela coge pote. *Milisant* sube a silla, y silla rompe. *Milisant* rompe silla.

—Os habéis comido todo lo que tenía —dijo Navalre, que suspiró y meneó la cabeza—. Os habéis comido mis tortas de cebada. Incluso os habéis comido la basura. ¿Por qué?

—Nosotros mucha hambre —respondió Ayuy.

Lumpo asintió y agregó:

—Pescado muy malo. Muchas espinas.

—¿Pedisteis permiso para entrar en mi casa, comeros mi comida, romperme la silla y destrozarme la cama? —preguntó Navalre.

—No —respondió Ayuy.

—¡No, no lo hicisteis!

—Claro que no, tú no aquí cuando nosotros llegamos —lo corrigió Ayuy.

—¡Pues ahora sí estoy aquí! ¿Qué tenéis que decir? —gritó Navalre.

—Glabela cansada y hambrienta. Quedo dos días —respondió la enana, y Ayuy y Lumpo se mostraron de acuerdo.

El asombro dejó a Navalre sin habla. Había oído hablar de los enanos gullys y había visto a algunos de lejos, pero nunca había tenido trato directo con ellos. Estos parecían ser unos buenos exponentes de la raza. Bueno, a él no le molestaban los visitantes ocasionales, es decir mapaches que asaltaban sus trampas de pesca u osos que devoraban las bayas que él había recogido. El hombre los contempló y se echó a reír.

—Oh, ya veo —dijo—. ¿Sólo dos días?

—No más de dos —respondió Ayuy.

—De acuerdo. La cena pronto estará lista —dijo Navalre—. Por favor, tomad asiento. —Los gullys se sentaron alegremente en el suelo alrededor del fuego.

—Podéis sentaros a la mesa. Hay un banco —les dijo Navalre—. Ahora vuelvo. Menos mal que no encontrasteis mi despensa de tubérculos. —Dicho esto salió.

—¿Ayuy, crees que cierra la puerta con clavos como último posadero? —preguntó Glabela—. No quiero esta posada quema con nosotros dentro.

—Eliges mal posadas —replicó Ayuy—. Una quema, una cae un rayo, una despertamos y todos ¡puf!, desaparecidos, una nos persiguen con palos. —El gully se frotó la cabeza por el doloroso recuerdo.

—Al menos yo elijo posadas. Lugar que vais vosotros, nunca hay posada. Sólo árboles y rocas y nada para comer —dijo Glabela—. Me muero de hambre. Si no cenar voy a desaparecer, ¡puf!

—Yo elijo esta posada —replicó Ayuy—. ¡Ésta buena posada!

—Cama rompe. Silla rompe. Lumpo atraganta con espina. Yo como dos

manzanas y barriga duele —se quejó la enana.

—Tú comes dos y dos y dos manzanas. No me engañas a mí —replicó Ayuy.

Navalre entró de nuevo cargado con diversos tubérculos comestibles, que lanzó directamente al fuego. Lumpo empezó a husmear y los contempló con mirada hambrienta.

—¡Seguís sentados en el suelo! —exclamó el hombre—. Os lo ruego, probad el banco. —Con evidente mala gana los tres enanos se pusieron de pie y se acomodaron en el banco junto a la mesa, Lumpo en una punta, Glabela en la otra y Ayuy en el centro.

Navalre cogió una sartén del clavo del que colgaba y la colocó sobre las brasas. Luego, miró alrededor y chasqueó los dedos.

—No hay mantequilla —anunció—. Bueno, tendremos que pasarnos sin. Tal vez un poco de vino...

Vertió un chorro de líquido rojo de una calabaza en la sartén que se estaba calentando, y el vino chisporroteó. Entonces añadió el pescado y mientras se protegía el rostro del calor con la palma de una mano, con la otra espolvoreó la trucha con hierbas aromáticas y le dio la vuelta con un tenedor de madera. El aire se llenó de un apetitoso aroma, el estómago de Lumpo rugió como un oso y *Milissant* levantó las orejas.

En menos que canta un gallo Navalre había preparado una sustanciosa cena y la servía en la mesa. La perra ya había empezado: tendida en el suelo de tierra apisonada, raspaba con entusiasmo las espinas. Los gullys también habían intentado empezar, pero Navalre les golpeó los nudillos con el tenedor las veces suficientes para que, finalmente, esperaran a que todo estuviera listo. El ermitaño sacó de alguna parte una hogaza de pan (cómo los gullys la habían pasado por alto era un misterio, pero se alegraba de que hubiera sido así) y, pese a no tener mantequilla, había abundancia de dulce miel fresca. Navalre puso velas de cera de abeja sobre la mesa y la repisa de la chimenea y llenó un gran cuenco con vino, para que cada uno cogiera con su copa el que quisiera. Glabela y Lumpo nunca habían probado el vino, pero Ayuy a veces había podido lamer la copa de lord Gunthar al final de las comidas. El vino de Navalre, hecho con uvas de las tierras altas, se subía a la cabeza y era más potente que ninguno que el enano hubiera probado antes, y mucho más fuerte que las cervezas familiares a los paladares gullys.

—¡Ésta buena posada! —proclamó Glabela después de apurar su tercera copa—. Mejor posada. —La enana palmeó a Ayuy en la espalda para felicitarlo por la elección, haciendo que derramara su vino. Ayuy la miró, ceñudo, y volvió a sumergir su copa en el cuenco.

—¿Posada? —inquirió Navalre, perplejo—. Oh, ya veo. Creéis que esto es una posada.

—Correcto. Siempre yo elijo posada, pero Ayuy elige ésta. Elige bien —dijo Glabela con voz demasiado fuerte, al tiempo que cogía un boniato del plato de Ayuy y se lo metía en la boca.

—De modo que sois viajeros —dedujo Navalre.

—No, somos aghars —le corrigió Lumpo desde el otro extremo de la mesa—. O sea, enanos gullys. *Viajero* es caballo de papá.

—Claro, claro. Lo que quería decir es que vosotros tres, enanos gullys, estáis de camino a algún sitio.

—¿Camino? Creí que tú decir esto un banco —dijo Lumpo mirando el banco con recelo.

—Sí, sí, es un banco —rió Navalre, y Lumpo se relajó—. ¿Qué os ha traído a mi... mmm... posada?

—No nos trae nadie. Venimos solos —contestó Glabela, y se zampó el último boniato—. Caminamos dos días y dos y dos días, perseguidos por lacerto. Tenemos hambre, tenemos frío, pero nosotros valientes. No miedo de lacerto.

—Yo miedo de lacerto —confesó Lumpo.

—Yo no. Yo muerdo a lacerto en nariz. ¡Así aprenderá! —se jactó Glabela.

Ayuy resopló y Glabela le dio un manotazo.

—Lacerto dar miedo —convino Lumpo.

—Perdonadme, pero ¿qué es un lacerto? —preguntó Navalre.

—Hombres dragón —respondió Ayuy con gran solemnidad.

—¿Draconianos? —inquirió Navalre, muy asombrado.

—¡Correcto! —contestó Glabela—. ¡Eh, es listo!

—¿Los draconianos os persiguen?

—Ayuy ve cómo matar a papá —dijo Glabela.

—¡Eso gran secreto! —gritó Ayuy y dio un manotazo a la enana. Entonces se volvió hacia Navalre y dijo fieramente—: Tú no tener que oír esto.

—¿Los draconianos mataron a vuestro padre? —preguntó Navalre perplejo—. No lo entiendo. ¿Por qué matarían a un gully?

—No matar a gully —explicó Glabela—. Matan a papá.

—¡Tu no tener que decir! —gritó de nuevo Ayuy.

—¿Cuándo ocurrió? —inquirió Navalre con genuina curiosidad. El ermitaño sabía incluso menos de los draconianos que de los gullys. Desde luego había oído hablar de las malvadas criaturas nacidas de huevos de dragón, pero le parecía increíble que gullys y draconianos (por así decirlo mezclados) cruzaran el umbral de su casa.

—Papá no muere hace dos días —dijo Lumpo. Ayuy lo miró como si fuera a estrangularlo, pero Lumpo se defendió gimiendo al tiempo que reculaba hasta la punta del banco—: ¡No he dicho!

—¿Por qué nosotros no decir? —preguntó Glabela a Ayuy—. Tu dices papá decirte que avisar a otros. Él otros.

—Él no otros. Tú otros. Él quizá caballero malo —replicó Ayuy.

—Yo no soy ningún caballero —protestó Navalre un poco picado.

—Tú humano —dijo Ayuy.

—Es cierto, pero no todos los humanos son caballeros. En el pasado fui sacerdote de Chislev, la diosa de la naturaleza —explicó Navalre.

—¿Tú hablas con dioses? —inquirió un Ayuy impresionado.

—Antes sí —respondió el hombre titubeando—. Aún lo hago a veces, cuando me siento solo. No sé si Chislev me escucha, ni siquiera sé si puede oírme, pero yo protejo y cuido la tierra y las criaturas que en ella viven. Si los draconianos realmente os persiguen, aunque no me imagino por qué, y si realmente estáis en peligro, tal vez yo pueda ayudaros. Me gustaría saber más.

Ayuy posó sobre él una larga y dura mirada, como si sopesara la decisión con toda su capacidad mental. Gunthar había tenido razón al decir que Ayuy era un gully excepcional, pues poseía una conciencia de sí mismo que no abundaba entre los de su raza. Quizá fuera debido a que su madre lo dejó caer de cabeza cuando era un bebé, nadie lo sabía. Ayuy había pasado sus últimos años viviendo con caballeros (al menos en sus cuadras y perreras), por lo que, para él, ser humano equivalía a ser caballero. Pero aquel humano era obviamente muy distinto de cualquier caballero que hubiera conocido. Para empezar, Navalre poseía una barba verdaderamente atractiva y envidiable, incluso para los estándares gullys; ningún Caballero de Solamnia llevaba una barba como ésa. Además, sus ropas no estaban en mucho mejor estado que las de Ayuy, mientras que los caballeros eran muy meticulosos en el vestir cuando no llevaban su armadura.

Y otra cosa, Navalre les sonreía del mismo modo que Gunthar solía sonreír a Ayuy, y tenía el pelo canoso como Gunthar, aunque no tan gris ni tan bien peinado como el del Gran Maestro. Además, el hombre le hablaba con naturalidad, no en tono altivo ni despreciativo como solían hacer casi todos los caballeros, excepto Gunthar.

Pero Ayuy no sabía si podía fiarse de Navalre; sus temidos perseguidores habían estado a punto de capturarlos en dos ocasiones. A lo largo del viaje, las misteriosas criaturas les habían seguido el rastro infundiéndoles terror. No podían descansar ni pararse para llenar sus panzas a voluntad. Por la noche, solos en medio de la espesura, se escondían y oían susurros y pasos sigilosos que los rondaban. Sólo su instinto de preservación hacía que se quedaran inmóviles y en silencio. Así habían podido sobrevivir.

—Contadme qué es lo que ocurrió —les pidió Navalre suavemente.

—Todo ocurrió cuando mí, papá y *Garr* van a cazar cerdo grande y feo, Man-algo —empezó a explicar Ayuy.

—¿*Mannjaeger*? —exclamó Navalre.

—Sí, ése —respondió Ayuy.

—¿Tú, tu padre y *Garr* salisteis a cazar a *Mannjaeger*? —preguntó el ermitaño.

—Sí.

—Eres un tipo muy especial —comentó Navalre con los ojos abiertos por el asombro.

Ayuy le lanzó una mirada de incompreensión.

—Continúa explicando —le pidió Navalre.

—*Garr* muere primero, pero sólo tiene pequeño arañazo —prosiguió Ayuy.

—¿*Garr* era tu hermano? —indagó Navalre.

Glabela prorrumpió en carcajadas y explicó:

—*Garr*, perro, como *Milisant*.

—Lo siento. De modo que el jabalí mató a *Garr*. Continúa —le pidió Navalre.

—Cerdo ataca a papá y lo derriba, así que yo tiro piedras al cerdo y cerdo suelta a papá. Entonces papá clava a cerdo pincho y cerdo huye —explicó Ayuy.

—¿Tu padre clavó a *Mannjaeger* un cuchillo? —preguntó Navalre en tono incrédulo.

—No, vara larga con pincho en la punta. Muy pesada —aclaró Ayuy.

—Ya veo —replicó Navalre.

A medida que avanzaba el relato menos creíble le parecía. ¡Pensar que un gully no sólo saliera a cazar a *Mannjaeger* sino que lo hiriera con una lanza! De todos era sabido que un gully armado representaba un peligro mayor para él mismo que para sus enemigos.

—Entonces papá muere, así —dijo Ayuy e hizo una imitación muy convincente de las convulsiones que agitaron el cuerpo de Gunthar.

—Papá tiene arañazo aquí —prosiguió Ayuy, señalándose el muslo—. Él dice «Acércate» y me cuenta gran secreto que nadie tiene que saber. Entonces papá dice...

—Ayuy puso una voz ronca que recordaba poderosamente los últimos suspiros de un moribundo— ...«el libro... Kalaman... Liam... Belle... díselo a él... a nadie más».

—Y añadió con su voz normal—: Entonces viene lacerto y yo corro a casa.

—Nosotros también vamos a casa —dijo Glabela.

La cabeza de Lumpo cayó sobre la mesa y empezó a roncar.

—Pero ¿qué significa este gran secreto? —preguntó Navalre, rascándose su poblada y desaliñada barba.

—Tú no tener que conocer secreto —protestó Ayuy, golpeando la mesa—. Ya decirte antes.

—Lo siento, pero volvamos a los draconianos. Has dicho que los draconianos mataron a papá. ¿Por qué?

—¡Ahora explico! —replicó Ayuy ceñudo—. ¿Cuentas tú historia o yo?

—Por favor, continúa —se disculpó Navalre.

—Antes de caza, lacertos hacen esto. Hacen jamalají jamalajá con manos para que perros no siguen, pero yo y papá seguimos —explicó Ayuy.

—Y *Garr* —agregó Glabela.

—¿Qué? —Navalre no entendía nada.

—Hechizo fácil —interrumpió Glabela—. Yo aprendo a hacerlo a los dos años.

—¿Un hechizo? ¿Quieres decir que hicieron magia?

—Gran magia. Jamalají jamalajá hechizo fácil. Sólo necesitas pata de pollo —respondió la enana—. Tengo pata de pollo. ¿Quieres ver? —La gully empezó a rebuscar en su bolsa.

—En otra ocasión —rehusó Navalre, y preguntó a Ayuy—: ¿De modo que los draconianos formularon un encantamiento para confundir a los cazadores, pero que os permitió a ti, a tu padre y a *Garr* dar con el jabalí? Parece factible...

—Es lo que decir —interrumpió Ayuy—. ¡Factible!

—¡Extraordinario! —La historia era tan extraña que resultaba creíble—. Y ¿qué pasó después de que papá muriera?

—Yo quedé dormido. Despierto y muchos draconianos alrededor. Dos, al menos dos. Lucho y escapo.

—¿De veras? —inquirió Navalre sorprendido.

—¡No! —gritó Glabela—. *Milisant* muerde lacerto en cola y lacerto deja caer Ayuy de cabeza, como de pequeño.

—Y después echo a correr —añadió Ayuy un tanto tímidamente—. Ellos persiguen. Yo voy a casa.

—¿Dónde está tu casa?

—Ciudad —contestó el gully.

Ciudad. Navalre había oído rumores de la existencia de ese lugar. Era una colonia que los enanos gullys habían fundado hacía relativamente poco tiempo. Eran muy pocas las personas que conocían su emplazamiento exacto. Navalre no era el único que vivía solo en las agrestes montañas, también había vigilantes, druidas, eremitas y gente por el estilo, que se reunían de vez en cuando e intercambiaban noticias y productos. Últimamente se hablaba de la floreciente ciudad gully, y todos se habían extrañado de que hubiera surgido casi de la noche a la mañana una población tan grande de esas miserables criaturas.

Se decía que estaba situada a varios días de marcha hacia el norte, dentro de los dominios del Dragón Rojo, *Pyrothraxus*. El único asentamiento humano en la zona era un viejo castillo de los caballeros solámnicos, construido para guardar un paso que hacía siglos que no se utilizaba. En los nueve años que Navalre llevaba viviendo en aquella región, el castillo sólo había estado ocupado dos veces; el resto del tiempo había sido un solitario refugio de grajos y lagartos.



—¡Caramba, qué historia! —dijo finalmente Navalre—. No comprendo todos los detalles, pero confío en que a la luz del día lo veré todo más claro. Mientras tanto, os invito a que os quedéis el tiempo que deseéis.

Ayuy asintió soñoliento y Glabela parpadeó. Alargó la mano para coger otro boniato y trató de metérselo en la boca, pero a medio camino la cabeza se le cayó sobre la mesa con un ruido sordo, aunque sus dedos seguían agarrando el boniato. La enana se lo arrimó a la mejilla como si fuera una muñeca.

Ayuy bostezó y sus mandíbulas crujieron.

—Nos quedamos dos días —anunció—. No más de dos días. —Luego, se estiró, se levantó, avanzó tambaleante, hasta el fuego y se acurrucó junto a *Milisant*.

—Pobres criaturas —susurró Navalre contemplándolos.

Sin hacer ruido, limpió los platos de la cena, recuperó las mantas de entre los restos de la cama y subió al altillo para estirarse. Mientras subía miró a sus invitados y se puso a pensar. Seguía pensando en ellos cuando el sueño lo venció. Soñó con árboles llenos de miles de ardillas con caras de gullys, todas parloteaban sin parar, mientras lobos negros acechaban en el suelo.

Cuatro draconianos caminaban penosamente entre las rocas y los peñascos de una de las regiones más áridas y desoladas que hubieran visto nunca. Sus destrozados pies, provistos de garras, sangraban, y les parecía que cualquier piedra o guijarro roto era más afilado que las hojas de obsidiana y las cabezas de flecha de los guerreros de Abanasinia; cualquier matorral era un zarzal; cualquier planta rastrera, una maraña de tallos y raíces con las que enredarse; y cualquier árbol, por raquítico que fuera, tenía pinchos en vez de hojas y astillas que esperaban clavarse en sus carnes.

En cabeza iba el menor de los cuatro, un baaz con escamas de un tono dorado como el latón y una siniestra testa de reptil con dos cuernos que se enrollaban en espiral. Se cubría las dobladas alas con una sucia capa verde, como si fuera un vigilante o un explorador. Los dos que lo seguían tenían escamas de matiz cobrizo e iban ataviados con ajustados trajes de piel negra que les daban una absoluta libertad de movimientos tanto a brazos y piernas como a las alas, semejantes a las de un murciélago, que les nacían en la espalda. Los kapaks, que así eran llamados, eran mayores que su compañero baaz, y no dejaban de hostigarlo con sus mofas y sus ponzoñosos comentarios. El cuarto era el más grande. Sus escamas de reptil brillaban con un lustre argentado y deslumbraban cuando reflejaban la luz del sol de mediodía. Este último llevaba una armadura de piezas de metal y cota de malla diseñada especialmente para su cuerpo de draconiano. En la espalda, entre las alas, portaba una espada larga y pesada. Era un sivak, una de las razas draconianas más poderosas.

Seguían un sendero que parecía poco más que el antiguo lecho de un arroyo en las inexorables y resecaas montañas que los rodeaban. Tal vez fuera un paso de cabras, aunque no habían visto ni cabras ni ningún otro ser vivo desde que el sol se había levantado sobre esa maldita comarca. Los draconianos avanzaban cansinamente, tropezando, lanzándose gruñidos y maldiciones a cada paso. Las piedras y el resbaladizo esquisto se deslizaban bajo sus pies, haciendo que cayeran de hinojos una y otra vez.

—¡Aquí no hay nada! —gruñó uno de los kapaks.

—Éste es el camino —respondió el sivak sin alterarse—. Krass ha estado aquí muchas veces en los dos años que hace desde que llegó a la isla. ¿No es cierto, Krass?

El fatigado baaz se limitó a asentir.

—Pues yo creo que Krass se ha perdido —replicó el kapak—. ¿Por qué tendría su señoría que vivir en este yermo cuando tiene todo el Monte Noimporta a su disposición?

—Tú mismo te has respondido, Dreg —dijo el sivak—. Los gnomos del Monte Noimporta no lo dejan en paz.

—¿Rebeldes? —inquirió Dreg.

—No, hojalateros. No paran de husmear y de darle la lata para averiguar cómo trabaja. Ha tratado de deshacerse de ellos, pero no puede matarlos a todos. Son peores que los gullys.

Tras coronar una cresta de perfil semejante al lomo de una ballena, el explorador baaz se detuvo y señaló hacia el valle del otro lado. Los demás draconianos treparon junto a él y observaron en la ladera de enfrente la enorme entrada negra de una ancha cueva de techo bajo. Del borde superior de la abertura escapaba una voluta de humo grasiento.

—Ahí está —exclamó el sivak, al tiempo que se apretaba el costado donde le había dado un calambre—. La guarida de Pyrothraxus.

Los draconianos descendieron con dificultad la pendiente del risco y escalaron la otra ladera. No llegaron a la entrada de la cueva hasta poco antes del anochecer. Desde allí, mirando al sur se contemplaba un largo valle y, al fondo, la cima del Monte Noimporta, teñido de rosa por los últimos rayos del sol. Las alargadas sombras de las montañas los habían seguido en su descenso del risco, y en ese momento se encontraban en una peculiar penumbra en la que cada peña y cada roca resaltaban, como si estuvieran recortadas en papel, mientras que la entrada a la cueva era un agujero oscuro y neblinoso sin profundidad.

En la boca de la gruta se veían, desparramados, los relucientes huesos amarillos de docenas y docenas de seres (hombres, bestias, gnomos y enanos), reliquias del insaciable apetito del dragón del Monte Noimporta. El monstruo había llegado tres años antes con una tormenta y en un solo día conquistó la antigua ciudad de los gnomos en la montaña. Ojalá no lo hubiera hecho, porque aquellos que deberían haber temblado en su presencia no dejaban de acribillarlo a preguntas, o cosas peores. Se metían en su guarida mientras él dormía y lo pinchaban con agujas del tamaño de una cañería conectadas a jeringuillas a vapor. A veces, le suplicaban que les lanzara su flamígero aliento, para probar sus tejidos ignífugos más modernos. ¿Qué placer podía causar destruir criaturas a las que les importaba tan poco su propio fin? No sólo esto, sino que además medían y llevaban un registro de su propia destrucción. En estas circunstancias, Pyrothraxus tuvo que refugiarse en una cueva indigna de su tremenda importancia, en una cueva en la que apenas cabían sus amados tesoros, y mucho menos su titánico cuerpo.

No obstante, la entrada era tan grande que por ella habría podido pasar un barco. Al penetrar en su interior, los draconianos quedaron sobrecogidos por el formidable tamaño de la cámara y, sobre todo, por los enormes boquetes en la sólida roca causados por el paso del dragón. Había pocas cosas relacionadas con los dragones que pudieran impresionar a un draconiano, pero las colosales dimensiones de Pyrothraxus y de los nuevos dragones llegados del otro lado del mar los maravillaban

y les infundían incluso un poco de temor. Los draconianos caminaron lentamente, con respeto reverencial y conteniendo el aliento ante el pensamiento de lo que les aguardaba dentro de la cueva. Así fueron avanzando.

La débil luz del crepúsculo exterior bastaba para iluminar la montaña de oro y acero que se alzaba ante ellos. Parecía una gran ola del océano coronada, nada más y nada menos, por dos barcos enteros. Las gemas emulaban a las estrellas en brillo, color ¡y en abundancia! Nunca, en toda su vida, habían soñado con tal acumulación de riquezas. Sólo verlas era casi una experiencia religiosa que llegaba a lo más hondo de su ser draconiano. Tenían delante las riquezas de medio mundo... y nadie las guardaba.

—Parece que su señoría no está en casa —susurró Dreg.

Antes de que nadie pudiera responder hubo un crujir de huesos y sobre ellos cayeron gotitas. Un segundo crujido resonó por encima de sus cabezas. Los draconianos levantaron la vista y vieron una testa de reptil, tan grande como un galeón de dos palos, que engullía lo que quedaba de Dreg. Los otros tres draconianos se encogieron aterrorizados.

—Pyrothraxus, venimos a traeros noticias de parte del amo Iulus —se apresuró a explicar el sivak.

La colosal cabeza se volvió hacia ellos para mirarlos; los rojos ojos relucían como dos fraguas enanas. Una pequeña llama salió disparada de uno de sus orificios nasales, grandes como barriles, e iluminó las caras vueltas hacia arriba.

—¡Un kapak! —tronó el tremendo dragón, y su voz desprendió rocas de las paredes—. Los kapaks me producen indigestión.

Las monedas tintinearón cuando una enorme garra se posó sobre ellas, cerca de los draconianos, y después la otra. El dragón bajó del saliente situado sobre la entrada al que se había encaramado y se deslizó sobre su lecho de tesoros. El formidable y rotundo vientre, que irradiaba calor, pasó tan cerca de ellos que ojos y boca se les secaron. Lo último en aparecer fue la gran cola serpentina, tan grande como el cuerpo, cabeza y cuello juntos. La bestia se sentó sobre las monedas y empezó a borbotear y ronronear, avivando los fuegos dentro de su vientre y llenando la cámara con un resplandor rojo que nacía de ninguna parte.

—¿Qué me traéis? —preguntó el dragón en tono hastiado.

—Noticias, poderoso señor. Gunthar Uth Wistan ha muerto —anunció el sivak.

—¡Magnífico, general Zen! —bramó Pyrothraxus—. Es una noticia realmente excelente. —El dragón levantó la testa y lanzó contra el techo un victorioso glóbulo de fuego. Inmediatamente llovieron gotitas de roca fundida—. ¿Así que el plan sigue adelante?

—¿Le conoce a usted, general? —inquirió el baaz.

—Pedí permiso a su señoría para construir nuestro castillo en su territorio —

contestó el general Zen—. A cambio de que nos protegiera de ojos indiscretos del sur, le prometimos entregarle las tierras de los solámnicos después de la victoria. —Y gritó dirigiéndose al dragón—: Todo está listo, señor.

—El plan sale exactamente como prometiste, general Zen —rió Pyrothraxus. El volumen de su risa fue tal que levantó ondas en su mar de monedas.

—Sí, lord Pyrothraxus, así es. De hecho... —empezó a decir el sivak, pero su frase y la atención del dragón fueron interrumpidas por el repique de una campanilla de plata.

—¿Qué es ese ruido? —quiso saber Pyrothraxus.

El sivak masculló una maldición, pero respondió:

—Un instrumento mágico para comunicarnos a larga distancia. Uno de nuestros agentes en el sur...

—Responde —ordenó Pyrothraxus, y los fuegos en sus ojos llamearon.

Después de vacilar un momento, Zen introdujo la mano en una bolsa que llevaba a la cintura y sacó un gran espejo de plata de mano. Al hacerlo, el espejo repiqueteó de nuevo, esta vez más fuerte. El general agitó una garruda mano sobre su superficie tres veces, al tiempo que palpaba los extraños dibujos tallados en el mango. La superficie reflectante se puso opaca, después negra, y apareció un rostro neblinoso, apenas perceptible.

—¿Qué quieres? —siseó Zen.

—El gully ha essscapado —contestó una débil voz metálica desde el espejo.

—Bien. Continúa buscando y avísame cuando encuentres algo —ordenó Zen rápidamente.

—¿De qué gully habla? —inquirió Pyrothraxus.

—El que pressenció la muerte de Gunthar —respondió la voz del espejo.

—¡Shaeder! —gritó Zen mientras se refugiaba en la oquedad en la que había reparado antes.

—¡Qué! —rugió Pyrothraxus. Una explosión lanzó a Zen contra el muro de la oquedad y las llamas le lamieron los espolones de los tobillos y las puntas de las alas. El insoportable calor no mermó, sino que siguió chamuscando cada centímetro de su cuerpo. La piedra alrededor de él empezó a humear y a desmenuzarse. Zen notó que un grito se le escapaba de los labios, pero sus oídos no percibieron ningún sonido. El aliento del dragón lo consumía todo, el aire, la carne, incluso la voluntad de vivir. Sólo la roca de la montaña lo protegía, más o menos.

Finalmente, el fuego y el atronador ruido cesaron y su áspero grito resonó en el súbito silencio de la cámara. Entonces, recuperó el control y se calló.

—Hay interferencias —se quejó la voz del espejo.

Zen la oyó, pero no osó abandonar la oquedad.

—Puedes salir, Zen —ronroneó el dragón—. Prometo que no te mataré..., por

ahora.

Zen salió cautamente. Pyrothraxus le dirigió una soñolienta mirada, pero los fuegos que destellaban detrás de sus párpados caídos eran signo de que seguía furioso. Del baaz y del otro kapak no se veía ni las cenizas, ni siquiera una mota de polvo, y las rocas humeaban. A medida que la montaña empezó a enfriarse, crujió y gruñó como si se quejara.

—Encuentra a ese gully —dijo Pyrothraxus. La calma de su voz era siniestra—. Si se descubren tus planes, no te protegeré ni a ti ni a los caballeros que reclutaste para hacer el trabajo sucio. ¡Si fallas, te aseguro que lo pagarás!

\*\*\*

Ayuy y sus compañeros se quedaron en casa de Navalre dos días, y dos y dos más, hasta que pareció que, verdaderamente, iban a acabar con toda la comida.

Después del primero, el antiguo clérigo aprendió a no dejarlos solos en la casa cuando salía a buscar alimentos, porque se lanzaban contra cualquier cosa que pudiera masticarse, incluso las bisagras de piel de las puertas del armario. Eran peores que cabras. A Navalre nunca le habían gustado las cerraduras, pero no le quedó otro remedio que instalar un sencillo cerrojo en la puerta para mantenerlos fuera. Ayuy, Glabela y Lumpo podían pasear por donde quisieran (Navalre les comentó más de una vez que el arroyo estaba muy cerca y que en él podían bañarse) y comer cualquier cosa que encontraran, con la condición de que no entraran en la casa ni en la despensa de tubérculos.

*Milisant* se daba la gran vida cazando conejos y retozando por los prados como una potranca, mientras que Glabela se aficionó a pescar truchas del arroyo sin red ni gancho. La enana se quedaba sentada en la orilla tan quieta como un gato y, cuando los peces pasaban nadando junto a ella, hacía cazoleta con una mano y los lanzaba a la orilla, donde esperaban Ayuy y Lumpo. La mayoría de las truchas eran devoradas mucho antes de llegar a la sartén.

En todo ese tiempo no hubo ninguna figura misteriosa que los acechara en los árboles ni pasos sigilosos que perturbaran su sueño. Ayuy se sentía contento y satisfecho como no lo había estado desde antes de la muerte de Gunthar. Por la noche dormía como un tronco, como sólo pueden hacerlo gullys felices, y *Milisant* seguía cazando conejos en sueños.

Por la noche, se sentaban alrededor del fuego y Navalre les narraba historias de los dioses de antaño y de cómo se comportaban las criaturas del bosque. Lumpo solía quedarse dormido y Glabela escuchaba a medias sin dejar de picar y mordisquear casi sin descanso. Sólo Ayuy parecía realmente interesado.

Los gullys también contaban historias, pero las exponían y las acababan

rápidamente al habitual modo gully, sin sentido ni propósito. El modelo habitual era más o menos: «Recuerdas cuando...», seguido por risas y comentarios del tipo: «Esa historia divertida. Cuéntala otra vez». A veces, uno de ellos explicaba mal la historia, lo que conducía a batallas campales en el suelo que no sentaban nada bien a los muebles. Navalre tuvo numerosas oportunidades de practicar sus dotes de carpintero.

Cuando la fiesta decaía, uno de ellos inevitablemente se ponía a cantar *Noventa y nueve botellas de cerveza*. La canción duraba hasta que se desplomaban exhaustos, roncros y graznando, ya que nunca entendían que tenían que cantar los números al revés y en cada verso repetían que tenían noventa y nueve botellas de cerveza.

A medida que el otoño avanzaba y se aproximaba el invierno, la inquietud se iba apoderando del bosque. Navalre lo notaba, pero era incapaz de determinar de dónde procedía; al parecer los gullys también lo notaban, porque Lumpo solía tener pesadillas y muchas veces se despertaba gritando, y Ayuy cada vez se pasaba más horas de pie, en la puerta después de cenar, vigilando la tranquila espesura. En cuanto a Glabela, su apetito aumentó y se comportaba como un oso que acumula grasa en previsión de los malos tiempos.

En más de una ocasión, cuando regresaba a casa por entre la maleza al atardecer, Navalre se volvía porque le parecía vislumbrar una sombra, pero no había nada. El ermitaño se sorprendía a sí mismo tratando de escuchar pasos sigilosos en el sendero o se preguntaba la razón de la súbita quietud y del susurro de los árboles. Todo aquello lo desazonaba. Tomó por costumbre llevar consigo siempre un hacha, y su mente se llenaba de imágenes de Dragones Rojos surcando el cielo. Navalre empezó a considerar la posibilidad de que *Pyrothraxus* estuviera extendiendo su área de influencia desde su guarida en el Monte Noimporta, en el norte.

Un día, mientras preparaba el desayuno dijo a los gullys:

—Si hoy no cierro la puerta, ¿prometéis portaros bien? Es posible que no haya regresado al anocheecer, en cuyo caso tendréis que quedaros solos. ¿Podréis hacerlo? ¿Puedo fiarme de que no haréis destrozos?

—Tú fía de nosotros —le aseguró Glabela, dándole palmaditas en una pierna—. Nosotros buenos.

—Os dejaré mucha comida para que no tengáis que buscarla por ahí. Confiad en mí, volveré mañana.

—Nosotros confiar —dijo Ayuy—. Prometemos. Yo vigilo a estos tragones. ¡Ayuy jefe!

Y así fue como, después de desayunar y con muchos recelos, Navalre se despidió de los tres gullys, que le desearon buen viaje, desde la puerta de la casa. El ermitaño cogió su bastón y empezó a descender la ladera. Se dirigía a un antiguo pozo oculto en el fondo del valle, donde vigilantes y druidas se reunían y donde los moradores del bosque podían comprar y vender productos y objetos útiles mediante un sistema de

trueque único. Muy pocas veces los trocadores se encontraban cara a cara. Una persona dejaba, por ejemplo, una cesta de manzanas; la siguiente persona se llevaba las manzanas pero dejaba un cuchillo elfo; la próxima persona que pasaba por allí cogía el cuchillo y dejaba un saco de harina; y finalmente regresaba la primera persona y se llevaba la harina.

Esa vez Navalre no iba para hacer un cambio, sino en busca de noticias del mundo exterior. Confiaba en encontrarse con alguien en el pozo que pudiera arrojar luz a sus recientes premoniciones.

Anduvo la mayor parte del día hasta llegar al bosque del valle siguiendo el arroyo que fluía junto a su puerta, y avanzando por un sendero que conocía como la palma de su mano, porque lo había hecho él. Cuando era necesario cruzar la corriente, Navalre había construido sencillos puentes (de troncos en las montañas y de juncos más cerca del valle). A medida que el arroyo descendía, serpenteando por la ladera, otros arroyuelos, regatos y simples hilillos de agua se unían a él, por lo que llegaba al fondo del valle convertido en un torrente cuyas impetuosas aguas bajaban rumorosas, por numerosas cascadas y rápidos. Finalmente, en los prados más bajos volvía a enlentecerse y sus frías aguas entre ciénagas y pantanos hasta alcanzar el lago, donde extendía sus aguas para que el sol las calentara. Allí los carrizos crecían en profusión en las orillas, ofreciendo refugio a multitud de aves acuáticas, mientras que las truchas poblaban sus frías profundidades.

El aire era bastante más cálido en el valle. Mientras que a mayor altitud ya se respiraba la proximidad del invierno, allí abajo el otoño se prolongaba con gran profusión de dorados y de brillantes escarlatas en el paisaje. El bosque susurraba, mecido por una suave brisa y la luz del sol formaba en la senda dibujos, siempre cambiantes, con manchas doradas. Todo era tan agradable que costaba creer que algo pudiera ir mal, y Navalre empezó a dudar de sus presentimientos. Se detuvo y, a través de un hueco entre los árboles, contempló su montaña, preguntándose qué estarían haciendo los gullys; al imaginárselos devorando todos sus muebles, se rió entre dientes.

A medida que el día menguaba y Navalre penetraba en el corazón de la espesura, los árboles formaron un dosel cada vez más tupido que los rayos del sol no podían atravesar. Una profunda y pertinaz penumbra reinaba entre los vetustos árboles, altos y poderosos. Sus troncos grises, semejantes a pilares de un oscuro y silencioso templo, formaban apretadas filas en todas direcciones y se confundían en una brumosa mancha oscura allí donde alcanzaba la vista. Sólo una senda, apenas visible en la semioscuridad, marcaba el camino. Era un lugar sin agua ni arroyos, porque la lluvia no podía atravesar la densa cubierta de los árboles y regar el suelo. Era un lugar casi tan inhóspito, polvoriento y seco como un desierto.

Las sombras se hicieron más densas cuando empezó a anochecer, pero Navalre no



se detuvo para descansar y tampoco encendió una antorcha. El hombre conocía el camino de memoria y, así, continuó caminando en plena noche. Una fría brisa lo refrescó, llevando consigo la promesa del agua y, efectivamente, al poco rato Navalre salió del bosque y fue como cruzar una puerta abierta en un muro. Un amplio círculo de robles descollaba en un prado de unos buenos cien pasos de ancho. En el centro del claro se levantaban las ruinas de anchas columnas de mármol que relucían como una visión en un sueño de embrujo. El firmamento, negro y cristalino, estaba salpicado con las nuevas estrellas de Krynn que se habían formado después de la Guerra de Caos, cuando la Gema Gris de Gargath se hizo añicos. El rocío brillaba con luz trémula en la hierba del prado, que le llegaba a Navalre a la altura de los muslos y lo mojaba ligeramente mientras se dirigía al pozo situado junto a las ruinas, donde ardía una pequeña hoguera que prometía calor, noticias y compañía.

No obstante, Navalre se acercó cautelosamente. Era mejor no surgir inesperadamente de la oscuridad, ya que la gente del lugar era precavida y podría encontrarse con una flecha clavada en la garganta antes de que tuviera tiempo a explicarse. Al aproximarse aún más, aflojó el paso y vio una figura envuelta en ropas que se acurrucaba junto al fuego para calentarse las manos.

—¡Ah del campamento! —gritó. La figura alzó la cabeza, pero por lo demás se quedó inmóvil—. ¿Puedo acercarme? —preguntó Navalre, primero en Común y después en idioma solámnico.

La figura asintió y lo invitó a aproximarse con un ademán.

—Saludos —dijo el ermitaño, acercándose a la luz de las llamas.

—Salve, hermano del bosque —le respondió el embozado desconocido en idioma solámnico—. Por favor, siéntate y solázate con el calor de mi fuego.

Navalre aceptó de buena gana, ya que aunque en el corazón del bosque el aire era sofocante, en el prado soplaba un fresco vientecillo otoñal. Cuando se sentó, alcanzó a ver el rostro que el desconocido ocultaba bajo la capucha.

—¿Laif? ¿Laif Lorbaird? —preguntó Navalre.

El hombre se sobresaltó, como si le sorprendiera oír el sonido de su propio nombre; pero, luego, sonrió y se echó atrás el capuz revelando una maraña de cabello negro azabache. Acto seguido, reconoció su identidad con una inclinación de cabeza.

—Ya me pareció que eras tú, Laif. Por los dioses, ha pasado mucho tiempo.

—No tanto, amigo mío —replicó Laif—. ¿Qué te trae por aquí?

—Digamos que estaba preocupado por una extraña sensación de inquietud que ha invadido el bosque en el que vivo —contestó Navalre—. ¿Qué hay de nuevo en el mundo?

—Muchas cosas, muchos cambios —dijo Laif Lorbaird con fuerte acento solámnico—. Los Caballeros de Solamnia y los Caballeros de Takhisis se han unido para formar una sola Orden.

—¡Increíble! —exclamó Navalre.

—Es cierto. Los Caballeros de Takhisis han empezado a ocupar castillos de Sancrist que llevaban mucho tiempo abandonados.

Navalre meneó la cabeza con incredulidad.

—Lord Gunthar ha muerto —continuó Laif, y Navalre asintió con tristeza.

—Bueno, al menos esto no es inesperado —dijo—. Era muy viejo. ¿Cómo murió?

—Mientras cazaba un jabalí —respondió Laif.

—¿Un jabalí? —inquirió Navalre con cierta sorpresa.

—Ya era viejo y probablemente lo que lo mató fue la excitación de la caza y no el jabalí.

—Ya veo —masculló Navalre, inquieto por la coincidencia entre esa noticia y la historia de cómo murió el papá de Ayuy—. ¿Qué te trae por aquí, amigo mío?

Laif se inclinó hacia adelante, como si se dispusiera a revelar un gran secreto. La luz de las llamas puso reflejos en sus ojos oscuros.

—Persigo algo maligno. Ha venido desde el sur y ha atravesado todos los bosques, sembrando discordia y temor. Probablemente esto es lo que has sentido. Lo he seguido hasta aquí, pero he perdido el rastro.

—¿Tú, un vigilante del agreste bosque, has perdido el rastro? —rió Navalre—. Me cuesta mucho creerlo.

—Ese ser maligno es muy listo —replicó Laif, y sus ojos ardieron con más intensidad—. Viaja encarnado en la forma de un enano gully en compañía de otros gullys. ¿Has visto acaso algún gully?

De pronto, Navalre sintió un intenso frío interior. Quizá fuera por cómo habían relucido los ojos de Laif a la luz del fuego cuando le había preguntado por los gullys, como carbones incandescentes. Un oscuro instinto le advirtió que no dijera nada sobre sus invitados.

—No desde hace muchas estaciones —mintió.

—¡Ah! —suspiró Laif al tiempo que se echaba de nuevo la capucha sobre la cabeza—. Qué lástima.

—Debo irme —anunció de improviso Navalre.

—¿Estás seguro de que no deseas quedarte? —le preguntó Laif amablemente.

—Sí, debo irme, de verdad. Gracias. Te deseo mucha suerte.

—Ve con Paladine —dijo Laif en solámnico formal. Luego, echó el cuerpo hacia atrás y se arrebujó en sus ropas, como si se dispusiera a dormir.

Navalre se marchó, apresuradamente, tratando de disimular sus prisas. Se alegraba de haberse alejado del fuego y de que la oscuridad del prado lo ocultara. Él encuentro, en vez de calmar sus inquietudes, sólo había conseguido alarmarlo aún más; cruzó apresuradamente el prado mirando con frecuencia por encima del hombro.

Al llegar justo al borde giró de nuevo la vista atrás para comprobar que nadie lo seguía, tropezó y cayó de cara. Se quedó unos minutos tumbado en la alta hierba, escuchando, antes de retroceder a rastras para recuperar su bastón. Lo encontró encima del cuerpo de un animal muerto con el que obviamente había tropezado. El ermitaño recogió el bastón y se dispuso a marcharse; pero, en ese instante, la luna asomó su fantasmal rostro por encima de los árboles y bañó el prado con un pálido resplandor. Las columnas blancas de las ruinas destacaron sobre el oscuro bosque como recortes de cartón iluminados por un feérico fuego. A los pies de Navalre yacía el cuerpo de un hombre, y el ermitaño le dio la vuelta con una creciente sensación de horror. Entonces, ahogó un grito, retrocedió y miró alarmado hacia el fuego. Éste ardía alegremente, pero ya no se veía a nadie. Navalre dio media vuelta y huyó hacia el bosque.

Laif Lorbaire se quedó allí, tendido en el suelo con ojos lechosos, fijos en las estrellas, y una daga clavada en el corazón.

Las llamas del hogar casi se habían apagado. En la oscuridad de la noche, *Milisant* se levantó de su lugar junto al fuego y fue sigilosamente a la puerta, que estaba abierta. Los tres enanos gullys dormían entrelazados en el suelo y roncaban apaciblemente, aunque antes se habían peleado por una manta. Algo había despertado a *Milisant*, un ruido casi imperceptible que había alertado todos sus instintos caninos. La perra se sentó en el umbral de la puerta y escrutó la oscuridad, respirando el fresco aire de las montañas que, al salir de sus pulmones, se convertía en nubes de vapor que parecían nubarrones de tormenta. Su aspecto era adusto y brujesco, como el guardián de la guarida de un hechicero. Fuera, las aguas del arroyo borboteaban y murmuraban, reluciendo con brillo mercurial bajo la pálida luz de la luna.

De vez en cuando levantaba el hocico y husmeaba. La leve brisa le llevaba los habituales aromas de la montaña: roca y piedra, agua y nieve, hojas, árboles y raíces. La perra olía asimismo el nido del ratón en los juncos del techo, las pieles de conejo puestas a secar en la pared meridional, el cubil de la serpiente bajo la casa y, por supuesto, a los gullys.

Pero había un olor nuevo, un olor que la llenaba de inquietud. Olía como las cacerolas de cobre con las que los cocineros del castillo recogían la sangre de los animales que sacrificaban. *Milisant* sintió deseos de aullar, y este impulso se hizo más y más intenso a medida que la luna ascendía en el cielo. Sus instintos primarios se despertaron y la urgieron a lanzar el aullido de aviso a la manada para que la protegiera, a ella y a sus crías, de lo que acechaba allí fuera, en el bosque.

Llegó, furtivo, como una sombra, desde los árboles que crecían en la otra orilla del arroyo. A *Milisant* se le erizaron los pelos del lomo y se apartó de la puerta para refugiarse en las sombras de la habitación. El ser seguía avanzando y ya cruzaba el arroyo. Envuelto en ropas negras, se arrastró hacia la casa, se acurrucó al otro lado de la puerta, con la cabeza ladeada y husmeó. *Milisant* seguía oculta en las sombras, tan silenciosa como el mismo intruso, con los labios retraídos y enseñando los dientes. La perra recogió las patas bajo el cuerpo, los músculos se le tensaron como muelles de hierro y las pezuñas se clavaron en el suelo de tierra apisonada.

El intruso se irguió, avanzó y se detuvo bajo el dintel. Entonces, miró dentro y, al ver a los gullys apiñados y dormidos en el suelo, se le escapó una sibilina risita. Cuando se volvió *Milisant* le vio la cara y, por un momento, el coraje la abandonó.

No era un rostro humano. Bajo una holgada capucha asomaba un largo hocico de reptil. La cabeza estaba coronada por dos cuernos gemelos, arrollados sobre sí mismos, semejantes a los de un carnero, y la ropa que le cubría la espalda se agitó cuando levantó las alas. Una larga cola serpenteante se desembarazó de la capa con

un violento movimiento y empezó a golpear el suelo excitadamente. El intruso dio un paso dentro de la habitación al tiempo que sacaba una daga de los pliegues de su vestido. Con un solo pensamiento en mente —proteger a sus amigos—, *Milisant* se lanzó silenciosamente sobre el draconiano. Pero un sexto sentido lo alertó y se volvió justo a tiempo de ver un enorme cepo de dientes amarillos que iba a apresarle el cuello. *Milisant* era una formidable perra de caza que, cuando se levantaba sobre las patas traseras, era casi tan alta como el draconiano; por eso, cuando chocó contra él su peso los levantó a ambos y los arrastró por la puerta hasta hacerlos caer fuera de la casa. Con un grito que era un estertor, el draconiano golpeó el suelo con los espolones; tenía la garganta atrapada en las poderosas fauces de la perra. En su agonía clavó la daga en una de las patas de *Milisant*, pero el can no lo soltó hasta que se quedó quieto. Antes de que la cabeza del reptil tocara el suelo, la carne se le convirtió en piedra. La perra lanzó un gañido y huyó con el rabo entre las piernas.

Los sonidos de la batalla despertaron a los gullys. Glabela fue la primera en llegar a la puerta, salió afuera corriendo y se encontró a *Milisant* encogida de miedo a la orilla del arroyo y a un draconiano muerto ante la puerta. La enana estuvo en un tris de derribar a Ayuy cuando se metió de nuevo en la casa para trepar al altillo y esconderse.

Lanzando una maldición por encima de su hombro, Ayuy salió afuera y casi tropezó con el draconiano tendido boca abajo. Entonces sonó un chillido en la casa, Ayuy giró en redondo y aún pudo ver cómo a Lumpo, de pie en el umbral, se le ponían los ojos en blanco antes de desplomarse como un saco de patatas.

Ayuy se puso en jarras y dio una fuerte patada contra el suelo.

—¿Por qué asustados? ¡Lacerto muerto! —gritó.

—¡Chsss! Quizá sólo dormido —siseó Glabela desde el altillo.

—Mira, muerto como piedra —insistió Ayuy al tiempo que propinaba un puntapié al draconiano. Inmediatamente lamentó haberlo hecho y se puso a dar saltitos agarrándose la punta del pie, machucada. El enano se dejó caer al suelo y se quitó el zapato, esperando ver el dedo gordo del pie hinchado como un melocotón. Luego, se lo metió en la boca y lo chupó como si se tratara del pulgar de la mano.

Entretanto, *Milisant* se había acercado a Ayuy cojeando. El gully, mientras se lamía el dedo, se puso a acariciarla y a darle palmaditas. La perra le hizo fiestas y meneó el rabo, tratando de no apoyarse sobre la pata herida. Cuando se dio cuenta, Ayuy se sacó el pie de la boca y le examinó las patas delanteras. Al retirar las manos, las tenía cubiertas de sangre.

—¡Yo asustada! —gimió Glabela.

—¡Cierra pico y ven aquí! —gritó Ayuy—. ¡*Milisant* herida! Trae medicina.

El gully ayudó a *Milisant* a entrar, cojeando, en la casa mientras le sostenía la pata herida y cuando pasó junto a la forma inmóvil de Lumpo, le dio una patada y le

ordenó:

—¡Levántate! ¡Pon leña a fuego!

—¿Qué... qué? —murmuró Lumpo.

—¡Pon leña a fuego! —gritó Ayuy enfadado.

—No sé cómo —confesó Lumpo.

—Coge palo, enciende y sopla —le explicó Ayuy mientras ayudaba a la perra a tumbarse junto al hogar. Glabela bajó apresuradamente la escalera del altillo y corrió a buscar su bolsa.

—No sé cómo —gimoteó Lumpo.

—¡Haz! —bramó Ayuy.

Para su infinita sorpresa, Lumpo logró realmente avivar el fuego. Pocos minutos después, las cálidas llamas iluminaban la habitación. Ayuy limpió las heridas de *Milisant* con cuidado, tiernamente, mientras Glabela manipulaba varios amuletos, plumas y pequeños animales momificados que, a decir de la sabiduría popular gully, poseían poderes mágicos. La enana agitaba estos objetos en el aire y pronunciaba frases inofensivas, sólo deteniéndose de vez en cuando para asegurar a *Milisant* que se pondría bien muy pronto.

Ayuy cortó en tiras la manta de Navalre y con ellas vendó las heridas de la perra, tras lo cual la ayudó a acomodarse junto al fuego. *Milisant* golpeó el suelo con la cola y comió los restos de la cena que Ayuy le tendió. Lumpo se mantuvo en la esquina, con la boca muy abierta y sin perder de vista cada bocado que iba del plato a la boca expectante de la perra. De pronto Glabela lanzó un grito y agitó una pata de pollo frente a *Milisant*, tras lo cual retrocedió y contempló orgullosa al animal con las manos en las caderas.

—Ya está. Pata pollo siempre cura —afirmó.

Viendo que *Milisant* estaba bien atendida, Ayuy se acordó de su zapato y salió afuera para recuperarlo. Sentía el pie frío, especialmente el dedo gordo. El enano gully se quedó estupefacto al comprobar que el draconiano había desaparecido; sólo un montón de polvo señalaba el lugar que había ocupado. Ayuy recuperó el zapato y, sin dar la espalda al polvo, cruzó a trompicones la puerta, la cerró de golpe y empujó la mesa contra ella.

—¡Lacerto marchar! —anunció, y sus compañeros lo miraron perplejos.

—¡Ves, yo decir! Yo decir que lacerto sólo duerme. Yo decir no muerto. ¿Qué hacemos ahora? —se lamentó Glabela desesperada.

—Nos vamos —anunció Ayuy—. Ahora. Vamos a Ciudad. Quedamos aquí demasiado tiempo.

—¿Ahora? —gimió Lumpo al tiempo que se frotaba la barriga.

—Ahora —replicó Ayuy. El gully recogió la bolsa de Lumpo de su escondite y se la tiró.

—Coge comida, tanta como poder llevar —ordenó.

—Necesito saco más grande —murmuró Lumpo tras echar un vistazo a su bolsa, en la que iba metiendo manzanas.

En cuestión de minutos estuvieron listos. Tenían las bolsas repletas de comida, y Lumpo había encontrado finalmente un gran saco de lona, que llenó con los tubérculos de la despensa que Navalre les había prohibido tocar. El gully se echó el saco al hombro, lo que le dio la apariencia de un pequeño y mugriento Santa Claus cargado con un saco de juguetes. Cuando todo el mundo estuvo listo, Ayuy apartó la mesa de la puerta. *Milisant* se levantó y cojeó hacia él.

—¿Qué hacer con ella? —inquirió Glabela.

Ayuy miró al sabueso a los ojos y lo inundó una pena tan intensa que se puso a llorar. No quería dejarla atrás, pero si se la llevaban era probable que no sobreviviera. *Milisant* ya le había salvado la vida dos veces y, a diferencia de la mayoría de gullys, Ayuy sí conocía el significado de la gratitud. Finalmente, y con mucha tristeza, tomó una decisión:

—*Milisant* queda aquí. Cerramos la puerta. Navalre vuelve casa mañana y cuida *Milisant*. Él buen hombre, buen posadero.

Verdaderamente le rompió el corazón tener que empujar a la perra dentro de la casa y cerrarle la puerta en las narices. *Milisant* arañó la puerta y gimió, sin entender qué ocurría, pero las heridas le impidieron que la derribara para reunirse con los gullys. Glabela se subió a los hombros de Lumpo y consiguió echar el pestillo. Después, recogieron sus bolsas y, sin decir ni media palabra más, partieron.

Los aullidos de *Milisant* les persiguieron mientras descendían la ladera.

\*\*\*

Un exhausto Navalre salió a trompicones del bosque que cubría el valle cuando faltaba poco para amanecer, pero no se detuvo. El miedo lo impulsaba a seguir. No temía por él, sino por los gullys que lo esperaban en la montaña. Era evidente que estaban metidos en algo mucho más siniestro que lo que había sospechado en un principio. Lord Gunthar y el papá de Ayuy habían muerto de manera demasiado parecida. Sea cual fuere la participación de los gullys, estaban en peligro, y él los había dejado sin protección.

Como clérigo de Chislev, Navalre había consagrado su vida a proteger y preservar a las criaturas y los bosques de Krynn. Poco después de ser ordenado, había sido nombrado vigilante de un lugar encantador situado en un remoto rincón de Solamnia, cerca de la ciudad de Kalaman. Durante el sitio de Kalaman los Caballeros de Takhisis extendieron su influencia por todo Ansalon, pasando las tierras a fuego y espada. Del sur llegó un grupo de caballeros acompañados de una banda de soldados

draconianos, qué acamparon en su hermoso bosque y empezaron a talar para construir máquinas de guerra para sus ejércitos. Cuando tuvieron toda la madera que necesitaban, siguieron cortando árboles sólo por diversión. Después, prendieron fuego a los restos muertos y secos de sus estragos, y el fuego se propagó por todas partes. Navalre perdió su hogar, y el lugar quedó diezmado. Incluso en esos días, cuando aún conservaba sus poderes clericales, no había podido hacer nada. Navalre se trasladó a otro bosque, pero también éste fue víctima de los ejércitos de Takhisis. Cada vez que se trasladaba, ellos llegaban para destruir lo que Navalre tanto amaba, hasta que ya no quedaron más bosques a los que ir; Qualinost había sucumbido a manos de los Caballeros de Takhisis. Entonces, el vigilante huyó a Sancrist, el último lugar de Krynn en el que esperaba encontrar a los Caballeros de Takhisis y sus malvados draconianos, que odiaban toda forma de vida. ¡Pero éstos ya habían llegado!

Pese a su premura, Navalre necesitaba unos momentos de descanso, agua y algo para restaurar sus fuerzas. Encontrar agua era muy fácil, pues el lago se extendía entre él y la montaña, pero se vio en apuros para encontrar comida. No tenía tiempo para ponerse a buscar y ya había consumido la exigua ración de pan y miel que había cogido para el camino. No le quedaba otro remedio que seguir adelante, ya que el tiempo transcurría rápidamente.

En un punto, la senda describía una curva cerca del lago, donde la orilla estaba formada por un afloramiento de rocas planas. Desde allí era muy sencillo sacar agua del lago, por lo que era un lugar usado habitualmente por los visitantes del valle para aquel fin. Navalre se tendió sobre las piedras, bajo el sol de la mañana y, asomándose por el borde, formó cazoleta con las manos y se llevó el agua a los reseco labios. Primero bebió para apagar su sed y después para aplacar el aguijón del hambre. Cuando se hubo saciado, se quedó tumbado unos minutos, concediéndoles un descanso a los fatigados pies y contemplando su propio reflejo en el agua.

No le gustó lo que vio. Tenía un aspecto cansado, ojeroso y envejecido. Su barba era una maraña, pero eso era lo de menos. Las mejillas cubiertas por la barba se veían demacradas y los labios, delgados. Le sorprendió comprobar que tenía el pelo canoso; no recordaba que fuera así, aunque tampoco recordaba la última vez que se había contemplado. ¿Cuántos años habrían pasado?

Entonces, se fijó en el reflejo del cielo matutino. Blancas nubes de algodón se perseguían unas a otras en el nítido firmamento. Alrededor del lago se alzaban las montañas del color del granito y la piedra, así como del verde gris de los árboles de hoja perenne de las laderas más altas. La belleza y serenidad de la escena relajaron sus doloridos músculos y lo tranquilizaron, como si se tratara de un encantamiento. Los párpados empezaron a pesarle y a cerrarse, pero no era nada mágico, sino sólo agotamiento y ganas de dormir. Navalre luchó contra ello, sacudiendo la cabeza y



echándose agua fría en la cara. El hombre lanzó bravatas y dio un grito ahogado, rociando el aire con las gotas de agua acumuladas en su barba.

—¡Estúpido! —se insultó a sí mismo—. Has estado a punto de caer... —Un leve movimiento en el reflejo del cielo atrajo su atención. Rodó sobre su espalda y miró arriba.

Allí, muy, muy arriba en el cielo azul volaba una brillante gotita de sangre; era Pyrothraxus, que parecía diminuto por la distancia. Navalre supo que era Pyrothraxus aunque nunca lo hubiera visto; no podía ser ningún otro. El ermitaño sintió que todos sus temores e inquietudes tomaban cuerpo. Los gullys estaban metidos en algo más siniestro que la muerte de un desventurado aghar. ¿Por qué si no los perseguirían los draconianos? ¿Por qué si no elegiría Pyrothraxus ese día para sobrevolar el valle, cuando nunca antes lo había hecho?

—¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer? —se preguntó Navalre en voz alta—. Sólo soy un hombre y estoy solo. —Espontáneamente se formó en su mente una visión de los gullys sentados a su mesa, con las caras manchadas de comida, y entonces supo qué debía hacer. Tenía que marcar el límite, pues ya no quedaban más bosques a los que huir. Nunca más se quedaría cruzado de brazos contemplando la destrucción de lo que tanto amaba y poniendo como excusa que era uno contra muchos. Toda su vida había observado los principios del equilibrio, pero sin entenderlos verdaderamente. Chislev enseñaba la filosofía conocida como Neutralidad, que era una filosofía del equilibrio, según la cual el Bien y el Mal deben existir ambos en contraste para que el equilibrio del mundo se mantenga. Navalre siempre había creído que aquello significaba que nunca debía tomar partido, que debía tratar por igual al Bien y al Mal. Pero entonces se daba cuenta de que lo importante era el equilibrio. Cuando el Mal amenazaba con conquistar el mundo era preciso ayudar al Bien para restablecer el equilibrio; cuando el Bien amenazaba con consumirlo todo en sus fuegos de rectitud, era preciso dar espacio al Mal para que respirara y creciera.

En ese instante, el Mal amenazaba con destruir el último hogar de Navalre. Había tenido que huir por medio continente y ya no tenía ningún lugar adonde ir. Era posible que no representara nada importante en el esquema general de las cosas, o podía significar la diferencia entre que la paz regresara al bosque o que el Mal cayera sobre él y destruyera su hogar, pero tenía que tratar de salvar a los gullys. Navalre se puso de pie de un salto y se abrió paso entre los juncos. Aún tenía que recorrer muchos kilómetros para llegar a la montaña y a su cabaña.

Durante todo el día caminó deprisa, cruzando los puentes por los que había pasado sólo un día antes. Al aproximarse a su casa, ya avanzada la tarde, apretó el ritmo pese a su cansancio. Cada zancada que daba le costaba un gran esfuerzo. La montaña había vencido sobre su cuerpo; Navalre ya no sentía las piernas, los

pulmones le dolían por el frío y notaba los brazos tan cansados que hubiera tirado el bastón si no fuera porque lo necesitaba para apoyarse. Hora tras hora tenía que enfrentarse a su sentido común, que parecía gritarle: «¡Y todo esto por una panda de gullys!».

Finalmente, llegó al último puente, sólo tenía que andar un poco más siguiendo el arroyo. ¿Cuántas veces había recorrido ese mismo camino sin darse cuenta de que era una distancia tan grande? Navalre tenía la impresión de que nunca volvería a ver el tejado de su casa, pero al doblar el recodo allí estaba, a la sombra de la haya. Todo parecía en orden y no se veían signos de violencia; sin embargo, un profundo y lastimero aullido borró todas sus dudas.

—¡*Milisant!* —jadeó, y corrió hacia la cabaña—. ¡Ayuy! ¡Glabela! ¡Lumpo! —gritó al acercarse. Descorrió el pestillo y abrió la puerta. *Milisant* salió cojeando y se puso a husmear el suelo alrededor de la casa.

El ermitaño reparó inmediatamente en los vendajes en las patas delanteras de la perra, se arrodilló junto a ella y los examinó. El can casi se los había arrancado a mordiscos para poder lamerse las heridas, que todo parecía indicar que habían sido causadas con un cuchillo. No tenía ningún sentido. ¿Qué había ocurrido?

*Milisant* estaba decidida a seguir algún rastro, y Navalre se las vio y se las deseó para meterla de nuevo en la casa. La noche prometía ser fría, por lo que rápidamente encendió el fuego. La luz de las llamas reveló más misterios. La casa había sido saqueada, pero en vez de llevarse objetos de valor le habían robado toda la comida excepto los potes de miel colocados en la repisa de la chimenea. El barril de harina seguía intacto, pero había desaparecido todo lo que estuviera ya preparado para ser consumido. También habían desaparecido los efectos personales de los gullys. Mientras hacía la masa del pan y le daba forma, Navalre reflexionó sobre el rompecabezas que tenía ante sus ojos. *Milisant*, sentada junto a la puerta, gemía.

El ermitaño despachó una frugal cena consistente en pan y miel. No tenía sentido; si los gullys habían sido capturados por los draconianos ¿quién había vendado las heridas de la perra y la había dejado encerrada dentro? Ya había acabado de comer y estaba recogiendo cuando, de pronto, lo vio todo claro.

¡Los gullys seguían vivos! Habían escapado. Un eufórico Navalre empezó a dar vueltas por la habitación, tan excitado que se golpeaba una palma con el puño. *Milisant* seguía gimiendo.

—Sí, hubo una lucha y te dejaron encerrada porque estabas herida y querías seguirlos —dijo muy serio—. Iremos tras ellos, pero ahora está demasiado oscuro. Por la mañana... —El hombre bostezó y empezó a trepar al altillo.

»Si tú y yo no somos capaces de dar con tres enanos gullys, no tenemos ningún derecho a llamarnos perros —rió mientras se tiraba sobre la cama.

Poco después, sus ronquidos sacudían las vigas del techo. *Milisant* se tumbó al

lado de la puerta con el hocico entre las patas y los ojos abiertos. La perra se lamió los vendajes un rato y gimió suavemente hasta bien entrada la noche.

La torre norte es la torre más alta de La Fronda —explicó Jessica, y su voz resonó en el corredor de techo alto y lleno de corrientes de aire—. Se la llama Torre Burgo de la Rosa, en honor de los Caballeros de la Rosa. Aquí están los mejores aposentos, también mi habitación —y añadió con un matiz de pesar que no podía ocultar—: Estoy segura de que también vos querréis vivir en esta ala.

—Claro que sí —replicó Alya con una cortés sonrisa.

Jessica se detuvo junto a una puerta revestida con planchas de hierro y enmarcada por un arco bajo.

—Por esta puerta se sale al patio. Si queréis seguirme...

—Naturalmente —dijo Alya. Con una sonrisa, Jessica abrió la puerta, dejó pasar a sus invitados y finalmente salió ella.

En el pasado, el lugar había estado pavimentado con losas, pero la mayoría de ellas se había roto tiempo atrás o las raíces de los árboles las habían levantado. Un bosquecillo ocupaba porciones del espacio, y las partes donde no crecían árboles se veían invadidas por maleza, plantas espinosas y hierbas. La hiedra de color verde oscuro, tapizaba por completo los muros de piedra, aunque Jessica se cuidaba de que no cubriera los marcos de las ventanas de las áreas habitables del castillo. Algunas secciones del antiguo muro de cerramiento se habían desplomado sobre el patio, y en los montones de piedras se guarecían y construían sus madrigueras todo tipo de pequeños animales, desde lagartos a ardillas listadas. Alya recorrió la zona cercana a la puerta y se detuvo a examinar un joven arce cuyas raíces se abrían paso entre las gastadas losas del suelo, mientras que Valian Escu se quedó quieto como una estatua, husmeando el aire con mirada ausente.

El castillo La Fronda era un vestigio de épocas pasadas. Sus torres y almenas, e incluso el diseño en sí, se habían quedado anticuadas mucho, mucho tiempo atrás, antes incluso de que Huma alcanzara la gloria intemporal a lomos de su Dragón Plateado. En otra época, sus cuatro torres cuadradas, símbolo del poder y la riqueza del señor del castillo, se habían alzado majestuosamente en el valle para proteger un antiguo paso hacia el norte. Las torres estaban unidas por cuatro gruesas murallas tan sólidas como podían construir las picapedreros de la época. Alrededor del gran patio pavimentado, donde los soldados marchaban y se entrenaban luchando con espadas de madera y travesaños o compitiendo contra estafermos, se habían dispuesto corredores y despensas, cocinas y arsenales.

—Gran parte del castillo está en ruinas —se disculpó Jessica—. Yo he tratado de arreglarlo un poco, pero apenas he podido hacer nada. Ahora ya casi me gusta más como está.

—Pronto lloverá —anunció súbitamente Valian, cambiando de tema.

Al parecer, el elfo oscuro era capaz de predecir el tiempo oliendo el aire. A lo largo del camino, desde el castillo Uth Wistan, el caballero las había sorprendido con su profundo conocimiento de la naturaleza. Como elfo nacido en el bosque silvano, a los humanos su armonía con el entorno se les antojaba casi sobrenatural. Para Jessica, Valian era un misterio: feo y extraño a causa de sus angulosos rasgos y sus frías maneras; pero, al mismo tiempo, no exento de atractivo y encanto. Su cuerpo, ni musculoso ni escuálido, no podía compararse con el de ningún hombre que la dama hubiera conocido. Todos sus movimientos denotaban una gracia felina, sus miradas ardían como las llamas, y su tono y sus maneras eran tan frías como el azul glacial de sus ojos.

—Hay bastantes goteras en el techo —comentó Jessica, tratando de empezar una conversación con él—, pero no en la torre norte. Es como vivir en una cueva. De hecho, resulta muy agradable.

—Los enanos viven en cuevas —sentenció Valian, al tiempo que se volvía para entrar de nuevo en el castillo—. Voy a ocuparme de los caballos.

—Yo he aprendido a no hacerle caso —le dijo Alya, sonriendo ante los esfuerzos de Jessica por ser agradable—. Los elfos parecen vivir en un plano diferente al nuestro. No digo que sea más elevado, sino sólo distinto; aunque a ellos les gusta pensar que son superiores. Los elfos creen que una profunda vida mental compensa sus debilidades físicas, aunque Valian no es débil. Para ser elfo es casi escultural.

Jessica asintió. Un elfo oscuro era simplemente un elfo que elegía un estilo de vida que chocaba con los tradicionales conceptos elfos de la moralidad y el bien, por lo que era separado de la sociedad elfa.

—¿Qué hizo Valian para que lo expulsaran? —osó preguntar Jessica.

—Mató a otro elfo —contestó distraídamente Alya mientras contemplaba el cielo que se iba oscureciendo.

—¡Es horrible! —exclamó Jessica—. ¿Por qué?

—Parece que va a llover —comentó Alya—. ¿Qué? Oh, fue algo relacionado con las clases. Él es silvanesti, desde luego, y parece que cuando era joven él y una doncella elfa se enamoraron y querían casarse, pero ella ya estaba prometida con otro, un elfo importante, creo. La mañana de la boda, cuando el novio se dirigía a la ceremonia, Valian le salió al paso; lucharon y Valian lo mató.

»Por esto lo desterraron. ¿Podéis creer que todo eso pasó antes de la Guerra de la Lanza? Por su aspecto nadie diría que es mayor que vos o que yo; pero, en realidad, es más viejo de lo que era lord Gunthar. ¿Qué os parece si entramos? —sugirió Alya cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a caer sobre el patio.

Las dos damas entraron juntas y subieron la escalera de la torre hasta una habitación que Jessica llamaba la «sala de los tapices». Las paredes estaban

adornadas con antiguos tapices de colores apagados, algunos de ellos hechos trizas, y en las esquinas se amontonaban viejos y polvorientos bastidores donde se cosían y bordaban aquellas telas. Desde una única ventana alta se veían las agrestes montañas del norte y la frontera de las tierras de los caballeros. El cielo se encapotó y empezó a caer una cortina de lluvia que silbaba contra los gruesos muros, mientras que de vez en cuando un distante trueno retumbaba en las salas vacías del castillo. Jessica encendió varias velas y sacó el polvo a dos sillas cerca de la ventana.

—Y ¿cómo fue que Valian se unió a los Caballeros de Takhisis? —preguntó después de que ambas tomaran asiento.

—Bueno, los elfos lo expulsaron, pero él no se marchó de Silvanesti. Vivió allí muchos años y se reunía en secreto con su amada siempre que podía. Se jugaba la vida, porque si lo hubieran descubierto lo habrían matado en el acto. Ahí tenéis un ejemplo de la moral elfa —dijo Alya, dejándose llevar momentáneamente por sus sentimientos.

»Como estaba diciendo —prosiguió—, continuó viviendo en los bosques de Silvanesti, evitando el contacto de todo el mundo menos el de su amada. Pero entonces llegó la guerra. Los draconianos de Takhisis atacaron los límites septentrionales de los reinos, los elfos se armaron y las patrullas se hicieron más frecuentes. A Valian cada vez le costaba más no ser descubierto, por lo que buscó refugio en la que probablemente era la parte más profunda e inexplorada del bosque de Silvanesti. Algo le ocurrió allí, algo terrible. Hasta el día de hoy se niega a hablar de ello, pero es una prueba de su voluntad y coraje el que sobreviviera. Cuando fue capturado por el ejército de los Dragones Verdes, tenía el pelo blanco, como hoy, y deliraba como un loco afirmando que veía el futuro. Los clérigos de la Reina de la Oscuridad se lo llevaron para interrogarlo y lo tuvieron encerrado muchos años en una mazmorra. Valian afirma que esas visiones le mostraron la inevitable creación de los Caballeros de Takhisis y que los clérigos de la Reina Oscura trataron de sondear su mente para averiguar más detalles. Su máxima preocupación era que en la visión se le prometió que si se hacía Caballero de Takhisis un día se reencontraría con su amada. Dicen que cuando lord Ariakan fundó los Caballeros de Takhisis, Valian rogó que lo dejaran ingresar, pero no fue hasta el estallido de la guerra que fue liberado de la mazmorra y fue aceptado en la hermandad. Los dirigentes aún no estaban preparados para confiar en un elfo, y si cedieron fue sólo porque necesitaban desesperadamente soldados.

—¿Y se reencontró con su amada? —preguntó Jessica, fascinada por la historia. Alya asintió y explicó:

—Valian formaba parte de las fuerzas de reconocimiento enviadas a comprobar las defensas de los silvanestis. Al finalizar la Guerra de la Lanza, Porthios, hijo de Solostaran, y Alhana Starbreeze regresaron con un contingente de elfos para

restablecer el reino de los elfos. La amada de Valian volvió con ellos, con la esperanza de encontrarlo aún allí, aunque parecía imposible. Los caballeros negros querían Silvanesti para sus propios propósitos y los líderes deseaban poner a prueba a Valian: si su intención era traicionar a los caballeros negros, tenían que saberlo antes de aceptarlo en la Orden; pero si era leal a la causa, sería un excelente explorador contra sus congéneres. Y así fue. Los elfos prepararon una emboscada a los caballeros, pero Valian la descubrió y ayudó a diseñar una contraemboscada. Los Kirath, los guardias elfos de frontera, cayeron en ella y hubo una sangrienta batalla; pero los caballeros jugaban con ventaja gracias al plan de Valian. Cuando todo hubo acabado, los caballeros habían vencido y todos los elfos habían perecido.

»Fue entonces cuando Valian la encontró entre los muertos. Más tarde, supo por boca de elfos prisioneros que ella nunca se había casado. Creyendo que había perdido a Valian para siempre, había jurado no contraer matrimonio, dedicar su vida a las artes guerreras y convertirse en exploradora y vigilante bajo la tutela de los elfos salvajes. De modo que, cuando Porthios y Alhana regresaron para reclamar Silvanost, ella se ofreció voluntaria como guardia de frontera —concluyó Alya.

—¡Es espantoso! —exclamó Jessica.

—Sí, lo es —rió Alya—. No es así como debería acabar una historia de amor.

—Pero ¿por qué, en nombre de los cielos, es aún caballero? —inquirió Jessica.

—No lo sé. Supongo que no tiene otra cosa. Después de la escaramuza, fue aceptado provisionalmente y, aunque ahora ocupa una posición de cierto poder, sigue siendo un caballero provisional. Perdió a su amada, perdió a su gente y todo lo que le queda es el honor y los pocos amigos que ha hecho entre nosotros, así que supongo que no tiene ningún otro lugar al que ir —respondió Alya.

Jessica meneó incrédulamente la cabeza, horrorizada. Nunca había oído una historia tan terrible como la que acababa de escuchar y que ponía un deprimente punto y final a una jornada que, hasta entonces, había sido muy agradable. Normalmente, el golpeteo de la lluvia contra los muros del castillo le transmitía una sensación de paz y seguridad, pero ese día era distinto. El viento aullaba alrededor de las torres y las vigas desprendían polvo por efecto de los truenos. El viejo castillo murmuraba y gemía como si todos los fantasmas se hubieran despertado y estuvieran celebrando un cónclave en alguna sala secreta. Jessica sintió un escalofrío.

—Vaya tormenta para ser gildember —comentó Alya, usando el nombre solámnico para referirse a octubre—. ¿Es normal?

—No, es muy poco habitual —contestó Jessica.

Las puertas de la habitación se abrieron y Valian entró.

—He instalado a los caballos en la cuadra. Parece bastante cálida y seca, y hay abundancia de heno —dijo.

—Piedragua, mi sirviente, trabajó duramente el pasado verano para reparar el

tejado —explicó Jessica.

—Ah sí, su enano —replicó Valian con voz inexpressiva—. Voy a retirarme a mi habitación hasta que suene el gong para cenar. —Sin esperar respuesta el elfo se volvió y salió de la habitación, dejando la puerta abierta.

—Me temo que no tenemos ningún gong —se disculpó la Dama de Solamnia.

—No os preocupéis, Cuando tenga hambre ya bajaré —la tranquilizó Alya, y sonrió.

Ambas damas guardaron silencio mucho rato, escuchando las voces del viento y de las piedras así como el gemido de la tormenta. Finalmente, los truenos se calmaron y se perdieron en la distancia, hacia las colinas del sur. Alya se levantó, anduvo hasta la ventana y comentó:

—Está anocheciendo. —Un retumbo diferente sonó abajo y la Dama de Takhisis preguntó—: ¿Qué es eso?

—Alguien llama a la puerta —respondió Jessica con expresión perpleja.

—¿Visitantes? —inquirió Alya.

—Nunca tenemos visitantes —replicó Jessica. La llamada se repitió. Ambas damas abandonaron rápidamente la sala y descendieron la larga escalera de caracol hacia la pesada puerta de dos paneles de la entrada principal. Piedragua ya estaba allí, y lo oyeron hablar con alguien. Parecía estar discutiendo, porque su voz se hizo más aguda.

—No, aquí no hay ninguno. Buenas noches —dijo.

—¿Qué pasa? —gritó Jessica, pero el enano no respondió. En vez de eso dijo enfadado:

—No aceptamos vagabundos. Ahora márchate. ¡Buenas noches! —El enano cerró la puerta de golpe y corrió el cerrojo.

—Piedragua, ¿con quién hablabas? —preguntó Jessica.

—Con nadie, lady Jessica —contestó el anciano enano—. La cena está casi lista. Les he preparado un magnífico ganso asado.

—Piedragua, ¿quién había en la puerta? Nunca tenemos visitantes —insistió Jessica.

—Sólo un harapiento humano con un chucho sarnoso —masculló Piedragua.

—¿Cómo has podido echarlos, con la tormenta que está cayendo? —lo riñó Jessica.

—Conozco a estos tipos. Dadles una comida caliente y nunca os los quitaréis de encima. Es mejor echarlos con viento fresco.

Alguien volvió a aporrear la puerta.

Jessica se adelantó a Piedragua y abrió la puerta para permitir que el desconocido entrara, tambaleándose. El hombre estaba empapado y goteaba, formando charcos en el suelo. Detrás de él apareció un perrazo de raza indefinida que tenía un aspecto aún



más miserable y empapado. Ambos cojeaban, y el can llevaba viejas vendas húmedas alrededor de las patas delanteras.

Con una ceñuda mirada dirigida a su ama y al desconocido, el enano se volvió gruñendo.

—¡Por los huesos de Reorx! —maldijo.

—Una Dama de Takhisis —dijo el desconocido con sorpresa—. Entonces es cierto. —Todos se volvieron de pronto cuando el perro se sacudió el agua del pelaje, mojándolos con una suave rociada. Piedragua blasfemó.

—¿Qué es cierto? —preguntó Alya.

—Creí que mentían. Entonces lo que dicen de... papá debe de ser cierto —dijo el desconocido distraídamente, como si pensara en voz alta. De pronto pareció darse cuenta de lo que hacía, porque sus ojos se aclararon y puso mal gesto bajo su poblada y enmarañada barba—. Perdonadme —se disculpó—, es un hábito de vivir solo. Me llamo Navalre Arcoris, soy un antiguo clérigo de Chislev.

—¡Un clérigo! —exclamó el enano—. ¡Por las botas negras de Reorx!

—Y esta pobre perra empapada es...

—¡*Milisant*! —exclamó Jessica. Al oír su nombre el animal bajó la cabeza y meneó el rabo, salpicando con agua los zapatos de todos los presentes. La Dama de Solamnia se arrodilló junto a ella y empezó a acariciarla y a rascarle detrás de las mojadas orejas. *Milisant* respondió lamiéndole la cara—. Era una de las perras favoritas de lord Gunthar. ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Os envía lord Ehrling? —preguntó a Navalre.

—¿Quién? No. Iba en compañía de tres enanos gullys. ¿Habéis dicho que era uno de los perros de Gunthar? —inquirió el ermitaño.

—Me parece que es una historia muy larga —comentó Alya—, y vos estáis empapado.

—Oh, cuánto lo siento —se disculpó Jessica, recordando de repente sus deberes de anfitriona—. Por favor, entrad. Os buscaremos ropa seca. Piedragua pon otro plato en la mesa.

—No hay suficiente ganso para cinco —rezongó el enano mientras se dirigía a la cocina—. Alguien tendrá que quedarse sin, y apuesto a que sé quién será.

\*\*\*

Después de la cena, las damas y el caballero pusieron al día a Navalre sobre los últimos acontecimientos ocurridos en la isla de Sancrist, de los cambios en las Órdenes así como de la muerte accidental de lord Gunthar. El visitante mostró especial interés por las circunstancias que concurrieron en el fallecimiento de Gunthar e incluso les preguntó si estaban seguros. Los caballeros le explicaron cuál

era su misión: preparar el castillo para la llegada de tropas y buscar por el camino a un gully llamado Ayuy Cocomur. Ante la mención de este nombre Navalre asintió, como si finalmente se convenciera de algo que sospechaba hacía tiempo.

Mientras Piedragua recogía la mesa, Navalre les relató su curiosa historia de cómo llegó un día a su casa y se encontró a Ayuy, Glabela, Lumpo y *Milisant* atrincherados en ella y sin ganas de marcharse. También les contó la historia de Ayuy sobre la muerte de su papá, y todos estuvieron de acuerdo en que las circunstancias eran muy parecidas a la muerte de Gunthar. No obstante, Alya señaló que Ayuy pudo haber oído la historia en el castillo antes de huir y, tal como era costumbre en los gullys, imaginarse que él mismo era uno de los protagonistas.

—Entonces, estáis de acuerdo —insistió Navalre—. Seguro que se refería a la muerte de Gunthar y no a la muerte de su propio padre.

—¡Pues claro! Y lo que es más, todos saben que Ayuy lo llamaba «papá». Todos los gullys lo llamaban así —dijo Jessica.

—Y ¿qué pintan los draconianos? —preguntó Navalre.

—¿Qué draconianos? —inquirió Alya. Valian levantó la vista, súbitamente interesado. Jessica se dio cuenta, con sorpresa, de que la dura mirada del elfo iba dirigida a su compañera y no a Navalre.

—Aún no lo he contado todo —se explicó el ermitaño—. Ayuy dijo que después de que Gunthar muriera aparecieron unos draconianos en la escena y trataron de matarlo. Pero escapó, y desde entonces lo persiguen.

—¡Ridículo! —bufó Alya.

—En Sancrist no hay ningún draconiano —dijo Jessica, dándole la razón. Pero Valian no dijo nada.

—Ayuy insiste en que los draconianos intentan matarlo —dijo Navalre, y pasó a relatar los acontecimientos de los últimos días acabando con el descubrimiento de la perra herida y la desaparición de los gullys—. Ayuy afirma que posee un importante secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó Valian de sopetón.

—No lo sé —admitió Navalre sin mucha convicción.

—¿Bueno, habéis visto vos a algún draconiano? —quiso saber Alya.

—No, pero vi a *Pyrothraxus* sobrevolar el valle —respondió—. Fue el mismo día, y diría que fue sin duda una señal del Mal.

Jessica ahogó una exclamación.

—Y no sólo eso, porque encontré un montón de extraño polvo frente a mi puerta —añadió Navalre—. Esa noche no lo vi, pero a la luz del día resultaba evidente. *Milisant* le gruñó.

—¿Polvo? ¿Tenía alguna forma? —preguntó Valian.

—De hecho sí —contestó el ermitaño mirando al elfo—. El viento lo había

alterado un poco pero aún recordaba una forma humanoide.

Para la sorpresa general, Valian aporreó la mesa enfadado y gritó:

—¡Un baaz! ¡Maldita sea!

—No saquemos conclusiones precipitadas, sir Valian —le reprendió Alya suavemente, pero con voz acerada, y añadió dirigiéndose a Jessica—: Tiene que haber otra explicación. Me parece increíble que los draconianos se dediquen a perseguir a tres gullys por medio Sancrist.

—¿Por qué? —protestó Valian—. Esto es exactamente lo que están haciendo. ¿Qué me decís del montón de polvo? Tiene que ser un draconiano baaz. Conozco muy bien a esos cobardes porque tuve a los suficientes bajo mi mando durante la Guerra de Caos; se transforman en piedra cuando mueren.

—Estoy de acuerdo con Alya —intervino Jessica—. Tiene que haber otra explicación. Si realmente hubiera draconianos vagando por Sancrist, alguien los habría visto y habría dado la alarma.

—No, si matan a quienes los vean —arguyó Valian—. No, si entre ellos hay sivaks, capaces de adoptar la forma de cualquier persona a la que matan.

—Francamente, todo eso me parece muy improbable —repuso Jessica.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. Tenemos que ir a ese lugar del que nos habéis hablado —dijo Valian inclinando la cabeza hacia Navalre—. Ciudad. Tenemos que dar con Ayuy antes de que los draconianos lo hagan.

—Es justo lo que pienso —convino Navalre—. No podemos dejar a esos pobres gullys a merced de los draconianos.

Valian miró fijamente a Alya unos momentos y, finalmente, la mujer asintió y decidió:

—Iremos a Ciudad.

Ninguna trampa, por ingeniosa que fuera, podría ser tan obvia. Un rastro de migas, peladuras de fruta, cortezas de pan, cáscaras, vainas y corazones de manzana formaban una pista que incluso un gully ciego podría seguir. Jarj pensó que era un pensamiento muy irónico, teniendo en cuenta qué presas pretendía cazar. Pese a que esas presas tenían un nombre, Jarj todavía pensaba en ellas como «eso», como un objeto, un blanco para su cuchillo cuando llegara el momento.

Sabía que el momento estaba cerca. Su lengua vibró excitadamente en el aire al pensar en lo que iba a hacer con el cuchillo. Al principio, la cacería apenas le había interesado; pero, después de semanas de fracasos, esperaba con anhelo el momento de matar. Antes de empezar a seguir ese nuevo rastro había dejado un mensaje en el camino, palitos que formaban un dibujo codificado a la manera de los elfos, en la que indicaba su posible destino, para que los demás supieran que los enanos gullys se dirigían a Ciudad.

Jarj se llevó una buena sorpresa cuando comprobó que el rastro terminaba en una pared de rocas desnuda. Después de examinar un rato los alrededores sin encontrar ningún indicio, empezó a sospechar que le habían dado otra vez gato por liebre. Obviamente, habían retrocedido en algún punto del rastro, pero Jarj nunca hubiera creído que los gullys fueran tan listos. A no ser que tuviera la suerte de cara, nunca sería capaz de encontrar la buena dirección en la oscuridad. Estaba anocheciendo rápidamente y tendría que esperar hasta la mañana siguiente para seguir buscando. Jarj empezó a sospechar que quizás había un cerebro que guiaba a los gullys, ya que la pista había estado pensada para que él la siguiera hasta llegar a un punto muerto. Quizás era...

—¡Una trampa! —gruñó al tiempo que desenvainaba la daga al oír el crujir de una ramita a su espalda. Giró en redondo, pero sólo vio los robustos matorrales que conformaban el paisaje de la zona, a la sombra de las montañas. Jarj se agachó, aprestándose a luchar o huir y sacudiendo, enfadado, su larga cola reptiliana. Luego, lamió la hoja de su daga para envenenarla con su ponzoñosa saliva.

—Vaya, Jarj ha vuelto a perder el rastro —rió alguien en los matorrales.

Jarj enfundó, enojado, la daga al ver aparecer de detrás de una peña una silueta totalmente vestida de negro. La figura se aproximó y sus ropas susurraron sobre el sendero de piedra.

—No se trata de simples enanos gullys —afirmó Jarj con la vista fija en pared de roca—. Ningún gully es tan listo.

—No esss lisssto —siseó la figura embozada, echándose hacia atrás la capucha y revelando su faz draconiana—. Sssobresstimass su inteligencia. Sssólo es un gully.

—Los bozaks lo saben todo —rezongó Jarj—. ¿Si sabes tanto por qué no lo has atrapado todavía?

—Esss trabajo de loss kapaksss. Yo esstoy aquí para ayudar, no para husssmear rastsstros —dijo el bozak.

La boca de Jarj se retorció en una mueca burlona que dejó al descubierto sus largos colmillos amarillos hechos para desgarrar carne.

—Los bozaks dejan a los kapaks hacer el trabajo y después reclaman todos los honores —espetó Jarj.

—No olvidemoss que sssomoss hermanoss.

—Alabado sea el Antiguo Maestro, que nos guía —dijo el kapak haciendo una reverencia—. Su sabiduría no tiene límites.

—Bien dicho, hermano Jarj.

—Gracias, hermano Shaeder. Pero ¿ahora qué? Según tú, sobrestimo su inteligencia...

—Esssperass astucia donde sssólo hay sssimplicidad, inclusso estupidez. El gully hace sssólo lo que haría un idiota, y esss por essto por lo que tú no consssiderass otrass posibilidadess —dijo Shaeder.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Jarj, cada vez más impaciente con su hermano draconiano.

—No pueden esscalar porque ess demasssiado empinado —respondió el bozak, levantando la vista hacia la pared de roca que se elevaba sobre sus cabezas—, y no han dado la vuelta. ¿Hasss buscado puertass ssecretass?

—No aún, no pensé que... —La voz de Jarj se fue apagando.

—¿No pensssaste qué?

Jarj dio media vuelta y escudriñó rápidamente la roca buscando cualquier signo de una entrada astutamente disimulada. En menos de lo que se tarda en decirlo descubrió pequeñas letras grabadas en la roca que decían: «Entrada secreta. Tú no ver», y un poco más abajo, cerca de una prominencia muy evidente, podía leerse: «Esto no pestillo». Con una sonrisa maliciosa Jarj presionó el «no pestillo» y la roca se abrió, dejando al descubierto un estrecho y oscuro pasadizo que se internaba en la colina.

Después de lanzar al bozak una mirada conspiradora, Jarj entró, y Shaeder lo siguió. El pasadizo era estrecho, sinuoso, y daba vueltas sobre sí mismo en total oscuridad. Los draconianos no necesitaban comprobar con la vista si seguían el camino correcto, pues avanzaban pisando las peladuras, las cortezas de pan y las cáscaras que habían tirado los gullys, aunque tenían que andar encorvados, porque Jarj tenía tendencia a chocar contra bordes y salientes rocosos bajo los cuales los enanos habían pasado sin ninguna dificultad. Después de darse un buen golpe en la cabeza, Jarj pensó que estaba viendo las estrellas, hasta que se dio cuenta de que eso

era realmente lo que sucedía. A través de una grieta en el techo de la cueva, veía brillar allá arriba, en el cielo negro, unos pocos luceros.

Así recorrieron cuidadosamente unos cien metros de suelo seco y polvoriento; finalmente, el techo se abrió de nuevo al cielo nocturno y, a partir de allí, también se fue ensanchando. Muy pronto se dieron cuenta de que se dirigían al norte por el fondo de un escarpado cañón y aflojaron el paso. Incluso a la luz de las estrellas vieron que en las paredes se abrían multitud de cuevas y agujeros. El suelo ya no era liso y regular sino accidentado y escarpado, con bloques de roca que se inclinaban a un lado o al otro, algunos hacia arriba, otros hacia abajo y otros estaban a punto de caerse en oscuras brechas en las que un guijarro podía deslizarse y desaparecer sin ningún ruido. Uno de aquellos bloques acababa abruptamente, al límite de un precipicio de vértigo. Jarj se detuvo de golpe justo al borde, Shaeder tropezó con él y estuvo a punto de arrojarlo al vacío. Jarj no dijo ni media palabra; en vez de eso miró fijamente hacia abajo y silbó alegremente para sus adentros.

—Ahí esstá —dijo Shaeder tras trepar junto a su compañero—. La Ciudad de los gullys.

A algunos metros por debajo de ellos y poco más de un kilómetro de distancia, en el fondo de un valle cubierto de maleza y salpicado por pequeños aguaderos insondables, se extendía una multitud de montículos de tierra. No se veía ninguna luz, pero aquí y allí se elevaba una tenue voluta de humo gris y olía a leña quemada. Sin embargo por encima de aquel olor prevalecía el de los enanos gullys, de cientos y cientos de gullys.

—Mira —dijo Shaeder, señalando un corte en la roca al borde del precipicio—, essscalerass. —Ambos draconianos se asomaron por el borde del barranco y repararon en los escalones tallados en la pared vertical de roca que configuraban una escalera, sin duda peligrosa pero utilizable, para bajar al valle. Ninguno de los dos tenía ningunas ganas de descender por allí, con sus anchas alas y sus largas colas, pero no era necesario; tenían su propia manera de bajar. Pese a que no destacaban como voladores, planear se les daba muy bien. Si podían tirarse de un lugar lo suficientemente alto, eran capaces de planear muchos minutos y cubrir grandes distancias.

Jarj retrocedió un poco para coger carrerilla, se lanzó al vacío y desplegó las alas para aprovechar el viento. Shaeder contempló el modo en que su compañero se alejaba del precipicio flotando en el aire como una enorme ave de carroña, utilizando la cola a modo de timón para mantenerse a una distancia segura de las rocas. Entonces el bozak se despojó de sus pesadas ropas, se agachó y saltó por el borde. También él desplegó las alas y planeó tras su compañero.

Los draconianos aterrizaron a unos centenares de metros de distancia del montículo más próximo al precipicio, justo al lado de una pequeña charca. El terreno

era rocoso, con más arena que tierra; pero, cerca de los aguaderos, unas pocas plantas muy resistentes se las habían arreglado para chupar el suficiente alimento para sobrevivir. El valle estaba cercado por altas montañas, que se alzaban como los mellados muros de una fortaleza que se estuviera cayendo a pedazos, y aislaban esa árida zona del resto del mundo exterior. En la vaguada abundaban las liebres de desierto y los pequeños roedores, así como manadas de robustos ponis salvajes de hirsuto pelaje. El suelo aún temblaba por la estampida que habían causado los draconianos al volar sobre ellos. Densas nubes de polvo tapaban las estrellas.

Jarj se arrastró hacia la charca y hundió el hocico en el agua para beber. Enseguida volvió a sacarlo tosiendo y casi atragantándose. Shaeder rió.

—Son aguas alcalinas —masculló Jarj—. Esta tierra está maldita.

—No esss de extrañar que losss gullysss ssse insstalaran aquí —comentó Shaeder—. Son capacesss de vivir en cassi cualquier parte comiendo dessspojosss que ni una cabra tocaría.

—Bueno, yo digo que encontremos al gully que nos interesa y que nos larguemos. Me meteré en uno de estos montículos y «preguntaré» a sus habitantes —dijo Jarj—. Cuando sepamos dónde está, irrumpiremos en su madriguera y nos lo llevaremos.

—Nada de muertoss —le recordó Shaeder—. El Primero quiere a Ayuy vivo para interrogarlo.

—¿Interrogar a un enano gully? ¡Es imposible! —se mofó Jarj.

—Conocemoss manerass. Hablará y dessseará ssser másss lisssto para decirnoss másss cosssasss —se rió Shaeder con su risa estridente, al tiempo que se frotaba sus garrudas manos disfrutando por adelantado.

—Bueno, cuando averigüemos dónde se esconde, entraremos sigilosamente y, después de reducirlo, nos lo llevaremos antes de que nadie se dé cuenta.

El kapak se encorvó y se dirigió al montículo de tierra más cercano flanqueado por su compañero bozak. Ambos gatearon sobre la eminencia y buscaron una puerta o algún orificio de entrada. Los montículos eran simples montones de arena, gravilla y tierra apilada. Los grabados y escritos en algunas de las piedras les daban apariencia de mucha antigüedad. Probablemente los gullys habían hecho sus casas en antiguos túmulos funerarios y vivían entre los restos y las pertenencias de gente olvidada.

—Tal vez por aquí haya tesoros —suspiró Jarj con avaricia—. Quizá deberíamos quedarnos y averiguarlo.

—Primero el gully. Másss tarde puedess volver sssolo en bussca de tesorossss —le advirtió Shaeder—. Aunque sssi de passada te fijass en algo...

Los draconianos se introdujeron en una hendidura en el montículo, donde se había encajado una estrecha puerta de madera enmarcada por gruesas vigas también de madera. Se veía vieja y gris, tan erosionada por los elementos que casi estaba

podrida. Jarj apartó a un lado a su compañero y se acercó. Con un gruñido, la abrió de una patada.

La madera gimió, crujió y todo el montículo se vino abajo. Una gran nube de polvo y arena se levantó con estrépito, ahogando los chillidos de los enanos sepultados vivos. Jarj y Shaeder salieron tambaleándose, tosiendo por efecto del denso polvo alcalino y parpadeando para quitarse la arena de los ojos. Los gritos de los gullys se extinguieron rápidamente. Los draconianos finalmente pudieron respirar y contemplaron sobrecogidos la destrucción.

Pronto se vieron rodeados por cientos de gullys que, al oír el derrumbamiento, habían salido corriendo de sus propios túmulos. Al principio no se fijaron en los draconianos, porque estaban demasiado ocupados contemplando fascinados el montículo hundido. No era algo nuevo; paseando por la ciudad podían verse otros túmulos en estado similar. No obstante, los gullys parecían atemorizados, tanto que no repararon en la presencia de los draconianos.

—Si nos atacan... —siseó Jarj.

—No muesa stressss temor. En el passado fuimosss sssusss amosss y aún no lo han olvidado —replicó Shaeder. Entonces alzó la cabeza y lanzó un prolongado grito desgarrador con el que los draconianos despertaban a sus esclavos gullys para llamarlos al trabajo.

Los gullys no habían olvidado aquel sonido y se encogieron, temerosos. Y pese a su aplastante superioridad numérica, inmediatamente agacharon la cabeza ante aquellos dos draconianos.

—Hemos venido en busca de un gully llamado Ayuy Cocomur —gritó Jarj.

—¡Corred! —gritó un gully al amparo de la oscuridad. Instantáneamente cundió el pánico y los enanos empezaron a huir en todas direcciones, tropezando unos con otros, chocando entre sí y con los draconianos. Jarj y Shaeder corrían peligro de ser arrollados por la estampida.

—¡Hemos destruido un túmulo y podemos destruir más! —gritó Jarj, tratando de asustar a los gullys y doblegarlos—. ¡Podéis esconderos, pero si no nos entregáis a Ayuy desplomaremos todos los montículos encima de vuestras miserables cabezas!

No sirvió de nada; en pocos momentos todos los gullys habían desaparecido. A muchos de ellos se los oía, lloriqueando de terror, dentro de sus túmulos, pero la mayoría había huido al desierto.

Jarj miró a su compañero y encogió sus cobrizas alas. Ambos treparon al próximo montículo y aporrearon la puerta. El túmulo crujió y tembló, pero aguantó.

—¡Ayuy Cocomur, sal o morirás! —gritó Jarj.

—Ayuy no aquí —respondió una voz entre sollozos.

—¡Entregad a Ayuy y salvaréis vuestras vidas! —volvió a gritar el kapak.

—¡Él no aquí! —gritó la voz.



Jarj abrió la puerta de un puntapié. En el interior resonaron gritos de pánico, pero el túmulo no se derrumbó. Shaeder avanzó hacia la entrada, extendió sus garrudas manos con los dedos en abanico y los pulgares tocándose, y empezó a murmurar en una extraña lengua palabras cuyo significado se escapaba a la mente. El resultado fue repentino y violento; de las puntas de sus garras brotó una cortina de llamas en forma de arco. Tan sólo duró un segundo; pero, cuando se apagaron, los resecos maderos de apoyo y el marco de madera medio podrida de la puerta ardían como si los hubieran untado con resina.

Shaeder brincó hacia atrás para alejarse de las llamas, sin dejar de reírse con su risa aguda. Pocos segundos después, un rugiente pilar de fuego se desparramó por la entrada, al tiempo que de la chimenea brotaba un chorro de llamas azules. Los gullys chillaban en el interior de miedo y dolor, y sus voces se hicieron cada vez más agudas hasta que un atronador rugido las cortó. De la cima del montículo brotaron lenguas de fuego y el túmulo se derrumbó sobre sí mismo con estrépito mientras un hongo de humo negro se alzaba por encima del valle.

En los demás montículos se hizo de pronto el silencio. Jarj y Shaeder se aproximaron al siguiente, cuya puerta se veía entornada a la luz de las llamas. Desde la entrada, una menuda gully observaba la devastación con sus grandes ojos colmados de lágrimas. Alrededor del cuello le colgaba una cadena de oro de la que pendía un rubí del tamaño de un huevo de petirrojo. La gema refulgía a la luz del fuego y el oro mostraba destellos rojizos. Jarj lo contempló conteniendo la respiración.

—Enanos gullys llevando joyas de oro —gruñó—. Tendremos que remediarlo. —Entonces, señaló a la gully y gritó—: ¡Eh, tú! —La enana lo miró sin miedo, y el draconiano volvió a gritar con befa, tratando de intimidarla—: ¡Si, tu! Ven aquí, gusano miserable.

La enana vaciló, como si tratara de decidir si echar a correr o hacerle frente. Al final, se acercó lentamente, con aire cansino, aunque dispuesta a salir de estampida en cualquier momento. Jarj se rió entre dientes.

—¿Eres tú el líder? —preguntó, y la enana asintió.

—Mi Gran Bulp Mammamose I —respondió con voz aguda.

—¿Conoces a Ayuy Cocomur?

Nuevo asentimiento de la enana.

—Entrégnoslo o destruiremos Ciudad y os mataremos a todos —amenazó Jarj. La Gran Bulp lo miró un momento y, después, al otro draconiano.

Shaeder movió los dedos en su dirección y dijo: «Abradacabra».

La enana dio un salto, con el terror reflejado en los ojos; luego, se volvió y señaló la puerta del montículo en el que se había escondido. Dentro se oyeron ruidos y un lamento desesperado, pero la puerta se abrió y por ella salieron tres gullys andando de espaldas. Otros los siguieron, gritando y lanzándoles maldiciones, pero al ver a los

draconianos, se encogieron y rompieron a llorar histéricos.

Los tres gullys arrastraron un pesado saco frente a los draconianos, lo dejaron en el suelo, echaron una mirada a la Gran Bulp y huyeron hacia la oscuridad. Dentro, algo se revolvía, gemía y se debatía.

Jarj cogió un extremo del bulto y lo abrió con la daga; lo levantó y Ayuy cayó al suelo. Shaeder agarró al gully por el pescuezo y lo zarandeó.

—Quieto —siseó.

—Es él —dijo Jarj a su compañero. Entonces, se inclinó y pegó el hocico al rostro de Ayuy—. Eres muy escurridizo, asqueroso gusano —gruñó—, pero ahora ya te tengo. «El Primero» quiere verte.

A Ayuy le flaquearon las piernas, se derrumbó como un pelele y levantó la mirada. Los dos draconianos se inclinaron sobre su víctima y disfrutaron atormentando al gully con descripciones de lo que le esperaba. Mientras ellos se divertían, la Gran Bulp retrocedió hacia la puerta donde otros enanos seguían encogidos y sollozaban. Al acercarse a ellos, una enana se destacó y se arrastró hacia la líder. Era Glabela. Lumpo permanecía agazapado cerca de la puerta con los ojos helados de terror.

—¿Mammamose, cómo hacer esto a Ayuy? —gritó Glabela mientras se aferraba al pringoso vestido de la Gran Bulp.

—Cierra pico, comedora de setas. Lacerto matar todos si no doy a Ayuy —replicó la líder.

—Pero él tu hijo —gimió Glabela—. ¡Ayuy tu pequeñín!

—Tengo plan. Calla y mira —repuso Mammamose. Entonces hizo una seña a otro gully, que se acercó cautamente, sin apartar la mirada de los draconianos.

—Dame rama que hace trueno —ordenó.

El gully asintió y sacó de entre sus harapos una larga cartera de piel aljofarada y con cierre de oro. El enano la abrió y sacó una larga varita de ámbar, que por un extremo era tan gruesa como un dedo pero por el otro acababa en punta. En el extremo grueso poseía un diminuto zafiro incrustado en el ámbar. Glabela la contempló, maravillada, olvidando por un momento sus temores por Ayuy.

—¿Qué es? —inquirió.

—Esta rama hace trueno —contestó Mammamose—. Gran magia, acabar con lacertos.

—¿Cómo funciona?

—Cuando digo palabra mágica y toco bonita piedra azul de extremo —explicó indicando el zafiro—, dispara rayo por otro extremo y fríe todo, ¡pam!, de repente.

—¿Qué palabra mágica? —quiso saber Glabela.

—No decirte —replicó la Gran Bulp, que alzó su naricita en gesto despectivo—. Tú sólo pequeña comedora de setas.

—¡Eh, vosotras! —gruñó Jarj.

Mammamose giró en redondo, ocultando la varita tras ella. Los draconianos habían atado a Ayuy las manos a la espalda, pero le habían dejado las piernas libres. El gully miraba lastimeramente a Glabela, con sentimiento, y la enana rompió a llorar.

—Ven aquí —ordenó Jarj a la Gran Bulp.

La enana se aproximó, pero se detuvo a unos cuantos metros, ocultando aún la varita. Glabela la siguió, con el gully que portaba la cartera de piel a la zaga. Pese al miedo que éste sentía, se trataba de su varita, y tenía que vigilar que no se rompiera.

—Acércate, pequeña —pidió Jarj en tono meloso—. No te haré ningún daño. Sólo quiero darte las gracias por habernos entregado a este criminal.

La Gran Bulp dio otro paso adelante. El largo brazo del kapak salió disparado y sus garras aferraron la cadena que llevaba la enana alrededor del cuello; tiró bruscamente y le arrancó el amuleto, rompiendo la cadena y casi decapitando a Mammamose. Al mismo tiempo, Shaeder saltó hacia adelante y arrebató al otro gully la cartera de piel.

—Yo me llevaré essto —rió.

—¡Muévete! —gruñó Jarj, al tiempo que propinaba un puntapié a Ayuy y se guardaba el amuleto en una bolsa que llevaba al cinto.

Shaeder ocupó la retaguardia riéndose desagradablemente entre dientes. La Gran Bulp se frotó su magullado cuello, mientras los demás gullys hacían piña a su alrededor, Glabela incluida.

—¡Muge! —ladró Mammamose, apuntando la varita a la espalda de los draconianos. Nada ocurrió. La enana probó otra vez—: ¡Muge!

—¡Ésta no palabra mágica! —protestó el otro gully.

—Toco piedra azul —se defendió la Gran Bulp—. ¿Por qué no funcionar?

—Tener que decir palabra mágica —respondió el gully.

—Yo digo palabra mágica.

El gully cogió la varita por el extremo puntiagudo y trató de arrebatársela. Los dos gullys se enzarzaron en una pelea, dando vueltas y más vueltas, uno a cada extremo de la vara y tirando en direcciones opuestas. Jarj y Shaeder se detuvieron a mirar. Ayuy atisbo entre sus piernas.

—¡Toco piedra azul! —se oyó gritar a la Gran Bulp en medio de la refriega.

—Tú no dices palabra mágica.

—¡Digo muge!

—Muge no palabra mágica.

—¿Cuál entonces?

—¡Cruje!

Con un ensordecedor trueno un rayo azul salió disparado y se perdió en el cielo

nocturno. Pese a que no podía alcanzarlos, Jarj y Shaeder se agacharon instintivamente, maldiciendo, e impresionados por la repentina exhibición de magia por parte de un humilde enano gully.

—¡Una varita mágica! —gritó Jarj, agarrando a Ayuy para que no se escapara—. Cógela antes de que vuelva a usarla.

Shaeder corrió hacia los gullys con la cabeza inclinada, pero se encontró con que todos habían desaparecido. Sólo quedaban unos viejos zapatos en el suelo en el centro de una pequeña pila de cenizas. La varita también había desaparecido. Con la cabeza aún gacha, Shaeder corrió a reunirse con su compañero kapak.

—Vámonos de aquí —siseó, sin detenerse a esperar, y se perdió en una nube de polvo.

Jarj levantó a Ayuy, se lo echó sobre la espalda y, también agachado, echó a correr casi a cuatro patas, batiendo las alas para ayudarse. Ayuy lanzó un lamento desde la espalda del draconiano y se fundió en la noche.

—¡Oh, no! —exclamó Navalre. Milisant rompió a ladrar y a gemir mientras renqueaba, nerviosa, al borde del precipicio. Jessica corrió hacia allí, seguida por Valian y Piedragua. Alya, que iba a la cola, siguió avanzando despreocupadamente.

—Hemos llegado tarde —suspiró Jessica, de pie, al lado de Navalre. En el valle, una columna de humo negro se elevaba en la ciudad gully. Todas las llanuras entre el barranco y las lejanas montañas estaban cubiertas por racimos de pequeños puntos negros que vagaban sin rumbo fijo, como hormigas a las que hubieran destruido el hormiguero.

—¿Crees que... Pyrothraxus...? —balbució la dama.

—No, el dragón lo hubiera arrasado todo —respondió Valian—. Por lo que veo, yo diría que sólo dos draconianos atacaron Ciudad.

El grupo había seguido el rastro dejado por los enanos gullys y los draconianos, guiados casi todo el tiempo por *Milisant*, aunque de vez en cuando Valian también demostraba su conocimiento de los bosques. Después de atravesar los túneles, negros como la noche, iluminándose con las antorchas que habían llevado siguiendo el sabio consejo de Piedragua, lo que les evitó más de un cabezazo, desembocaron en el cañón y en el barranco desde el que se dominaban las llanuras y Ciudad.

—¿Sólo dos draconianos contra toda un pueblo? —se maravilló Navalre.

—Son enanos gullys —intervino Piedragua, como si esto lo explicara todo. En vista de que nadie decía nada, añadió—: Incluso dos kenders y un pollo enfermo podrían tomar el lugar.

—Bueno —comentó Alya al llegar junto a ellos y ver la ciudad y el humo—, aquí acaba todo. Tanto andar para nada.

—¿Qué queréis decir? Tenemos que bajar y averiguar qué ha ocurrido —protestó Jessica.

—¿No es evidente? Quienquiera que perseguía a los gullys ya tiene lo que quería. Hemos llegado demasiado tarde. Ya no podemos hacer nada —dijo Alya.

—Es posible que los draconianos sigan allí —objetó Jessica.

—Lo dudo —repuso Valian tras gruñir como una pantera—, pero me gustaría asegurarme.

—Y a mí también —agregó Navalre.

—Si Ayuy estaba allí, ellos ya lo habrán encontrado y ahora estarán lejos. Lo único que encontraréis será un cadáver, y quizá ni siquiera eso —objetó Alya—. Tenemos cosas más importantes que hacer, y esto os incluye a vos, Valian.

—¿La presencia de draconianos en Sancrist no os parece importante? —la interpeló Jessica con perplejidad.

—No especialmente —repuso Alya—. ¿Qué son unos pocos draconianos? ¿Qué importancia tienen? Además, aún no estoy convencida de que haya ningún draconiano.

—Entonces es que sois estúpida —le espetó Valian.

—Cuidad vuestras palabras, caballero. Recordad que tengo un rango superior —replicó la Dama de Takhisis. El elfo se volvió y miró a Jessica, pero le embargaba tal furia que los ojos parecieron atravesarla sin verla.

—Aquí hay unos peldaños —apuntó Navalre, y Piedragua se asomó curioso por el borde del precipicio.

—Ayuy era el favorito de Gunthar —dijo Jessica vacilante, como si la idea acabara de ocurrírsele—. Al menos tenemos que averiguar por qué los draconianos iban tras él. —La dama dirigió a Alya una mirada implorante—. Y si hay alguna posibilidad de que siga vivo, no podemos abandonarlo a su suerte.

Alya frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Yo voy a bajar —anunció Navalre.

—De acuerdo —concedió Alya en tono cortante.

Valian descendió sobre el primer escalón y se agachó para examinar el trabajo de cantería, tras lo cual afirmó:

—Estos peldaños no han sido tallados por los gullys. Son mucho más antiguos.

—Qué sabrá un elfo de cantería —bufó el enano.

—Si no me crees, compruébalo tú mismo —le sugirió Valian.

Con una expresión adusta, Piedragua examinó los peldaños de mala gana. Entonces apoyó la espalda y se rascó la cabeza con extrañeza.

—¡Por los huesos de Reorx! Que me convierta en kender si sé quién los hizo. Son tan antiguos como estas montañas.

—*Milisant* no puede acompañarnos —dijo Navalre—. No puede bajar por aquí; son demasiado estrechos.

—Tendrá que quedarse con Piedragua —decidió Jessica.

—¡No, yo también quiero ir! —protestó el enano.

—Necesito que regreses a La Fronda y que tengas los ojos bien abiertos. Llévate a *Milisant* contigo —intentó calmarlo Jessica—. Cuídala y asegúrate de que sus heridas sanan.

—O sea, que ahora soy la niñera de un perro. Mi abuelo se estará revolviendo en la tumba al pensar que un Piedragua se ha convertido en la niñera de un perro —refunfuñó el enano.

*Milisant* se mostró tan poco entusiasmada como Piedragua ante la perspectiva de quedarse sola con él. La perra gimió, aulló y ladró cuando Jessica y Navalre la abandonaron en el barranco. El enano contempló cómo se iban perdiendo de vista gradualmente y después apartó a la perra del borde del precipicio.

Los escalones eran muy angostos, tanto que tenían que pegar un hombro a la roca para evitar caer al vacío. Para empeorar las cosas, resbalaban porque se desmoronaban a su paso. La escalera descendía, sinuosa, a lo largo de la irregular pared de roca y obligaba a los caballeros y a Navalre a salvar hendiduras y oquedades en los puntos en los que las infrecuentes lluvias habían erosionado casi por completo los escalones. Finalmente todos llegaron a la base y se oyó más de un suspiro de alivio. Cerca, yacían los horribles restos de otros que habían tenido menos suerte.

Después de un breve descanso, el cuarteto emprendió la marcha por la altiplanicie cubierta de maleza en dirección a Ciudad. Era tal el anhelo de Navalre por averiguar qué había sido de sus tres antiguos huéspedes, que encabezaba la dificultosa marcha por la polvorienta llanura. Los demás lo seguían, deseando no tener nunca que recorrer esa región en pleno verano. El sol de finales de otoño les parecía un ardiente ojo que los contemplaba, implacable, absorbiendo la fuerza de sus piernas y el aire de sus pulmones. El polvo alcalino que levantaban con los pies se les convertía en arcilla en la boca y se endurecía alrededor de los ojos, dando a los rostros un macabro tinte gris, excepto en las comisuras, donde se agrietaba y dejaba relucir el sonrosado tono de la piel. Asimismo se introducía bajo la cota de malla y hacía que las juntas de las armaduras crujieran y se encallaran.

Entraron en Ciudad tambaleándose bajo el sol de mediodía. Se había levantado un cálido viento que empujaba el polvo alrededor de los montículos y formaba remolinos y espirales que, finalmente, morían al abrigo de antiguos muros. Los cuatro humanos recorrieron la ciudad vacía y no encontraron otro signo de vida que las evidencias de un abandono súbito y reciente. Cuando llegaron junto al túmulo que aún ardía, las últimas brasas producían volutas de humo que el viento agitaba. Navalre se paró a examinar un par de zapatos, muy gastados, tirados en medio de una ancha pista que podría ser utilizada como calle. Valian y Jessica investigaron los montículos próximos, pero todos estaban extrañamente vacíos. Mientras tanto, Alya encontró un lugar agradablemente umbrío bajo un antiguo muro y se sentó; se descalzó, quitó la arena y la grava que se habían acumulado en las botas, comprobó el odre y lo encontró inquietantemente desinflado. No los habían llenado desde la noche anterior, y todos los aguaderos junto a los que habían pasado en ese miserable desierto contenían agua que no se podía beber.

—No podemos quedarnos mucho rato —gritó la dama a Jessica y Valian—. Tenemos que volver antes de que se nos acabe el agua. —Valian asintió y prosiguió su investigación.

Alya se recostó contra el muro y cerró los ojos; la sombra que proporcionaba el muro era una bendición. La mujer se permitió tomar un sorbo de agua tibia y lo mantuvo en la boca para humedecer sus labios resecaos y la lengua. Lo peor no era el sol del desierto, sino el polvo alcalino que resecaaba todo lo que tocaba. Después de

tragarse el agua, abrió los ojos para comprobar dónde estaban Valian, Jessica y el antiguo clérigo.

Justo frente a ella había tres seres achaparrados, de un gris cadavérico y tan silenciosos como fantasmas. Contemplaban el odre con evidente anhelo, relamiéndose los labios gruesos y ásperos. Uno de ellos alargó tímidamente una mugrienta mano hacia el pellejo que colgaba del cinto de la mujer.

—Tócalo y te corto la mano —le advirtió Alya.

—Mí Gran Bulp Mammamose I —graznó el ser—. Esta mi Ciudad. Tú pagar tasa sorbo de agua.

—Si eres la Gran Bulp, puedes conseguir agua tu sólita —replicó Alya.

—Agua en pozo —suspiró la gully.

—¡Un pozo! ¿Dónde?

Mammamose señaló el montículo hundido y quemado. Justo al lado se veía un bajo muro circular formado por piedras ennegrecidas y unas pocas ramas chamuscadas.

—Pozo bueno. Fuego quema cubo. Ahora no alcanzar agua —graznó la Gran Bulp. Alya se aproximó al poco y, protegiéndose los ojos del sol, miró por encima del borde de piedra. Abajo, en la oscuridad, percibió una trémula luz de reflejo, y de la piedra le llegó un aroma frío y húmedo que prometía agua.

—¿Tienes una cuerda? —preguntó Alya, mientras se rascaba la cabeza y miraba alrededor, buscando la manera de llegar al líquido.

La Gran Bulp asintió y rebuscó en la bolsa que le colgaba de una correa, a la espalda. Segundos después, sacó un cordel de algodón medio podrido de apenas treinta centímetros de longitud y se lo tendió a Alya.

—Tiene que ser un poco más larga —comentó la dama distraídamente—. ¡Valian! ¡Jessica! —gritó al vislumbrar a los dos caballeros y al clérigo que salían de un montículo. Cuando vieron a las rechonchas criaturas junto a Alya, los tres corrieron hacia ella.

—¿Habéis visto alguna cuerda? —les preguntó cuando estuvieron más cerca.

—¿Es éste... Es Ayuy alguno de éstos? —preguntó Valian, y Alya se encogió de hombros.

Al oír el nombre de Ayuy, los tres gullys se apartaron, temerosos, de los caballeros, dispuestos a emprender la huida pese a la sed.

—Estamos buscando a Ayuy Cocomur —les dijo Jessica con una sonrisa, tratando de apaciguar sus temores—. ¿Lo habéis visto?

La más menuda de los tres gullys cubiertos de polvo prorrumpió en quejumbrosos lamentos. Las lágrimas le corrían por el rostro formando pequeñas bolas de lodo que se le pegaban a las mejillas.

—¡Lacertos llevar a Ayuy! —gimió.



—¿Lacertos? —se extrañó Alya.

—Draconianos —le explicó Navalre. El hombre se arrodilló junto a la llorosa enana—. ¿Glabela? Soy yo, Navalre.

La gully pestañeó, fijó en él una breve mirada y, acto seguido, le echó los brazos al cuello y rompió de nuevo a llorar. El tercer gully se unió a ellos y añadió sus lágrimas.

—Éstos son los dos que acompañaban a Ayuy —explicó Navalre, gritando para que lo oyeran. Desasíó a Glabela de su cuello, le apartó el pelo de la cara y le preguntó—: Escúchame. ¿Está vivo Ayuy?

La enana asintió con el labio inferior tembloroso.

—¿Adónde se lo llevaron?

—Llevan a Ayuy a montaña —contestó Glabela entre sollozos.

—¿Qué montaña? —preguntó Alya—. En esta zona no hay nada más que montañas. Ahora lo más importante es conseguir agua. ¿Habéis visto alguna sogá o cadena?

—Sí —respondió Valian.

—Pues id y traedla. Veamos si sois capaz de encontrar también un cubo con asa —ordenó la mujer.

El elfo se alejó después de lanzar una sombría mirada a su superior.

—Después de beber y limpiarnos el polvo de la cara, nos sentaremos y averiguaremos qué ha pasado aquí —añadió.

—¡Bien! —convino la Gran Bulp, que susurró a Alya en un aparte—: Estos comedores de setas se morirían de sed si no fuera por nosotras.

Los gullys regresaron del desierto en masa cuando olieron el agua. Navalre y Lumpo se pasaron la mayor parte de la tarde sacándola del pozo y llenando todas las vasijas y jarras que los gullys pudieron encontrar. Para sorpresa de los caballeros, muchos de aquellos recipientes eran cuencos y cálices de oro batido y plata adornados con piedras preciosas. Como por arte de magia los gullys hacían aparecer de sus montículos de tierra tesoros dignos de las mejores familias de Sancrist o incluso Palanthas.

Al anoecer, Navalre encendió una hoguera alrededor de la cual los gullys celebraron su liberación con cerveza de cacto. Se trataba de un brebaje fabricado por un grupo de viejas comadres que masticaban piezas de cacto hasta que se les hacía una pasta en la boca y después la escupían en un caldero comunitario. Cuando el caldero estaba lleno, dejaban que la pasta reposara unos cuantos días para fermentar. En esa ocasión los gullys sacaron un caldero que había fermentado durante dos días. Muy pronto todos tenían un tazón o una jarra que sumergían en el turbio brebaje rosa.

Glabela ofreció a Valian un cuenco lleno de espumante cerveza, pero él declinó cortésmente arguyendo que prefería agua. La enana se encogió de hombros, se dejó caer a su lado y se puso a mirarlo por el rabillo del ojo mientras bebía la cerveza a sorbitos. Tímidamente alargó una mano y tocó el largo cabello blanco del elfo.

—Tú guapo —dijo.

—Gracias —replicó el elfo, que la miró con un punto de alarma.

—Tú caballero amable —susurró la enana—. Ayuy decir caballeros malos, pero tú caballero bueno.

El elfo acercó su cabeza a la de Glabela e inquirió:

—¿Y por qué dijo Ayuy que los caballeros son malos?

—Papá dice cuando muere —susurró la gully.

—Ya veo.

—Pero él equivoca. Tú amable —musitó ella.

Frente a ellos dos, Alya y Jessica flanqueaban a la Gran Bulp. Alya se inclinó hacia adelante y golpeó su copa de oro contra una roca.

—Creo que ya es hora de que nos cuentes toda la historia. Ya hemos perdido mucho tiempo en este viaje. Quiero saber qué le ocurrió a Ayuy.

La Gran Bulp se levantó tambaleándose.

—Gran Bulp Mammamose I contar. Así ocurrir. Yo nazco en buen lugar, mucha comida, yo muy feliz —empezó a explicar.

—No queremos oír toda la historia de tu vida —suspiró Alya exasperada—, sólo qué le ocurrió a Ayuy anoche.

—Yo muy feliz —continuó Mammamose con un impaciente ademán—. Crezco feliz, caso feliz, tengo bebé feliz. Entonces dejo caer bebé de cabeza y llamo Ayuy.

—Esta mi historia favorita —dijo Glabela y aplaudió—. Cuenta otra vez.

—Más tarde —la riñó la Gran Bulp—. Un día cosas estropearse. Llegan lacertos, ponen todos gullys en gran barco, navegamos y navegamos, dos días. Muchos lacertos en barco, todos tipos. Capitán no tiene alas.

—Un aurak —apuntó Valian—. ¿Cuántos lacertos había en el barco?

—Dos —respondió, levantando cinco dedos—. Barco trae aquí.

—¿Aquí? —inquirió Jessica.

—No aquí, allí —corrigió la gully, señalando al norte—. ¿Cómo crees que barco llegar aquí? Esto desierto.

—Lo siento —se disculpó Jessica.

—Bajamos de barco —prosiguió la Gran Bulp—. Lacertos obligan a trabajar para construir gran castillo en montaña cerca de mar. Golpean a bulps con látigo y encierran en mazmorras. Poca comida. No contentos. Todo día cortar piedra.

—Mammamose se retorció las manos como si recordara el dolor.

»Cuando castillo acabado, lacerto grande sin alas dice que él Gran Bulp. Otros lacertos llaman a él *El Primero*. Ellos siempre, siempre ocupados y olvidan gullys. A veces nosotros cocinar, otras limpiar castillo. Un día rayo cae sobre torre y nosotros reparar. Después volver a olvidar. Nosotros un poco felices, pero aún poca comida.

Mientras Mammamose relataba las penurias sufridas por los gullys, la expresión de aversión en el rostro de Alya fue sustituida paulatinamente por otra de interés. Finalmente, interrumpió a la enana:

—¿Estás diciendo que aquí, en esta isla, hay una fortaleza draconiana?

—Castillo Lacerto —le confirmó la Gran Bulp.

—Nunca he oído hablar de él —comentó Jessica encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto tiempo hace que se construyó ese castillo? —indagó Valian.

—Dos años —contestó Mammamose, levantando cuatro dedos—. No más de dos.

—Es increíble —afirmó Alya.

—Pero ¿qué le ha pasado a Ayuy? —intervino Navalre.

—Yo intento decir, pero ellas interrumpir —declaró la Gran Bulp ceñuda—. Yo intento decir nosotros hambre en el castillo. Entonces yo busco manera de salir para buscar comida; yo encuentro. Así que salgo buscar comida. Aghars me siguen, muchos aghars. Yo ando y llego aquí. Todos aquí. Yo digo ahora yo Gran Bulp. Yo Gran Bulp Mammamose I y este lugar Ciudad. Mucha comida aquí; buenos lagartos, buenos bichos, buenos cactus, buena agua, buena cerveza. Yo feliz.

»Pero Ayuy triste. Él raro porque yo dejar caer de cabeza. Ayuy no queda, coge jóvenes aghars y marcha por allí. —La gully señaló al sur—. Yo digo no ir, porque meterse en líos. Pero él no escucha. Él nunca escucha a Mammamose. —La Gran

Bulp se sorbió la nariz y se enjugó una lágrima de madre.

»Y él mete en líos. Vuelve aquí, pero lío también vuelve. Lacertos vienen. Lacertos quemar casa, coger a Ayuy y llevárselo por ahí —añadió señalando al norte.

—¿Cuántos lacertos eran? —preguntó Valian.

—Dos —contestó ella, levantando dos dedos.

—Entonces sólo podemos hacer una cosa —declaró Navalre—: ir al norte en busca de ese castillo.

—Estoy de acuerdo —convino Jessica.

—Hay que hacer algo. Se impone un reconocimiento aunque no podamos rescatar al gully —dijo Valian.

Alya se quedó callada, pensando, mirando fijamente en dirección norte. Finalmente decidió:

—De acuerdo, pero ahora lo principal es alertar a la hermandad. —Jessica quiso protestar, pero Alya la hizo callar con una mano alzada y añadió—: Hay en juego algo mucho más importante que un enano gully. Es preciso avisar a los demás de lo que ocurre para poder hacer planes. Si realmente hay draconianos en esta isla, debemos alertar a la Orden. No podemos lanzarnos de cabeza a ciegas, sin tener ningún plan.

Dicho esto, la dama se puso de pie y se sacudió el polvo de los pantalones de cuero.

—Uno de nosotros debería dirigirse al norte para buscar el castillo, mientras los demás regresan al castillo Uth Wistan para avisar a los demás.

—Yo iré —se ofreció Valian, poniéndose de pie.

—No —rehusó la dama—, vos volveréis con los demás. Yo iré al norte y trataré de rescatar al pobre Ayuy.

—No creo que sea lo más prudente —objetó el elfo—. Yo soy el más adecuado para rastrear a los draconianos. ¿Por qué queréis hacerme regresar?

—¿Y qué os hace pensar que yo voy a regresar? —intervino Navalre.

—Porque si lo que hemos oído es cierto, el peligro real aún está por venir —replicó Alya—. Vuestro deber es extender la alarma. Mammamose sabe ir al castillo, ¿verdad? Ella me guiará.

—¿Yo? —se sorprendió la Gran Bulp.

—Ahora Valian está al mando —dijo Alya mientras cogía dos odres más de sus compañeros y se los colgaba al hombro—. Jessica, tenéis que ayudar a convencer a los caballeros solámnicos. Prefiero no imaginarme qué dirán Liam Ehrling y los demás si Valian y un antiguo clérigo de Chislev aparecen acompañados de dos gullys y afirman que existe una fortaleza de draconianos de la que nadie ha oído hablar. Paraos en La Fronda para recoger a *Milisant*. Esto y el testimonio de primera mano de Navalre deberían bastar.

—Deseo hacer constar mi protesta —dijo el elfo.

—Tomo buena nota de ello. Ahora dadme vuestras razones. Vosotros podéis reabasteceros en La Fronda. —La Dama de Takhisis se volvió, agarró a la Gran Bulp por el cuello del vestido y la obligó a levantarse—. Vámonos, Mammamose.

Alya se internó en el desierto nocturno seguida por la gully, a la que llevaba casi a rastras.

Valian la contempló hasta que se perdió de vista; luego, se dio media vuelta y miró los rostros perplejos de sus compañeros. Los labios del elfo eran una línea grabada en su pálido rostro pétreo, pero sus ojos almendrados ardían de rabia.

—En marcha —gruñó.

\*\*\*

A poca distancia, entre los pinos, el arroyo fluía atronador y humeaba, saturando el aire con una fría bruma que el sol no conseguía disipar. Lady Jessica Rocavestina, Navalre Arcoris y los dos gullys, Glabela y Lumpo, se acurrucaban unos contra otros, temblando, y los dientes les castañeteaban mientras Valian trataba de hacer saltar una chispa en el trozo de yesca húmeda que sostenía en la mano. Los otros lo miraban con atención, como para animar al fuego a que prendiera en la yesca que se había empapado cuando cruzaron el arroyo.

Finalmente, la habilidad del elfo prevaleció y una llamita empezó a quemar la paja y los jirones de ropa que el elfo sostenía en la palma de la mano; la dejó rápidamente en el suelo y dispuso alrededor ramitas y pedazos de corteza de pino moderadamente secos, sin dejar de soplar sobre la llama para avivarla. Poco después, todos se apiñaron en torno a un débil fuego con el que intentaron calentarse las manos frotándoselas, aunque apenas se notaba el calor. No obstante, bastó para levantarles el ánimo. Incluso Glabela, que no había dejado de gimotear desde que había estado a punto de ahogarse, esbozó una sonrisa. El estómago de Lumpo empezó a protestar.

—Va-vaya to-tormenta la d-de anoche —comentó Navalre castañeteándole los dientes—. N-nunca había vi-visto el ar-royo de La Fronda tan cr-crecido.

—Ni yo tampoco —convino con él Jessica, al tiempo que se abrazaba los codos y los pegaba a los costados—. El vado siempre ha estado practicable, incluso en el peor tiempo. Lo siento mucho.

—No es culpa vuestra —murmuró Valian—. Yo no debería haberme fiado, pero teníamos que cruzar. No podemos perder tiempo.

—Menos mal que hicisteis que nos atáramos unos a otros, como los escaladores —dijo Jessica—. Cuando sentí que perdía pie en medio del cauce, pensé que nos había llegado el final.

—Sí, bueno, ahora ya ha pasado. Cuando estemos secos tendremos que seguir

camino al castillo La Fronda —dijo Valian—. Necesitamos caballos.

—Y comida —agregó Lumpo.

Pese a todos los esfuerzos del elfo, la leña húmeda apenas ardía y producía un humo insoportable que les impedía acercarse más al fuego para que sus prendas secaran lo antes posible. Tardaron horas en calentar sus cuerpos empapados por el agua helada y en escurrir sus ropas. Los que habían salido peor parados eran los gullys, que parecían dos ratas mojadas; cuando por fin sus harapos se secaron, éstos se pusieron tan rígidos que casi no podían andar. Había algo más, algo extraño en su apariencia, que nadie podía definir, hasta que finalmente Navalre dio en el clavo:

—¡Están limpios! —exclamó triunfante.

Glabela husmeó con cautela a Lumpo e inmediatamente se apartó.

—Apesta —dijo, tapándose la nariz—. Hueles a nada.

—Aire duele en piel —se lamentó Lumpo—. Limpio no sano.

Ambos gullys partieron en busca de un lodazal en el que revolcarse, mientras los demás recogían las cosas y los seguían, no sin antes haber apagado el fuego con los pies.

Después de una dura marcha de dos horas por el escarpado bosque de pinos de La Fronda, llegaron a una loma en cuya cima no crecían árboles. Al otro lado del valle, teñido con los tonos dorados y carmesíes del otoño, se alzaba otra colina igualmente desnuda, aunque rematada por los ruinosos muros y las torres del castillo La Fronda. Entre los árboles que crecían en la ladera, vislumbraron la senda.

—Vamos. Casi hemos llegado y aún queda mucho por hacer —dijo Navalre.

Él fue el primero en empezar a descender la loma con los demás a la zaga. Jessica se entretuvo unos segundos más para solazarse con la vista. La dama suspiró y echó un vistazo al cielo para saber más o menos qué hora era. Allí, al fondo, algo sobrevolaba el valle.

—Mirad, un águila. Es la primera que veo por aquí.

Navalre entrecerró los ojos y contempló, curioso, al águila. Valian, que miraba por encima del hombro en la dirección que la dama señalaba, se quedó helado.

—¡Agachaos! —gruñó.

—¿Qué? —preguntó Jessica con perplejidad.

—¡Agachaos y escondeos todos! —El elfo agarró a los gullys y tiró de ellos tras una peña—. No es ninguna águila. Es un dragón.

—¿Qué? —inquirió la dama, confusa—. ¿Aquí?

Navalre, que ya se había tendido en el suelo, tiró de Jessica.

—Estaos quieta —susurró—. Es demasiado tarde para escondernos. Percibiría cualquier movimiento.

Decía mucho del tamaño del dragón el que lo hubieran confundido con un águila a tanta distancia. La espera se hizo casi insoportable hasta que se acercó lo suficiente

para que sus rasgos fueran claramente visibles, incluso para ojos no elfos. Las alas, desplegadas, semejantes a las de un murciélago, proyectaban en el valle una sombra increíblemente ancha, mientras su cola azotaba el aire causando un sonido que recordaba al estallido de truenos. Sus escamas, rojas como la sangre, refulgían bajo el sol.

—Pyrothraxus —susurró Navalre sobrecogido.

Cuando estuvo sobre las torres del castillo La Fronda, el dragón inició el descenso. El viento que levantaban sus enormes alas arrancó de cuajo árboles de la colina sobre la que se alzaba el castillo, que salieron volando cientos de metros hacia el valle. El monstruo posó su colosal cuerpo sobre los frágiles muros de la fortaleza, aplastándolos con su peso, tras lo cual agarró entre sus poderosas garras dos torres medio desmoronadas y las redujo a polvo. La cola derribó una tercera torre. Sólo quedaba en pie la torre más sólida, en la que lady Jessica tenía sus aposentos privados.

—¡No! —gritó e hizo ademán de levantarse. Pero Navalre la inmovilizó contra el suelo con su propio cuerpo.

—No lo hagáis —le advirtió—. Estaos quieta. No hay nada que podáis hacer.

Entonces, oyeron los agudos relinchos de los caballos y al mirar vieron cómo el dragón arrancaba el tejado de las cuadras y lo lanzaba a un lado. Luego, introdujo dentro dos de sus enormes garras y sacó un caballo que se retorció. El monstruo ladeó su cabeza coronada por cuernos y dejó caer al pobre animal en sus fauces, tras lo cual repitió la operación con un segundo y un tercer equino.

Después de devorarlos todos, el dragón fijó la atención en la última torre. Nuevamente, Jessica se debatió.

—¡Piedragua! —gritó.

—¡El enano! —exclamó Navalre en tono sofocado—. Lo había olvidado.

El dragón abrió las fauces y la garganta se le hinchó al tiempo que vomitaba fuego líquido que envolvió la torre. Las antiguas piedras se fundieron como cera, burbujeando y estallando tan ruidosamente que podía oírse incluso al otro lado del valle. En pocos momentos, el hogar de Jessica no fue nada más que una charca de roca fundida, y del resto del castillo sólo quedaron unas cuantas piedras desparramadas. La llorosa dama luchó ferozmente con Navalre, hasta que, finalmente, exhausta, se dio por vencida.

El dragón levantó las alas, las batió con fuerza en el aire y empezó a elevarse más y más mientras ascendía sobre el valle. Jessica y Navalre fueron súbitamente conscientes de que estaban al descubierto cuando el dragón se volvió en su dirección; pero no había ningún lugar en el que ocultarse, por lo que se acurrucaron uno contra otro. Valian y los gullys trataron de hacerse invisibles tras un esmirriado árbol.

El dragón pasó justo por encima de sus cabezas, a pocos metros de distancia de la

copa del árbol, y todos sintieron el calor que irradiaba su cuerpo. Un rancio hedor a sulfuro y carne quemada les produjo arcadas, mientras el aire se llenaba de un penetrante olor a oro y acero calientes.

Pyrothraxus se ladeó y describió un círculo para regresar al norte, de donde había venido. Navalre soltó a Jessica; pero la mujer no hizo ningún gesto para levantarse del frío suelo de la loma y, con el rostro surcado de lágrimas, fijó en el cielo una mirada de incompreensión. Valian trepó a la cima y se acercó a ella.

—¿Creéis que el enano...? —preguntó el elfo.

Navalre se llevó un dedo a los labios, al tiempo que miraba significativamente a Jessica, y asintió. El elfo inclinó la cabeza y sus cabellos blancos le taparon la cara. Más abajo, los gullys, aún encogidos tras el árbol, gemían lastimeramente.

—Dragones —susurró Jessica.

Nadie tuvo valor para mirarla y ver el dolor que se le reflejaba en el rostro.

—Dragones —repitió en un ronco susurro. Lentamente se puso de pie y gritó—: ¡Mirad! ¡Dragones Plateados!

Tres dragones se alzaban rápidamente desde el valle, como flechas de plata disparadas por un arco. Dos desde la derecha y uno desde la izquierda se elevaron de modo certero hacia la forma cada vez más pequeña de Pyrothraxus. En el último momento el Rojo los vio y viró bruscamente. Los Plateados se cruzaron justo por debajo de él, gritando, con largas columnas de escarcha blanca que les brotaban de las bocas con las que pretendían helarle las alas. Pyrothraxus respondió con un glóbulo de fuego que manó de su nariz, pero era demasiado tarde y fue demasiado lento. Los Dragones Plateados, más pequeños, se alzaron por encima de él y se reunieron, flotando en el aire como si conferenciaran, mientras Pyrothraxus pugnaba por batir las alas más rápidamente.

Jessica gritó. Fue un verdadero grito de batalla que sorprendió a los demás. La dama desenvainó su espada y la blandió vigorosamente mientras ejecutaba una danza alocada. Navalre, e incluso Valian, se apartaron de ella.

—¡Matadlo! —azuzó a los Dragones Plateados.

En respuesta, los Plateados se zambulleron a la vez contra la testa del Rojo. Pyrothraxus echó la cabeza hacia atrás y prosiguió su pesado y lento vuelo hacia el norte, encorvado, como un águila acosada por simples urracas. Los Dragones Plateados continuaron zambulléndose y bombardeando la cabeza de Pyrothraxus hasta que se perdieron de vista. Jessica prosiguió su danza guerrera hasta que los dragones ya no fueron visibles en el cielo del anochecer y, entonces, se desplomó.



—¿Sabes dónde estás? —preguntó de pronto una voz desde la oscuridad.

Ayuy asintió, haciendo sonar sus cadenas; pero, entonces, recordó que probablemente no podían verle y respondió con un manso «sí».

—¿Sabes quién soy? —preguntó de nuevo la voz que resonó en el inmenso vacío de la cámara en la que el gully se encontraba.

Ayuy estaba encadenado por los tobillos, las muñecas, el cuello y la cintura a un bajo bloque de piedra. De vez en cuando, notaba que algo le correteaba por las piernas, pero la oscuridad le impedía ver nada. Tenía la impresión de que llevaba así muchos días.

—Mí no sé nada —replicó Ayuy.

Entonces, brilló una luz que iluminó una pequeña galería con un oscuro hueco en el fondo. Un ser estaba allí, de pie, mirando a Ayuy con su monstruoso ojo rojo. Era un draconiano, pero contrahecho y deformado por la magia que lo había creado. Un lado del rostro mostraba inquietantes rasgos, medio humanos medio reptilianos, pero el otro lado era una masa informe semejante a la cera fundida. En algunos lugares, el hueso desnudo le asomaba entre la carne deforme; mientras que, en otros, espeluznantes protuberancias óseas y córneas abultaban bajo la piel en formas fantásticas. Era como una pesadilla que hubiera adquirido vida.

—¡Mí no sé nada! —chilló Ayuy aterrorizado. El gully apartó la mirada y cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera conseguir que la espantosa visión se desvaneciera.

—Me llaman «El Primero» —dijo el draconiano—. Me llaman así porque soy el primogénito, el primero de mi especie que salió del huevo antes de que se perfeccionara la magia de nuestra transformación draconiana. La magia aún tenía defectos; y es por esto por lo que yo también tengo defectos; pero yo sobreviví mientras que mis hermanos tuvieron un final espantoso: murieron con los cuerpos retorcidos y las mentes destrozadas por su deformidad. Pero también soy más perfecto que los que vinieron después de mí; soy mucho más poderoso. Lo sé todo, de hecho, sé algo sobre ti, Ayuy Cocomur.

—Mí no Ayuy Cocomur. Coger gully equivocado —gritó Ayuy.

—Mientes —rió el draconiano—. Ambos lo sabemos. ¿Negarías tu propia identidad para salvar tu miserable pellejo? Claro que sí. Después de todo, no eres más que un enano gully.

—Mí no enano gully —repuso Ayuy, tratando que su voz sonara profunda y adusta—. Mí Enano de las Colinas. Tú zoquete; coger enano equivocado.

—¡Vamos, vamos! Basta ya de juegos estúpidos —dijo el draconiano, haciendo

gala de una magnánima paciencia—. Tú eres un enano gully, el gully al que mis sirvientes han perseguido por media isla de Sancrist. Los has tenido entretenidos durante una semana, y a mí me has hecho un gran favor porque necesitaban entrenarse.

Una puerta se abrió con estrépito, y Ayuy volvió la cabeza para ver quién entraba. Eran dos draconianos, uno portaba una antorcha y el otro empujaba una carretilla.

—No todos mis sirvientes son cazadores, o asesinos, según los humanos. Los hay que poseen otras habilidades. Por ejemplo, los baaz que acaban de entrar son maestros en el arte de la tortura.

—¿Por qué torturar a Ayuy? —preguntó el gully, levantando la vista—. Mí sólo un enano gully.

—Porque, querido Ayuy, quiero saber qué te dijo Gunthar antes de morir. Sabemos, por tu propia boca, que te dijo algo. —La luz en la galería se fue atenuando y al gully le pareció que la voz del deforme se bajaba flotando por el muro. Mientras tanto, los baaz estaban muy ocupados desplegando sus artilugios; Ayuy los contemplaba, temeroso, aunque no conocía su utilidad—. Estabas con lord Gunthar cuando murió y estoy convencido de que, siendo como era un comediante, te comunicó algún espantoso secreto con su último aliento de moribundo.

—¿Qué? —dijo Ayuy, totalmente desconcertado.

La deforme cara del draconiano se hizo de pronto visible junto a la luz de la antorcha de uno de los torturadores.

—¿Qué te susurró Gunthar al oído?, rata miserable. No trates de negarlo. ¿Qué te dijo?

La puerta volvió a abrirse estruendosamente y entró un hombre ataviado con un impecable uniforme azul de capitán. Los tacones de las botas tintinearón en el suelo de piedra mientras se dirigía a la mesa. Entonces se quitó su alto sombrero con plumas e hizo una reverencia.

—¿Y bien, general Zen? —preguntó el líder draconiano.

—El barco y su carga están intactos. Ahora mismo lo están descargando, y los prisioneros están ya en sus mazmorras —respondió el capitán.

—Mala suerte para ellos haber navegado demasiado cerca de esta isla. Buen trabajo, capitán —lo elogió el draconiano.

—Gracias, Gran Maestro Iulus —replicó el hombre, al tiempo que ejecutaba otra reverencia.

—Has adoptado una forma muy interesante.

—Ah, sí. El capitán era un hombre muy elegante —explicó Zen—. Volé al barco mientras pasaba por delante y, como suelo hacer, acabé con uno de los marineros que hacían la guardia, adopté su forma y arrojé el cadáver por la borda. Entonces, me dirigí al camarote del capitán, lo maté y adopté su forma. Después de esto fue un

juego de niños; ordené al timonel que pusiera rumbo al puerto del castillo, donde esperaban nuestros soldados. Tomamos el barco sin luchar.

—General Zen, tu eficiencia es un ejemplo para todos nosotros. Entrega algunos prisioneros del barco a los vigías wyvern para recompensarlos. Asegúrate de que el jefe de los carceleros los elige animosos; a los wyvern les encanta jugar con la cena —ordenó Iulus.

—Sí amo —respondió Zen e inclinó la cabeza para despedirse.

—Un momento, amigo mío —ronroneó Iulus—. Eso puede esperar. Primero abandona tu horrible forma humana, está poniendo nerviosos a los baaz.

El general Zen retrocedió unos pasos, cerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho. Su cuerpo empezó a cambiar; la nariz se alargó hasta convertirse en un hocico, los dedos se estrecharon transformándose en garras, en la lisa piel humana brotaron escamas plateadas y en hombros y espalda le nacieron grandes y poderosas alas. En pocos instantes había recobrado su forma natural de sivak. Ayuy se quedó boquiabierto.

—Ah, así está mejor —dijo Zen con una voz profunda y potente. Agitó las alas y se estiró como un gato que se despierta.

—Y, ahora, permíteme que te presente a nuestro invitado, que hacía tanto que esperábamos. General Zen, éste es el señor Ayuy Cocomur —dijo Iulus. El sivak bajó la mirada hacia el gully postrado en el suelo.

—Hola —saludó Ayuy.

—Tiene espíritu deportivo, ¿no crees? —comentó un regocijado Iulus—. Lo trajeron Jarj y el gazmoño de Shaeder. Jarj ha vuelto a demostrar su valía en este asunto, pero creo que deberíamos hacer algo para remediar la ostensible falta de sutileza de Shaeder.

—Estoy de acuerdo, milord —replicó Zen.

—Cuando llegaste, Ayuy estaba a punto de revelarme el secreto que le comunicó su amo antes de morir. Y también tiene que decirnos quién más lo conoce. Sabemos que, al menos, habló con una persona, con el ex clérigo de Chislev, Navalre Arcoris.

—Lo siento, milord —se disculpó Zen—Lo tenía justo delante de mí, con la hoguera de por medio. Él no sospechaba nada porque había adoptado la forma del vigilante que maté justo al anochecer. Si hubiera sabido que el clérigo también estaba implicado, lo hubiera silenciado entonces.

—Lo sé, amigo mío, y no te culpo —lo tranquilizó Iulus. Entonces se volvió y se arrodilló junto al gully; su hocico reptiliano rozaba la oreja de Ayuy—. La tortura es algo tan desagradable... —siseó—... pero tenemos que asegurarnos de que no mientes. Ahora, dime, ¿qué fue lo último que te susurró Gunthar esa aciaga tarde?

—¿Qué tarde? —inquirió Ayuy.

—No te hagas el tonto conmigo —gruñó el Gran Maestro—. Sabes perfectamente

de qué tarde te hablo.

—Sí —admitió el gully con voz chillona.

—¿Qué te dijo?

—El libro... Kalamán... Belle —confesó Ayuy.

—¡Deja de decir tonterías, idiota! Sólo consigues empeorar las cosas —le amenazó Iulus, señalándolo con una larga garra dorada.

—Dice a Liam, dice a nadie —continuó Ayuy.

—Amo, es inútil —dijo Zen—. Mátalo y acaba de una vez con esto. De este modo, sea cual sea el secreto, ya no podrá decírselo a nadie.

—Pero si Gunthar sospechaba algo y dijo algo a esta miserable criatura antes de morir, es posible que también hablara con otros. Esto podría desbaratar nuestros planes. Con lo que nos diga el gully decidiremos si seguimos adelante con cautela o con confianza.

—Entiendo, amo —dijo Zen, pero su voz dejaba traslucir cierta duda.

—No te resistas, es inútil. Tenemos modos, modos muy dolorosos, para hacerte hablar —dijo Iulus, fijando la mirada de su único ojo en Ayuy.

—Yo ya hablo. ¿Puedo marchar? —preguntó Ayuy.

—Desde luego, no le falta espíritu deportivo —rió Iulus. Entonces se irguió en toda su estatura, de más de dos metros, y ordenó a los torturadores baaz—: No seáis demasiado duros con él, pero aseguraos de que no oculta nada.

El Gran Maestro se volvió, cogió a Zen por el brazo y juntos abandonaron la cámara de tortura. Cuando la puerta ya se cerraba, un penetrante chillido rasgó la quietud de la noche.

\*\*\*

El aurak Iulus, Gran Maestro de Asesinos, dejó la copa de plata y aferró el borde de la mesa con sus garrudas manos. El único ojo se le puso en blanco.

—¡Este vino es soberbio! —gruñó extasiado—. Zen, realmente te has superado a ti mismo con la pesca de esta noche.

—No está mal —convino el sivak, mucho más reservado que su amo.

Iulus cogió el recipiente en su zarpa y la agitó, pensativo. Criados humanos, que llevaban collares de hierro, se afanaban en la sala, encendiendo candelas, recortando mechas y llevándose los platos de la cena. El Gran Maestro apuró el contenido de su copa sin dejar de mirar al sivak. El general Zen se limitaba a jugar con el vino, tomando pequeños sorbos de vez en cuando.

—¿Qué te preocupa, amigo mío? —le preguntó Iulus—. Te gustaría escuchar un poco de música con el vino.

Sin esperar respuesta, Iulus se volvió en la silla y levantó una tapa de bronce de

un tubo de metal que sobresalía de la pared. Del interior brotaron los débiles ecos de los gritos de los torturados.

—No, amo —suspiró Zen.

—¿Está sucia tu copa? ¡Haré que azoten al lavaplatos!

—El vino está bien —replicó Zen—. Éste es el problema. Nosotros bebemos los mejores caldos de Palanthas mientras que nuestros guerreros tienen que conformarse con cerveza aguada o con los brebajes que preparan ellos mismos. No me parece justo. Aún recuerdo los días en los que tú y yo comíamos el pellejo de los odres y carne de hobgoblins. Eso es lo que nos ha hecho lo que somos hoy: duros y fuertes.

Iulus asintió.

—¿Recuerdas cuando saqueamos Que-shu y redujimos Solace a cenizas? —preguntó Zen—. ¿Recuerdas cómo nos reíamos de lo opulentas que eran esas tierras y de lo mucho que merecían ser destruidas? Esto es lo que temo, que también nosotros somos cada vez más opulentos y merezcamos que nos destruyan. Este inquietante asunto del gully justifica mis temores.

—El gully no es nada. Pronto averiguaremos qué sabe, nos encargaremos de las personas a las que se lo contó y acabaremos de una vez con esto.

—Pero los caballeros... —protestó Zen.

—Muy pronto los Caballeros de Solamnia dejarán de ser un problema. Las cosas marchan muy bien. La Orden está acabada, y ni siquiera lo sabe.

Un criado entró en la sala y se acercó al Gran Maestro; se arrodilló junto a la mesa y le susurró algo que Zen no pudo oír. Iulus asintió, miró a su general y dijo:

—Hablando de caballeros, tenemos un visitante. —El criado se retiró apresuradamente.

Pocos momentos después la puerta volvió a abrirse y entró un caballero con el yelmo puesto y el visor echado para ocultar el rostro.

—¿Qué nuevas me traes? —inquirió Iulus.

—Pyrothraxus se ha retirado al Monte Noimporta —respondió el caballero con la voz amortiguada por el yelmo.

—¿Qué? —chilló Iulus. El lado de su cara retorcido y deformado se puso escarlata—. ¿Destruyó el castillo La Fronda y mató a los caballeros?

—El castillo ya no existe, pero el dragón se retiró sin poder asegurarse de que los caballeros y el clérigo de Chislev estaban dentro.

Iulus descargó un puñetazo en la mesa, y el grueso tablero de madera de roble se resquebrajó.

—Más nos valdría haber utilizado una bandada de Dragones Rojos —maldijo—. Al menos, a ellos podemos controlarlos.

—Pyrothraxus no permitirá que haya Rojos en Sancrist —objetó Zen.

—¿Idiota, crees que no lo sé? —gruñó Iulus.

Zen frunció el entrecejo por la reprimenda, pero no dijo nada. El Gran Maestro recuperó rápidamente el control de sus emociones.

—Bueno, no importa —dijo al fin—. Incluso si han escapado, no conseguirán llegar al castillo Uth Wistan antes de que se reúna el Consejo. Liam ha accedido a someter a voto la sucesión. Cuando lady Mirielle sea la comandante, los Caballeros de Solamnia estarán acabados.

—Pedirán que se envíe a alguien para rescatar al gully —intervino el caballero—. Todavía puede causarnos problemas, sería mejor matarlo ahora.

—Creo que sobrestimas la importancia de nuestro amiguito —repuso Iulus—. Lo eliminaremos cuando averigüemos su secreto. Mientras tanto, con Pyrothraxus amenazando la frontera, nunca se arriesgarán a enviar un contingente para rescatar a un gully.

—Muy bien —dijo el caballero—. Oh, por cierto, te he traído un pequeño regalo.

—¿De veras? ¿De qué se trata?

El caballero se quitó el yelmo y sacudió su melena morena.

—Algo llamado Gran Bulp, una esclava gully fugitiva. Se llama Mammamose. Ya estaría muerta, y me hubiera ahorrado muchas molestias, si no fuera por la incompetencia de tus soldados.

—Realmente hay que hacer algo con Shaeder —comentó Zen mientras indicaba a la dama que tomara asiento.

—Trae otra botella de este excelente vino —ordenó Iulus a uno de los criados.

—Trae dos —apostilló Alya, tras lo cual soltó una carcajada y arrojó a un lado su yelmo draconiano.

Un golpe en la puerta devolvió bruscamente a Liam a la realidad. Se había quedado adormilado y había soñado con cosas imposibles, mientras encima de su escritorio, del escritorio de Gunthar, descansaba el manuscrito que Liam había dejado, asqueado, tres semanas antes y no había vuelto a tocar. Desde la lectura del testamento pasaba casi cada día en el antiguo estudio de Gunthar, supuestamente corrigiendo y ordenando la Medida revisada. En realidad, se dedicaba a mirar por la ventana, a examinar los cuadros colgados de las paredes, a limpiarse las uñas o, simplemente, a dormir. Nunca se sentía con ánimos para empezar a organizar la obra suprema de Gunthar, su regalo de despedida a la Orden por el que siempre sería recordado. La Medida de Gunthar inspiraba más miedo a Liam que un enemigo mortal. Él, que había luchado contra dragones a miles de metros por encima del nivel del suelo, era incapaz de corregir la Medida por la enormidad de la tarea que representaba.

El primer tercio no sólo era legible sino también perfecto, la obra de una mente brillante. Gunthar había empezado a revisar la Medida poco después de la Guerra de la Lanza. Durante la guerra, la estricta y ciega observancia de la Medida casi había destruido la Orden, por lo que lord Gunthar consagró su vida a reformarla y convertirla en un compendio de directrices flexibles y redactadas en estilo fluido, en las que un caballero o una dama podrían inspirarse en cualquier situación imaginable. Gunthar había trabajado cuidadosa y diligentemente en esta obra durante los años transcurridos entre la Guerra de la Lanza y la Guerra de Caos.

Pero la muerte de su último hijo, superviviente en la Guerra de Caos, había causado estragos en la mente de Gunthar. Si antes su pensamiento había sido claro y conciso, a partir de entonces se limitaba a esbozar ideas sin completarlas. No todas ellas eran desechables, pero era preciso desarrollarlas y ampliarlas. Tras la muerte de su esposa, los escritos de Gunthar se habían hecho aún más confusos y había empezado a divagar, a mezclar sus reflexiones sobre la Medida con evocaciones del pasado y cavilaciones sobre la vida cotidiana. Emborrataba páginas y más páginas, y quizás al final garabateaba rápidamente una idea sobre el ceremonial. Había cartas inacabadas dirigidas a su esposa en las mismas hojas en las que figuraban indicaciones para los diversos tipos de batalla, y se repetía continuamente. Incluso descubrió en aquellos decepcionantes documentos, once variaciones sobre la disposición de los centinelas en un terreno montañoso. Después de eso, apartó asqueado la Medida revisada y ya no la había vuelto a tocar.

«Mañana —se decía Liam cada día—, empezaré mañana. ¿Qué importa un día más? Primero tengo que poner en orden mis pensamientos».

Preocupado como estaba por la Medida, Liam había accedido de mala gana a ceder temporalmente el mando de la Orden a Tohr Malen y tenía que admitir que el caballero negro se manejaba admirablemente. Por sus dotes de mando y su poderosa personalidad, Malen ya se había ganado a muchos caballeros solámnicos. Su carisma y magnetismo hacían olvidar que en el pasado había dedicado su vida a la causa del Mal. Mientras Liam se hundía en una depresión, Tohr Malen estaba convirtiendo a los Honorables Caballeros de Sancrist en un poderoso y bien organizado cuerpo de guerreros; insuflaba nueva vida y energía a hombres y mujeres hastiados de inactividad. Liam sentía que estaba perdiendo autoridad y control.

Por esa razón había convocado el Gran Consejo, para forzar una votación antes de que todos tomaran partido por Tohr Malen.

El golpe en la puerta devolvió a Liam a la realidad de que era la hora de bajar y encararse a la asamblea. El caballero se puso lentamente de pie, mientras el paje aporreaba, impaciente, la puerta. Después de colgarse la espada en el talabarte, se pasó nervioso la mano por sus rizos entrecanos, se dirigió a la puerta y la abrió.

—Disculpad, milord —dijo el paje haciendo una reverencia—. El Consejo está listo.

Liam respiró hondo y asintió. El paje empezó a avanzar por el corredor y el caballero lo siguió con la cabeza alta y la mirada serena, como si se dirigiera a la que podía ser su última batalla.

Llegaron a una puerta en forma de arco justo cuando la campana tocaba mediodía y señalaba el cambio de la guardia.

—Qué apropiado —musitó Liam. El paje abrió la puerta y se apartó para dejar pasar al caballero, que tuvo que agacharse.

Liam se encontró en una antecámara en la que esperaban varios caballeros de renombre, como la Suma Sacerdotisa Meredith Valrecodo, que le sonreía con simpatía, y lord Quintan Estafermo, que evitó mirarlo. «De modo que Quintan se ha pasado al otro bando», pensó Liam.

El extraño y distante Caballero de la Espina, Trevalyn Kesper, rumiaba, solo, en un rincón, mientras que Tohr Malen paseaba nervioso por la diminuta sala. Al entrar Liam, Tohr sonrió y se acercó a él con la mano tendida.

—Sir Liam, sólo quiero decir que, sea cual sea el resultado de la votación, yo no os considero mi adversario. De hecho, confío en que un día podamos ser amigos —dijo mientras estrechaba la mano de Liam con fuerza.

—Lo mismo digo —respondió Liam cortésmente—. Asimismo dejaré a un lado mis sentimientos personales y acataré la legítima decisión del Consejo.

Una alta puerta situada enfrente de la de entrada se abrió con un crujido, sir Elinghad Bosant asomó la cabeza y susurró:

—Damas, caballeros, cuando gusten.



Liam asintió para indicar que estaba preparado y sir Elinghad miró a lord Tohr buscando su confirmación. «También Elinghad —pensó Liam tristemente—. ¿Y cuántos más?». Tohr asintió y el joven caballero retrocedió.

—Honorables Damas y Caballeros de Sancrist —dijo Elinghad con voz alta y contundente—. En pie para saludar al Primer Jurista, sir Liam Ehrling, sir Tohr Malen y sir Trevalyn Kesper —fue anunciando a medida que entraban en la capilla.

Era el mismo lugar en el que se habían celebrado los funerales por Gunthar; aunque, frente al altar, se había colocado una mesa y seis sillas. En el centro de una mesa había una vasija de arcilla llena de pequeños discos de cerámica circulares, la mayoría de los cuales eran blancos aunque uno negro sobresalía por arriba. Los cinco líderes de los caballeros tomaron asiento detrás de la mesa, de cara a la congregación formada por cualquier dama o caballero que quisiera asistir. La sexta silla, la reservada al representante de los Caballeros del Lirio, estaba vacía. Liam miró alrededor, pero nadie se ofreció a ocuparla.

Finalmente, entraron los lores caballeros, como los jurados de un juicio. Cuando todos hubieron tomado asiento, Liam se levantó y dijo:

—¿Dónde está lady Alya Hojaestrella, representante de los Caballeros del Lirio?

—Según nuestras informaciones llegará antes de una hora —respondió Tohr—. Mientras tanto, creo que podríamos empezar con los preliminares.

—Sí, bueno... —masculló Liam. Entonces carraspeó y dijo en tono monótono y desinteresado, al tiempo que ordenaba unos papeles sobre la mesa—: Honorables Damas y Caballeros de Sancrist, declaro abierto este Gran Consejo.

»Como ya sabéis, éste es el primer Gran Consejo de los Honorables Caballeros de Sancrist, por lo que trataré de explicar los cambios en las normas que algunos de vosotros ya conocéis. —Liam siguió hablando monótonamente un rato, y los asistentes empezaron a moverse nerviosos en sus asientos.

»En vista de que no hay noticias ni anuncios —dijo por fin—, podemos empezar con la razón de que hayamos convocado el Consejo. Hoy estamos aquí reunidos para elegir al primer Gran Maestro de los Honorables Caballeros de Sancrist. Puesto que aún no podemos aplicar la Medida revisada por lord Gunthar, mis compañeros y yo nos hemos puesto de acuerdo sobre un procedimiento justo para todos. ¿Hay alguna objeción? —Nadie dijo nada, por lo que prosiguió—: Primero, presentación de candidatos al puesto.

Lady Meredith se puso en pie y anunció en tono desafiante:

—Propongo a sir Liam Ehrling.

—Gracias, lady Meredith —dijo Liam—. ¿Alguien la segunda? —El Primer Jurista miró a Quintan, pero el líder de los Caballeros de Corona tenía la vista fija al frente y un rostro inexpresivo.

—¡Yo la secundo! —gritó uno de los presentes.

—La candidatura ha sido secundada —proclamó Liam, afectado por la deserción de sus antiguos incondicionales—. ¿Más candidaturas?

—Propongo a lady Mirielle —dijo lord Tohr.

—Y yo lo secundo —añadió Trevalyn antes de que Liam tuviera tiempo de preguntar.

—Lady Mirielle ha sido propuesta y secundada —dijo Liam ceñudo—. ¿Hay más candidatos?

Silencio en la capilla.

—Declaro las candidaturas cerradas —dijo Liam—. Ahora procederemos a la votación de la siguiente manera: cada miembro de este consejo de presidencia, formado por seis caballeros, emitirá un voto. Después se hará un sorteo entre las damas y los caballeros asistentes, y seis de ellos también podrán votar. Si la primera votación acaba en empate, se decidirá a suertes un séptimo votante para que emita el último y decisivo voto.

»No obstante, en vista de que lady Alya aún no ha llegado, creo que sería conveniente hacer un receso.

—Quizá podríamos empezar con el sorteo de los seis votos —propuso Tohr.

—Sí —accedió Liam de mala gana—, es una buena idea —y añadió dirigiéndose a la primera fila de caballeros—: Que todo el mundo se acerque y desfile ante la mesa. Al llegar al centro, volved la cabeza y sacad un solo disco de la vasija. Confiamos en que, por vuestro honor, no miraréis. Sólo votarán los que saquen un disco negro.

Las damas y los caballeros de la primera hilera se levantaron y desfilaron solemnemente hasta el centro del pasillo.

Uno a uno, fueron pasando frente a la mesa, se detuvieron y sacaron un disco de la vasija. Algunos escondieron el color que habían sacado, otros lo mostraron con alivio o consternación. Pronto ya no quedaron discos en la vasija y el último caballero regresó a su sitio, pero Alya aún no había llegado. Tohr se levantó, se aclaró la garganta y dijo:

—Esta mañana he recibido la información de que una dama venía hacía aquí desde el castillo La Fronda y se la espera en cualquier momento. Hasta entonces, creo que deberíamos proseguir. Si, finalmente, su voto es decisivo, esperaremos a que llegue.

—Sí —convino Liam tras reflexionar brevemente—, creo que es mejor seguir adelante. Hay una última cuestión: yo, como candidato, no puedo votar, pero tengo el derecho de delegar el voto.

El Primer Jurista miró a su alrededor. Estaba a punto de jugar su mejor carta y esperaba que la confianza que iba a depositar en una determinada persona influyera en su voto y en el de otros.

—Elijo a sir Elinghad Bosant —declaró finalmente.

—¡Liam! —susurró Meredith—. Elinghad me ha expresado en privado la gran admiración que siente por lady Mirielle.

—Sir Elinghad es un caballero con un gran sentido del honor, y estoy seguro de que tomará la decisión correcta —replicó Liam en voz lo suficientemente alta para que todo el mundo la oyera.

Elinghad lo agradeció con una solemne inclinación de cabeza.

—¡En pie las damas y los caballeros con discos negros! —ordenó Elinghad.

Seis caballeros, distribuidos al azar por la capilla, se levantaron. Con una chispa de esperanza, Liam reparó en que sólo uno era un Caballero de Takhisis.

—¿Sir Trevalyn Kesper, cuál es vuestro voto? —preguntó Liam.

—Voto por lady Mirielle, por supuesto —rió el Túnica Gris.

—Lady Mirielle —afirmó Tohr.

Meredith se puso de pie para emitir su voto:

—¡Sir Liam Ehrling!

—Lady Mirielle —dijo Quintan, sentado y evitando mirar a sus compañeros.

Era el turno de los seis caballeros que habían sacado discos negros.

—Sir Liam Ehrling —declaró el primero, un Caballero de la Rosa.

—Lady Mirielle —dijo el siguiente, un Caballero de la Corona, guiándose por el voto de su líder.

—Lady Mirielle.

—Lady Mirielle.

A Liam se la cayó el alma a los pies al escuchar cómo sus caballeros votaban en su contra.

—Sir Liam Ehrling.

Para sorpresa de todos, el Caballero de Takhisis había votado por sir Liam. Un murmullo recorrió la sala. Liam contó los votos, suspiró y miró tristemente a sir Elinghad.

Elinghad también contó los votos y al volverse hacia la mesa el sudor perlaba su altiva frente.

—Voto por lady Mirielle —dijo al fin—. Lo siento, milord.

Liam asintió y sonrió débilmente.

—Bueno, parece que, después de todo, no necesitamos el voto de lady Alya —comentó Tohr.

—Así parece —corroboró Liam con un suspiro.

El Primer Jurista indicó con un gesto a un paje que recogiera los discos blancos y negros y los devolviera a la vasija. Todos permanecían en silencio, aunque el resultado de la votación nunca había sido realmente dudoso. Durante las semanas transcurridas desde el funeral, Tohr había sabido ganarse tanto a los veteranos como a

los caballeros recién ingresados en la Orden. Sus relatos de las acciones llevadas a cabo por las damas y caballeros que servían a las órdenes de lady Mirielle habían hecho latir con más fuerza sus corazones solámnicos. En ella no veían a una antigua servidora del Mal, sino una brillante mente militar que les ofrecía un futuro glorioso. Se había acabado el esperar. Tohr les había prometido que, cuando las fuerzas estuvieran consolidadas, declararían inmediatamente la guerra a los dragones llegados del otro lado del mar, es decir a Pyrothraxus y los de su ralea. Pocos caballeros podían resistirse a aquello.

No obstante, la mayoría era consciente de que con esa votación se sellaba el fin de los Caballeros de Solamnia. El final había llegado con demasiada rapidez y facilidad, y se echaba de menos un poco más de pompa y ceremonia. Pero el Consejo terminó bruscamente y sin ceremonias cuando Tohr se puso de pie y dijo con una sonrisa que a duras penas podía disimular:

—Bueno, supongo que esto es todo —y añadió dirigiéndose a Elinghad—: Cuando lady Alya llegue, que se presente ante mí de inmediato.

El Caballero de la Espada, agradecido por la oportunidad de abandonar la sala, inclinó la cabeza y se marchó.

Justo entonces, se abrieron de golpe las puertas del fondo de la sala y un agotado caballero cubierto de polvo del camino entró en la capilla.

—Lady Alya no vendrá —anunció.

El caballero se detuvo frente a la mesa y se quitó el yelmo.

—¡Sir Valian! —exclamó Tohr sorprendido—. Creía que estabais en Xenos, inspeccionando nuestras fortificaciones. Envié un mensajero para comunicároslo.

—No he estado en Xenos —replicó Valian—. Pyrothraxus ha cruzado la frontera y ha atacado La Fronda —anunció.

La capilla estalló en gritos. Sir Liam se puso de pie y golpeó la mesa con el extremo de la daga hasta que los ánimos se calmaron.

—Caballero, por favor, decidnos. ¿Cuándo ocurrió? —inquirió.

—Hace dos... no, tres días, creo. He cabalgado sin descanso y los días se confunden —contestó el elfo oscuro—. Nos dirigíamos hacia aquí cuando el mensajero nos interceptó en el camino con nuevas del Gran Consejo. Cuando las oí, me monté en el caballo más fresco y cabalgué tan rápido como pude; pero, imagino que los demás no tardarán mucho.

—¿Por qué no vendrá Alya? —quiso saber Tohr.

—Ella no estaba con nosotros. Ha partido hacia el norte en busca de la fortaleza draconiana —replicó Valian—. Nuevamente se alzó un griterío en la capilla y Liam golpeó la mesa con la daga, pero Tohr no esperó que los demás se calmaran.

—¡Draconianos! —gritó—. Explicaos. ¿Quiénes son los demás?

—Un antiguo clérigo de Chislev, dos enanos gullys, uno de los sabuesos de Gunthar, un Enano de las Colinas y lady Jessica —enumeró el elfo.

—Es realmente insólito —dijo Liam—. Quizá deberíais empezar por el principio.

Valian se puso en pie ante la asamblea de caballeros y pasó a relatar lo acaecido en los últimos días. Les relató quién era Navalre Arcoris y lo que Ayuy le había revelado: que los draconianos habían participado en la muerte de Gunthar. Llegado a ese punto, la concurrencia estalló de nuevo. Algunos se enfadaron por la acusación y otros se enfurecieron porque les pedían que dieran crédito a los cuentos que alguien decía que le había contado un gully. Tohr ordenó que despejaran la capilla, pese a las vigorosas protestas de los expulsados. Durante un rato, se siguió oyendo un airado murmullo al otro lado de las paredes.

Dentro, Valian continuó su historia, esta vez sin interrupciones:

—Seguimos el rastro de los gullys y pronto reparamos en otras huellas que se superponían a las de los enanos. Eran huellas de draconiano, de un kapak, estoy casi completamente seguro.

—¿Cómo podéis estarlo? —inquirió Quintan, pero Valian hizo caso omiso.

—Al aproximarnos a un barranco aparecieron más señales de draconiano, éstas de un bozak mago. Las seguimos hasta una pared de roca donde una puerta secreta de

origen desconocido, tal como nos aseguró el Enano de las Colinas que nos acompañaba, permitía acceder a un pasadizo que probablemente atravesaba la mole de roca. En cualquier caso, ése era el camino que habían tomado las huellas, y las seguimos.

»Al otro lado encontramos una ciudad gully situada en una gran cuenca entre las montañas, aislada del mundo exterior. La tierra se veía reseca, lo que indica que ni siquiera la lluvia llega allí a menudo. Tan pronto como vimos la ciudad, supimos que los draconianos se nos habían adelantado porque algunas viviendas estaban destruidas y los gullys se habían dispersado. Entonces, encontramos a los dos compañeros que acompañaron a Ayuy en su huida tras la muerte de Gunthar, y ellos nos confirmaron lo que el clérigo de Chislev ya nos había dicho.

»También conocimos a la líder de los gullys, que nos habló de una fortaleza draconiana situada en algún lugar de la costa septentrional de Sancrist. Al oírlo, lady Alya nos ordenó que regresáramos para avisaros, mientras que ella iría sola a reconocer la fortaleza.

—Extraña decisión —comentó Liam—. Tú, como elfo, habrías sido mejor explorador.

—Lady Alya sabe arreglárselas perfectamente —intervino Tohr—. Si creyó que Valian era necesario aquí, seguro que no dudó en asumir la misión más peligrosa.

Liam asintió, aunque no parecía convencido.

—En cualquier caso, aún no nos habéis dicho nada de Pyrothraxus —dijo a Valian.

—Sí. Bien, regresamos como nos ordenó Alya, pese a mis objeciones —continuó Valian, y Tohr enarcó las cejas, sorprendido ante la admisión del elfo—. Empezamos el regreso a La Fronda a marchas forzadas, pero no se puede recorrer tanta distancia en un solo día. Acampamos y durante toda la noche estallaron tormentas en las cimas de las montañas que rodeaban el valle. Parecía una batalla de gigantes y el valle estaba iluminado como si fuera de día. Nuestro refugio apenas podía protegernos. A la mañana siguiente nos encontramos el camino cortado por un arroyo que las lluvias habían convertido en un impetuoso torrente. Nos pasamos todo el día buscando un paso y, probablemente, ese retraso nos salvó la vida.

—Qué suerte —comentó Trevalyn.

—¿Y cómo sabéis que era Pyrothraxus? —preguntó Quintan—. ¿Lo habíais visto antes?

—No, pero he visto muchos Rojos a lo largo de mi vida y éste era más grande. Sus alas parecían cubrir todo el horizonte y tapar el sol, y cuando lanzaba su aliento... —El elfo se estremeció—. Nunca había visto una destrucción tal. La torre norte se derritió como una vela y la piedra fundida se derramó como si fuera cera. Luego, el dragón se fijó en las cuerdas, donde los caballos gritaban de terror por las

llamas. Después de arrancar el tejado fue cogiendo nuestros caballos uno a uno, como pastelillos, y se los comió.

Valian se tambaleó y tuvo que agarrarse a la mesa para no caer.

—Lo siento —susurró.

—Estáis exhausto —dijo Meredith—. Pediremos comida y vino. Tenéis que descansar.

—Un momento —replicó el elfo—. Tengo que acabar de contar la historia. Desde lejos, contemplamos cómo el dragón arrasaba el castillo; lo que no aplastaba, lo incineraba con su abrasador aliento.

»Lady Jessica estaba destrozada, porque para ella el castillo era su hogar y no podía soportar verlo destruido. Además, antes de descender a la cuenca donde viven los gullys habíamos enviado de vuelta al castillo al criado de Jessica, un Enano de las Colinas, y a la perra de caza de Gunthar para que esperaran nuestro regreso; Jessica temía que el dragón los hubiera matado y que yacieran sepultados bajo toneladas de escombros o abrasados por el fuego del dragón. Podéis imaginaros nuestra sorpresa cuando vimos aparecer al enano, chamuscado y magullado, pero vivo, y con él a *Milisant*. Se habían metido en un refugio justo cuando el dragón incendió el castillo.

»Después de destruir La Fronda, el dragón se dispuso a marcharse. Empezó a batir sus enormes alas, causando remolinos de chispas y cenizas calientes en el bosque. Entonces, vimos acercarse por el sur...

Liam se levantó de la silla y alzó una mano para conminar al elfo al silencio.

—Estáis cansado, sir Valian. Decidnos en pocas palabras lo que sucedió después de que dejarais el castillo, para que podamos tomar alguna decisión. —Algunos de los demás caballeros le lanzaron miradas interrogativas, pero el Primer Jurista hizo caso omiso.

—Anduvimos hasta que encontramos un pueblo —prosiguió Valian después de encogerse de hombros—, y los aldeanos nos dieron caballos. Pese a que no habían visto al dragón, sí habían percibido el peligro y muchos de ellos habían emprendido la huida hacia el sur, lejos de las tierras de Pyrothraxus. Nos cruzamos con muchos fugitivos en el camino. Al aproximarnos al castillo Uth Wistan nos enteramos de la votación que iba a celebrarse hoy, por lo que yo me adelanté para llegar lo antes posible. No obstante, mi caballo está más acostumbrado a tirar del arado que a cabalgar. Creo que Jessica y los demás llegarán antes del anochecer.

Dicho eso, Valian avanzó, tambaleante, hacia la silla desocupada, al lado de Trevalyn y se dejó caer en ella. Entonces apoyó la cabeza en los brazos y el Caballero de la Espina lo miró con mal disimulado desdén. Mientras, todos parecían reflexionar sobre lo que acababan de escuchar. Quintan miraba por la ventana y su redondo rostro mostraba arrugas de preocupación; Meredith posaba los ojos ora en uno ora en otro, como si esperara buscar alguna pista en las caras de los caballeros; Liam jugueteaba

con el pomo de su daga, ceñudo; Tohr contemplaba el techo, recostado en el respaldo de la silla; y Trevalyn Kesper bostezaba.

—Yo diría que sólo podemos hacer una cosa —dijo Meredith, rompiendo el silencio—. Debemos ir al norte. Aunque no logremos nada más, hemos de rescatar a ese pobre gully.

—Dudo seriamente que siga vivo —masculló Quintan.

—¡Eso da igual!

—Creo que no veis la auténtica amenaza —intervino Tohr impaciente—. Si vosotros, los solámnicos, os encontrarais en el filo de una navaja, os dedicaríais a discutir sobre el color del cielo.

—¿Qué habéis dicho? —inquirió Meredith sorprendida—. ¿Nosotros los solámnicos?

—Ya me habéis oído —gruñó el Caballero de Takhisis. Por primera vez desde que lo conocían, su fachada se había derrumbado. El caballero se levantó, apretó los puños contra los costados y agregó—: El auténtico peligro no es la fortaleza draconiana, si es que existe.

Al oír aquellas palabras, Valian alzó la cabeza y miró a su líder con curiosidad.

—El auténtico peligro es Pyrothraxus —prosiguió Tohr—. Si nos sorprende sin la cuestión del liderato resuelta, será como si le abriéramos las puertas del castillo y lo invitáramos a entrar.

—Pyrothraxus no representa ninguna amenaza para el castillo Uth Wistan, no todavía —repuso Liam.

—¿Cómo podéis decir algo así? —bramó Tohr—. Sois aún más tonto que... —El hombre se detuvo y se tragó lo que iba a decir.

—Pyrothraxus no ha cruzado la frontera para atacar un castillo al azar. La destrucción de La Fronda tenía un propósito concreto, detener a Valian y a su grupo. Supongo que creyó que estaban allí y que así los mataría, pero no sabía que la tormenta los había retrasado —arguyó Liam—. Cuando esté preparado para enfrentarse con nosotros, vendrá aquí, entonces sí, y atacará el corazón de la Orden. De modo que, ¿por qué amenaza puestos avanzados que no tienen ninguna importancia?

—¿Quién puede leer las mentes de estos nuevos dragones? —replicó Tohr—. Después de todo, atacó el Monte Noimporta sin previo aviso. No nos queda más remedio que suponer que esto es el principio de un ataque a gran escala, quién sabe si con el respaldo de un ejército de draconianos. ¿Habéis pensado en esa posibilidad?

—¡Draconianos! —exclamó Meredith—. Siempre volvemos sobre los draconianos. Si poseen un ejército tan formidable, ¿por qué se molestan en asesinar a lord Gunthar y después huyen para ocultarlo? ¿Por qué persiguen a un pobre gully estúpido por todo Sancrist? Me parece absurdo.



—Pues a mí no —replicó Tohr—. Razón de más para asumir con firmeza el control de la nueva Orden. De otro modo, se creará el caos y seremos vulnerables.

—¿He oído bien? ¿Es lady Mirielle la nueva Gran Maestre? —intervino Valian.

—Bueno, oficialmente no. Lady Alya aún tiene que votar en nombre de los Caballeros del Lirio, pero es una mera formalidad —respondió Quintan—. Ya tiene votos suficientes.

—Pero, hasta que Alya emita su voto, no puede haber proclamación oficial. Alguien podría cambiar de opinión. Sir Valian es el siguiente miembro en el rango de los Caballeros de Lirio; él podría votar en su lugar y así acabaríamos de una vez con esto —sugirió Tohr.

Pero Valian meneó la cabeza; su naturaleza elfa le impedía tomar una decisión precipitada.

—Necesito tiempo para reflexionar. No esperaba tener que emitir un voto tan trascendental y, además, aún no he tomado una decisión.

—¿De qué decisión habláis? —gruñó Tohr—. Vuestro voto no tiene ninguna importancia, sólo es una mera formalidad.

—Entonces no importará que tenga un día para pensar. Necesito tiempo para reflexionar —objetó Valian. Pese a que su voz sonaba serena, los ojos le relampagueaban.

—Tenéis veinticuatro horas —le concedió Liam—. No podemos esperar más de un día, tanto si Tohr tiene razón respecto a Pyrothraxus como si se equivoca. Debemos convocar al Consejo de la Piedra Blanca para anunciar la decisión.

Todos se levantaron para irse. Una puerta se abrió y por ella apareció un paje, esperando órdenes.

—No hemos tomado ninguna decisión —dijo Tohr—. Sir Valian emitirá el voto decisivo mañana en la Explanada de la Piedra Blanca. Haz correr la voz.

El paje se volvió para marcharse, pero Liam lo detuvo con una orden adicional:

—Cuando lady Jessica y su grupo lleguen, conducidla inmediatamente a mis aposentos, mientras los demás se refrescan. Avisa a los mozos de cuadra que preparen cena para un perro y dos enanos gullys.

El paje inclinó la cabeza y se marchó apresuradamente.

Los caballeros se dispusieron a levantar la sesión. Valian se marchó echando una última mirada a Tohr. Al pasar por su lado éste le susurró: «No seáis estúpido», pero el elfo guardó silencio.

Valian Escu paseaba por las almenas del castillo Uth Wistan en la oscura noche de Sancrist. Por suerte no estaba de guardia, ya que un ejército de goblins habría podido asaltar la muralla y él ni siquiera se hubiera enterado. Su mente estaba en otra parte, recorriendo los maravillosos bosques de su niñez elfa. Valian había nacido en Silvanesti y allí había muerto cuando lo desterraron de la luz. Desde ese momento, ningún elfo de Krynn podía hablarle, ni siquiera reconocer su existencia; sus padres se referían a él como si de un difunto se tratara.

En el alcázar de las Tormentas, cuna de los Caballeros de Takhisis, había renacido. Con ellos había encontrado la familia y el sentimiento de pertenencia que tanto anhelaba. No obstante, los caballeros no lo habían aceptado completamente, y en ese momento le parecía que todo lo que tanto había luchado por conseguir no era más que una mentira, un engaño cuidadosamente preparado. ¿Dónde estaba el tan cacareado honor de los Caballeros de Takhisis? Yacía encerrado en una mazmorra draconiana, encarnado en la figura de un enano gully.

¿Qué era lo primero que lo había alertado? ¿Tal vez la sorprendente decisión de lady Mirielle de unirse a los Caballeros de Solamnia, sus más acérrimos enemigos? ¿O quizá fue más tarde, en La Fronda, cuando Alya se empeñó en negar la presencia de draconianos en la isla de Sancrist? ¿O fue una extraña coincidencia que Pyrothraxus atacara La Fronda y rompiera así la inestable paz no declarada?

Y también estaba lord Tohr, asimismo empeñado en negar la existencia de la fortaleza draconiana, y la presión que había ejercido para terminar con la votación para elegir al líder de la nueva Orden. Sir Liam tenía razón, Pyrothraxus no representaba una amenaza real; el dragón había sido enviado para destruir a Jessica, al clérigo y a él mismo.

Mientras reflexionaba sobre esos asuntos, Valian recorrió todas las almenas del castillo pasando por encima de la puerta de entrada del patio interior, en el que Ayuy vivía, y por el lugar en el que Gunthar y Tohr se habían encontrado la primera noche, que ahora parecía tan lejana. El elfo continuó su paseo con la cabeza gacha y las manos enlazadas a la espalda.

Se detuvo bruscamente al oír una voz familiar muy cerca de las habitaciones de lord Tohr. A la luz de la antorcha que ardía en el patio vio una ventana abierta pese a que la noche era muy fría. Las oscuras cortinas impedían que la luz se filtrara. Era Tohr quien hablaba.

—¿Estáis seguro de que funcionará? —preguntaba a alguien.

Valian se arrimó a la ventana para escuchar mejor.

—Pues claro, milord. Esta poción fue creada antes de la Guerra de Caos. No os

preocupéis, una vez que su magia os rodee, ningún humano de Krynn podrá resistirse a vuestros encantos. Todos harán lo que vos deseéis —respondió otra voz, la de Trevalyn.

De improviso, Valian apartó a un lado las cortinas y entró en la habitación.

—¿Y también funciona con los elfos? —inquirió. El Caballero de la Espina estuvo a punto de caerse de espaldas por la sorpresa, pero el rostro de lord Tohr permaneció calmado, como si lo hubiera estado esperando. El caballero negro sostenía en su mano surcada por cicatrices una diminuta ampolla de vidrio llena de un fluido rojo.

—Me alegro de que hayáis venido, Valian —saludó al elfo en tono cortés mientras dejaba la ampolla en el escritorio que tenía delante—. Quería hablar con vos para ponerlos al día de nuestra situación aquí.

—Si yo planeara usurpar el poder de los solámnicos en su propio castillo, al menos tendría la precaución de cerrar la ventana —se mofó Valian.

—Un descuido —replicó Tohr—. Hemos sido muy descuidados. Trevalyn, por favor, cerrad esa ventana para evitar más invitados inesperados.

El Caballero de la Espina se metió tras la cortina y cerró la ventana de golpe. Luego, regresó al lado de Tohr con las manos embutidas en las mangas de su túnica gris.

—De modo que éste ha sido el plan desde el principio —afirmó Valian.

—De hecho, no. Nosotros creíamos que Liam sería elegido Gran Maestro. Por esta razón lady Mirielle no vino en persona. Pensamos que tardaríamos años en llevar a cabo nuestros planes y colocar el cetro en manos de uno de los nuestros. ¿Pero ahora? —Tohr se encogió de hombros—. Ha resultado sorprendentemente fácil ganarme a sus propios hombres. Todo lo que puedo decir es que Liam tuvo su oportunidad y perdió en una votación justa.

—Os olvidáis del asesinato de Gunthar —espetó el elfo—. Ahora conseguimos mediante el asesinato y la falsedad lo que no podemos ganar luchando. ¿Por qué no fui informado?

—Ya conocéis la respuesta a esa pregunta. Vivimos en un mundo que funciona por la política, amigo mío. Los héroes ya no alcanzan la gloria a lomos de Dragones Plateados, sino que se abren paso por las trincheras de las palabras, tomando lo que pueden y contando todas las pequeñas victorias, sin importar cómo se ganan.

—¿Incluso las victorias sin honor? —indagó Valian.

—El honor vendrá más tarde —explicó Tohr—. Sed realista, Valian. Los Caballeros de Solamnia están acabados; nunca comprendieron la gran verdad que lord Ariakan captó desde el principio: los guerreros necesitan guerras. Los solámnicos se han destruido a sí mismos en la paz. Podríamos vencerlos en el campo de batalla; sí, pero ¿a qué coste? ¿Cuántas vidas salvaremos derrotándolos con

nuestros métodos?

—Lamento decepcionaros, milord, pero aún no habéis ganado —dijo Valian—. Ahora conozco vuestro secreto.

—Si realmente pretendéis frustrar nuestros planes, no deberíais cometer el error de pregonarlo aquí esta noche —replicó Tohr con una sonrisa de lobo.

—Os ofrezco una salida, una salida honorable. Pedid otra votación y esta vez no propongáis a lady Mirielle. Gunthar tenía razón; es mejor que trabajemos juntos en vez de unos contra otros —urgió Valian—. Esto nos haría más fuertes, más grandes, más nobles.

—Y ¿qué ocurre con nuestra reina? ¿Qué pasa con Takhisis? —siseó Trevalyn.

—Takhisis está muerta —repuso Valian secamente—. Murió ese día en la Torre del Sumo Sacerdote, cuando lord Ariakan invocó su nombre en vano.

—Takhisis no murió, sólo se puso a salvo de la furia de Chaos. Un día volverá —proclamó el Caballero de la Espina.

—No importa. No podemos esperar su regreso —repuso Valian—. Lo mejor que podemos hacer ahora es unir las dos Órdenes.

—Amigo mío, para ser elfo sois realmente ingenuo —rió Tohr—. El sueño de Gunthar era absorber la Orden de los Caballeros de Takhisis sin necesidad de batallar. Fue Gunthar quien envió la carta a lady Mirielle, fue Gunthar quien propuso que uniéramos las dos Órdenes. Desde luego, ya habíamos enviado draconianos a esta isla para contar con un punto de apoyo y también los enviamos a negociar con Pyrothraxus. De ese modo nos evitábamos tener que combatirlo, como los solámnicos. El hundimiento del *Donkaren* nos enseñó que los tratados con él no son más que papel mojado.

»La carta de Gunthar nos cogió a todos por sorpresa. ¿No os habéis dado cuenta de que en eso radicó la genialidad de Gunthar? Él habría sido el Gran Maestro de la nueva Orden y la habría dirigido a su antojo. La Orden de los Caballeros de Takhisis habría desaparecido, mientras que los Caballeros de Solamnia pervivían bajo otro nombre. Todo lo que hemos hecho ha sido cambiar las tornas.

—No todavía —objetó Valian—. No funcionará. Yo lo impediré.

—No sois consciente de lo precaria que es vuestra situación —afirmó Tohr.

—Mi posición siempre ha sido precaria —replicó el elfo.

—¿Creéis que sois un héroe, que vais a salvar a la Orden, como Sturm Brightblade? —le espetó Tohr en tono de mofa. La voz se le hizo más siniestra al tiempo que la cara se le distorsionaba en un gruñido—: Los muertos no se convierten en héroes.

Valian reaccionó con rapidez y agilidad y antes de que Tohr pudiera pedir ayuda, el elfo ya había desenvainado la espada y la apuntaba al corazón de su amo, listo para atravesarlo.

Tohr se quedó helado. Trevalyn, a su lado, se estremeció del susto o de ira. Tohr trató de hablar con calma, pero sin éxito: su voz temblaba de miedo.

—No iréis a matar a un hombre desarmado.

—¿Dónde tenéis la espada? —gruñó Valian entre dientes.

—No necesito espada —contestó Tohr—. ¡Tengo un escudo!

Súbitamente, agarró a Trevalyn por la manga y lo lanzó contra el elfo oscuro. El caballero vestido de gris soltó un agudo chillido de sorpresa cuando la espada de Valian se deslizó entre sus costillas.

—Trae mala suerte... matar a... un mago —boqueó Trevalyn al tiempo que asía la espada. La sangre le salpicó los labios y manó de su pecho tiñendo de negro su túnica gris.

Valian, momentáneamente desconcertado, tiró del acero para liberarlo. Trevalyn se derrumbó a sus pies.

—Ya no tienes magia —le dijo al cadáver—, y de todos modos nunca me gustaste.

Entonces se volvió hacia Tohr, pero el Caballero de la Calavera ya había salido afuera y llamaba a gritos a la guardia. Con un gruñido de rabia, Valian apartó violentamente la cortina, abrió la ventana y escapó a las almenas justo cuando tres caballeros irrumpían en la habitación, blandiendo las espadas.

\*\*\*

La vela de Liam se había consumido casi por completo y ya no era más que un cabo apenas más grande que su dedo gordo. Tenía delante, sobre el escritorio, los papeles de Gunthar, pero aún no había empezado. Pese a que la Orden necesitaba imperiosamente algún tipo de mando y dirección, a él le resultaba imposible empezar la tarea. ¿Era por miedo al fracaso, a su propio fracaso, o era por miedo a tener que anunciar que la Medida revisada por Gunthar era un desastre? ¿Podría admitir aquella posibilidad ante todos?

Pero, en ese instante, tenía otras cosas en que pensar; por ejemplo, en su fracaso en la votación por la sucesión y en lo que les había comunicado Valian Escu acerca de la existencia de una fortaleza draconiana. Esa misma tarde se había entrevistado con Jessica Rocavestina, y la dama había confirmado todo lo que el elfo había dicho, y más. Jessica le había explicado con más detalle la parte referida al clérigo, Navalre Arcoris; su encuentro en el bosque con un ser capaz de adoptar la forma de quienquiera que matara y el ataque a su casa mientras estaba fuera. La dama también le había descrito las heridas de la perra, *Milisant*. Al escucharlo Liam había recordado que los mozos de cuadra habían comentado que uno de los sabuesos no había regresado de la caza, pero en aquellos momentos no le había dado importancia. La

dama había roto a llorar cuando describió la destrucción de La Fronda; lloraba como si lamentara la pérdida de un viejo y querido amigo.

Liam simpatizó con ella, aunque no era propio de su carácter mostrar simpatía. Todas las viejas costumbres y los viejos lugares desaparecían y nada ocupaba su lugar: los dioses, la Orden, incluso la magia. Pese a la profunda desconfianza que le inspiraba la magia, el caballero tenía que admitir que el mundo era un lugar mejor con ella que sin ella. En esta nueva era ya no había héroes y los que quedaban de la era anterior resultaban ser pobres recuerdos de sí mismos; los enanos gullys vivían a costa de los despojos de un mundo glorioso que nunca habría de volver.

Liam respiró hondo y se armó de valor. Encendió una nueva vela con la llama de la anterior y la colocó encima de su escritorio. Después, alargó la mano para coger la primera hoja de la pila que tenía más cerca.

Avanzó página a página, tachando con su pluma los pasajes irrelevantes en el conjunto de la obra. Fuera, los guardias iban pasando, y su pluma trabajaba sin descanso. A veces reía por lo que leía y otras meneaba la cabeza con pesar, pero trabajó hasta bien entrada la noche, olvidando la cena, olvidando el descanso, olvidándolo todo excepto la tarea que tenía entre manos. La nueva luna blanca, que salió tarde, brillaba a través de su ventana. El caballero hizo una breve pausa para abrir una nueva botella de tinta.

Liam cogió la página siguiente y, al desplegarla en el escritorio con la pluma ya preparada, un pedazo de papel voló de la parte superior de la pila y aterrizó boca abajo delante de él. El caballero le dio la vuelta y leyó:

«Abandona este absurdo proyecto y márchate, o tú y tus caballeros sufriréis las consecuencias».

Liam se recostó en el respaldo de la silla y lo leyó de nuevo. Luego, lo sostuvo contra la luz de la vela y comprobó que el papel parecía haber sido arrancado de un libro. La filigrana era de Betterman, un taller de encuadernación en Kalaman.

Antes de que pudiera reflexionar sobre la nota, sonó una tímida llamada en la puerta. Con el papel aún en la mano, el caballero se acercó cautamente a la puerta y aguzó el oído. Al no oír nada, preguntó:

—¿Qué queréis?

—Milord, perdonad, pero aquí hay alguien que quiere veros —contestó el capitán de la guardia desde el pasillo.

—¿A estas horas? —se extrañó Liam. El caballero estaba en guardia desde que había oído la historia de los sivaks que asesinaban y después adoptaban la forma de sus víctimas—. ¿Quién es?

—Es el clérigo que ha llegado con lady Jessica esta tarde —contestó el capitán—. Ya le he dicho que vos estabais muy ocupado, pero él insiste.

—Decidle que lo veré por la mañana.

—¡Debo ver a sir Liam! —gritó otra voz.

—Sir Liam os recibirá por la mañana. ¡Ahora idos! —le advirtió el capitán.

—Tengo noticias sobre la muerte de Gunthar. ¡He estado en la cripta! —gritó el hombre, y se oyeron ruidos de lucha.

Liam ahogó una exclamación, fue a la puerta de un brinco y la abrió, airado.

—Tráelo —siseó—. Y no hagáis ruido o despertaréis a todo el castillo.

El capitán, un fornido ergothiano, arrastró a Navalre Arcoris hasta la habitación y lo arrojó al suelo sin ceremonias.

—Podéis iros —despidió Liam al guerrero con un ademán. Navalre se puso en pie, se apartó los cabellos de la cara y se volvió para mirar a sir Liam.

—¿Qué es eso de que habéis visitado la cripta? —inquirió el caballero, al tiempo que regresaba detrás del pesado escritorio de madera de roble, colocándolo entre él y el frenético clérigo, y usándolo para ocultar la daga que empuñaba—. Es un lugar al que sólo pueden acceder los iniciados.

Navalre carraspeó y dijo:

—Ya sabéis que pasé cierto tiempo con un enano gully llamado Ayuy Cocomur, el cual afirmaba haber presenciado la muerte de Gunthar.

Liam asintió, impaciente.

—Ayuy hizo una imitación muy buena de la muerte de lord Gunthar —prosiguió Navalre—. Y mencionó otras cosas, por ejemplo sobre el perro, *Garr*, que me hicieron sospechar de la causa de la muerte de Gunthar.

—Trealyn Kesper ya ha determinado la causa de la muerte. Ha dicho que... —Liam se interrumpió y enarcó una ceja.

—Ah, ahora empezáis a comprender qué hacía yo en la cripta. —El clérigo avanzó hacia él y se metió la mano en el bolsillo.

Inmediatamente, Liam retrocedió con la daga presta para atacar. Navalre se quedó inmóvil con la mano medio dentro medió fuera del bolsillo.

—No llevo ninguna arma —se defendió—. Mirad. —El clérigo mostró un poquito del pedazo de papel que tenía entre los dedos para que Liam lo viera—. Es sólo un pedazo de papel.

Liam bajó el arma. Navalre suspiró aliviado y desplegó cuidadosamente la hoja.

—Las cogí de la herida de Gunthar en el muslo —explicó mientras dejaba el papel sobre el escritorio.

—¿¡No habréis profanado el cuerpo!?! —exclamó Liam alarmado.

—No, claro que no —replicó Navalre con una risita nerviosa—. Las encontré en la superficie de la herida.

Liam se inclinó precavidamente hacia adelante para observar. No había nada excepto unas gotitas ambarinas en un pliegue.

—Antes de venir a Sancrist, los elfos de Qualinesti me enseñaron un veneno con

el que los draconianos, a veces, untan sus flechas —explicó Navalre.

—¿Veneno? —exclamó el caballero.

—Al secarse se solidifica en pequeños nódulos semejantes al ámbar. Sólo se disuelve en una sustancia: la sangre. Los demás líquidos no tienen ningún efecto sobre él.

—¿Podéis probar lo que decís? —indagó Liam.

—He venido aquí para probar el veneno, para que lo veáis con vuestros propios ojos. Si me pasáis esa botella de brandy, podremos empezar.

Liam cogió, receloso, una botella colocada en la mesa detrás de él y se la tendió al clérigo. Navalre quitó el tapón y vertió sobre la palma de su mano una pequeña cantidad de licor. Entonces hundió un dedo en el líquido y dejó caer una gota sobre uno de los nódulos ambarinos. La gota salpicó el papel y lo manchó, pero el nódulo permaneció inalterable.

—Ahora si sois tan amable —pidió Navalre al caballero, tendiéndole la mano.

Liam lo miró sin comprender.

—Con la daga —indicó el clérigo, moviendo los dedos.

Liam asió la mano de Navalre y la sostuvo con firmeza en la suya; luego, dio la vuelta a la daga y pinchó el pulgar del clérigo. Navalre se estremeció y una gota de sangre brotó del corte.

Con cuidado de que la herida no tocara el nódulo, Navalre estrujó el pulgar encima del papel. La gota de sangre se hinchó y osciló durante lo que pareció una eternidad antes de caer, cerca de la gota de brandy.

A medida que la sangre empapaba el papel, los nódulos ambarinos empezaron a disminuir de tamaño hasta que se disolvieron en la sangre.

El Primer Jurista descargó el puño en la mesa lanzando al suelo pilas de papeles y gritó, airado:

—¡Tenéis razón, lo envenenaron!

—Es por esto por lo que los draconianos persiguieron al gully con tanta saña, porque conocía el secreto de Gunthar —afirmó Navalre.

—¿Qué secreto? —inquirió Liam, a quien la sangre se le subía a la cabeza.

—Algo que Gunthar susurró al gully justo antes de morir: «el libro... Kalaman... Liam... Belle... díselo a él... a nadie más». Creo que quizá tenía algo que ver con la Medida revisada.

—Es posible. —Liam consideró con esperanza aquella sorprendente información. Qué alegría sería que Gunthar hubiera acabado la Medida y la hubiese escondido en algún lugar. Pero ¿dónde? ¿Qué quería decir Gunthar? ¿Estaba en el castillo Uth Wistan o quizás en Kalaman? ¡Kalaman!

Sus ojos buscaron, raudos, la nota que tenía en la mano, en la filigrana de Kalaman. El libro que Liam había regalado a Gunthar hacía años, un libro que no



guardaba en su estudio sino en la habitación de Belle, la antigua alcoba de la esposa de Gunthar y que ahora ocupaba...

—¡Traedme inmediatamente a lord Tohr! —gritó Liam al tiempo que se dirigía, airado, a la puerta y la abrió bruscamente. El caballero retrocedió al encontrarse con lady Jessica con el brazo alzado, como si estuviera a punto de llamar. La dama se quedó boquiabierta.

—¡Lady Jessica! —exclamó Liam—. ¿Qué hacéis aquí? Disculpadme, por favor. ¡Guardias! —gritó, tras lo cual volvió a retroceder, sorprendido—. ¡Vos!

Dos Caballeros de la Espada mantenían firmemente agarrado a Valian, que se debatía como si pretendiera escapar.

—Sir Valian vino a mi habitación y me pidió que lo llevara ante vos, sir Liam —trató de explicar la dama—. Dice que es importante.

—Desde luego que lo es —replicó Liam y ordenó al capitán de la guardia—: Capitán, retened al elfo. No tratéis de escapar, Valian.

—He venido para advertiros —gritó Valian al ver que el guardia entraba en la habitación con la espada desenvainada—, no para... escapar.

—¿Advertirnos de qué? —preguntó Liam.

—De que desde el principio lord Tohr ha conspirado para hacerse con el control de los Honorables Caballeros de Sancrist —contestó Valian—, y de que hizo matar a Gunthar, aunque no sé cómo.

—Con veneno —intervino Navalre.

—Lo que sospechaba —comentó el elfo.

El capitán de la guardia, de pie en el centro de la habitación, los miró, confundido.

—¿Lord Gunthar envenenado?

En ese instante, otro guardia apareció en la puerta abierta y miró a su alrededor, como si buscara a alguien. Sus ojos se posaron en el capitán.

—Capitán, sir Trevalyn Kesper ha sido encontrado muerto en los aposentos de lord Tohr Malen —anunció.

—Fui yo —admitió Valian.

—Y ¿qué hay de lord Tohr? —preguntó Liam.

—No está en su habitación y todos los demás Caballeros de Takhisis también han desaparecido. Los guardias tampoco encuentran a muchos de los nuestros. Tal vez los demás...

Todos se volvieron al oír el son de cuernos en el patio. En el corredor resonaron pasos. Liam cruzó precipitadamente la habitación y abrió la ventana. Una flecha se clavó en las pesadas cortinas, al lado de su cabeza.

Fuera, los hombres lanzaban desafíos solámnicos y se oía el entrechocar de metal. Las hachas golpeaban contra escudos como si fueran martillos y se oían gritos de

dolor. Se encendieron fuegos que iluminaron todo el cielo.

—Hermanos contra hermanos —se lamentó Liam con lágrimas en los ojos—. ¿En qué nos hemos convertido?

Pese al Cataclismo, que había sacudido la tierra hasta sus cimientos, y pese a la Guerra de Caos, que había estremecido las entrañas del mundo, despojándolo de los dioses y la magia, la Explanada de la Piedra Blanca era un lugar misterioso y mágico que lo había soportado todo sin cambios. Para las gentes de la isla, el blanco monolito y el prado que lo rodeaba eran un santuario sagrado; no importaba el tiempo, tanto en invierno como en verano, allí los cansados hallaban reposo y los atormentados, paz.

Para los Caballeros de Solamnia la Explanada de la Piedra Blanca era su lugar más sagrado. Según la leyenda, había sido ahí donde Vinas Solamnus había tenido la visión de una Orden de honorables caballeros, y los mismos dioses la habían santificado. No cabía duda de que allí se habían tomado algunas de las decisiones más importantes sobre el futuro de Krynn: fue en ese lugar donde, durante la Guerra de la Lanza, un Orbe de los Dragones fue destruido y se reveló la Dragonlance, lo que cambió el rumbo de la guerra, evitó el desastre e hizo posible la victoria. Cuando se demostró el poder de la Dragonlance, la piedra se rajó hasta su centro. Hubo algunos que lamentaron que quedara dañada en una exhibición tan espectacular y exagerada, pero la magia de la Piedra Blanca seguía intacta. La piedra exhibía su herida con orgullo y dignidad, como un soldado veterano, y a algunos les parecía incluso que había ganado en belleza.

Por lo tanto, fue natural que los supervivientes se reunieran allí, en el claro bañado por la luz de la luna que parecía agua plateada. Entre los árboles se vislumbraba el intenso rojo dorado de numerosos fuegos. Hubiera sido una vista magnífica, de silvano encanto, pero todos sabían que cada columna de humo y cada fuego que ardía con alegres llamas correspondía a una casa o a un granero en el que se guardaba la cosecha estival. Lentamente, solos o en parejas, las damas y los caballeros iban entrando desordenadamente y con paso cansino en la explanada y se desplomaban cerca de la Piedra Blanca, donde un grupo de caballeros se reunía alrededor de una hoguera. Uno o dos hacían guardia, aunque ya no parecía necesario guardar nada.

—Se han marchado —comentó Valian al tiempo que se vendaba un brazo herido. En la frente tenía otra herida que sangraba, y su armadura se veía rota por media docena de sitios—. Supongo que ya estarán a medio camino de Xenos.

Liam se puso en pie y se quedó unos instantes quieto junto a la Piedra Blanca, sumido en sus pensamientos. Todos lo miraban, expectantes, incluso el elfo oscuro; lady Meredith yacía en el suelo, con la mayor parte de su abollada armadura esparcida a su alrededor y con la ensangrentada espada encima de las rodillas; Elinghad Bosant estaba de pie al borde de la luz de la hoguera y escrutaba

cautelosamente la oscuridad. Lady Jessica limpiaba una fea herida en la oreja de Quintan Estafermo, sirviéndose de una toalla y un bol de vino aguado mientras Navalre, con las manos vendadas, le iba indicando qué hacer. El clérigo había luchado en las cuadras para proteger a los caballos, blandiendo una barra amenazadoramente, pero un bastón con la punta de hierro poco puede contra espadas y así lo atestiguaban las heridas que mostraba en las manos, la cabeza y el pecho.

Pero lo de las cuadras había sido una simple escaramuza comparada con la terrible y sangrienta batalla que se había librado en el patio, una verdadera tragedia en los anales de la hermandad. No había habido dos bandos claros, Caballeros de Takhisis habían peleado al lado de Caballeros de Solamnia contra otros Caballeros de Takhisis y de Solamnia. Lord Tohr había hecho estragos blandiendo la mágica *Nightbringer*, la maza negra que en otro tiempo perteneciera a Verminaard, el Señor del Dragón. El combate había sido especialmente cruento en la entrada de la muralla, cuando las fuerzas de Liam trataron de impedir que las fuerzas de Tohr escaparan. Allí, Valian demostró su valía y se ganó definitivamente la confianza de Liam al hacerse con *Nightbringer* como trofeo de batalla. En esos momentos, la maza y la mano derecha de su dueño yacían en la hierba, cerca del fuego. Después de perder la mano, lord Tohr había huido.

Desgraciadamente, la mayoría de las fuerzas leales a Tohr habían huido con él. Los hombres de Liam las persiguieron por el bosque, donde los caballeros negros y sus aliados prendieron fuego a casas, establos y graneros. Esa noche el castillo había perdido a más de la mitad de su guarnición y para nada. Nada se había resuelto. Muchos habían muerto luchando, pero muchos más habían escapado con lord Tohr, seducidos por sus promesas de gloria. Muchos de los desertores eran caballeros de sangre, lo que significaba un terrible golpe para los solámnicos, y los pocos Caballeros de Takhisis que habían desertado no bastaban, ni mucho menos, para reemplazar a los Caballeros de Solamnia caídos en el combate o huidos.

La batalla sí había resuelto una cosa, la cuestión de quién sería el líder de los Honorables Caballeros de Sancrist: nadie. El sueño de Gunthar de que las dos Ordenes se unieran había fracasado, y los Caballeros de Solamnia habían renacido de sus cenizas, aunque eso sí, bastante malparados.

Quintan rechazó, impaciente, las vacilantes curas de lady Jessica y señaló la mano de Tohr en la hierba.

—Ahí tenéis vuestro escudo de armas —dijo a Valian riendo—. Una mano cercenada y una maza sobre un campo rojo.

Valian clavó en él sus fríos ojos azules hasta que la risa nerviosa de Quintan se apagó.

—No creo que éste sea el momento para hacer bromas macabras —susurró.

—Cierto, Valian. Es el momento de tomar decisiones duras —intervino Liam

levantando la mirada hacia la luna menguante—. ¿Cuál será nuestro próximo movimiento? Tal como ha dicho Valian, Tohr y sus aliados estarán fortificados en Xenos antes de que acabe el día de mañana. Probablemente en este mismo momento están solicitando refuerzos a través de mensajeros wyverns. Querrán reforzar su posición y mantenerla, y con Pyrothraxus cubriéndoles la retaguardia, es probable que lo consigan. ¿Deberíamos perseguirlos y tratar de capturarlos?

—Nunca los encontraríamos. Están diseminados por todo el bosque y supongo que se dirigen a Xenos por cientos de sendas diferentes —objetó Valian—. Sería inútil y, además, los favoreceríamos al perder un tiempo precioso.

—No olvidemos que fuimos nosotros quienes entregamos a los Caballeros de Takhisis la ciudadela de Xenos; ahora, la gente de allí lo pasará mal —dijo Elinghad desde el borde de la oscuridad.

—Y, ¿qué sugerís que hagamos? —inquirió Quintan.

—Es evidente —replicó Elinghad—. Demos la alarma, reunamos nuestras fuerzas de toda la isla, cerquemos Xenos lo antes posible. Tenemos que expulsar a los caballeros negros antes de que tengan tiempo para prepararse.

—Xenos era nuestro punto de reunión si algo iba mal —objetó Valian—. Lord Tohr lo aprovisionó para soportar un sitio de semanas, hasta que llegaran refuerzos de Ansalon. En el sótano se ocultan varios wyverns, listos para partir inmediatamente con mensajes. Como veis, ya están preparados.

—Entonces no podemos perder tiempo —urgió Elinghad Bosant.

—¿Os habéis olvidado del pobre Ayuy? —gritó Jessica, y Quintan bufó con sorna.

—Creo que Jessica tiene razón —intervino lady Meredith—. No podemos permitir que la fortaleza draconiana intercepte nuestras líneas de suministro. Seguro que enviarán agentes contra la población civil, incluso es posible que intenten atacar aquí, en el corazón de la hermandad.

—No me refería a eso —protestó Jessica—. Lo que quiero decir es que Ayuy está prisionero en ese horrible lugar por lo que sabía de la muerte de Gunthar. Cuando los draconianos se enteren de lo que ha ocurrido aquí, lo matarán enseguida.

—¿Qué sacaremos de rescatarlo? —inquirió Quintan.

Navalre se puso de pie de un salto, y su rostro se veía escarlata bajo la barba.

—¡Si no fuera por ese gully, mañana por la mañana habríais cedido el control de la Orden a los Caballeros de Takhisis aquí mismo y de buena gana! —gritó el clérigo. Una fría mano blanca se posó en su brazo. Navalre se sobresaltó, bajó la vista hacia lady Jessica y palideció—. Lo siento —se disculpó ante los caballeros—, pero creo que no deberíais olvidar el noble servicio que Ayuy Cocomur os ha prestado.

—Sí, lady Meredith tiene razón. La fortaleza draconiana es una amenaza para nosotros —dijo Liam.

—No tanto como los caballeros en Xenos —le contradijo Elinghad.

—Esto es lo que debemos decidir. ¿Sitiamos Xenos antes de que los Caballeros de Takhisis consigan refuerzos o atacamos a los draconianos y tratamos de rescatar a Ayuy? —preguntó Liam.

—No nos olvidemos de Pyrothraxus —dijo Valian—. Tiene alguna especie de pacto con los draconianos. Después de todo, atacó La Fronda para evitar que sacáramos a la luz la historia del gully.

—Es muy cierto —convino Liam—. No olvidemos al dragón.

Todos guardaron silencio mientras el comandante de los Caballeros de Solamnia sopesaba sus opciones. Liam paseó lentamente frente a la piedra sagrada con el entrecejo fruncido y las manos cogidas a la espalda. Una fresca brisa del norte agitó el aire en el claro, haciendo girar por el prado finas volutas de humo como si fueran fantasmas. Los minutos transcurrieron despacio. La Piedra Blanca presidía la escena, semejante a un pálido gigante con la cara vuelta hacia arriba para contemplar los cielos y la luna blanca que los surcaba.

De pronto, Liam se detuvo, se arrodilló junto a la Piedra Blanca y pasó los dedos por la hierba que crecía en su base, con cuidado de no tocar la piedra sagrada. El caballero sonrió levemente y recogió algo del suelo, tras lo cual se puso en pie. Todos lo miraban. Liam levantó el rostro hacia el cielo.

—Se olvidó un trocito —dijo hacia lo alto y rió. Entonces, mostró lo que había encontrado en la hierba y que relucía a la luz de la luna—. ¿Sabéis qué es esto? —preguntó.

Nadie respondió.

—Es un trocito de un Orbe de los Dragones —explicó—, del Orbe que se hizo añicos aquí, durante el Consejo de la Piedra Blanca, hace casi cuarenta años. Los elfos y los Caballeros de Solamnia se lo disputaban y estaban a punto de entrar en guerra, mientras los ejércitos de la Oscuridad se apoderaban de Krynn. Un querido amigo de lord Gunthar tomó parte en el Consejo y fue él quién comprendió qué debía hacerse, y lo hizo.

»Rompió el Orbe y destruyó el trofeo por el que caballeros y elfos habían luchado encarnizadamente, como nosotros esta noche. —Liam hizo una pausa y volvió la vista al castillo Uth Wistan—. Después de hacer pedazos el Orbe de los Dragones, declaró valientemente: “Los kenders sabemos que deberíamos estar luchando contra los dragones, no los unos contra los otros”. Una vez desaparecida la tentación, elfos y Caballeros de Solamnia se centraron en ganar la guerra contra los ejércitos de Takhisis.

»Ese héroe se llamaba Tasslehoff y era una persona menuda, no muy importante para nadie excepto para sus amigos más íntimos. —Liam se quedó unos momentos pensativo, contemplando sin ver el diminuto fragmento de cristal en la palma de su

mano—. Los kenders no son la única raza pequeña de Krynn, también están los enanos gullys, que aún parecen menos importantes que los kenders en el gran esquema de las cosas.

»Sólo una historia más y después me callaré —agregó Liam—. Sé que os estoy aburriendo al recordar el pasado, pero los humanos tendemos a olvidar la historia con demasiada facilidad. Además, quiero demostraros algo.

»Ésta es la historia que Gunthar me contó, y que él, a su vez, supo por boca de Sturm Brightblade:

»Ocurrió durante la Guerra de la Lanza. Un grupo de héroes fue enviado a la ciudadela de Pax Tharkas para tratar de impedir que los ejércitos de los Dragones atacaran Qualinesti. Dentro de la ciudadela el grupo se separó. Tasslehoff Burrfoot y el mago que conocemos como Fizban se quedaron solos y descubrieron que un enano gully, despreciable según todas las apariencias, estaba condenado a alimentar al dragón, es decir, a ser su cena. Lo más prudente hubiera sido que Tasslehoff y Fizban trataran de reunirse con sus compañeros y ayudaran a organizar la resistencia contra los ejércitos de los Dragones. Pero en vez de esto, decidieron tratar de rescatar al gully. ¿Por qué? No porque fuera lo más acertado; de hecho, era una estupidez que podría costarles la vida.

Pero lo que no sabían, y lo que los demás héroes tampoco sabían, era que sus planes habían sido descubiertos y que les habían tendido una trampa para capturarlos a todos. Fue gracias a la estúpida decisión de Tasslehoff y Fizban de rescatar a un gully que la trampa no funcionó y que la misión finalmente fue un éxito.

»Rescataron a Sestun no por razones militares, ni porque fuera lo más sensato, sino porque era lo correcto. —Dicho esto Liam quedó en silencio y fue mirando uno a uno a todos los caballeros y damas congregados. Luego, se aclaró la garganta y añadió con voz apenas más audible que un susurro—: Les daremos tiempo a que se atrincheren en la fortaleza de Xenos y después la sitiaremos. Sin embargo, los mensajeros wyverns nunca llegarán vivos a Ansalon.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —le preguntó Quintan.

—Porque los Dragones Plateados vigilan la isla sin descanso. Ahora que estamos en guerra, no dejarán que nada se escape.

—Los vimos en el castillo La Fronda. Cuando ellos llegaron Pyrothraxus huyó. Eso significa que pasarán días antes de que los caballeros de Xenos se den cuenta de que sus mensajeros no han logrado pasar —dijo Valian excitado.

—Exacto —corroboró Liam.

—Esto nos da tiempo para planear, para coordinar el ataque —dijo Quintan.

—Y tiempo para ocuparnos de los draconianos —agregó Meredith con una sonrisa burlona.

—Y rescatar al gully. Después de todo, es un héroe. Si fuera humano no

dudaríamos en rescatarlo —concluyó Liam.

Lady Meredith se levantó y se puso junto a Liam tras salvar la distancia que separaba la hoguera de la Piedra Blanca; habló con voz emocionada:

—Tenéis razón, Liam. Tenéis toda la razón.

—Y ¿qué pasa con Pyrothraxus? —indagó Valian.

—Pyrothraxus se ha retirado a su madriguera en el Monte Noimporta, y los Dragones Plateados me han asegurado que permanecerá allí un tiempo. Parece que en La Fronda lo cogieron por sorpresa y le dieron una lección que no olvidará fácilmente —explicó Liam.

—¿Cómo sabéis todo esto? —preguntó Quintan.

—Desde la Guerra de la Lanza el señor del castillo Uth Wistan tiene medios para contactar con los Dragones Plateados. Cuando fui nombrado Primer Jurista, lord Gunthar me mostró muchos de ellos. Esta noche he estado en contacto con los dragones. Algunos de ellos estuvieron aquí, durante la lucha, aunque dudo de que ninguno de vosotros los haya reconocido; y muchos más vigilaban.

»Si no fuera por los Plateados, Pyrothraxus nos hubiera expulsado de Sancrist hace mucho tiempo —prosiguió Liam en un susurro—. Les debemos más de lo que nadie imagina. Fue gracias al tacto y la diplomacia de lord Gunthar que tantos se quedaron en la isla, guardando el corazón de la hermandad, mientras sus compañeros se retiraban a sus guaridas en las islas de los Dragones dejando a la humanidad a merced de los nuevos dragones llegados del otro lado del mar.

—Mientras estén encerrados en Xenos, los Caballeros de Takhisis no podrán hacer ningún daño —convino Quintan—. En el ínterin, ocupémonos del castillo Lacerto, de la fortaleza draconiana.



—No será nada fácil —opinó Liam—. Estos draconianos son diferentes. De algún modo se las han arreglado para mantener su fortaleza en secreto al menos durante dos años, posiblemente más.

Mientras hablaba, un criado vertía brandy en las copas y las servía a los demás caballeros reunidos en la biblioteca. Era tarde, faltaban pocas horas para el amanecer. Los caballeros habían abandonado la Explanada de la Piedra Blanca para preparar rápidamente su próximo movimiento.

—Según los gullys, con los que tuve el placer de entrevistarme después del Gran Consejo... —prosiguió Liam, y los demás rieron—... el jefe de los draconianos es alguien a quien llaman «El Primero». Se trata de una especie de maestro de asesinos, supongo que un aurak, que son los draconianos más poderosos. También son magos y eso los hace doblemente peligrosos. Los gullys me aseguraron que en la fortaleza no hay más de dos draconianos, pero todos sabemos lo que esto significa. Debemos decidir cuál es la mejor manera de abordar este problema, si lanzar todas nuestras fuerzas contra el castillo o enviar un pequeño grupo de rescate para encontrar al gully y liberarlo.

Después de largas deliberaciones, se decidió que un pequeño grupo de rescate sería lo mejor. Incluso si Liam hubiera podido prescindir de muchos de sus hombres para lanzar un ataque en masa, le habría sido imposible hacerlos llegar al castillo draconiano. En cualquier caso, un ataque masivo sólo conduciría a la muerte del pobre gully.

En vez de esto, Liam eligió un grupo de siete personas para la misión de rescate: lady Jessica Rocavestina, lady Meredith, la gully Glabela, dos jóvenes Damas de la Corona (lady Michele y lady Gabriele) y sir Elinghad, que suplicó que lo dejaran ir para hacerse perdonar el haber votado contra sir Liam.

Finalmente, Liam también eligió a sir Valian. Sus habilidades como explorador ayudarían al grupo a aproximarse a la fortaleza.

—Además —añadió el nuevo líder de los solámnicos—, creo que sir Valian tiene una cuenta pendiente con alguien de allí.

—Sí, la tengo —corroboró el elfo sin levantar la vista de su copa. Acto seguido, la apuró de un trago.

\*\*\*

Cuando todos se hubieron marchado —algunos para disfrutar de unas pocas y

necesarias horas de sueño antes que el alba mostrara su faz fresca y sonrosada—, Liam descansó unos momentos con la espalda apoyada contra la puerta y respiró hondo. «Ya está —dijo para sí—. Paladine, te ruego que haya tomado la decisión correcta. Creo que es lo que Gunthar hubiera hecho. No, estoy seguro de ello. Ahora sólo queda una cosa más por hacer». El caballero anduvo hasta la chimenea y pasó las puntas de los dedos por el borde de la repisa. Sus dedos palparon la superficie de la madera, notando cada protuberancia y hendidura, como si buscaran algo. Finalmente, un falso ladrillo se abrió con un ruido apagado, dejando al descubierto un pequeño compartimento. El hombre metió la mano, sacó una campanilla de plata y la agitó con fuerza, aunque no emitió ningún sonido, tras lo cual la volvió a depositar en el compartimento secreto.

Satisfecho, se dirigió a la ventana y la abrió. El fresco aire otoñal invadió la habitación, llevando el olor del humo de los fuegos que seguían quemando en algunas partes del bosque. Liam se llenó con él los pulmones sintiendo cómo le corría por el cuerpo, mientras contemplaba el cielo nocturno junto a la ventana abierta.

Una de las estrellas que brillaban en lo alto llamó su atención, una que parecía moverse de vez en cuando, aunque un observador casual hubiera creído que sólo se trataba de un efecto de las nubes que se desplazaban raudas por el cielo.

El caballero contempló cómo la estrella se separaba del firmamento y descendía hacia el castillo. Cuanto más se acercaba, menos aspecto de estrella tenía y más recordaba a un objeto de plata brillantada que reflejaba la luz de los fuegos que ardían en el bosque. Entonces, se sumergió entre los árboles y desapareció. Pocos momentos después, una figura humana surgió de las sombras de las almenas y se aproximó a Liam.

—Saludos, lord Ehrling —susurró la sombra. Un hombre de cabello plateado y rasgos elfos avanzó hacia la luz que se derramaba por la ventana de Liam. Estaba envuelto por completo en pesados ropajes oscuros, pero sus ojos color zafiro relucían como brasas bajo la sombra de la capucha. Unos pocos mechones de largo cabello plateado se escapaban del capuz y le caían sobre los hombros—. Habéis tocado la campana que sólo nuestros oídos perciben, y por eso he venido.

—Necesito vuestra ayuda —dijo Liam—. Necesito la ayuda de todos los Dragones Plateados de Sancrist. Voy a enviar un pequeño grupo de caballeros al extremo norte de la isla...

—Vamos. Ir ahora —siseó Glabela—. Por aquí. —La enana señaló un estrecho saliente rocoso, bajo el cual las sombras parecían especialmente profundas y oscuras, que revelaba la entrada de una cueva.

El castillo Lacerto se alzaba por encima de ellos como una enorme ave carroñera o una gárgola tallada en la roca que vigilaba, encorvada. Sus negros muros se erigían en torres de una esbeltez imposible, semejantes a colmillos, de los que colgaban como por arte de magia fantásticos minaretes. Abajo se estrellaba el mar tempestuoso.

Las rocas en las que el grupo se apiñaba resbalaban por efecto de las rociadas del mar y por la lluvia, y ellos estaban totalmente empapados. Los cortos rizos castaños de Jessica se le pegaron a la cara cuando la dama levantó la vista hacia el castillo y se preguntó cómo podrían entrar.

Glabela se impacientó y dio una patada en el suelo.

—No podemos ir a ninguna parte hasta que recuperemos nuestras armas —gruñó Valian y señaló a media docena de draconianos petrificados que yacían entre las rocas, a sus pies, con las espadas de los caballeros clavadas en sus cuerpos. Habían sorprendido a una patrulla de guardias baaz y lucharon con ellos entre las peñas que se levantaban a orillas del mar, hasta que no quedó ni un enemigo vivo. Jessica estaba curando una herida a lady Meredith en la frente y el escudo del elfo yacía partido sobre la arena, pero a esto se limitaba el daño sufrido.

Cuando morían, los cuerpos de los draconianos baaz se convertían en piedra y atrapaban las armas de sus enemigos.

Sólo lady Meredith había retirado su mandoble a tiempo. La dama la limpió de la negra sangre draconiana y la envainó, pero los demás tendrían que esperar hasta que los baaz se convirtieran en polvo para poder recuperar sus espadas. Sir Elinghad trepó a la repisa de roca para comprobar que no se acercaban otras patrullas.

Los Dragones Plateados los habían dejado en una arenosa cala, y el grupo había recorrido en las últimas horas casi cinco kilómetros por aquel duro y accidentado paisaje, hasta llegar donde Glabela decía que se encontraba la entrada secreta. Entonces, lo único que podían hacer era esperar y tratar de mantenerse mínimamente secos.

Una tormenta, de una intensidad que pocos habían presenciado, azotaba la escarpada costa. Gigantescas olas batían la rocosa orilla y lanzaban espuma y agua en forma de rocío cientos de metros tierra adentro. La gélida lluvia que acompañaba al temporal les caía encima como una lluvia de dagas, y todos los caballeros se alegraban de llevar armadura. Pero Glabela sólo contaba con su espesa mata de pelo,

que repelía el agua como si fuera una piel de nutria, y protegía el rostro de la enana de lo peor de la tormenta.

Habían partido del castillo Uth Wistan esa misma mañana, bajo una lóbrega oscuridad, portando mochilas, armas y provisiones, y habían encontrado a tres Dragones Plateados aguardándolos en el patio.

Las tres criaturas habían accedido a llevar a los componentes de grupo de rescate cerca de la fortaleza draconiana después de sobrevolar el agreste y montañoso norte de la isla de Sancrist, pero ellos no tomarían parte en el ataque. Tras depositar a los caballeros sanos y salvos en el suelo los Dragones Plateados tenían que regresar para seguir vigilando a Pyrothraxus.

Sir Liam contempló desde las almenas cómo se elevaban en el aire. El viento que levantaban las alas le azotó los largos mostachos solámnicos, se le metió en los ojos y le hizo llorar. El caballero los despidió alzando la mano. Cuando se perdieron en el cielo nocturno, se dedicó a pasear por las almenas hasta el amanecer, sumido en sus pensamientos.

El alba tiñó el cielo de tonos escarlata y carmesí, anunciando una tormenta antes de que finalizara el día. Las montañas de Sancrist surgieron ante ellos, recortadas, salvajes e implacables. La llegada de Pyrothraxus había expulsado de ellas a la mayoría de los gnomos, por lo que nadie se fijó en los tres Dragones Plateados que volaban más altos que las nubes, perseguidos por la tormenta.

Pero, por muy veloces que fueran, la tormenta aún lo era más y estalló antes de que el grupo llegara a la ciudadela draconiana. Justo cuando el jefe de los dragones divisaba el castillo Lacerto, un rayo bifurcado rompió la formación y obligó a dos Plateados a virar a la izquierda. Las negras nubes los envolvieron durante unos aterradores segundos, pero después reaparecieron y los tres planearon sobre la costa hasta encontrar una cala protegida que les permitiera aterrizar al abrigo del viento.

Los dragones los depositaron en la arena y emprendieron inmediatamente el vuelo antes de que la tormenta descargara con toda su furia. Los caballeros iniciaron enseguida el ascenso por una rocosa pendiente y, al llegar arriba, vieron el castillo draconiano en la distancia, iluminado por un relámpago.

En ese momento, la lluvia caía implacablemente mientras ellos se acurrucaban detrás de las peñas, esperando que los cuerpos de los draconianos muertos se convirtieran en polvo. Los truenos sacudían el cielo y los rayos saltaban de las cimas de las montañas, mientras las aguas subían y bullían entre sus pies y empezaban ya a arrastrar los cuerpos de los baaz. Ya pensaban que tendrían que abandonar sus armas cuando una espada se inclinó, al tiempo que la piedra se desmenuzaba, y después otra, y otra más, y los caballeros se metieron en el agua para recuperarlas antes de que las olas se las llevaran.

Finalmente, todos estuvieron preparados. Elinghad descendió de su atalaya e

informó de que no había nadie a la vista. Glabela levantó el brazo para señalar la cueva y, sin decir palabra, todos treparon hacia allí. Valian entró el primero, ya que su visión elfa le permitía ver en la oscuridad. Glabela avanzó a su lado, con una mano sobre la bolsa, lista para utilizar la poderosa magia que estaba a su disposición, tal como había prometido. Los demás encendieron antorchas y los siguieron.

\*\*\*

El Gran Maestro Iulus tamborileó, impaciente, con sus garras sobre un brazo del trono de oro. El real asiento era una adquisición reciente, el botín de una galera de minotauros procedente del oeste, donde no había tierra conocida. Todos los hombres-toro habían muerto sin revelar de dónde procedían o el lugar del que habían partido, pero tampoco le importaba excesivamente. Iulus era un explorador, incluso un aventurero. Asimismo era el Gran Maestro de asesinos y esto significaba que era un oportunista. El trono era una oportunidad a la que no pudo resistirse.

Pero, para el general Zen, era un símbolo de corrupción. El sivak lo contemplaba con repugnancia así como al Gran Maestro repantigado en él. Le parecía un asqueroso reyezuelo hobgoblin, avaricioso y mezquino.

—¿De modo que nuestro amiguito aún se niega a hablar, eh? —comentó Iulus—. Tendremos que hacer algo al respecto.

—Milord, creo que perdemos el tiempo con esa miserable criatura. Es obvio que nos ha dicho todo lo que sabe. Deberíamos matarlo y acabar de una vez con esto, como sugiere lady Alya —propuso Zen.

—Tú trabajo no es pensar —ronroneó Iulus peligrosamente—, ni escuchar los consejos de humanas, por hermosas que sean. El gully sabe más de lo que dice.

—Pero si sólo es un enano gully —protestó Zen.

—¿Osas contradecirme? —gruñó el Gran Maestro, levantándose del trono. Su deformado y retorcido rostro draconiano se puso lívido, las venas y los músculos que estaban a la vista se hincharon y casi pareció arder—. ¿Quién crees que eres? Yo soy el maestro aquí, yo te entrené en el arte del asesinato, yo os entrené a todos. Sin mí, aún serías un mercenario que lame las botas de cualquier reyezuelo hobgoblin que te ofrece dos peniques más que su rival.

El general sivak gruñó, pero se contuvo.

—Perdonadme, milord —se disculpó haciendo una reverencia.

—Tráeme al gully y a esa autoproclamada Gran Bulp. Tal vez al joven Ayuy se le soltará la lengua al ver a su querida vieja madre bajo el látigo.

—Si, amo. —Zen inclinó la cabeza y se dispuso a cumplir la orden.

—Oh, e informa a lady Alya. Creo que disfrutará con esto —rió Iulus—. Dile que si esta vez el enano gully se niega a hablar, lo mataremos, pero primero haremos que

presencie la muerte de Mammamose. Creo que esto picará la curiosidad de la dama.

El general Zen volvió a inclinarse, se dio la vuelta y abandonó la sala. Cuando se hubo marchado Iulus se quedó mirando la puerta, pensativo, y susurró:

—Y creo que, cuando este asunto acabe, te enseñaré la lección final sobre el asesinato, viejo amigo.

\*\*\*

—¡Todo esto pasa por confiar en un gully! —rezongó fieramente Elinghad mientras arrancaba una flecha draconiana de su cota de malla y la arrojaba a un lado. Hizo una breve pausa para calcular el tiempo entre los golpes que se descargaban contra la puerta, describió el cerrojo, la abrió bruscamente e inmediatamente dio un tajo con la espada y derribó a un draconiano que blandía una maza. Luego, el caballero volvió a cerrar la puerta de golpe y corrió de nuevo el cerrojo, justo cuando una docena o más de flechas se clavaban en el otro lado y las astillas volaban.

Junto a él, Valian hacía rechinar los dientes y asentía, al tiempo que se vendaba una herida en la muñeca que le había causado una espada draconiana. El elfo confiaba en que el arma no estuviera envenenada. Lady Michele no había sido tan afortunada y yacía en el suelo, a pocos metros de distancia, con ojos vidriosos y una flecha emponzoñada aún alojada en el hombro.

—Esta vía tampoco está libre —gritó Meredith, al tiempo que ella y Jessica hacían presión contra otra puerta, que temblaba bajo una avalancha de golpes.

Había otra salida de la cocina pero, en su urgencia por defender las dos primeras de los draconianos, nadie había tenido la oportunidad de investigarla. En cualquier caso, su misión parecía haber fracasado. Habían perdido a lady Gabriele en la primera refriega y lady Michele agonizaba. Con los draconianos atacando desde dos direcciones, no podrían aguantar mucho rato.

Todo esto les pasaba por confiar en un gully. Habían vagado en la oscuridad durante horas, o al menos así se lo había parecido, tomando una ruta equivocada tras otra, en el laberinto sin fin de cavernas que horadaban la montaña. No habían visto ninguna puerta ni escalera que indicara que la montaña estaba habitada, y habrían llegado a dudar de la misma existencia del castillo si no lo hubieran visto con sus propios ojos, coronando la montaña por encima del mar. De vez en cuando, tropezaban con las espinas de algún pez muerto hacía mucho tiempo o con el caparazón blanqueado de un cangrejo en las cavernas más oscuras y húmedas, en las que se respiraba un aire viciado, como si no se hubiera renovado desde el Cataclismo. Los relucientes filamentos de algas aún adheridos a las paredes emitían una extraña fosforescencia. En un momento dado encontraron una fétida y hedionda laguna de agua marina, aunque calculaban que se encontraban a cientos de metros por encima

del nivel del mar. La laguna se perdía en la oscuridad resonante, dando idea de su tamaño y profundidad, y los caballeros se estremecieron al pensar en los primitivos monstruos marinos que podrían acechar en sus aguas.

Pese a que Glabela era una pésima guía, el grupo había ido ascendiendo. El ruido del embate de las olas había ido disminuyendo progresivamente hasta desaparecer, y al fondo de una caverna encontraron una estrecha escalera excavada en la pared. Los escalones seguían una falla en la roca y pasaban rozando afloramientos rocosos que obligaron a los caballeros a avanzar de lado y a duras penas. En una de estas afloraciones, Valian encontró una escama draconiana de color bronce encajada en una grieta de la pared, que procedió a mostrar a los demás, prueba positiva de que seguían el camino correcto.

Finalmente, la escalera había desembocado ante una puerta de hierro. Los caballeros estaban exhaustos y sin aliento, por lo que lady Meredith sugirió que descansaran. Luego, sir Valian había abierto cautelosamente la desprotegida puerta, se había asomado al exterior y había informado a los demás que daba a un corredor vacío, iluminado por antorchas.

Glabela, que ya estaba segura de dónde estaba, los había guiado por un laberinto de oscuros y sinuosos corredores. Fueron dejando atrás puertas y pasillos, pero la enana había seguido adelante con tal seguridad que nadie dudaba de que los guiaba a las mazmorras donde Ayuy estaba encerrado, si aún estaba vivo.

Al fin, Glabela se había detenido ante otra puerta de hierro iluminada por una única antorcha humeante. Era una puerta enorme, apabullante, con los herrajes oxidados y cubiertos por húmedo musgo, justo como son las entradas a un calabozo. Pero al abrirla aterrizaron en medio de un cuartel de draconianos, sorprendiendo a las malignas criaturas, que se quedaron mirándolos y los caballeros tuvieron que batirse en retirada. A medida que pasaban los minutos, la esperanza de rescatar a Ayuy se había desvanecido y empezaron a dudar de sus posibilidades de salir con vida del castillo.

Valian había recibido una herida en la muñeca que le había hecho soltar su espada, y lady Gabriele se había sacrificado para poner al elfo a salvo. Las armas draconianas se clavaron en su espalda. Cuando entraron a la cocina, los draconianos llegaron con arqueros. El grupo logró cerrar las puertas, pero no con la suficiente rapidez para salvar a lady Michele.

—¡Tenemos que escapar de aquí! —gritó Meredith a Glabela—. ¡Comprueba la otra puerta!

Pero la enana estaba paralizada por el terror. Se acurrucó en el suelo, debajo de una mesa, incapaz de moverse.

—No puedo soportar la idea de que voy a morir aquí por nada —exclamó Elinghad—. Es una misión sin sentido.

—¡Cuidado! —advirtió Valian cuando la tercera puerta se abrió. Jessica se preparó para lo peor y Glabela chilló.

Un enano gully ataviado con un alto sombrero blanco y un pegote de pasta blanca reseca en la barba entró en la cocina acarreado un cuenco de cerámica que abultaba casi tanto como él. Al encontrarse con los caballeros que se volvían hacia él con las espadas desenvainadas y una fiera expresión en sus rostros, el gully dejó caer el cuenco lleno de gachas de avena, dio media vuelta y huyó por donde había venido.

—¡Seguidlo! —gritó Meredith triunfante—. Vamos, idos todos. Corred. Yo defenderé esta puerta. Los demás marchaos. Jessica, no olvidéis a Glabela.

—No pienso dejaros —afirmó Elinghad. Valian se precipitó hacia la puerta abierta seguido por Jessica, que cargaba con la gully bajo el brazo.

—Id también vos —ordenó lady Meredith al joven caballero—. Yo los contendré en esta puerta un momento y después os seguiré.

Con una última mirada de muda protesta Elinghad Bosant, Caballero de la Espada, corrió tras sus compañeros.

Meredith se retiró de la puerta y desenvainó la espada. En cuestión de segundos, las planchas de madera cedieron, la puerta se rompió con estrépito y los draconianos entraron en tromba. Lady Meredith se dispuso a hacerles frente. Los draconianos lamieron sus espadas y avanzaron hacia ella.

Un grito en el corredor los detuvo. Entonces, se apartaron furiosos para permitir la entrada a un enorme draconiano plateado cubierto de pies a cabeza por una pesada armadura. El nuevo draconiano, que sacaba más de treinta centímetros a todos sus congéneres, entró en la cocina portando en su garruda mano una larga espada de hoja siniestramente curva. Al ver sólo a lady Meredith ante él, se echó a reír.

—¡La Suma Sacerdotisa! —exclamó con fingido deleite—. Mi nombre es Zen. Quería que lo supieras antes de morir.

La dama le respondió con el saludo caballeresco al enemigo. Luego, con un grito de batalla sorprendente en alguien de tan corta talla, la mujer atacó, hendiendo el aire con la espada y con el pelirrojo cabello ondeando.

\*\*\*

Valian resbaló por enésima vez en la porquería y los despojos desparramados por los corredores. Parecían más bien oscuros y sucios callejones de una antigua ciudad que los corredores de un castillo construido pocos años antes, aunque, a fin de cuentas, se encontraba en la sección gully.

Había perseguido al cocinero gully varios cientos de metros antes de perderlo y perderse a sí mismo en un dédalo de zigzagueantes pasadizos que no parecían seguir ninguna estructura reconocible. El laberinto de pasillos era un lugar extraño, de



pesadilla, que le recordaba algo, pero el recuerdo se le escapaba cada vez que intentaba volver sobre él. El caballero trató de regresar a la cocina, pero se internó cada vez más en una hedionda pesadilla.

Por los corredores resonaban gritos y aullidos, como desvaríos de lunáticos. La distancia entre las paredes se fue estrechando y haciéndose más desigual, hasta que se unieron por encima de la cabeza, arqueándose, como las ramas de un árbol. De vez en cuando, un agujero cálido y húmedo se abría a su derecha o izquierda; pero, cuando Valian se detenía y miraba adentro para tratar de decidir por dónde ir, percibía ojos que lo escrutaban desde la oscuridad, ojos hambrientos y al mismo tiempo asustados. A medida que su visión de elfo se fue ajustando a la oscuridad vio las siluetas de sus cuerpos, apiñados en grupos y rebullendo nerviosos.

Con súbito horror el elfo recordó los días, noches y semanas de terror en las laberínticas y antiguas profundidades de Silvanesti, muchos años atrás. Valian se había abierto paso, evitando las legiones del ejército de los Dragones y las patrullas de elfos, hasta un lugar al que sabía que ya nadie se aventuraba. Su esperanza había sido encontrar un enclave elfo perdido u olvidado, recuperar la memoria de la belleza a la que en otro tiempo perteneció, aunque sólo fuera para refugiarse sin ser visto, o morir allí.

Finalmente lo encontró. Sus esperanzas renacieron al vislumbrar la aldea entre los árboles. La guerra no parecía haber llegado hasta allí; nadie se preparaba para la batalla ni huía. Valian se acercó despacio, con cautela, ya que, pese a todo, aún llevaba el estigma de haber sido expulsado de la luz; si lo veían, esos elfos también tendrían el derecho de matarlo.

Al aproximarse tuvo un presentimiento de peligro, pero estaba tan ansioso por establecer contacto con otros de su raza que lo desestimó. Entonces, se percató de que los elfos de la aldea caminaban con los hombros encorvados y la espalda inclinada, y que sus brazos eran insólitamente largos. Además, ninguno entonaba canciones élficas, sino que se comunicaban con salvajes gruñidos. Uno debió de presentir al intruso entre los árboles, porque se volvió y Valian casi lanzó un grito de horror al contemplar al deforme y envilecido elfo. De la mandíbula inferior brotaban hacia arriba largos colmillos, semejantes a los de un jabalí, en los almendrados ojos ardía una llama rojiza de odio y el cabello, en otro tiempo liso y sedoso, era entonces un hirsuto pelaje. La angustia invadió a Valian, y fue incapaz de moverse, de resistir cuando lo rodearon, gruñendo como bestias, babeando y tocándolo con sus horribles garras. Entonces lo hicieron prisionero, lo alzaron y lo llevaron triunfalmente a la aldea. Allí lo ataron en un altar con leña apilada, empapada de brea y aceite, sin dejar de bailar alrededor de su cuerpo tendido boca abajo. Valian se sentía como si hubiera abandonado su cuerpo y contemplara la escena desde lo alto. Vio cómo traían antorchas y encendían la leña de su pira y contempló cómo las llamas le lamían el

cuerpo, le consumían el cabello, le acariciaban los miembros y le quemaban la carne.

Pero no había muerto. Valian se despertó en el suelo del bosque rodeado por los antiguos y ruinosos edificios de piedra de la aldea de sus sueños. La aldea hacía tiempo que había sido abandonada y olvidada y el bosque la había hecho suya; se despertó con la visión del futuro. Cuando se puso en pie y el cabello le cayó en la cara, era tan blanco como la ceniza, quemado por los fuegos de su pesadilla.

En ese momento, unas manos simiescas trataban de tocarlo, de acariciar su carne, y unas pequeñas criaturas se apiñaban a su alrededor, gruñendo, como demonios que acabaran de salir de la tumba. El terror se apoderó de él, pero era incapaz de moverse ni de reaccionar. Finalmente, el caballero arremetió y los pequeños simios corrieron a sus oscuras madrigueras, gritando. Valian huyó, aunque no sabía a dónde.

—¿Dónde está Valian? —preguntó Elinghad mientras resbalaba y se paraba. El grito de guerra de lady Meredith resonó en el corredor detrás de ellos, seguido por el entrecrocar del acero.

—No lo sé —respondió Jessica—. Cuando llegué aquí ya no estaba.

—Nos ha traicionado —gruñó el caballero—. Esto o ha huido para salvar su miserable pellejo, el cobarde.

—No puedo creer ni una cosa ni la otra —replicó Jessica—. Creo que simplemente lo hemos perdido. Ya volverá.

La dama se arrodilló junto a Glabela. Los ojos de la gully se veían tan redondos y blancos como huevos de ganso.

—¿Por dónde se va a las mazmorras? —le preguntó Jessica—. ¿Dónde podemos encontrar a Ayuy?

Glabela movió los labios, pero no emitió ningún sonido.

—¡Piensa, Glabela, piensa! —gritó la dama.

Pero la enana se limitó a cerrar los ojos con fuerza y a sacudir la cabeza.

De pronto, los ruidos de batalla que resonaban al fondo del corredor se detuvieron y se oyó el ruido de pies corriendo. Elinghad alzó la espada, preparado. Entonces, Meredith apareció, sangrando por una docena de heridas. La dama se tambaleó hacia ellos, se derrumbó y estuvo a punto de caer encima de Glabela.

—¡Lady Meredith! —exclamó Jessica.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Elinghad.

—Pude cerrar la puerta. Había una llave. Pero no los detendrá por mucho tiempo —explicó entre jadeos. Como para confirmar sus palabras, un estruendoso golpetazo resonó en la cocina: eran los draconianos que echaban la puerta abajo.

—¿Por dónde? —preguntó Meredith a Jessica, que le vendaba las heridas más graves—. ¿Por dónde ha ido el elfo?

—No lo sabemos. Creemos que nos ha abandonado —contestó Elinghad.

—¡Maldito sea! —renegó Meredith—. No deberíamos haber confiado en un elfo.

Jessica miró sorprendida a la líder de los Caballeros de la Espada; lady Meredith nunca había demostrado tener prejuicios raciales. Tal vez era debido al estrés de las heridas y al inminente peligro.

—Y ¿qué pasa con la enana? ¿Conoce el camino? —indagó la dama. Jessica la ayudó a ponerse de pie.

—Creo que no —replicó Elinghad.

Meredith agarró bruscamente a Glabela por el cuello del vestido y gruñó:

—¿Por dónde? Dínoslo. Ya basta de juegos.

La enana la miraba aterrorizada y con la boca abierta. De pronto, hundió sus dientes en el pulgar de la dama. Con un grito de dolor, Meredith dejó caer a la gully.

Apenas tocó el suelo, Glabela huyó gritando: «¡Lacerto! ¡Lacerto!».

—¡Glabela! —gritó Jessica y corrió tras ella.

—Espera. Dejad que se vaya. No nos sirve de nada —dijo Meredith—. Elijamos una dirección y pongámonos en camino.

Sin esperar a los demás, la dama dio media vuelta y se puso a andar en la dirección opuesta a la que había tomado la gully.

—Hemos venido a rescatar a un gully. ¿Y ahora debemos dejar a otro atrás? —masculló Jessica.

Detrás de ellos, la puerta de la cocina cayó con estrépito y los draconianos invadieron el corredor. Elinghad tuvo que agacharse para eludir una flecha que le pasó silbando la cabeza.

Jessica y Elinghad echaron a correr tras su líder.

Lady Meredith los guiaba y, curiosamente, siempre doblaban una esquina justo instantes antes de que los arqueros draconianos dispararan sus flechas. En media docena de ocasiones, o más, una lluvia de proyectiles cayó justo donde acababan de estar o se estrelló contra una pared junto a la cual estaban segundos antes. Los caballeros corrían, aunque huir ante el enemigo iba en contra de todo aquello en lo que creían. Esas reglas ahora parecían estúpidas. Lo único que podían hacer era tratar de continuar con vida el tiempo suficiente para salvar a Ayuy.

Después de haber despistado una vez más a sus perseguidores, se encontraron en un corredor que acababa ante una puerta. No había otra salida. Meredith accionó el picaporte y lanzó un suspiro de alivio cuando el batiente se abrió, girando suavemente sobre sus goznes.

—¡Por aquí! —gritó al ver aparecer a los draconianos al fondo del corredor.

Apenas Meredith había cerrado la puerta de golpe, después de que Jessica y Elinghad la cruzaran agachados, cuando los draconianos descargaron sus proyectiles. Meredith encajó un pesado cerrojo de hierro. Las flechas golpearon contra la puerta como granizo contra un tejado de pizarra.

—Esto los detendrá un rato —rió Meredith.

—Para lo que nos va a servir... —repuso Elinghad.

Se encontraban en una ancha cámara circular cuyo techo se perdía en las sombras. En el centro de la sala se veía un bloque de piedra bajo y cubierto de cadenas. A unos metros de altura del suelo, en la pared opuesta a la puerta, sobresalía una estrecha galería. Unas pesadas cortinas ocultaban el fondo de la galería, pero las antorchas colocadas en apliques a ambos lados iluminaban una figura de baja estatura y cubierta con ropas negras. Cuando los caballeros levantaron la mirada, la figura empezó a dar palmas muy lentamente, en lo que era el irónico remedo de un aplauso.

—Bien hecho —rió la figura—. ¿Esto es lo mejor que han podido enviar los caballeros?

—¡Alya! —exclamó Elinghad—. Bajad aquí y averiguadlo vos misma.

La mujer echó hacia atrás la capucha de su túnica y sacudió su oscura melena.

—¿Sería una pelea honorable, sir Elinghad? ¿Dos contra uno? —preguntó Alya.

—Tres contra uno —le corrigió Jessica.

—Tal vez —rió la Dama de Takhisis—, pero creo que hay más posibilidades de que sea dos contra dos. ¿No es así general Zen?

—Correcto, lady Alya —repuso Meredith con voz muy grave.

Elinghad y Jessica dieron bruscamente media vuelta y contemplaron horrorizados cómo su líder descorría el cerrojo y abría la puerta. Los draconianos invadieron la cámara, gruñendo por lo que iba a pasar.

—¡Lady Meredith! —exclamó Jessica.

—Tal vez ahora preferiréis rendiros —sugirió Alya.

Elinghad rió.

—Nunca me rendiré —declaró el caballero—. Antes, la muerte.

—¿Lady Jessica? —preguntó Alya, y su voz dejaba traslucir cierta preocupación.

Jessica se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta y respondió con voz ronca:

—Muerte.

—Bueno, no siempre se tiene lo que se quiere —comentó Alya—. El Gran Maestro Iulus os quiere vivos, por lo que seréis hechos prisioneros. —La Dama de Takhisis dio una palmada.

Los draconianos situados más cerca de la puerta se apartaron para dejar paso a una figura vestida de negro. La figura entró en la cámara y levantó la mirada hacia la galería, como si esperara una orden. Elinghad y Jessica se volvieron hacia el recién llegado.

—Shaeder, creo que tienes una oportunidad para redimirte —le dijo Alya.

La figura avanzó hacia los solámnicos.

—Poneos detrás de mí —susurró Elinghad a Jessica—. Cuando lance el hechizo, salid y atacadlo antes de que pueda recuperarse.

El mago bozak empezó a entonar una salmodia. Elinghad le dirigió el saludo caballeresco al enemigo y soltó su grito de batalla; pero, antes de que pudiera hacer nada, su boca se llenó de una sustancia pegajosa, que también se le adhirió a los ojos y cubrió sus miembros. Mágicas telarañas envolvieron a la dama y al caballero, inmovilizándolos.

\*\*\*

Valian se despertó, sobresaltado, con algo que se le agarraba a la pierna, como un grillete. El elfo yacía en una pila de cenizas y al intentar liberarse con puntapiés se dio cuenta de que el «grillete» era Glabela. La gully gimió en sueños y aún se le aferró con más fuerza a la pierna.

—Despierta —siseó el caballero—. Glabela, despierta.

La enana abrió los ojos de golpe y, por un momento, pareció que no se daba cuenta de dónde estaba. Entonces, hundió los dientes en la pantorrilla de Valian. El elfo gritó de dolor y, con una poderosa patada, se desembarazó de la enana.

Se encontraban en un corredor lateral. Más adelante había una puerta entornada y por ella salía algo de luz. Valian se puso de pie y se tambaleó, sintiendo el golpe que se había dado en la cabeza. El hombro derecho y el costado también le dolían. Obviamente, en su enloquecida huida fruto del miedo había chocado contra una pared y había quedado inconsciente. Mientras se bamboleaba, gruñendo de dolor, Glabela se le acercó, arrastrándose por el inmundo suelo.

—Lo siento —gimoteó la gully.

—No te preocupes —la tranquilizó el elfo—. ¿Cómo me encontraste?

—Pregunto otros aghars. Ellos ven donde tú ir.

—¿Y los demás? ¿Los otros caballeros? ¿Dónde están? —inquirió Valian.

—Ahora otros caballeros ya no gustar. Gustar más tú. Quedamos aquí —respondió Glabela al tiempo que le abrazaba una pierna.

—Glabela, escúchame —le dijo el elfo mientras se desembarazaba suavemente de la enana—. Tenemos que encontrarlos. Tenemos que encontrar a Ayuy y sacarlo de aquí. ¿Qué les ha ocurrido?

—Dama de pelo rojo ahora lacerto —respondió Glabela.

—¿Lady Meredith?

—Ya no dama —confirmó Glabela asintiendo—, ahora lacerto.

—Un sivak —murmuró Valian horrorizado.

—Ellos van con ella. Aghar dice prisioneros. Pero no Glabela. Yo encontrar caballero guapo. Vivir aquí siempre. —Nuevamente la gully se abrazó al muslo del elfo. Pero Valian volvió a quitársela de encima y logró mantenerla a un brazo de distancia.

—Tenemos que encontrarlos. ¿Sabes adonde se los han llevado?

—No —replicó tercamente Glabela.

Se oyó un sonido a sus espaldas y el elfo giró en redondo. Alguien que llevaba armadura escrutaba la oscuridad.

—¿Valian, eres tú?

Glabela silbó. Valian se volvió y la empujó detrás de él. La enana rodeó las piernas del elfo con sus bracitos.

—Lady Meredith —respondió entonces el caballero con soltura.

—¡Gracias al cielo que os he encontrado! —exclamó Meredith—. Vamos. He dado con Ayuy.

—¿Y los demás? —inquirió Valian al tiempo que avanzaba lentamente hacia la dama. El abrazo de Glabela estuvo a punto de hacerlo caer.

Meredith vio a la gully cuando Valian se acercó a la luz.

—Ah, ya veo; Glabela está contigo. Muy bien. —Cuando Valian se puso en la luz, la dama retrocedió y rió—: ¡Uf! ¡Cómo hueles! —exclamó y se tapó la nariz.

El elfo sonrió levemente y se encogió de hombros.

—Guiadme —dijo a la dama.

Meredith asintió y le dio la espalda. Veloz como el rayo, el brazo de Valian le atenazó el cuello y una daga le pinchó la carne entre las placas de su armadura.

—¿Valian, qué estáis haciendo? —jadeó Meredith.

—Chsss, basta de trucos, siva —le susurró el elfo al oído.

—¿Siva? ¿Es que os habéis vuelto loco?

—No me tomes por idiota —replicó Valian—. Si quieres, podemos esperar hasta que no puedas mantener esta forma, y entonces veremos qué ocurre.

—Para entonces tus amigos estarán muertos —respondió la voz de Zen en los labios de Meredith.

—Por esta razón vas a conducirme hasta ellos, ahora. —Valian aumentó la presión, estrangulando al draconiano—. Y no trates de cambiar de forma o te arrancaré los riñones.

—Adelante —gruñó el siva—. ¿Sabes que ocurrirá si me matas?

—Conozco maneras de matarte con seguridad y lentamente, draconiano, y a menos que desees probarlas en tus carnes, te sugiero que me lleves hasta ellos. —El elfo retiró el brazo con el que inmovilizaba a la falsa dama, desenvainó la espada y con la punta la empujó hacia adelante—. Vamos, Glabela.

\*\*\*

Al fondo de la sala se erigía un magnífico trono de oro macizo, más fabuloso que cualquier tesoro que Jessica hubiera visto en su vida. En él se sentaba un personaje salido de la peor pesadilla imaginable. Era draconiano, pero sólo en parte. Su rostro deforme le recordó las ilustraciones de un libro sobre los supuestos moradores del Abismo que había hojeado hacía mucho tiempo. Aquella faz la llenó de tal miedo y aversión que apenas podía mirarla. El ser rió cuando la dama volvió la cabeza.

Para su sorpresa, vio a un enano gully de miserable apariencia tendido junto a ella. El gully parecía semiinconsciente, no estaba atado con cuerdas y llevaba únicamente un sucio taparrabos. La dama estuvo a punto de prorrumpir en llanto al verlo. Su maltratado cuerpecito estaba lleno de moretones, tenía la piel quemada, y el

cabello y la barba parcialmente chamuscados. Gotas de sudor le perlaban la frente, y se debatía en un sueño febril.

—Ayuy —gimió Jessica.

—¡Comedores de setas!

Al volverse, Jessica vio a Mammamose sentada al lado de sir Elinghad. Los draconianos le estaban quitando las telarañas de la boca y se rieron encantados cuando el caballero sufrió violentas arcadas.

Pese a estar atada de pies y manos, Mammamose arremetió contra uno de los draconianos y trató de usar una de las armas favoritas de los gullys, los dientes. El kapak saltó hacia atrás para evitar los veloces incisivos amarillos y estrelló su puño con guantelete contra la cabeza de la enana. Mammamose cayó al suelo pesadamente.

Lady Alya entró en la sala dando un portazo. La dama sé puso a dar vueltas ante el trono de Iulus, haciendo crujir los nudillos en su impaciencia. Finalmente Iulus le señaló un cojín colocado en el suelo junto al trono y le dijo en tono meloso:

—Lady Alya, por favor, relájate y toma asiento.

—No puedo relajarme —repuso la dama secamente—. ¿No se te ha ocurrido que si han enviado a estos caballeros es porque han descubierto nuestro juego?

—¿Si saben tanto, por qué se molestan en rescatar a un gully? —replicó Iulus suavemente—. Tal vez no saben aún cómo murió Gunthar. Si lo supieran, el gully ya no les serviría para nada.

—Quizás a vosotros no —saltó entonces Jessica—, pero a nosotros sí.

—Ahí lo tienes —se mofó Alya—. Ya te lo dije. Han venido porque es lo correcto. —La dama avanzó rápidamente para colocarse frente a Jessica y le preguntó —: Lo sabéis todo, ¿verdad? Y estáis aquí solamente por una cuestión de honor.

—Yo me limito a cumplir órdenes —contestó Jessica desafiante.

Con un grito de rabia, Alya la golpeó con el guantelete de hierro. Jessica se derrumbó.

—¡Lady Alya! —gritó Iulus.

Elinghad logró escupir los restos de telaraña mágica de la boca y gruñó:

—Si estuviera libre, lamentaríais lo que acabáis de hacer.

—¿De veras? —La Dama de Takhisis sonrió mientras le propinaba un rodillazo en pleno estómago. El caballero ahogó un grito y cayó al suelo.

—¡Lady Alya! —gritó Iulus—. ¡Contente!

—¿Qué importa ya? Dentro de poco estarán muertos —replicó ella, ceñuda, mientras se acercaba al trono y se dejaba caer en un cojín.

—Los gullys sí, pero estos dos son demasiado valiosos para matarlos enseguida. Conseguiremos por ellos un buen rescate, aunque debo decir que lamento no poder quedarme con la hembra.

—¡Nada de rescates! —exclamó Alya—. ¡Tenemos que ejecutarlos enseguida!



Son demasiado peligrosos. —La dama se puso de pie y se dirigió a uno de los guardias draconianos—: ¿Dónde está el general Zen? Ya debería haber traído a Valian.

—Estás en mi castillo, lady Alya —gruñó Iulus—. No acepto órdenes de los Caballeros de Takhisis. Tú eres mi invitada y éstos son mis prisioneros, y haré con ellos lo que me plazca.

—Deberías hacerle caso, amo —dijo una voz desde la puerta—. Ella tiene razón. Te has vuelto demasiado avaricioso con tanto hablar de rescates.

Alya dio media vuelta y vio a lady Meredith en la puerta.

—¡Zen! ¿Dónde está Valian? ¿Lo has encontrado?

Zen entró en la sala con los brazos alzados en señal de rendición. Detrás de él, avanzaba cautelosamente el elfo, con la espada preparada para atacar.

—Estoy aquí mismo, lady Alya Hojaestrella —dijo con sorna.

Glabela asomó la cabeza desde detrás de la jamba de la puerta y cuando vio a Ayuy tendido en el suelo, un gemido se escapó de sus labios.

—Valian, viejo amigo —sonrió Alya—. Me sorprendió mucho saber que te habías unido a esta... chusma. Creí que estabas por encima de este tipo de cosas.

—He venido por una razón, milady —repuso Valian.

—¿Cuál es? —inquirió la dama, arrojándose al trono.

—Justicia. Vos y Tohr habéis deshonrado a los Caballeros de Takhisis con vuestras maquinaciones. Tohr se me escapó, pero vos no os libraréis tan fácilmente.

Con un gruñido, el elfo empujó al sivak contra la pared y arremetió contra su antigua líder.

El general Zen logró detenerse antes de que su cabeza chocara contra la piedra. Entonces, se levantó e inmediatamente depuso la forma de lady Meredith, justo cuando las espadas de Valian y Alya entrechocaban. El sivak se distanció y contempló los acontecimientos con solemnidad. Al parecer, el Gran Maestro Iulus también pensaba limitarse, de momento, a ver en qué acababan las cosas, y en su deforme faz reptiliana apareció una horrenda mueca.

Los dos Caballeros de Takhisis se batieron frente al trono con feroces arremetidas. Alya Hojaestrella cedió ante la superior fuerza de Valian; pero, luego, contraatacó y puso en apuros al elfo. Cuando el duelo se acercó a los prisioneros atados, Jessica recuperó la presencia de ánimo y susurró a Glabela, que estaba a su lado:

—Glabela.

La gully la miró con el rostro surcado por sucios regueros de lágrimas.

—Mira a ver si llegas a mi daga y puedes cortarnos las cuerdas.

—¡Deprisa, Glabela! —murmuró Elinghad.

Vacilante, la enana echó un rápido vistazo al Gran Maestro de los draconianos, se

acercó sigilosamente a Jessica y buscó la daga. Con una sonrisa la liberó de las telarañas y empezó a cortar las pegajosas cuerdas que inmovilizaban los brazos de la dama.

Pero no llegó muy lejos, pues una enorme garra plateada agarró a Glabela por el brazo y tiró de ella brutalmente. Zen le arrancó la daga de la mano y después la apartó a un lado. El sivak bajó la vista hacia los indefensos caballeros y después miró a su amo. Iulus, sediento de sangre, contemplaba, absorto, el duelo.

Jessica presintió cuál sería el próximo movimiento del draconiano y cerró los ojos.

—Que sea rápido e indoloro —susurró.

—Mi último acto como Dama de Solamnia —respondió la voz de lady Meredith.

Jessica abrió los ojos de golpe, pero era el sivak el que se cernía sobre ella. No obstante, había algo diferente, algo en sus ojos. No cabía duda: eran los dulces ojos azules de lady Meredith Valrecodo.

El sivak sonrió mostrando los colmillos y puso a sir Elinghad de pie. De un tirón cortó las telarañas que atenazaban los brazos del caballero. Elinghad se debatió para liberarse y desenvainó su espada.

—¡Zen! —gritó Iulus, finalmente fijándose en ellos.

—Te has vuelto blando, amo —le dijo Zen—. Veamos cómo te defiendes contra un rival de verdad.

Luego, dio la vuelta a Jessica y le cortó las cuerdas, tras lo cual dejó caer la daga de la dama junto a ella.

—Adiós, dama —se despidió con la voz de lady Meredith. Enseguida, la mirada de su vieja compañera de armas desapareció y fue reemplazada por una fría mirada de ojos negros.

Zen se volvió y abandonó la sala, indicando con un ademán a los guardias que lo siguieran. A regañadientes, lo obedecieron.

Alya y Valian daban vueltas uno alrededor del otro, buscando un punto débil, un error, tanteándose, amagando. Valian se iba debilitando, mientras que Alya ni siquiera jadeaba. La sangre empapaba las vendas del elfo y se deslizaba hasta la mano que sostenía la espada, lo que hacía que se le escurriera y le costara seguir agarrándola.

Por el rabillo del ojo, Valian vio a Elinghad pasar como un rayo por su lado. Éste era el momento de distracción que esperaba Alya; atacó rápidamente, enganchó el acero del elfo y, con un hábil movimiento, lo envió volando por el aire.

Valian retrocedió con los brazos levantados.

—La justicia es lo que uno quiere que sea, viejo amigo —dijo Alya al tiempo que alzaba la espada por encima de la cabeza.

\*\*\*

Elinghad desenfundó la espada y besó la empuñadura. El Gran Maestro de los asesinos draconianos seguía sentado en su trono de oro, frente a él, y le miró con desprecio. Elinghad gritó: «¡Por Gunthar!» y atacó. Iulus no se movió, pero sacó pecho, como preparándose para parar el golpe.

De pronto, el draconiano impulsó la cabeza hacia adelante, abrió la boca y lanzó una nube de gas venenoso. Elinghad hizo caso omiso y embistió, pero sus piernas se quedaron sin fuerzas. El caballero se tambaleó, cayó y soltó la espada. No podía respirar. Una sombra se alzó sobre él. Elinghad miró, parpadeando para disipar la bruma de sus propias lágrimas. Iulus lo miraba impudicamente, lo señaló y pronunció una sola palabra. Una andanada de mágica energía se estrelló contra la cabeza del caballero.

\*\*\*

El único pensamiento de Jessica fue poner a salvo a Ayuy. Los otros caballeros podían cuidarse solitos. Su trabajo era rescatar a los gullys.

La dama cogió a Ayuy por los brazos, lo llevó a rastras hasta la puerta y, después, regresó por Mammamose; pero Glabela ya había liberado a la Gran Bulp. Las dos enanas se inclinaban sobre algo y discutían. Mammamose agarraba firmemente una delgada vara de ámbar que Glabela intentaba arrebatarse tirando de un extremo.

—¡Es mía! —gruñó Mammamose.

—Encuentro en Ciudad. Traigo aquí. Mía —espetó Glabela.

Fue entonces cuando el aurak exhaló la nube de gas venenoso que derribó a Elinghad. La dama y las dos enanas contemplaron con fascinado horror cómo el caballero se aferraba la garganta con las manos, tratando de respirar, mientras la nube se propagaba por el suelo en su dirección. El aurak se levantó y pronunció una palabra mágica que hizo brotar de sus manos una descarga de energía dirigida contra Elinghad.

—¡No! —chilló Jessica mientras Iulus volvía a sentarse tranquilamente en el trono de oro.

Las gullys reanudaron su pelea.

—Yo digo palabra mágica.

—No, yo digo.

Entonces algo insólito ocurrió. Glabela propuso:

—Yo cojo palo mágico, tú dices palabra.

—Vale —accedió Mammamose.

Glabela se puso en pie y apuntó la varita contra el Gran Maestro. Mammamose tocó el zafiro incrustado en la base. El único ojo de Iulus pareció querer salirse de su órbita.

—¡Cruje! —gritó Mammamose.

Alya se tambaleó, aún con la espada en alto sobre la cabeza, cuando un trueno estremeció la sala. Pese a que también se quedó momentáneamente aturdido, el elfo se recuperó más rápidamente y en un único y fluido movimiento desenvainó su daga, se agachó para eludir la estocada de Alya e impulsó la mano hacia el pecho de la mujer. Alya se derrumbó con una daga clavada en el corazón.

La fuerza de la magia tiró al suelo a Mammamose y a Glabela; Jessica se agarró a lo que pudo. Un rayo estalló contra el pesado trono, lo levantó, lo arrojó contra la pared posterior y lo dejó incrustado en ella. El trono quedó suspendido precariamente, con Iulus atrapado en él y la lluvia penetró violentamente por la abertura en el muro.

Mientras tanto, Iulus había empezado una horrible transformación. Al igual que los demás draconianos, un aurak sufría una serie de cambios al morir. Normalmente se consumían entre llamas verdes y entraban en un frenesí de muerte; pero Iulus, por mucho que bramara y echara espuma por la boca, no podía moverse del trono. El rayo había fundido su carne con el oro, atrapándolo. El trono se estremecía con sus sacudidas.

Jessica despertó del trance cuando Valian le tocó un brazo.

—Vámonos —le urgió.

—¡Las gullys! —gritó la dama y se desasió. Jessica corrió hacia Glabela y la ayudó a ponerse de pie.

—¡Vaya magia! —dijo con voz pastosa la enana al tiempo que se frotaba la cabeza.

Mammamose ya se había levantado y señalaba algo, pálida a causa del espanto. Jessica se volvió y lo que vio la asqueó. La dama se volvió para marcharse.

Elinghad había logrado ponerse en pie, pero ya no era un hombre. Era una monstruosa criatura que, de algún modo, se aferraba a la vida. La descarga de energía del draconiano le había volado parte de la cara y la cabeza, y el gas venenoso le había destrozado los pulmones. Con sus manos arañaba el aire, hasta que se volvió ciegamente hacia los atormentados chillidos del Gran Maestro.

Elinghad cargó contra el draconiano moribundo emitiendo un extraño sonido, grave e histérico, que reflejaba el indecible dolor que sufría. El caballero se precipitó contra el trono, sintió en sus dedos la carne quemada y le encontró la garganta. Pese a las llamas verdes que lo consumían, Elinghad siguió estrangulando a Iulus.

Con un estruendo, el trono, el Gran Maestro y el caballero desaparecieron. La lluvia entró a mares por el boquete en el muro, empapando el suelo y levantando vapor de las losas de piedra. Un viento helado penetró en la sala y apagó todas las velas.

En la oscuridad Jessica sintió una fría mano y una voz que le decía:

—Salgamos de aquí. —Era el elfo.

Los salones del castillo de Xenos estaban decorados con ramas de abeto y pino. Por doquier brillaban relucientes cristales esmeralda tallados de manera que formaran plumas de martín pescador y diminutas coronas doradas. Rosas rojas de invierno adornaban los jarrones, y en los hogares ardían leños, que daban luz y alegría a todas las habitaciones y salas. Los caballeros que hacían guardia en las almenas cubiertas de nieve se calentaban con humeantes jarras de ponche de huevo o vino con azúcar y especias. Muchos de ellos llevaban rosas en los cinturones y coronas de acebo alrededor de sus yelmos. Al día siguiente se celebraría el solsticio de invierno y prometía ser una ocasión muy especial. Hacía muchos años que en los corazones de todos no había tanta esperanza y gozo.

No obstante, pese a la gruesa capa de nieve caída recientemente, las evidencias de los últimos acontecimientos recordaban a todos lo caro que habían pagado la celebración. Aquí había un muro reducido a escombros, allí el esqueleto chamuscado de un edificio. En el patio, los picapedreros se afanaban en erigir un pedestal para un monumento en el que se inscribirían los nombres de muchos caídos, incluido el de Quintan. El sitio de Xenos nunca sería olvidado.

Pero en la capilla del castillo se recordaba otro acontecimiento, una tragedia muy lejana en el tiempo. Al día siguiente se conmemoraba el Cataclismo, y los caballeros entonaban el canto de los trece días, de cuando los dioses enviaron mensajes de los desastres que sobrevendrían pero nadie los escuchó.

\*\*\*

Cuando el servicio acabó y los caballeros abandonaron la capilla, sir Liam Ehrling vio a una joven dama sentada en un discreto rincón. El caballero se acercó a ella en silencio y sonriendo.

—Lady Jessica.

La dama levantó hacia él su pálida faz y dijo con voz ahogada por la emoción:

—Cuánto dolor.

—¿El Cataclismo? —inquirió Liam—. Sí, fue una época oscura, pero la esperanza se renueva. El Mal se vuelve contra sí mismo y el Bien redime a los suyos.

—A veces me pregunto por qué luchamos. Parece que, hagamos lo que hagamos, nada cambia.

—Esto es exactamente por lo que luchamos —respondió Liam.

—Lord Ehrling, he tomado una difícil decisión. Deseo abandonar la Orden y

servir a lady Crysania —susurró lady Jessica.

—Es un noble deseo, lady Jessica, pero no os lo puedo conceder. Os necesito aquí.

—¿Vos me necesitáis? —preguntó la dama. Lo miró pestañeando y añadió—: ¿Por qué?

—Os lo diré si me acompañáis a mi habitación. Creo que sir Valian nos espera allí —contestó Liam.

—¿Valian? —inquirió Jessica con extrañeza al tiempo que se ponía en pie.

—Sí. Le he pedido que compartiera con nosotros un brindis de medianoche —le explicó mientras salían de la capilla. Dos caballeros cerraron las puertas tras ellos y saludaron a sir Liam con una inclinación de cabeza.

Al llegar al estudio privado de Liam la puerta se abrió y Seamus Gavin asomó su arrugada y roja faz. Al ver a Liam los ojos se le agrandaron.

—¡Ah, aquí están! Parece que no soy el último esta vez —dijo el viejo amigo de Gunthar, llegado de Palanthas.

Jessica y Liam entraron en el estudio donde un hermoso fuego ardía en la chimenea. Sir Valian estaba sentado cerca de él, haciendo rodar entre las palmas de sus manos un tazón de peltre mientras contemplaba las llamas, sumido en sus pensamientos. En una mesa auxiliar, se veía una licorera de cristal medio llena de un pálido vino de color amarillo, que brillaba en un cuenco.

Liam sirvió cuatro copas y las ofreció a los reunidos. Seamus, con el regazo lleno de diversos papeles y documentos, aceptó con una sonrisa. El elfo oscuro cogió la copa sin moverse de su silla y posó de nuevo la mirada en el fuego.

Liam se colocó detrás de su escritorio, que se veía vacío excepto por un libro encuadernado, del grosor de un puño. El caballero lo miró y posó los dedos en la cubierta.

—Ésta es la Medida Revisada —anunció—. Lamento que Elinghad y Meredith... —el caballero no pudo seguir hablando y suspiró— y Quintan, que sucumbió en las heridas recibidas aquí, en Xenos, no puedan compartir este momento. Quiero que vosotros tres sepáis algo y confío en vuestro buen juicio para que guardéis el secreto. En sus últimos días, desgarrado por el dolor y la preocupación por el futuro de la hermandad, lord Gunthar estuvo a punto de perder la cabeza. La carga fue demasiado pesada para él y la revisión de la Medida se resintió.

»Todo el pasado mes he trabajado muy duramente para finalizar su trabajo y creo que lo he conseguido. La Medida está completa, y mi único deseo es que nadie más conozca..., digamos, mi humilde colaboración. Éste es el último logro de lord Gunthar, su Medida Revisada, no la mía.

—Sí, milord —accedió Valian con una inclinación de cabeza. Jessica también asintió, aunque no comprendía por qué le confiaban a ella aquel secreto,

especialmente en vista de que Liam estaba al corriente de su deseo de abandonar la Orden.

—Ya sabéis que podéis contar con mi discreción —dijo Seamus.

Liam se acercó al hogar y fijó la mirada en el elfo oscuro.

—Sir Valian, os invito a que ingreséis en la Orden de los Caballeros de Solamnia. Vuestro honor y coraje están fuera de toda duda. Y por lo que se refiere a vuestras acciones pasadas, eso es algo que tendréis que arreglar con el Ser Supremo cuando llegue el momento —dijo Liam.

—Lord Ehrling, sabéis tan bien como yo que si me aceptáis en la hermandad perderéis el apoyo de las naciones elfas. Yo soy un elfo oscuro y nada puede cambiarlo —repuso Valian, que pestañeó y volvió a fijar la mirada en el fuego—. No voy a destruir la delicada alianza entre caballeros y elfos. Los sentimientos de una persona no pueden prevalecer sobre el sentido común.

—Ya me imaginé que rehusaríais —replicó Liam con un suspiro—, pero deseaba hacer este gesto.

—Gracias, señor. Vuestro ofrecimiento me ha llegado al corazón —respondió Valian suavemente.

Una llamada los interrumpió. La puerta se abrió, y un caballero asomó dentro la cabeza.

—Está aquí —anunció.

—Hacedlo pasar —ordenó Liam.

La puerta se abrió un poco más y Ayuy Cocomur entró en el estudio. El gully miró con cierta confusión a los presentes. Casi todas sus heridas habían sanado ya, sin dejar cicatrices visibles, pero algo en él había cambiado: tenía un aire de cautela e incluso una mirada angustiada.

—Ayuy Cocomur, quiero presentarte a tu consejero legal, Seamus Gavin de Palanthas —dijo Liam.

Ayuy clavó en el anciano una mirada de curiosidad. Seamus rebulló nervioso en la silla y se le cayeron algunos papeles del regazo.

—Ejem... Sí. Señor Ayuy. ¿Cómo estáis? Esperaba con ansia el momento de conoceros.

—Hola —saludó Ayuy.

—¿Y bien? —preguntó Seamus a Liam.

El caballero miró al techo, como si buscara consejo en los cielos y, finalmente, dijo con un suspiro:

—Adelante, señor Ayuy. Seamus tiene algo que comunicarte sobre papá Gunthar. Seamus sonrió y le agradeció el gesto con una inclinación de cabeza.

—Señor Ayuy, lord Gunthar le nombró uno de sus herederos legítimos.

El rostro de Ayuy se apagó y las lágrimas afluyeron a sus ojos.



—Papá —lloriqueó—. ¿Papá me deja su monedero?

—Le nombró señor del castillo Kalstan —agregó el abogado—. Ahora usted es Ayuy Cocomur Uth Kalstan.

—Bajo una condición —añadió Liam.

—¿Cuál? —inquirió Seamus.

—Que lady Jessica sirva como su senescal, como vínculo de unión entre el nuevo lord del castillo de mi familia y los Caballeros de Solamnia.

—¿Lady Jessica, aceptáis? —preguntó Seamus.

—Sí —susurró la dama.

—Así pues, señor Ayuy Cocomur Uth Kalstan, lord del castillo Kalstan y honorable huésped de la gente de Xenos y de todos los Caballeros de Solamnia, ¿cuál es vuestro primer deseo? ¿Os gustaría celebrar una fiesta para todos vuestros amigos gullys? —preguntó Seamus—. O ¿qué tal una cama enorme?

\*\*\*

Ayuy dejó la vela en el suelo. Los ecos de la puerta seguían reverberando por la vacía escalera y la polvorienta cámara de techo bajo. El gully trepó a la caja que Jessica había colocado allí para que él se subiera y, después de armarse de valor, bajó la vista. Vacilante tocó la mano de Gunthar.

—Pobre papá —dijo entre sollozos, y hundió su cara en la barba del anciano.